

«*¡El superventas n.º 1
de Estados Unidos!*»

G. MICHAEL HOPF

THE END

EL NUEVO MUNDO

THE END

EL NUEVO MUNDO

G. MICHAEL HOPF

Copyright © 2013 G. Michael Hopf

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna manera sin la autorización previa, exceptuando citas breves incorporadas a artículos críticos o revisiones.

Para más información, póngase en contacto a través de la siguiente dirección de correo electrónico:

geoff@gmichaelhopf.com

www.gmichaelhopf.com

Todos los derechos reservados.

Primera edición: diciembre, 2016

Publicado por: © Luzifer, 2016

Traducción: Juan Manuel Baquero Vázquez

eISBN: 978-3-95835-180-6

A Tahnee

AGRADECIMIENTOS

Todo en la vida empieza con una idea; sin embargo, estas ideas solamente se materializan en la realidad tras invertir una ingente cantidad de energía. El trayecto que va de la idea a la realidad es una parte del proceso y, por lo general, requiere de la ayuda y el apoyo de otras personas. Este libro no es ninguna excepción; todo empezó un día en mi cabeza, después me tomé un tiempo para sentarme y comenzar a escribir lo que usted está leyendo ahora. No hubiera podido hacerlo sin el amor y el apoyo de las siguientes personas:

Tahnee, tu amor, apoyo y orientación me han ayudado desde el primer día y lo siguen haciendo hoy. Siempre estás ahí para mí con una palabra de aliento y buenos consejos. Te amo. Desde el día en que entraste en mi vida, esta estuvo destinada a ser una vida rica y de bendición. Gracias.

Judy, nunca dudas en ofrecer tu apoyo; siempre estás ahí para ayudarme en todo lo que hago. Has colmado mi vida de gracia con tu espíritu generoso y con tu amor. Gracias.

Mike Smith, tú has dado a este libro el lustre y el toque que requieren todos los libros. Gracias por tu valioso tiempo y tus esfuerzos. ¡Ahora a por el guión!

Scott Wilson, tu visión profesional hizo que las palabras de un manuscrito se transformaran en una novela. Gracias, ¡eres el mejor!

Mamá, Papá, John, Becky, Billy, Neal, tío Rod, tía Jeri, Travis, Steve, Nicole, Nick y Wags, gracias por vuestro amor y apoyo a lo largo de este viaje.

15 DE OCTUBRE DE 2066

Olympia, Washington, República de Cascadia

Haley se levantó y miró a través del fino panel de vidrio que separaba la fresca brisa marina del Estrecho de Puget y la calidez del salón de su casa. Miró a lo lejos el edificio del Capitolio; la cúpula de gres se imponía sobre los demás edificios de la ciudad tal y como había hecho durante los últimos 138 años. Hubo un tiempo en el que fue el capitolio de todo un estado; ahora, era el capitolio de su país, un país nacido del caos y la destrucción.

Apartó la mirada de lo lejos para posarla en la foto que tenía en la mano. Tocó los rostros de una familia retratada. Los ojos comenzaron a llenárseles de lágrimas a medida que iba pasando los dedos por la foto, en la que se apreciaban cuatro rostros sonrientes; un retrato de una familia que alguna vez fue feliz, la suya propia. Le vinieron más lágrimas cuando pensó en el día en que se tomó aquella foto: lo recordaba vívidamente como si hubiera sido aquella misma mañana. Haley cerró los ojos y presionó la foto contra su pecho; las lágrimas le cayeron por las mejillas y se le quedaron colgando en la barbilla. Recordó a su padre abrazándola mientras estaba sentada en su regazo; él le daba muchos besos en la cabeza y le decía lo orgulloso que estaba de que aquel día ella se hubiera atado los cordones de los zapatos por sí sola. Ella anhelaba aquel momento inocente en el que no tenía problemas ni preocupaciones; anhelaba los días en los que su familia estaba unida y feliz. No mucho tiempo después del día en que se tomó aquella foto, su inocente mundo colisionó contra las crudas realidades de los asesinatos masivos y el apocalipsis. Esta nueva realidad separó a toda su familia, y lo que quedó no volvió nunca a ser lo mismo.

Un golpe de nudillo en la puerta delantera de su casa volvió a sacudirla

hasta el presente. Se limpió las lágrimas rápidamente y se metió la foto en el bolsillo de su sudadera. Después, fue hacia la puerta delantera, pero antes de que pudiera abrirla, se volvió hacia el espejo que había en la pared del vestíbulo y se miró a sí misma. Se aseguró de que se había limpiado todas las lágrimas y se retocó un cabello entrecano.

—Puedes hacerlo, Haley —se dijo intentando tranquilizarse a sí misma ante la difícil tarea que le esperaba.

Se volvió y abrió la puerta. En el porche que había ante ella aparecieron tres personas. La primera era un hombre de unos treinta años, John, el reportero principal del periódico *Cascadian Times*. Estaba acompañado de dos fotógrafos, de los cuales ninguno sobrepasaba los 25 años. Todos habían nacido después de la guerra, por lo que ninguno de ellos había conocido el horror y la barbarie de la Gran Guerra Civil.

—¿Señorita Rutledge? —preguntó John al extenderle la mano.

—Sí, pero llámame Haley—. Ella le agarró la mano con firmeza y se la estrechó.

Después saludó a los otros dos hombres y los invitó a todos a entrar en su casa. Mantuvieron una pequeña charla mientras los fotógrafos montaban el equipo para la toma de fotos después de la entrevista.

—Señorita Rutledge, cuando estés lista para empezar, avísame —dijo John.

—Por favor, John, llámame Haley.

—Sí, Haley —contestó él con una mueca de vergüenza en su rostro.

Haley se sentó nerviosa con las manos rígidamente entrelazadas sobre su regazo. Se frotó los dedos anticipándose a la primera pregunta.

—Haley, ante todo permíteme que te dé las gracias por habernos dejado entrar en tu casa. Es un honor poder hablar contigo y conocer tu historia personal así como tu punto de vista.

—Eres muy bienvenido, John. Tengo que admitir que estoy un poco nerviosa. Como sabes, no me gusta el protagonismo ni tampoco he sido la típica persona de conceder entrevistas. Si no fuera por tu relación de parentesco no estarías aquí. Yo conocía a tu padre; él era amigo y colega del mío. Accedí cuando me enteré de que serías tú quien dirigiría esta entrevista —dijo Haley—. Luego se sentó con la espalda muy derecha y miró directamente a John.

—Sé que nuestras familias habían tenido algún vínculo en el pasado y, de nuevo, gracias. Ahora vayamos directos al grano.

Haley asintió con la cabeza en señal de aprobación.

—La semana que viene se cumple el 50.º aniversario del Tratado de Salt Lake. Este tratado fue el que dio a nuestra joven república la victoria formal sobre nuestros oponentes y el que vio nacer a nuestro país. Tu padre estaba en Salt Lake cuando se produjo la firma del tratado. ¿Qué puedes decirme sobre él?

Haley soltó una sonrisita antes de contestar.

—Vaya, así que esa es la pregunta. ¿Qué puedo decirte de mi padre? ¿Por dónde empiezo? —hizo una pausa durante un momento antes de continuar—. ¿Me estás preguntando cómo era él?

—Lo siento, veo que esta pregunta puede ser un poco vaga. Empecemos de nuevo. Tu padre fue un elemento clave para la fundación de este país; él es uno de nuestros padres fundadores, como dirían algunos. Aunque muchos lo alaban por su sacrificio, ahora hay personas que cuestionan algunas de sus acciones durante la Gran Guerra Civil. ¿Cómo describirías a tu padre?

—He escuchado a algunos de esos revisionistas que ahora, bajo la protección de nuestra libertad por la que tanto hemos luchado, cuestionan los medios por los que la alcanzamos. A ellos les digo «no lo vivisteis, no estuvisteis allí». Es fácil quedarse sentado en la comodidad de la libertad que se le ha entregado a uno, envuelto entre los trapos ensangrentados de nuestra revolución —dijo Haley con firmeza—. Si has venido para cuestionar las acciones de mi padre, creo que deberíamos comenzar hablando de quién era mi padre y de dónde venía. El hombre que yo conocí era un hombre cariñoso y protector, que me cuidaba a mí y al resto de mi familia y que estaba dispuesto a hacer todo lo que hiciera falta para garantizar nuestra supervivencia. Muchas personas contemplan la historia sin tener en cuenta el contexto. Hay que haber vivido una situación para comprender verdaderamente por qué alguien hizo lo que hizo. Mi padre era un hombre pragmático que adoptaba medidas directas cuando beneficiaba a quienes él había jurado proteger, aunque no siempre era pragmático—Haley hizo una pausa, cambió de postura y continuó con un tono más dulce en su voz—. Papá tenía un enfoque muy abierto respecto a esta vida; me contaba historias de su pasado. Muchas veces, me decía que la vida se revelaría y cambiaría la forma

en la que miramos el mundo; que habría incidentes que nos estremecerían el corazón y nos harían cambiar nuestra forma de pensar. Mi papá me lo contó varias veces; la primera vez que recuerdo que lo hizo fue cuando era un infante de Marina en Irak. Lo que ocurrió allí lo cambió como persona y lo puso en el camino que hoy nos trae hasta este salón. Espero que tengas planeado quedarte un tiempo, porque quiero dejar las cosas bien claras.

16 DE NOVIEMBRE DE 2004

«Sé educado, sé profesional, pero ten un plan para matar a todo el que te encuentres».

- Gen. de Marina James Mattis a sus marines en Irak

Faluya, Irak

—¡Objetivo localizado! —gritó el Sgt. Gordon Van Zandt con su rostro pegado firmemente al visor diurno del sistema TOW de misiles antitanque.

A su alrededor, Gordon podía oír el traqueteo de los disparos. Se concentró en el objetivo que había localizado: una pequeña ventana. Dentro, un francotirador iraquí estaba apuntando a un escuadrón de marines que iba un poco más adelante por la carretera. El reflejo de su objetivo y el destello ocasional del cañón de su arma le revelaron la posición del francotirador.

Después de que el escuadrón al que apuntaba recibiera el aviso de que no había apoyo aéreo disponible, el escuadrón TOW de Gordon recibió la orden de atacar el escondite del francotirador. En un principio, el sistema TOW se había diseñado para destruir vehículos acorazados, y la anterior Guerra del Golfo había puesto de manifiesto su gran alcance de aplicación en el campo de batalla para la destrucción de búnkeres.

Gordon mantuvo la respiración y el punto de mira en el objetivo mientras su conductor, el cabo segundo Bivens, iba agachado fuera del vehículo junto a la parte trasera del conductor con su ametralladora SAW apretada contra el hombro.

—¡Retaguardia despejada! —gritó Bivens, quien no compartía el físico propio de un marine. Era de complejión bajita, flaco y solo medía alrededor

de un metro sesenta y cinco centímetros. Pero su apodo, «Pitbull», decía de él mucho más que cualquier otra cosa: era un luchador ferviente y había demostrado ser un oponente de gran valía en el combate cuerpo a cuerpo.

En cuestión de un instante, Gordon hizo un rápido movimiento con la mano derecha y levantó la palanca de su arma. «¡Arma preparada!», gritó.

Luego volvió a colocar suavemente las manos en las perillas de control de la unidad de desplazamiento y levantó el seguro del gatillo con su pulgar derecho.

Justo entonces, vio cómo emergía de entre las tinieblas de la pequeña habitación el cañón del fusil que portaba el francotirador. Sin querer perder ni un segundo más, Gordon gritó.

—¡Bomba va!

Entonces apretó el gatillo.

Un ruidoso estallido acompañado de un silbido salió del equipo TOW. En un par de segundos, el estridente estallido del misil saliendo del tubo en su camino hacia el objetivo hizo repiquetear los oídos de Gordon, quien siguió la trayectoria del misil hasta que impactó contra su objetivo. Solo unos momentos después pudo ver una ráfaga de luz. El misil había dado en el blanco. Lo único que Gordon podía ver era una oscura nube de humo saliendo de la habitación.

—¡Impacto, objetivo destruido! —gritó—. Se levantó, soltó la abrazadera de puente, liberó el misil y dejó caer al suelo el tubo vacío.

Bivens arrojó su SAW y abrió rápidamente el portón trasero del todoterreno Hummer. Tomó un nuevo misil y se lo pasó a Gordon, quien lo cargó en el tubo de lanzamiento con precisión y rapidez y cerró hacia abajo la abrazadera de puente. Luego se puso a mirar a través de la mira, valoró el daño y siguió buscando más objetivos que atacar.

Cuando se sintió seguro, miró hacia arriba a través del arma y gritó a Bivens: «Ahí está ese jodido muyahidín, métete dentro y vayamos a ayudar a los soldados».

Bivens se metió de un salto en el asiento del conductor y se dirigió hacia el escuadrón de marines.

—Bivens, llama por radio al Batallón Avanzado HQ y pide una ambulancia de evacuación.

—Entendido —respondió Bivens mientras cogía la radio.

Bivens y Gordon pusieron rumbo hacia los marines.

Tras agarrar su fusil M-4, Gordon saltó de lo alto del Hummer. Luego, volvió a mirar a Bivens y dijo: «Haz guardia mientras ayudo a esos muchachos».

—Entendido —respondió Bivens mientras se introducía por la ventanilla del vehículo.

Ante él, Gordon vio trozos de edificios, equipos de combate y armas abandonadas. Entre los escombros vio a 11 marines, algunos de ellos magullados y ensangrentados. Algunos soldados estaban sentados con la espalda apoyada sobre la pared de un edificio situado en un callejón, pero otros yacían simplemente inmóviles en el suelo. No podía distinguir si estaban muertos o no. Gordon podía recordar la primera vez que disparó; por aquel entonces, las escenas de destrucción y muerte le resultaban surrealistas, pero ahora se habían convertido en algo habitual.

Gordon se acercó al primer marine, se arrodilló y le preguntó: «¿Cuál es tu estado?».

—Me han disparado en la barriga. Es una puta mierda—balbuceó el marine cabo segundo.

—Escucha. Te sacaremos pronto de aquí —le garantizó Gordon mientras levantaba el vendaje que cubría el estómago del marine.

—¿Médico? ¿Qué pinta tiene esto? —gritó Gordon al Médico de la Marina, quien atendía a otro marine herido.

—Sería mucho más fácil sin ese jodido iraquí disparándonos —respondió el médico mientras vendaba a otro marine.

—Gracias por aniquilar a ese muyahidín. Fuiste un regalo de Dios —le dijo a Gordon un segundo marine al pasar por su lado.

Gordon miró al segundo marine y se dio cuenta de que le sangraban la pierna y todo el brazo izquierdo.

—¿Cómo puedes resistir? —preguntó Gordon.

—Joder, Sargento, he tenido días mejores, pero viviré.

—Bien, muchacho. ¿Quién está al mando?

—Bueno, mandaba el Cabo Davies, pero el francotirador lo abatió primero. Un tiro en la cabeza —le explicó el segundo marine gesticulando hacia el cuerpo sin vida del líder de su escuadrón, el cual yacía en el callejón.

—¿Cuál es tu unidad? —preguntó Gordon.

—1.^{er} escuadrón, 3.^{er} pelotón, Compañía India, 3/1, Sargento, y soy el Cabo Segundo Smith. Puedes llamarme Smitty.

—Yo soy el Sargento Van Zandt, Armamento, 3/1, encantado de conocerte, Perro Diablo —dijo Gordon dándole a Smitty una palmadita en su hombro bueno.

Gordon continuó revisando a todos los marines heridos. Los marines del 3.^{er} batallón del 1.^{er} Regimiento de Infantería Marina llevaban luchando contra su objetivo durante al menos diez días. La lucha era dura, pero estos hombres eran marines; mostraban una conducta resuelta y decidida aun tras haber sufrido bajas. El Tercero Tronador, sobrenombre de este batallón, alcanzaría su objetivo o moriría en el intento. Sin embargo, ninguno de estos marines contemplaba la muerte entre sus opciones; tenían la tarea de asegurarse de que fuera el enemigo el que muriese por su causa.

Gordon se encontró con un marine que estaba gravemente herido; hincó una rodilla en el suelo y examinó las heridas de aquel hombre. Por las marcas de su ensangrentado uniforme Gordon supo que aquel hombre era soldado de primera clase y que no podía tener más de 20 años. Gordon no pudo evitar hacer la macabra predicción de que probablemente aquel joven marine no llegaría a su 21.^{er} cumpleaños. Gordon tomó la mano del marine y le preguntó: «¿Qué tal estás, marine?».

Sin abrir los ojos, aquel soldado de primera clase habló entre susurros.

—Tengo frío... mucho frío.

Gordon podía ver el enorme charco de sangre que se estaba formando debajo del marine herido. Se agachó hasta su oído y le susurró: «Tenemos al hijo de perra que te ha hecho esto y te sacaremos pronto de aquí, te lo prometo».

Un todoterreno Hummer se acercó y paró delante del escuadrón. De las puertas traseras salieron dos marines que se dirigieron hacia los marines heridos portando una camilla. Uno a uno, fueron cargando en el vehículo a los más graves.

Justo cuando empezaban a retirarse del lugar, una mancha negra llegada del sur se elevó por encima del Hummer e impactó contra la cabina. Gordon cayó al suelo inconsciente a causa de la explosión.

Abrió los ojos. No estaba seguro de cuánto tiempo había estado

inconsciente. Curiosamente, los gritos, los chillidos y los disparos parecían distantes y remotos. Le escocían los ojos, y lo único que podía ver era una intensa nube de humo negro sobre sí mismo. Intentó levantarse, pero sintió un fuerte dolor en la espalda.

—¡Maldita sea! —gritó—. Respiró hondo y se esforzó por adoptar una postura erguida. Sus movimientos eran lentos, pero sabía que tenía que levantarse y hacer algo. Miró a su alrededor y vio a Bivens escaneando la zona detrás del TOW. Tanto el chasis incandescente como los cuatro neumáticos en llamas de la ambulancia seguían allí, pero no mucho más. Todo lo que había a bordo estaba definitivamente perdido; pudo identificar dos cadáveres ardiendo en los asientos delanteros. Ambos cuerpos carbonizados estaban desparramados y por las bocas, abiertas, les salían unas llamas danzantes.

Vio a los marines que quedaban del escuadrón protegiéndose y tramando algo calle abajo. Gordon se puso de pie, mantuvo el equilibrio y fue hasta su Hummer.

—Bivens, si localizas algo, ¡dispara! —le recomendó.

—Nada, Sargento. La visibilidad no es tan buena con todo este humo. Espera un segundo... Veo al hijo de perra. ¡Objetivo localizado!

Gordon miró a la parte trasera del TOW. No vio a nadie y gritó.

—¡Retaguardia despejada!

—Arma preparada —gritó Bivens y, ni un segundo después, volvió a gritar.

—¡Bomba va!

Tras el familiar estallido acompañado de un silbido, el misil salió impulsado por el tubo. Su objetivo, el minarete de una mezquita, fue alcanzado casi al instante. El misil impactó directamente contra el minarete, que cayó al suelo hecho pedazos.

Los marines se alegraron, pero el combate no había terminado. Habían eliminado al insurgente que estaba en el minarete, pero seguían recibiendo disparos desde la mezquita.

Gordon y Bivens se afanaron en volver a activar el TOW mientras que los soldados que quedaban del 1.º Escuadrón seguían combatiendo y eliminando lentamente a los iraquíes hostiles que estaban escondidos en la mezquita.

Cuando Gordon y Bivens terminaron de preparar el TOW para continuar con las acciones, se paró ante ellos el segundo vehículo de su equipo. Gordon levantó la mirada y vio al Cabo Nellis a cargo de la ametralladora «Ma Deuce» del calibre .50, colocada sobre el todoterreno Hummer.

—Hay algunos muyahidines en la mezquita por la izquierda aproximadamente a una manzana y media más abajo. Ayuda con la .50 al escuadrón de soldados —dijo Gordon dando instrucciones a Nellis antes de volver corriendo a su vehículo para coger una radio.

Gordon contactó con el Cuartel del Batallón Avanzado para pedir más refuerzos y otro equipo de evacuación médica.

Gordon empezaba a sentir los estragos de la explosión. Después de comunicarse por radio con el cuartel, se dio cuenta de que había sangre en el auricular. Se comprobó las manos y descubrió que también las tenía cubiertas de sangre. Miró hacia abajo y se las limpió en el pantalón, entonces vio que de la barbilla le caían gotas de sangre sobre una de sus botas. Se limpió la cara con la mano y se la miró. De nuevo, su mano se cubrió de una espesa capa de sangre. Se examinó todo el cuerpo en el retrovisor de su Hummer y descubrió que tenía la cara cubierta de puntos ensangrentados como si hubiera tenido viruela. Era metralla de la explosión, y utilizó una de sus mangas para limpiarse más sangre. Sabía que no podía perder más tiempo limpiándose la cara y volvió a la acción.

Con ayuda de algunas granadas M203, la ametralladora .50 hizo un trabajo perfecto en la mezquita. La zona quedó en silencio, salvo por el ruido de algunos disparos que se oían en la lejanía.

—¿Qué ves, Bivens? —preguntó Gordon.

—No hay movimiento, pero ya conoces a estos hijos de puta.

La mezquita permaneció inmersa en un silencio inquietante; en su interior no se veía ningún movimiento ni se escuchaba ningún disparo. Al mirar a la calle, Gordon pudo ver lo que alguna vez fue un floreciente mercado. Ahora, la calle estaba llena de escombros, los edificios plagados de disparos y en la acera desierta ardían algunos fuegos. Gordon quería asegurarse de que la mezquita era segura, pero la única forma de hacerlo era tomándola.

—Quédate en la ametralladora y ayúdanos si lo necesitamos. Voy a llevar a estos marines calle arriba y tomar la mezquita —dijo Gordon a Bivens—. Se metió en su Hummer y cogió algunos cargadores más y tantas granadas de alto

contenido explosivo como pudo.

—Entendido —confirmó Bivens.

—En realidad, cambiamos el plan. Gira la ametralladora y vigila a nuestras seis —ordenó Gordon a Bivens—. Luego, se giró hacia Nellis y le dio una orden: «Nellis, cúbrenos mientras avanzamos por la calle».

—Entendido —respondió Nellis.

Gordon fue corriendo hasta Smitty.

—¿Es suficiente contigo y estos marines para acabar con el templo iraquí?

—Sí, es suficiente —dijo con una sonrisa.

Gordon condujo a los marines por los edificios comerciales situados a la derecha de la calle, los cuales iba despejando uno a uno. Iba de arriba abajo y de abajo arriba, cruzando de un edificio a otro por las azoteas. El cristal de la fachada de uno de los edificios había estallado en pedazos y toda la estructura estaba llena de agujeros. Agarró una de sus granadas de alto contenido explosivo y la lanzó a través del ventanal abierto. Tras la explosión se oyó un grito que salió del interior. Los marines estaban todos apiñados en el lateral del edificio esperando poder salir; Gordon se dio la vuelta, abrió la puerta de una patada y entró corriendo en el interior del edificio. Los marines lo siguieron, y cada uno de ellos fue metiéndose en habitaciones separadas.

Gordon entró e, inmediatamente, se fue hacia la izquierda, hasta lo que quedaba de una cafetería: había mesas y sillas desparramadas junto a una multitud de estuches de latón.

—¡Sargento Van Zandt, Sargento Van Zandt! —gritó Smitty desde una habitación situada más en el interior del edificio.

Gordon oía a los marines gritando y a alguien vociferando en árabe. Al entrar en la habitación, vio a Smitty, a otro marine y a dos insurgentes iraquíes. Uno estaba vivo y vestía un zaub blanco lleno de manchas de sangre. El segundo insurgente yacía inmóvil en el suelo. La habitación estaba llena de pequeñas marcas de balas y metralla, había escombros y basura por todo el suelo y sobre la pared descansaban apoyados tres fusiles AK-47. Smitty y los otros marines gritaban al insurgente herido y le pedían que permaneciera quieto con las manos en alto.

El insurgente les chillaba en árabe. Gordon no podía saberlo con certeza, pero tras haber realizado un periodo de servicio en Irak, había aprendido algunas palabras de aquella lengua, y creía que querían decir «no disparen».

Todo aquel griterío se estaba haciendo molesto; Gordon sabía que tenía que tomar el mando y controlar al prisionero lo antes posible.

—¡Silencio todo el mundo! Smitty, controla a este tío y sácale toda la información que tenga. El resto de nosotros iremos arriba —el iraquí seguía chillando; Gordon se giró y le gritó—. ¡Cierra la puta boca! ¡Ya basta! ¡Nadie te va a disparar!

El iraquí se quedó en silencio porque entendió perfectamente las palabras de Gordon. Sollozaba en silencio mientras se balanceaba de un lado para otro temblando de miedo.

Gordon salió de la habitación y subió lentamente las escaleras. Su avance se vio interrumpido por la voz de pánico de Smitty.

—¡El otro hijo puta!

Una fuerte explosión sacudió la habitación.

Gordon se volvió de repente. En la parte de abajo había estallado el caos; ahora, los dos marines que habían estado siguiendo a Gordon estaban gritando, pero no podía entender lo que decían.

Gordon se dirigió hasta la parte de abajo y entró en lo que quedaba de la habitación. El iraquí herido estaba ahora reducido a pedazos. La explosión también había destrozado a un marine, pero no podía distinguir qué marine era.

Gordon escuchó una voz que provenía del pasillo.

—¡Sargento!

Se dio media vuelta y vio a Smitty tendido en el suelo, cubierto por la sangre de cuatro personas, incluida la suya propia.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Gordon mientras se arrodillaba junto a él.

—El hijo puta que estaba en el suelo no estaba muerto. Se dio la vuelta y tenía una granada. Ha hecho estallar a Crebbs por los aires.

—Hijos de puta de mierda —dijo Gordon maldiciéndolos.

Justo en ese momento apareció por la entrada del edificio otro escuadrón de marines. Detrás de ellos iba un reportero asignado y su equipo de cámaras.

Detrás iba un médico militar que, inmediatamente, comenzó a inspeccionar a Smitty.

—Un terrorista suicida ha matado a un marine en esa habitación —informó Gordon al nuevo escuadrón de marines mientras señalaba a la habitación—. La parte de arriba aún no está despejada. Vamos.

Gordon y el nuevo escuadrón se dirigieron hacia la parte de arriba y despejaron el área. Podían ver la mezquita desde el tejado. Aparentemente seguía sin haber movimiento.

—Vamos a tomarla —dijo Gordon a los marines, quienes se apresuraron a bajar y cruzaron la calle al salir. El reportero y su equipo de cámaras los seguían muy de cerca.

Por algunas ventanas del lateral sur de la mezquita salían cortinas de humo. Los laterales sur y este estaban completamente plagados de agujeros de bala. Gordon y el escuadrón se aproximaron a la puerta delantera y se refugiaron en el lado este. Gordon le dio una patada a la puerta, pero no se abrió. Volvió a darle otra, pero seguía igual.

—Sargento, tengo un fusil —ofreció un marine del escuadrón.

—Vale, ven aquí.

El marine disparó dos veces al pomo de la puerta con su fusil del calibre 12 y se retiró. Gordon dio un paso atrás y propinó otra patada a la puerta, que esta vez sí abrió. Lanzó una granada de alto contenido explosivo por la puerta y retrocedió para refugiarse sobre la pared. La granada cayó y rodó por el estrecho pasillo hasta llegar a la gran sala de la mezquita. La explosión hizo temblar el suelo. En cumplimiento del procedimiento operativo estándar, él y los marines entraron en la mezquita tras la detonación de la granada. El reportero y el equipo de cámaras iban siguiéndolos justo detrás del último marine.

La primera habitación por la parte derecha estaba llena de municiones y armas ligeras. La habitación de la izquierda estaba vacía, excepto por algunos colchones llenos de manchas. Los hombres continuaron su camino hasta la gran sala, donde encontraron a algunos iraquíes apoyados sobre la pared. Con una fuerte voz, los marines les ordenaron que no se movieran. Todos parecían estar vivos, pero heridos.

—¡Ni se os ocurra moveros, quedaos donde estáis, maldita sea! —les gritó Gordon, quien valoró rápidamente la situación en la sala.

Al fondo, Gordon podía oír al reportero hablando ante una cámara encendida.

«Estoy con los marines dentro de una mezquita en la ciudad de Faluya. La batalla ha sido encarnizada y los iraquíes han opuesto una gran resistencia. Sin embargo, al final no han podido igualar la potencia de fuego de los marines

estadounidenses. Estos iraquíes heridos han conseguido sobrevivir a este gran ataque y ahora están pidiendo ayuda...».

—¿Pidiendo ayuda? ¡No han dicho ni una puta palabra! —gritó dirigiéndose al reportero uno de los marines del escuadrón.

Con el fusil firmemente colocado sobre su hombro, Gordon siguió controlando la más de media docena de iraquíes. Por el rabillo del ojo, vio que el iraquí que estaba al final de la cola había movido la mano para coger algo del suelo.

Sin dudarlo, Gordon se dio la vuelta y le pegó un tiro en la cabeza al iraquí. El sonido del fusil de Gordon hizo eco en la gran sala.

—¿Has grabado eso? ¿Has grabado eso? —preguntó el reportero a su cámara.

—Sí —respondió el cámara apuntando la cámara hacia Gordon.

—Ese marine de ahí acaba de disparar a un iraquí herido y desarmado —dijo el reportero a la cámara mientras señalaba directamente a Gordon.

17 DE MARZO DE 2014

«Puede que otras cosas nos cambien, pero empezamos y terminamos con la familia».
- Anthony Brandt

San Diego, CA (EE. UU.)

—¿Rosa o lila? —preguntó Haley, la hija de 5 años de Gordon, mientras le mostraba dos botes de pintauñas distintos.

—Me gusta el lila, pero prefiero el rosa —dijo Gordon mirando a su hija, quien empezó a agitar los botes.

—¿Puedo comer algo cuando hayamos terminado, papi? —preguntó Haley mientras aplicaba lentamente esmalte de uñas sobre las uñas de su padre.

—Sí, por supuesto, ¿qué habías pensado? —le respondió Gordon con dulzura.

—Rollitos de fruta deshidratada, ¡quiero rollitos de fruta deshidratada y luego quiero ver Los Octonautas! —gritó Haley mirando hacia arriba, quien sonrió a Gordon y apartó de su rostro algunos cabellos.

—Vale, entonces rollitos de fruta deshidratada —sonrió Gordon mirando a Haley.

Haley era pequeña para su edad, muy coqueta con cabellos largos y rubios y unas facciones muy finas. Definitivamente, todo le entusiasmaba de niña y, especialmente, aquello que tuviera que ver con las princesas.

Gordon adoraba a su familia y se sentía bendecido por tener a sus dos hijos: Hunter, su hijo de 7 años, y Haley. Ambos eran su orgullo y su alegría. Toda su vida giraba en torno a ellos y a su esposa Samantha.

Había conocido a Samantha aproximadamente un año después de esta tumultuosa misión de los marines. Se casaron después de un año y tuvieron a Hunter en el siguiente. Gordon era feliz, fiel y vivía todos los días en el presente. Nunca pensaba demasiado en su época en el Cuerpo y, cuando lo hacía, parecía como si fuera completamente otra vida distinta; casi como si no fuera su vida, sino la de otra persona.

Aunque no recordaba muy a menudo sus momentos en combate, su vida diaria seguía estando influenciada por sus dos periodos de servicio en Irak. La experiencia había cambiado sus prioridades y había determinado su perspectiva. Ya no era el idealista que creía en ayudar a todo el mundo, sino que se había vuelto más pragmático y solo deseaba cuidar de su familia. Se estaba sacrificando por quienes, según él, «no sabían nada».

—Cuando hayas terminado en el salón, ven conmigo afuera —dijo Samantha a Gordon al traspasar el portal en su camino hacia la cocina.

Gordon miró por encima de su hombro y dijo: «Vale, pero, ¿estás segura de que no necesitas una sesión de manicura y pedicura?».

Samantha gritó por el pasillo desde la cocina: «Quizás más tarde. Haley necesita estar tranquila y tú y yo necesitamos un momento para adultos».

—¿Un momento para adultos? ¿Te refieres a un «momento para adultos» o a un momento para adultos porque tienes que contarme algo y necesitas toda mi atención? —gritó Gordon mientras veía cómo Haley terminaba de pintarle la uña de su último dedo.

—Ya sabrás luego —gritó ella desde la cocina.

—Qué calentabraguetas eres —le replicó Gordon.

—Papi, ¿qué es calentabraguetas? —preguntó Haley.

—Bueno, cielo, es cuando...

—Haley, es cuando nos calentamos con las tonterías que decimos —interrumpió Samantha, que ahora estaba en la entrada de la sala de juegos.

Gordon echó la cabeza hacia atrás por encima de sus hombros.

—Dios, te mueves muy rápido y como un ladrón—. Él le guiñó un ojo y notó una mirada algo molesta en el rostro de su esposa.

Samantha se quedó allí mirando a su esposo. Lo amaba mucho; se sentía bendecida por tener a un buen hombre y a un buen padre como él para sus dos hijos. Le era difícil pensar en muchos hombres que estuvieran dispuestos a que

les pintasen las uñas de color rosa. Se sentía muy orgullosa de que verdaderamente se interesara por sus hijos y le encantaba ver lo importantes que estos eran para él.

Siguió admirando a Gordon, quien se ajustaba perfectamente al prototipo de hombre que ella tenía. Era alto, robusto, guapo, con mandíbula pronunciada, de ojos claros y ancho de hombros. Haley se veía muy pequeña a su lado, empequeñecida por su complexión fuerte y musculosa. Desde el mismo momento en que se conocieron, Samantha supo que él siempre cuidaría de ella. Se sentía segura con él.

—¡Ya he terminado, papá! ¿Puedo picar algo ahora? —le preguntó dulcemente Haley cerrando el bote de pintauñas.

—Por supuesto —respondió Gordon, quien comenzó a soplarle las uñas para secárselas; sin embargo, paró cuando se dio cuenta de que Samantha seguía mirándolo. Entonces se levantó, fue hacia ella y le preguntó con tono bromista:

—¿Resalta el rosa el azul de mis ojos?

Haley dio un salto y salió de la habitación para dirigirse a la cocina pasando por el pasillo. Gordon dio otro saltito y la siguió; por supuesto, consciente de que el esmalte de sus uñas aún no se había secado.

—Bueno, ¿qué pasa? —le preguntó a Samantha antes de inclinarse hacia ella para besarla en los labios.

—Déjame que lleve a Haley a un lugar tranquilo y te veré luego en el patio en, digamos, 5 minutos —respondió Samantha, quien luego le dio otro beso.

Gordon se sentó sobre el piano y esperó a que Samantha apareciera para reunirse con él. Se recostó, estiró las piernas sobre la mesa de café y dejó que la calidez del sol del mediodía reposase sobre su rostro. Aunque por lo general mantenía una relación de amor-odio con California del Sur, definitivamente adoraba aquel tiempo. Prefería los pueblos pequeños y, sin duda, San Diego había dejado de serlo. Pero, en resumidas cuentas, la vida le sonreía. Disfrutaba de un estilo de vida cómodo, de un fantástico grupo de amigos y de la familia que lo rodeaba. El único miembro familiar al que deseaba tener con él más a menudo era su hermano pequeño, Sebastian, quien se había unido a la Marina cuatro años después de que Gordon saliera del Cuerpo. Al principio, su hermano siguió sus pasos y llegó a ser artillero TOW, pero aquello resultó ser algo aburrido para él y, siendo como era un hombre de

aventuras, quería convertirse en francotirador explorador.

El letargo de Gordon a la luz del sol se vio interrumpido cuando oyó que entraba Samantha. Gordon abrió los ojos y vio que su esposa se había puesto encima de él.

—¿Estás disfrutando? —le preguntó ella mirándolo desde arriba con los brazos cruzados.

—Claro que sí, gracias por preguntar —le contestó Gordon con una sonrisa.

—¿Cuándo me ibas a decir que tu hermano viene esta noche para cenar? —preguntó Samantha, quien se sentó a su lado—. Sabes que necesito que me avises para tener la casa preparada.

—Creía que te lo había dicho, disculpa —dijo Gordon incorporándose en la silla—. No pasa nada, ¿no? No tenemos ningún otro plan.

Gordon miró a Samantha, sentada frente a él. Él se enamoró de ella en el mismo instante en que se conocieron. Le gustaba todo de ella, desde su pequeña constitución y su cabello rubio, largo y ondulado hasta sus ojos de color verde claro y sus labios carnosos. Para él, ella encajaba perfectamente en la descripción de la mujer perfecta.

—No, está todo bien; solo que la próxima vez tengo que saberlo. Si no hubiera revisado el contestador, nunca lo hubiera sabido. Prométeme que me avisarás la próxima vez.

Gordon se puso de pie, fue hasta Samantha y suavizó la voz. «Por supuesto, cariño», dijo él, quien se inclinó hacia ella, le dio un abrazo fuerte, la besó y le susurró al oído.

—¿Qué te parece si te sigo pidiendo perdón arriba?

Algo terca, Samantha lo apartó y le contestó.

—Sabes que tengo cosas que hacer.

—Todo puede esperar —dijo Gordon, quien, conociendo bien a su esposa, suavizó aún más el tono de su voz. Luego le hizo una propuesta—. ¿Qué te parece si luego te ayudo con tus cosas si ahora tú me ayudas con las mías?

Samantha arqueó las cejas y le sonrió pícaramente.

—¡Trato hecho!

Ella le cogió la mano y se apresuraron a subir arriba.

—¡Hay alguien en la puerta! —exclamó Hunter con entusiasmo.

—Ve y abre, ¡debe ser tu tío Sebastian! —dijo Samantha desde la cocina. Estaba demasiado ocupada preparando una ensalada como para ir hasta la puerta.

—Gordon, ¡creo que tu hermano está aquí! —le dijo a su esposo, quien estaba trabajando en la oficina. Samantha adoraba a Sebastian, pero no siempre le gustaban sus visitas. No era culpa de Sebastian, pero el simple hecho de tenerlo cerca hacía que Gordon actuara de forma distinta. Sabía que Gordon había estado muy distante desde los días en los que partió Sebastian.

—¡Tío Sebastian! —gritó Hunter al abrir la puerta. A Hunter y Haley le encantaban sus visitas pues siempre se lo pasaban genial cuando estaba él.

—¡Tío Sebastian, tío Sebastian! —gritó Haley mientras bajaba las escaleras.

Sebastian entró y cogió a Hunter. Entretanto, Haley llegó hasta la planta de abajo y lo agarró por la pierna.

—Hola, chicos, ¿cómo están mi sobrina y mi sobrino favoritos? —preguntó Sebastian, quien se puso en cuchillas para coger a Haley con su otro brazo. Luego fue andando hasta la cocina, donde Samantha corría de un lado para otro preparando la cena.

Sebastian era alto y, como dicen en el Cuerpo, «ágil y eficiente». Él y Gordon se parecían mucho; no había duda de que eran hermanos. Las diferencias más importantes eran fruto de la diferencia de edad de siete años que los separaba: con el tiempo, Gordon fue adquiriendo una barbilla prominente y le aparecieron algunas canas. Sebastian tenía un espeso cabello castaño y no tenía ninguna cana. Aunque era infante de Marina, no solía cortarse el pelo dejándose la parte de arriba plana ni rapándose por los lados; le gustaba su pelo e intentaba tenerlo normal o un poco más largo que corto siempre que eso no le supusiese ningún problema. Sebastian tenía siempre una sonrisa dibujada en su rostro y se tomaba la vida más a la ligera que su hermano, quien tenía una personalidad más seria y estoica.

Sebastian quería tener hijos algún día, pero por ahora disfrutaba de la vida de marino soltero. Seguía picándole el gusanillo de las aventuras y, puesto que el Cuerpo ya era bastante duro sin familia, pensaba que no sería buena idea formar una. Así que, por el momento, Sebastian se conformaba con disfrutar de la vida familiar que le ofrecía la familia de su hermano.

—¡Hola, Samantha!

—Hola, Sebastian, ¿cómo estás? —le contestó Samantha, quien parecía algo nerviosa intentando tenerlo todo terminado. Samantha era perfeccionista y todo tenía que estar perfecto para los invitados. Sin embargo, se detuvo por unos segundos para abrazar a Sebastian y darle un rápido beso en la mejilla—. Gordon está en su oficina terminando un proyecto. Corre y ve.

—Creo que lo haré —miró a los niños que tenía entre los brazos y levantó las cejas—. Pero antes tengo aquí un par de monitos que tienen que ver lo que les ha traído el tío Sebastian.

Los dos niños gritaron.

—¡Regalos!

Puso a los niños en el suelo y se puso en cuchillas para poder mirarlos a los ojos.

—Id enfrente y veréis dos bolsas puestas en la mesa. La verde es la de Hunter y la rosa es...

—¡La mía! —gritó Haley comenzando a correr hacia la puerta principal. Hunter no lo dudó y también se puso en marcha.

Sebastian se levantó y se aproximó a la isla de la cocina.

—Vaya, ¡algo huele muy bien! ¡Estoy hambriento!

—Espero que lo estés, tenemos muchísima comida y Gordon salió hace un momento a comprar tu asado *Tri-Tip* favorito.

—Sois geniales, chicos, gracias —dijo Sebastian mirando a Samantha, feliz de que su hermano hubiera encontrado a una esposa tan maravillosa. Se rio cuando pensó en lo mucho que su hermano se merecía a esa mujer, especialmente después de todos los problemas por los que había pasado.

Mientras cocinaba, Samantha tenía la televisión encendida; en realidad, aquel era el único momento en que podía ponerse al día con las noticias. Sus dos hijos le ocupaban todo el tiempo y requerían la mayor parte de su atención a lo largo de la jornada.

En la televisión, Bill O'Reilly estaba entrevistando a Brad Conner, el presidente republicano de la Cámara de Representantes, y a la representante democrática de California, Shelly Gómez.

«El Presidente está claramente fracasando a la hora de garantizar la seguridad de nuestro país. El hecho de permitir que Irán fabrique

combustible nuclear y simplemente darle palmaditas en la espalda no nos mantendrá seguros. No se puede confiar en el régimen iraní. Necesitamos...»

«... ¿Qué necesitamos, Sr. Presidente, otra guerra?», replicó la Sra. Gómez.

«Tenemos que poner todas las cartas sobre la mesa y tenemos que proyectar fortaleza, no dar el mensaje de que no haremos uso de la fuerza».

«Presidente Conner, usted se opone a los ataques preventivos. ¿Estaría a favor de atacar las centrales nucleares iraníes si tuviéramos información sólida de que está fabricando armas nucleares o vendiendo combustible apto para armas a los terroristas?», preguntó O'Reilly.

«Bill, Irán es un estado terrorista. Para contestar a tu pregunta de manera más directa, sí, lo estaría».

«Sra. Gómez, ¿qué dice usted?», preguntó rápidamente O'Reilly.

«Sr. O'Reilly, debemos mantener siempre todas las opciones sobre la mesa. Sin embargo, no podemos saltarnos la diplomacia y debemos asegurarnos de que hemos agotado todas las posibilidades de alcanzar una solución pacífica».

«Entonces, ¿estaría a favor de un ataque militar?», le preguntó O'Reilly de manera directa.

«Lo que estoy diciendo es que no debemos encorsetarnos en una única solución».

«Es una simple pregunta de sí o no, Sra. Gómez», le replicó O'Reilly.

«Sr. O'Reilly, la diplomacia es más dinámica que una simple respuesta de sí o no», le respondió desafiante la representante Gómez, quien parecía algo nerviosa.

«Entiendo, Sra. Gómez. Permítame hacerle la pregunta de una forma más clara. Si agotase todas las vías diplomáticas y tuviese información de que Irán está desarrollando un arma o que está preparándose para vender combustible apto para armas a un grupo terrorista conocido que después la usaría como arma sucia o, aún peor, si quisiera venderles algún arma nuclear, ¿estaría a favor de un ataque militar?».

«Creo que debe definir eso de “agotar todas las vías diplomáticas”», contestó la Sra. Gómez.

«¿De verdad, Sra. Gómez? ¿De verdad no puede contestar a esa pregunta?», siguió presionándola O'Reilly algo indignado.

El presidente Conner los interrumpió.

«Yo puedo contestar a esa pregunta, Bill. Sí, yo los atacaría y los atacaría de forma severa. Bill, la Sra. Gómez es consciente de las amenazas, las verdaderas amenazas a las que se enfrenta nuestro país. Ella conoce los informes, pero, ¿qué hacen ella y sus colegas? Votan todo el tiempo para debilitar nuestras defensas o para no financiar proyectos que pueden ayudarnos a fortalecerlas».

«Sr. Presidente, ¿a qué amenazas se enfrenta nuestra nación de las que no son conscientes los estadounidenses?», O'Reilly preguntó intentando resumir las cosas.

«Lo que más temo es que una nación del mal o un grupo terrorista nos ataque con un arma de pulso electromagnético o con un arma electromagnética. No estamos preparados para esto; destruiría toda nuestra red eléctrica. Por un lado, los iraníes han demostrado ser conscientes de esta debilidad, y quieren aprovecharse de ello».

«Ahí lo ve otra vez sembrando el miedo, Sr. Presidente», acusó la Sra. Gómez con desdén.

«¿Miedo? Sra. Gómez, usted ha visto los informes relativos a esta amenaza específica. Incluso algunos miembros de su partido se han dado cuenta de la amenaza y han sacado adelante propuestas de ley que no llegan más allá del Comité. Actualmente estoy presionando al Congresista Markey para que vuelva a sacar adelante esa misma propuesta de ley. Trabajaré duro para garantizar que, por lo menos, la propuesta recibe la votación a favor o en contra que merece», replicó Conner obviamente irritado.

«Sra. Gómez, tiene usted la última palabra, responda por favor a lo que acaba de decir el presidente de la Cámara».

«Sr. O'Reilly, este gobierno está haciendo un trabajo increíble para la defensa de nuestra nación. Después de al menos 10 años de guerra, es hora de cuidar de nuestra patria y abordar los problemas domésticos. Lo tenemos todo bajo control en cuanto a la defensa respecta. Tenemos que abordar otros problemas como la educación y la sanidad».

«Bueno, tenemos que dejarlo aquí. Sra. Gómez, Presidente Conner, les doy las gracias por su tiempo. En el siguiente punto tenemos con nosotros al

General retirado McCasey para hablarnos sobre los recientes ataques terroristas de París y Londres».

Samantha cogió el mando a distancia y apagó la televisión.

—Perdona, es el único momento en el que puedo escuchar lo que está pasando. Da mucho miedo con todos los ataques que se están produciendo en todo el mundo, tengo la sensación de que es solo cuestión de tiempo que ocurran aquí también.

—Sí, quizás; yo no me centraría mucho en eso, creo que aquí estamos bastante seguros. En cuanto a las charlas televisivas, simplemente no las veo. Todo me suena a un montón de palabrería hueca —dijo Sebastian.

—¿Te traigo una cerveza?

—Iré yo, sé dónde están, ¿te traigo una a ti también? —preguntó Sebastian al abrir el frigorífico.

—Sí, claro, gracias.

—¡Coge también una para mí! —Sebastian reconoció la voz de su hermano. Gordon tenía una sonrisa de oreja a oreja cuando entró en la cocina; siempre le encantaba volver a ver a su hermano pequeño.

—¡Gordon! —gritó Sebastian, quien dejó las cervezas sobre la encimera. Se acercó a su hermano y le dio un fuerte abrazo—. ¡Me alegro de verte, gracias por la invitación!

—Por supuesto, hermanito. Ojalá nos viéramos más.

Gordon se volvió hacia Samantha y le hizo una pregunta.

—¿Dónde están los niños?

—Fuera jugando con los juguetes que Sebastian les ha traído.

—Cuéntame, ¿qué tal te va? —preguntó Gordon a Sebastian tras tomar un trago de su cerveza.

—Supongo que tengo que hacerte una pregunta —respondió Sebastian señalando a los dedos de Gordon—. Ya sabes, si fue la política sobre homosexualidad del «no preguntes, no lo digas» lo que te hizo salir del Cuerpo, puedes volver sin problemas.

—¿Qué? —preguntó Gordon impresionado por los comentarios de Sebastian antes de darse cuenta de que aún tenía las uñas pintadas de color rosa.

—Los niños —explicó ignorando el comentario.

Gordon fue hasta el frigorífico para coger la carne del asado.

—Bueno, señor sabelotodo, ¿qué tal si me ayudas ahí afuera con esto?

—Entendido.

—La cena estuvo genial. Estoy lleno —dijo Sebastian recostándose en la silla.

—Me alegro de que te haya gustado. ¿Por qué no me encargo yo de todo esto y vosotros os vais a disfrutar de una cerveza mientras charláis? —dijo Samantha recogiendo los platos.

—¿Estás segura? —preguntó Gordon mirándola desde la silla. Gordon respetaba a Samantha y veía su relación y su responsabilidad como padre como una verdadera colaboración. Nunca quería dar por sentado quién debía encargarse de las tareas de la casa.

—Sí, estoy segura. Vosotros os vais a hacer cosas de chicos: tomar un par de cervezas, hablar tonterías y arreglar los problemas del mundo. Yo llevaré a los niños arriba y veremos una película —ella le dio un beso en la mejilla—. Te quiero, cari.

—Yo a ti también, cielo.

Sebastian observó la interacción de los dos y sonrió. Cuando le llegara el día de establecerse, quería exactamente lo que tenía su hermano. Por supuesto, eso no pasaría en un tiempo porque aún le quedaba un año de alistamiento y llevaba una vida de mucha diversión.

Samantha recogió los platos que quedaban y regresó a la cocina. Los dos hermanos pudieron escuchar cómo ella les hablaba a los niños. Tras un momento de chillidos y risas, la casa quedó en silencio.

—Cojamos esas cervezas y vayamos al patio trasero —Gordon se levantó y Sebastian lo siguió hasta el frigorífico antes de salir.

—Aquí tienes —Gordon le pasó a su hermano una cerveza fría y se sentó.

—Gracias, ¿y qué has estado haciendo últimamente?

—Tú sabes, lo normal. Ah, he estado yendo al campo de tiro últimamente.

—Bien, ¿alguna nueva adquisición?

—Sí, cuando estuve en Idaho me paré en una exposición de armas y compré un M-4 y otra pistola SIG.

—Siempre fuiste más coleccionista que yo, tú y papá erais iguales en ese

sentido —comentó Sebastian antes de coger una cerveza.

—Bueno, cuéntame más sobre los francotiradores exploradores —le preguntó Gordon al poner los pies encima de la mesa.

—Es algo que quiero hacer de verdad, probaré en un par de semanas, así que ya veremos.

—Mientras tú lo tengas claro —dijo Gordon mirando la cerveza que tenía en la mano.

—¿Qué significa eso? —preguntó Sebastian levantando una ceja.

—Solo eso.

—Mira, no proyectes en mí tu ira contra el Cuerpo —dijo Sebastian con firmeza.

—No estoy proyectando nada. Solo quiero asegurarme de que tomas la decisión correcta. No creo que tomaras la decisión correcta cuando te alistaste desde un principio para seis años. Lo único que tenías que hacer era alistarte para cuatro y, si te gustaba, alistarte otra vez —le exhortó Gordon.

Sebastian miró fijamente a su hermano algo frustrado. Lo quería mucho, pero odiaba que Gordon actuase como un padre. Pensaba que, después de dos misiones de combate, una en Irak y otra en Afganistán, su hermano lo trataría finalmente con respeto. Sabía que todo venía de dos cosas, de las cuales una era que los padres de Gordon y Sebastian habían muerto pocos años atrás. Desde entonces, Gordon se impuso la tarea de llenar ese vacío para su hermano, mucho más pequeño que él. El otro problema era la ira que Gordon sentía hacia el Cuerpo de Marines; se sentía traicionado tras el incidente en Faluya ocurrido 10 años antes.

—Gordon, sé lo que hago. Los francotiradores exploradores son una unidad estricta, profesional y motivada. Ojalá pares de cuestionarme. Sé que me pediste que no me alistara a la Marina, pero lo hice. Luego estabas en contra de que me alistara para seis años, pero también lo hice. Tenía que asegurarme el trabajo que quería. Te pusiste en mi contra por ser artillero TOW y ahora me estás cuestionando esto. Soy un hombre, sé lo que hago —Sebastian se sentó firme en la silla y miró a su hermano directamente a los ojos.

—Vale, vale —respondió Gordon agitando su mano izquierda en el aire y volteando los ojos.

—Voy a cambiarle el agua al canario—. Sebastian dejó su cerveza y entró

en la casa.

Gordon echó la cabeza sobre el respaldo de la silla y contempló las estrellas. Recordó el día en la mezquita de Faluya. En los años inmediatamente después, él había reproducido mentalmente el incidente una y otra vez. Sin embargo, cada vez que lo hacía, concluía que lo haría todo de la misma forma. El ridículo y el odio que recibió lo frustraron infinitamente. La investigación del equipo del NCIS comprobó que había tomado la decisión correcta, pero aquellas historias no son interesantes y siempre terminan en las páginas de cotilleos de los periódicos. En cambio, las historias de marines que disparan a prisioneros «heridos y desarmados» ocupan la primera página y son una piltrafa política. Lo que más odiaba era la política. Toda la situación cambió la manera en que veía a su país y a sus conciudadanos. Cuando llegó la hora de su realistamiento, Gordon optó por salir del Cuerpo. Ya no podía arriesgar su vida por defender a un país en el que la mitad de los ciudadanos lo odiaba o, solo algo mejor, no sabían nada de él.

Gordon se había alistado al Cuerpo de Marines justo después de los ataques del 11 de septiembre. Dejó la Universidad George Mason cuando cursaba su tercer año y abandonó una beca académica porque sintió que su generación estaba llamada a servir a su país. En ese momento, esto le pareció ser lo correcto, pero ahora las cosas habían cambiado.

A veces, se preguntaba por qué había sacrificado tantas cosas. ¿Para qué? ¿Para que las personas lo odiasen? ¿Para que dieran por hecho su libertad? ¿Por todos los vagos y todos los imbéciles que solo quieren cruzarse de brazos y no hacer nada? Que les den, pensaba... Nunca jamás volvería a sacrificarse por nadie, salvo por su familia y sus amigos. Ahora su hermano estaba arriesgando su vida para que estos mismos inútiles pudieran quedarse cruzados de brazos dando por hecho sus libertades y abusando de sus derechos.

Sebastian sabía cómo se sentía, pero él no fue nunca el idealista que Gordon fue alguna vez. Sebastian amaba su país, por supuesto, pero él estaba allí en busca de aventuras. Amaba la acción y se sentía afortunado de que le pagasen por hacer explotar cosas por los aires. Nunca pensaba mucho en política porque la consideraba una pérdida de tiempo. A Gordon le hubiera encantado compartir la visión de su hermano, pero, ¿cómo puede sobrevivir nuestro país si lo único que hacemos es mirar por nosotros mismos? Libraba

un conflicto ideológico, pero, en la práctica, hasta que no desapareciera su ira no volvería a poner a nadie más por encima de sí mismo ni de su familia.

El regreso de Sebastian interrumpió los pensamientos de Gordon.

—Aquí tienes, hermano —le dijo Sebastian pasándole otra cerveza.

—Gracias. Mira, lo siento si te di la impresión de que dudaba de ti. Te respeto y la única visión que tengo de ti es la de un hombre. Sabes cómo me siento en relación con el Cuerpo y todo lo demás. De verdad que no quiero volver a entrar, y no quiero que te ocurra nada a ti —le dijo Gordon incorporándose y cogiendo la cerveza.

—Lo sé, lo sé. Mira, estaré en buenas manos. Por cierto, me olvidé de decírtelo. Acaba de llegarnos un nuevo comandante —dijo Sebastian tras beber un buen trago de cerveza con una gran sonrisa en su rostro.

—¿Quién es? —preguntó Gordon interesado.

—¡Barone!

—¿El comandante Barone? —a Gordon se le agrandaron los ojos.

—Sí, pero ahora es Teniente Coronel.

Una vez más, la memoria de Gordon viajó hasta el momento posterior al incidente de Faluya. El comandante Barone fue uno de sus defensores más convencidos. Él estuvo a su lado cuando los demás estaban dispuestos a entregarlo para acallar a los políticos y a los medios de comunicación. La prensa experimentó un gran auge con esta historia e informó del tiroteo de forma cruel y sanguinaria. A todos los efectos, Gordon había sido condenado públicamente antes de que las investigaciones ni siquiera hubieran terminado.

Gordon habló consolado por el recuerdo de un amigo fiel.

—Qué buena noticia. Es un gran hombre. Definitivamente, con él estás en buenas manos.

—Sabía que te alegrarías de volver a escuchar su nombre. Yo no he tenido la oportunidad de conocerlo en persona, pero he oído que adora a sus francotiradores. Estoy emocionado. Ahora, lo único que tengo que hacer es mentalizarme y hacer las cosas bien.

—En realidad me alegra mucho que él esté al mando y que sea él quien os lleve de vuelta al cotarro en vuestra próxima misión —Gordon se sintió aliviado de que su hermano estuviera rodeado por una compañía tan fiable.

Gordon estaba muy contento de haber oído aquellas noticias.

Independientemente de la seguridad de su hermano, él siempre se preocuparía por él y lo cuidaría. Sebastian era su hermano pequeño y, como hermano mayor, Gordon se sentía responsable de él aun cuando ello significara ser acusado de actuar como un padre. Gordon también estaba preocupado por el aumento de ataques terroristas en todo el mundo contra las instalaciones militares. En los últimos meses, también habían aumentado los ataques contra objetivos civiles en Europa. Él y Samantha habían hablado en ocasiones de lo raro que les parecía que ese tipo de ataques nunca se hubieran producido en los Estados Unidos. Con una frontera tan porosa en el sur, Gordon tenía la sensación de que EE. UU. no siempre tendría tanta suerte. Sabía que los terroristas volverían en cualquier momento y que el próximo gran ataque podría ser tan nefasto que podría poner al país en jaque.

Gordon dejó de lado los pensamientos sobre la crueldad del mundo y se concentró en pasarlo bien con su hermano. Después de unas cuantas cervezas más, algunas risas y un breve viaje por sus recuerdos, los dos hermanos se despidieron.

Tras acompañarlo a la puerta principal, Gordon le dio a Sebastian un abrazo y le dijo lo siguiente:

—Si alguna vez necesitas algo, llámame; no lo dudes. Estamos aquí para lo que necesites.

—Lo haré, Gordon. Te quiero, hermano —Sebastian siempre se sentía mal cuando llegaba la hora de irse; odiaba las despedidas.

Cuando Sebastian caminaba ya por la acera, Gordon le gritó.

—¡Estate al tanto, marine!

4 DE DICIEMBRE DE 2014

«El miedo es un sufrimiento que produce la espera de un mal».
- Aristóteles

San Diego, California (EE. UU.)

«Esto es una Alerta de Noticias CNN. Se han producido una serie de explosiones en el centro de Seattle, dentro del CenturyLink Field, estadio de los Halcones Marines de Seattle. Por el momento se desconoce el número de víctimas. Damos paso a nuestra filial local que está informando mientras sobrevuela el estadio en helicóptero».

—Dios mío —jadeó Samantha conmocionada al taparse la boca con la mano.

—Mami, ¿dónde está Hunter? — preguntó Haley.

—Está arriba jugando en su habitación; ahora tranquilízate un momento — dijo Samantha sin mirar a Haley.

—Mami, mami, quiero zumo —dijo Haley agarrándose a los pantalones de Samantha.

—Un segundo, Haley —respondió Samantha a su hija.

—¡Mami! —gritó Haley ignorando la desestimación de su madre.

—Haley, por favor, cielo, ¡un segundo! —respondió Samantha levantando la voz—. Mami está viendo algo muy importante.

Samantha no podía apartar la mirada de las escenas del televisor. Del estadio salían columnas de humo. Por desgracia, ahora estas imágenes se estaban convirtiendo en algo muy común.

Desde el 6 de septiembre se habían producido reiterados ataques por todo

el país. Desde coches bomba y terroristas suicidas a hombres armados que entraban en centros comerciales... la violencia se había convertido en un hecho casi cotidiano. Desde Miami a, como ahora, Seattle, parecía como si no hubiese ningún lugar seguro en los Estados Unidos. La noche anterior, el Presidente había intentado calmar a la nación con un discurso televisado a nivel nacional en el que prometía que estaba haciendo uso de todos los recursos disponibles para frenar futuros ataques.

Lamentablemente, estos ataques se estaban haciendo tan frecuentes por todo el país que muchos recursos estaban empezando a resultar insuficientes. Las distintas agencias de inteligencia habían logrado parar algunos incidentes, pero, debido a su naturaleza esporádica, era imposible pararlos todos. Todos los estadounidenses estaban de los nervios; muchos habían dejado de frecuentar por completo los lugares públicos concurridos, pero algunas personas seguían enfrentándose a la situación con valentía. Samantha y Gordon eran de los que evitaban por completo salir de casa. Cuando se aventuraban a hacerlo, era solo para conseguir lo que no podían conseguir desde Internet y nunca sacaban a sus hijos. Había mucha tensión y la economía se estaba resintiendo por los repetidos ataques.

—¡Gordon! —gritó Samantha.

Pasó un minuto sin que se escuchara respuesta de Gordon, y ella volvió a gritar aún más alto que antes.

—¡Gordon, ven aquí!

—¿Qué pasa? —gritó él desde su oficina al final de la casa. Gordon tenía suerte; trabajaba desde casa para una empresa de diseño web. Después de salir del Cuerpo de Marines, no sabía qué hacer; no quería volver a la universidad, pero necesitaba un trabajo. Había estado trabajando para conseguir hacerse con un grado en informática antes de unirse al Cuerpo y se le daban muy bien los ordenadores. Durante su tiempo en la universidad, diseñaba sitios web para conseguir un dinero extra, por lo que le parecía lógico gravitar en torno a un campo conocido.

Disfrutaba del trabajo, pero disfrutaba más de la libertad que le ofrecía el trabajar desde casa porque le permitía pasar más tiempo con su familia. Ahora, con todos los ataques, se alegraba especialmente de no tener que andar yendo y viniendo de aquí para allá, exponiéndose como un blanco posible.

Gordon entró en el salón. Samantha estaba sentada en el filo del sofá,

inclinada hacia adelante con los codos sobre las rodillas y tapándose la boca.

Él reconoció la mirada desesperada en el rostro de su esposa y miró hacia el televisor buscando una confirmación.

—Mierda, ¿de verdad? ¿Otro ataque? ¿Dónde?

—Seattle —Samantha se quitó finalmente las manos de la cara.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó él.

—Gordon, cállate, no puedo escuchar —Samantha parecía triste y estresada.

Él se le acercó y se sentó junto a ella en el sofá. Luego le cogió la mano. Ella se volvió hacia él; tenía los ojos llenos de lágrimas y la voz entrecortada.

—Tengo miedo, Gordon, estos ataques no van a parar. Sabíamos que llegarían, ¡pero son incesantes!

—Sé que estás asustada, cielo. Haré todo lo que pueda para mantenernos seguros, confía en mí. Haré lo que sea necesario para protegeros a todos —dijo Gordon mientras apretaba la mano de su mujer y la miraba a los ojos—. Con la mano que tenía libre, Gordon le limpió las lágrimas que comenzaban a caerle por las mejillas.

—Lo sé, pero prométeme otra vez que harás lo que sea necesario para cuidar de los niños.

—Te lo prometo —le dijo cogiéndola por detrás de la cabeza y acercándola suavemente hacia él. Luego se inclinó y la besó. Pudo sentir el tono salado de las lágrimas que le corrían por los labios.

—Papi, ¿por qué está llorando mami? —preguntó Haley apoyándose en Gordon.

—Ven aquí, cielo —Gordon estiró la mano y agarró a Haley para traerla hacia él; las abrazó a las dos y se dirigió a ellas—. Vamos a estar bien, os lo prometo. Pase lo que pase, esta familia estará bien.

En el televisor, el reportero que estaba en el helicóptero en el lugar de los hechos empezó finalmente a ofrecer algo de información preliminar.

«Lo que parece haber ocurrido es que tres terroristas suicidas se han hecho estallar. Se nos dice que la primera explosión tuvo lugar en un puesto de control de seguridad. Aparentemente, el personal de seguridad había notado algo raro en una de las personas que hacían cola y, cuando se acercaron a él, hizo explotar las bombas que portaba. Las otras dos

explosiones se produjeron en menos de un minuto respecto a la primera. En este mismo momento, recibimos noticias contradictorias en cuanto al número de víctimas, que va de las 50 a las, quizás, 150. Ahora mismo, aquí todo es un caos».

Gordon abrazó con fuerza a Samantha y a Haley con la mirada fija en las noticias. Sintió una gran ira al ver cómo el humo salía del estadio. En el tiempo que había tenido para prepararse, sabía que habría podido hacer muchas cosas porque los ataques llevaban produciéndose meses.

Aún no se lo había dicho a Samantha, pero últimamente Gordon había estado considerando la idea de llevarse a su familia para que se quedase en la cabaña que tenían en McCall, Idaho. Como se sentía vulnerable, pensaba que la pequeña población de McCall, de aproximadamente 2.500 personas, alejaría a esta ciudad de la lista de objetivos terroristas.

Tras la primera semana de ataques, Gordon prohibió a Hunter ir a la escuela ni a ningún otro lugar. Se esforzaba por explicarles lo que estaba sucediendo sin asustarlos, pero eran solo niños y no entendían demasiado.

Gordon se sentía seguro en su vecindario, situado al norte del Condado de San Diego. Vivían en una comunidad limpia y privada, pero tenía la sensación de que su familia estaba encarcelada en su propia casa.

Gordon había mantenido un contacto constante con los padres de Samantha durante todos los atentados. Los padres de Samantha vivían en Kansas City, Misuri. El padre de Samantha estaba enfermo y necesitaba mucha atención médica, así que no había forma de convencerlos de que se fueran a Idaho. Gordon se preocupaba por ellos, pero su prioridad principal eran Samantha, Hunter y Haley.

Musa Qala, provincia de Helmand, Afganistán

Sebastian estaba posicionado en un puesto de observación en el extremo sur de la Base de Operaciones Avanzadas de Musa Qala. Se acababa de enterar del nuevo ataque suicida en Seattle. En cierto modo, parecía que la situación era más segura en la provincia de Helmand que en las grandes ciudades de su propio país. Sabía que Gordon y la familia estaban bien, pero muchos de sus colegas marines estaban muy preocupados por sus familias y deseaban poder regresar para protegerlos.

Sebastian estaba muy cansado e impaciente por que terminase su guardia para poder dormir un poco. Su equipo de francotiradores había estado bastante ocupado desde el primer momento en que llegaron al país a finales de agosto. La mayoría de francotiradores, incluido él, contaba con docenas de muertes confirmadas. Aunque Musa Qala ya no era un lugar tan violento como en el pasado, seguía siendo un entorno rico en objetivos para los francotiradores.

Sebastian adoraba su nueva vida como Francotirador Explorador con el 2.º Batallón del 4.º Regimiento de Marines; era todo lo que podía pedir. Estaban al mando del Tte. Cnel. Barone, un marine de marines, con una gran reputación a sus espaldas. Cuidaba de sus marines y siempre protegía a sus francotiradores.

Sebastian recordó un incidente ocurrido cuando acababan de llegar al país. Habían realizado operaciones de reconocimiento del valle en busca de alguna señal de los talibanes. Durante la sesión de instrucciones al S-2 del Equipo de Combate del Regimiento, el servicio de inteligencia de su equipo fue cuestionado por un oficial del Gobierno. Barone saltó en defensa de su equipo diciendo al oficial que sus francotiradores eran los mejores en su campo y que, si el Cabo Van Zandt había dicho que habían recopilado información sobre los movimientos de los talibanes, eso, maldita sea, era correcto. Sebastian nunca olvidaría a Barone diciéndole a ese comandante que él, un cabo, sabía más sobre lo que estaba sucediendo en el campo de batalla de lo que sabía el comandante. Sebastian tendría siempre ese momento grabado en la mente. Ése y otros incidentes similares granjearon a Barone la lealtad absoluta de los marines de su batallón; todos estaban dispuestos a hacer cualquier cosa que necesitase.

Washington, D. C. (EE. UU.)

Tras salir del edificio de oficinas Rayburn, el orador Brad Conner fue directo hacia varios reporteros que se enfrentaban a un frío día de diciembre mientras esperaban una oportunidad para hacerle algunas preguntas. Tenía prisa, pero se detuvo para contestar a las preguntas que pudiera responder en referencia al último ataque terrorista en la ciudad de Seattle. Conner no tenía una estatura física que impresionara; no era ni alto ni fornido, pero era un hombre de una gran entereza; cuando entraba en una habitación, todos se

percataban de su presencia. Tenía el pelo corto, negro y con entradas, el estilo perfecto para un político conservador. En la universidad, unos 28 años atrás, había sido más activo y había jugado al béisbol, pero los días de entrenamiento dieron paso a muchas horas sentado detrás de un escritorio. Solía bromear diciendo que había renunciado a su tableta de chocolate por un barrilete de cerveza.

—Sr. Orador, Sr. Orador, ¿cuenta con los votos en la Cámara para aprobar la Ley de Vigilancia?

—He estado manteniendo un estrecho contacto con el jefe de la bancada mayoritaria y estamos manteniendo conversaciones sobre nuestros miembros, ya que sé que el jefe de la bancada minoritaria está haciendo lo mismo. Yo, así como muchos otros colegas, tenemos cierta preocupación sobre la Ley, pero somos conscientes de las cuestiones urgentes que tenemos ante nosotros y que se magnifican por el ataque más reciente ocurrido en Seattle —explicó Conner de forma pausada pero contundente mientras se ponía unos guantes de cuero.

—Sr. Orador, entendemos que el Presidente ha solicitado mantener una Sesión Conjunta del Congreso para hablarle a usted y a la nación sobre estos atentados. ¿Será así? —gritó un reportero desde el final del grupo mientras movía la mano en el aire.

—He recibido la solicitud formal del Presidente y atenderemos su solicitud mañana por la tarde.

—¿Estará presente en esta Sesión Conjunta a la luz de la situación personal en la que se encuentra su hijo en Oklahoma City? —preguntó otro reportero que apuntaba su micrófono hacia Conner.

—Como saben todos ustedes, mi hijo tuvo un accidente de coche en Oklahoma City esta misma mañana. Su madre está ahora allí con él y yo me voy para estar a su lado. Estoy planeando estar de regreso en Washington mañana por la tarde para el discurso del Presidente, por lo que espero que entiendan que ésta tendrá que ser la última pregunta. Muchas gracias a todos —Conner terminó y se abrió rápidamente paso a través del grupo de reporteros escaleras abajo hasta llegar a su limusina.

Conner se metió en el coche y cerró la puerta; dentro lo esperaba su asistente personal.

—Su vuelo está programado, señor, y la última noticia de su esposa es que su hijo se ha estabilizado.

Dylan McLatchy no solo era el asistente principal de Conner, sino también su mano derecha en muchos aspectos. Dylan había empezado a trabajar como asistente cuando estaba en la universidad y ahora había llegado a convertirse en el asistente de confianza del tercer hombre más poderoso del mundo. Dylan era pequeño; apenas sobrepasaba el metro sesenta y cinco de altura. Se enorgullecía de su apariencia y tendía a ser lo más moderno posible mientras que mantuviese una apariencia lo suficientemente conservadora. Las gafas con monturas negras que llevaba parecían quedarle grandes, su pelo negro azabache siempre lucía recortado y limpio. A Conner le gustaba mucho Dylan porque siempre estaba disponible. Independientemente de la hora a la que lo llamase, Dylan siempre estaba dispuesto a ayudarlo.

—Gracias, Dylan, démonos prisa, por favor —dijo Conner lo suficientemente alto para que lo escuchase el chófer.

La limusina salió a toda velocidad por la calle *C Street* en dirección al aeropuerto.

5 DE DICIEMBRE DE 2014

«El infierno está vacío y todos los demonios están aquí».

- William Shakespeare, *La Tempestad*

San Diego, CA (EE. UU.)

Era otra hermosa mañana de diciembre en California del Sur; a diferencia de la mayor parte del país, hacía unos 16 grados con un luminoso cielo azul. El tiempo era perfecto para la carrera matutina de Gordon, quien apreciaba mucho sus escapadas diarias; tan solo 20 minutos para despejarse mientras el resto de sus vecinos salían para el trabajo le eran suficientes para sentirse satisfecho y alegre. Mientras corría, pensó en su conversación con Samantha la noche anterior; le había dicho que llevaría a la familia hasta Idaho para que pudieran esperar a salvo a que pasaran los incesantes ataques y para que pudieran estar en un entorno donde pudiesen relajarse. Ella se mostró totalmente de acuerdo y lista para comenzar a hacer las maletas para el viaje. Aun cuando aquello significaba cambiar el clima perfecto de San Diego por unas espesas capas de nieve, Gordon estaba impaciente por llegar hasta allí. Él y Samantha solo necesitaban un par de días para planear el viaje y hacer las maletas, de modo que estarían allí para el fin de semana. Habían dado la noticia del viaje a los niños esa misma mañana y les habían prometido disfrutar de unas Navidades blancas como excusa. Los niños estaban muy ilusionados; les encantaba Idaho y estaban deseosos por jugar en la nieve.

Gordon se detuvo en una intersección con mucho tráfico, apretó el botón del cruce de peatones y esperó pacientemente a que cambiase la señal roja de «No pasar». Aprovechó el tiempo para estirar; flexionó la cintura y tocó el suelo estirando la espalda baja y los isquiotibiales. Se enderezó y comprobó

la señal, cuyo color era negro, ni rojo ni blanco. De repente, dos coches colisionaron delante de él. Antes de que pudiera recomponerse del impacto del primer accidente, otro coche chocó con los dos primeros. Se quedó mirando cómo otros coches iban apilándose unos encima de los otros. Hacía tiempo que no presenciaba un accidente. Gordon se quedó mirando a los coches destrozados; luego, se percató poco a poco de que no se movía ningún coche por la carretera, por lo general con mucho tráfico. Entonces, se dio cuenta de que todas las luces de la zona estaban apagadas y que tampoco parpadeaban en rojo como lo harían normalmente durante un apagón. Miró a la izquierda de la carretera y vio todos los coches parados o en punto muerto. Al mirar a la derecha, vio lo mismo y arqueó las cejas lleno de curiosidad.

—¿Qué está pasando? —preguntó un conductor evidentemente malhumorado mientras cerraba la puerta de su coche y miraba a su alrededor.

—Mi coche acaba de morir y no quiere arrancar —dijo otro conductor al primero.

Gordon se quedó justo donde estaba asimilando todo lo que pasaba a su alrededor.

—¿Qué es eso? —gritó alguien señalando hacia algo que volaba por la parte oriental del cielo.

Gordon siguió el dedo del hombre y vio una fuente de luz en el cielo, más pequeña que el sol y mucho menos brillante.

Mientras miraba aquella esfera resplandeciente, podía escuchar los comentarios de otras personas, así como los gritos de las personas accidentadas. Oyó cómo la gente se quejaba de que no funcionaban ni los teléfonos móviles ni los coches.

—¡Dios mío! ¡Se va a estrellar! —gritó una mujer calle abajo desde fuera de su coche.

Gordon se volvió hacia la mujer y siguió su línea de visión en dirección ascendente hacia el cielo, donde vio un avión en caída libre. Estaba lejos, pero lo suficientemente cerca como para poder apreciar que se trataba de un avión comercial. El avión parecía un juguete mientras caía en picado desde el cielo, y todo el escenario parecía surrealista. Gordon se quedó en su sitio, congelado, viendo cómo caía el avión hasta que se estrelló en la lejana ladera de una montaña formando una ardiente y mortal bola de color rojo.

A esta catástrofe aérea le siguieron gritos de horror. Al igual que él,

muchas de las personas que estaban alrededor de Gordon estaban petrificados por lo que acababan de presenciar. Tras escapar finalmente de su parálisis temporal, Gordon comenzó a correr hacia casa. Sabía que tenía que regresar lo antes posible.

Mientras corría hacia su casa, el entrenamiento militar de Gordon comenzó a hacerse notar. Empezó a evaluar la situación y empezaron a encajar distintos fragmentos de información. El corazón le latía con fuerza. Veía personas fuera de sus vehículos levantando sus teléfonos móviles allá donde miraba. Todo parecía sumamente irreal, pero tenía la sensación de que sabía lo que podría estar ocurriendo.

Era obvio que su ciudad natal había sufrido un ataque, pero Gordon no sabía si aún faltaba por llegar algo peor. Cuando llegó a la cima de una colina desde donde podía ver a varios kilómetros a la redonda, vio humo en la lejanía y, en una zona, lo que parecían ser grandes lenguas de fuego que se alzaban hacia el cielo. El fuego y el humo estaban a varios kilómetros de distancia, pero había ocurrido algo importante. Cuando llegó a la intersección que llevaba a su comunidad, vio que esas calles estaban plagadas de coches parados, cristales rotos y otros escombros procedentes de varios accidentes de tráfico. Los semáforos no funcionaban y los guardias que estaban en las puertas estaban parados hablando con los propietarios de los coches inmovilizados. Todo el mundo estaba quieto.

Cuando Gordon pasó corriendo por su lado, oyó por casualidad las claras palabras de un guardia: «Señora hemos experimentado algunos cortes de corriente y de las líneas telefónicas, estoy seguro de que pronto se restablecerán, así que no cunda el pánico».

Cuando llegó a la entrada peatonal, abrió la puerta con su llave de ingreso y siguió corriendo. Tras llegar finalmente a su calle, vio a algunos vecinos con la mirada puesta en los teléfonos móviles que tenían entre las manos; estaban pulsando botones, al parecer intentando encender de nuevo sus dispositivos.

Gordon les gritó sin aminorar el ritmo.

—¡Vuelvan dentro ahora! ¡Vuelvan dentro y refúgiense!

Nadie lo escuchó; todos permanecieron donde estaban, confusos y desconcertados.

Tras recorrer muchos kilómetros de difícil camino, Gordon llegó hasta la

puerta de entrada de su casa. Le costaba respirar, estaba temblando e intentaba concentrarse mientras cogía las llaves. Tenía las manos y los dedos resbalosos por el sudor y le costaba sujetar la llave correcta.

—¡Venga, joder!

La puerta se abrió mientras Gordon aún seguía intentando controlar torpemente las llaves. Samantha estaba en el portal con Haley sentada en la cadera y Hunter abrazado a su pierna.

—¿Qué está pasando? ¡No funciona nada! —exclamó Samantha con urgencia. Estaba visiblemente nerviosa; los ataques de los meses pasados ya la habían puesto en alerta y ahora esto no ayudaba a que se tranquilizara.

Gordon entró y le habló con firmeza.

—Sígueme —le dijo cuando pasó por su lado tras cruzar el umbral.

Ella lo hizo sin dudar, pero siguió haciendo preguntas.

—¿Qué está pasando?

—Samantha, no tengo tiempo para explicártelo todo. Por favor, solo escúchame —Gordon los guio hasta las mesas empotradas en la zona de la cocina—. Necesito que ahora os pongáis ahí debajo y que os quedéis ahí hasta que vuelva.

—Gordon, ¿por qué? Por favor, dímelo —Samantha tenía los ojos muy abiertos; el miedo que sentía podía verse en su expresión. Hunter y Haley podían percatarse de la tensión y la urgencia, y Haley comenzó a llorar.

Samantha la besó y le habló con dulzura.

—Todo estará bien, cielo, te lo prometo.

—Estoy asustada, mami —dijo Haley enterrando la cabeza en el hombro de Samantha y abrazándose a su cuello.

—Yo también, mami —dijo Hunter justo después. Él no estaba llorando, pero Gordon podía ver el miedo en el rostro de su hijo.

—Por favor, Sam, solo escúchame y confía en mí. Poneos allí debajo y esperadme.

—¿A dónde vas? ¿Por qué te vas? —le preguntó Samantha, quien se negaba a soltarlo del brazo.

—Cielo, no me voy de la casa, solamente estoy preparando algunas cosas. Solo serán algunos minutos.

—Por favor, Gordon, no nos dejes —le suplicó Samantha aferrándose

desesperadamente al antebrazo de su marido.

Gordon se arrodilló y abrazó a toda su familia.

—Os prometo que estaré de vuelta enseguida—. Gordon besó a Samantha, se puso de pie en un salto y entró rápidamente en la cocina.

Gordon puso el tapón del fregadero y abrió la llave del agua, luego fue corriendo hasta el dormitorio más cercano e hizo lo mismo con el lavabo y la bañera de aquella habitación. Fue corriendo por toda la casa, cerrando todos los desagües y abriendo todos los grifos. Al regresar a la cocina, vio a su familia perfectamente acurrucada debajo de la mesa. Lo miraban a él; su angustia era evidente.

—Casi he terminado, chicos —gritó Gordon con algo más de alegría intentando calmarlos al entrar en la despensa.

Gordon cogió todas las jarras, recipientes y vasos de vidrio abiertos que había en la cocina y los llenó de agua. Le temblaban las manos; también él estaba asustado, pero sabía que tenía que hacerlo. Tenía que guardar tanta agua como pudiera. La corazonada que tenía del ataque le decía que el agua sería pronto un bien escaso.

Gordon pensó en las muchas ocasiones en las que se había sentido tentado de comprar un tanque de almacenamiento de agua potable de casi 1.900 litros, pero que nunca llegó a hacerlo. Antes de caer en la culpa, despojó estos pensamientos de su mente. Esos momentos no eran para mirar atrás con arrepentimiento, sino para mirar hacia adelante asegurándose el presente y ganándose el futuro. Después de llenar todos los recipientes, regresó con su familia.

Al sentarse en el suelo junto a ellos, Samantha lo agarró de la mano y le volvió a preguntar de nuevo aparentando estar más tranquila.

—Gordon, ¿qué está pasando?

Aunque Gordon quería tranquilizarla para aliviar la ansiedad de su esposa, sintió que tenía la responsabilidad de serle honesto.

—Parece que ha habido algún tipo de ataque que ha inutilizado la red eléctrica y todos los dispositivos eléctricos. Normalmente, este tipo de ataques precede un ataque nuclear.

Ella le apretó la mano con fuerza y ambos se miraron a los ojos.

—¿Se acabó? ¿Es así cómo termina?

—Yo no... —Gordon hizo una pausa—. Sam, de verdad, no lo sé. Lo único que sé es lo que recuerdo haber leído y algunos entrenamientos que realicé hace años, yo te amo y, si este es el final, al menos estamos aquí juntos.

Luego se abrazaron, no se dijeron nada más y escucharon el silencio a su alrededor.

Transcurrió una hora sin que pasara ninguna otra cosa que pudieran notar. Gordon asumió que todo había pasado.

—Creo que el problema se ha acabado —dijo él tras salir a gatas de debajo de la mesa y estirarse.

—¿Ahora qué? —preguntó Samantha.

—Mami, tengo que hacer pipí —dijo Haley retorciéndose por la urgencia.

—Vale, cielo, ve —le dijo Samantha a Haley dándole palmaditas en la cabeza.

—Eh, chicos, esta vez estará bien, pero tenemos que intentar no utilizar más los baños —dijo Gordon.

—¿Por qué? —preguntó Samantha algo confusa por la afirmación de Gordon.

—Porque si ha ocurrido lo que pienso, pronto el sistema de tratamiento de residuos comenzará a escupir agua y a no funcionar bien. Además, debemos conservar tanta agua como sea posible.

—Y, ¿qué insinúas? —preguntó Samantha, quien parecía ahora algo irritada.

—Eh, Sam, la idea no me gusta más que a ti, pero puede que tengamos que crear una letrina fuera.

—¿Qué? ¿Quieres que empecemos a salir fuera para ir al baño?

—Hasta que nos hagamos una idea de lo que está pasando, sí —le contestó Gordon sin rodeos.

—Gordon, ¡eso es ridículo! —le replicó Samantha.

Gordon fue hasta el fregadero, agarró uno de los muchos vasos de agua y se lo bebió; después volvió a dejar el vaso vacío y dijo: «Samantha, ya vale; ha ocurrido algo malo, o te adaptas a la situación o mueres».

—¿Morir?

—Papi, ¿vamos a morir? —preguntó Hunter, quien aún seguía de pie junto a la mesa.

—No, cielo, no quise decir eso a mami —contestó Gordon suavemente cambiando por completo su tono de voz. Gordon fue hacia Hunter y se arrodilló—. ¿Puedes coger a tu hermana e ir a jugar a la sala de juegos mientras hablan mami y papi, por favor?

—Vale, papi, pero, ¿puedo beber primero un poco de zumo?

Gordon pensó en la inocencia de sus hijos. Hunter no tenía ni idea de que podía estar enfrentándose al final del mundo; él quería zumo. Gordon tocó el rostro de su hijo.

—Por supuesto, hijo, ve y coge un par de zumos de la despensa.

Hunter cogió dos zumos y se dirigió hacia el baño para esperar a que terminara Haley. Cuando esta abrió la puerta, él la agarró por la mano y la llevó hacia la sala de juegos.

—Bueno, hablemos —dijo Gordon a Samantha.

Fueron hasta el sillón y se sentaron. Ninguno de los dos podía relajarse; se sentaron rígidamente en el borde de los almohadones del sofá.

Entonces Gordon comenzó a hablar deprisa.

—Esto es lo que creo que está pasando. Obviamente, eres más que consciente de toda la actividad terrorista que llevamos teniendo durante los últimos meses. Bueno, hoy fuimos atacados con un arma mucho mayor. Cuando estaba fuera corriendo, vi coches parados y que dejaban de funcionar, semáforos que se apagaban y aviones que caían del cielo. Aquí en casa toda la electricidad está apagada, tu teléfono no se enciende. No funciona nada. Creo que alguien nos atacó con algún tipo de arma PEM.

—¿PEM? —lo interrumpió Samantha.

—PEM son las siglas para pulso electromagnético —contestó Gordon de forma directa—. Básicamente, este tipo de arma sobrecarga cualquier cosa eléctrica y la quema; es por eso que tu teléfono, los semáforos y los coches no funcionan. Intuyo que toda la red local está destruida. No conozco el alcance del daño porque no he estado fuera para ver lo que está pasando, pero creo que estoy en lo cierto.

—Entonces, ¿cuándo volverá a haber electricidad?

—Todo depende de si esto es algo a nivel local, regional o nacional. En el peor de los casos, es algo nacional y podríamos estar sin luz durante meses por no decir un año.

Samantha lo intervino de manera impulsiva.

—¡Un año! ¿Cómo sobreviviremos? ¿Qué pasará?

—Samantha, como dije, no lo sé. Lo que sí quiero hacer es ver si por casualidad nuestro coche funciona o no. Luego, puesto que aún queda luz del día, intentaré ir a la tienda para coger todo lo que necesitaremos a largo plazo.

Gordon se acercó a Samantha y puso la mano sobre la suya. Ella estaba claramente disgustada y él tenía que parecer al menos tranquilo; tenía que ser fuerte como una piedra. Luego, intentó reconfortar a su esposa.

—Saldremos de esta, te lo prometo.

Musa Qala, provincia de Helmand, Afganistán

—Van Zandt, mueve el culo; tenemos una formación de batallón, ¡ya! —dijo Gunny Smith pateando el catre de Sebastian.

—Entendido, Gunny —dijo Sebastian sacando las piernas de su catre.

Cuando salió de su casa de campaña, notó una sensación de entusiasmo en la base. Al ver al Sgto. Mtre. Simpson dar media vuelta, Sebastian supo que debía apresurarse. En cuanto llegó hasta su unidad, vio cómo Barone se aproximaba a Simpson.

—¡Batallón presente y contabilizado! —dijo Simpson mientras saludaba.

Barone también lo saludó.

—Gracias, sargento maestro —Simpson retiró su saludo y se alejó. Al mirar a los hombres de pie en posición firme, Barone terminó dando una voz.

—Batallón, ¡descansen!

Barone era un hombre alto y de apariencia robusta; tenía el rostro áspero, ojos claros y un espeso cabello moreno que mantenía cepillado en un corte de pelo con la parte superior plana. Su estatura y su personalidad lo hacían parecer un gigante a los ojos de algunos marines. Miró a los 1.500 marines que estaban delante de él. Aunque para muchos la vida de marine era difícil, a Barone acabó resultándole fácil. Sin embargo, esta ocasión era diferente: tener que dirigirse a los marines con noticias referidas a la patria no era nada fácil. La única razón de que estos marines viajasen hasta tan lejos de sus hogares era defender a sus seres queridos, pero ahora su patria estaba amenazada, sus seres queridos estaban en peligro y ellos estaban sumamente lejos de ellos.

—Marines, no voy a quedarme aquí y decirles idioteces. Me conocen lo suficiente para saber que soy un marine franco en el hablar. Digo las cosas tal como son. No endulzo las cosas, ni me son indiferentes —Barone comenzó a caminar de atrás hacia adelante en frente de los marines allí reunidos—. Por eso, os diré ahora mismo que nuestra misión aquí ha terminado, algo que será efectivo de manera inmediata.

Todos los marines del 2/4 empezaron a mirarse entre sí en busca de aclaraciones. Aún debían permanecer cuatro meses más en su misión, por lo que sabían que debía haber ocurrido algo importante.

Barone interrumpió su caminar para lanzar las noticias reales.

—Marines, los primeros informes sugieren que nuestro país ha sufrido un ataque masivo. Lo que sabemos nos llega de recursos que tenemos en el aire por todo el país. La inteligencia que hemos recibido por ahora indica que ha ocurrido algún tipo de acontecimiento nuclear. Uno asoló Washington, D. C. y otro artefacto hizo detonación en la atmósfera sobre la región del medio-oeste. Al parecer, también las telecomunicaciones más importantes con nuestros aliados en Europa y Asia están cortadas.

Sebastian estaba conmocionado. Su mente viajó directamente hasta Gordon, Samantha y los niños. No podía creerlo, los cabrones lo habían hecho... finalmente lo habían hecho; habían empleado la energía nuclear.

Barone continuó hablando.

—Marines, aún no se ha confirmado. Me gustaría volver a repetirlo: aún no se ha confirmado, pero con el ataque nuclear en nuestro Capitolio, nuestro Comandante en Jefe, el Presidente, el Vicepresidente y todo el Congreso en su conjunto pueden encontrarse entre las víctimas. Si resulta que este es el caso, nuestros enemigos han decapitado de forma efectiva nuestro Gobierno. En estos momentos, estamos operando bajo procedimientos puestos en práctica en previsión de una situación como esta. Marines, parece que nos encontramos en medio de la III Guerra Mundial. Aún no sabemos quién orquestó realmente el ataque, pero puedo decirles que lo descubriremos y, cuando lo hagamos, ¡tendrán que enfrentarse al Cuerpo de Marines de los Estados Unidos!

Algunos marines comenzaron a gritar en respuesta al discurso de Barone.

—¡Hurra!

—Marines, tenemos que largarnos de Afganistán inmediatamente. Mañana vendrán por nosotros aviones de combate a las 0600 para llevarnos hasta

barcos posicionados en el mar Árabe. Desde allí, viajaremos hasta la Costa Este de los Estados Unidos y ayudaremos en los esfuerzos de búsqueda y rescate en los alrededores de Washington, D. C.

Barone echó un vistazo a su alrededor y miró a todos los marines que estaban delante de él; luego continuó.

—Marines, sé que todos estáis preocupados por los miembros de vuestra familia en nuestra patria. Os mentiría si os dijera que yo no lo estoy; pero tenemos una misión que cumplir; somos marines de Estados Unidos y no debemos fracasar. Nuestro país nos necesita ¡ahora más que nunca! Debemos permanecer alerta. Esta noche, preparad vuestros equipos y estad preparados para dejar esta tierra baldía ¡mañana!

Barone retrocedió hasta su posición en medio del batallón, donde permaneció firme y gritó.

—¡Atención, Batallón!

El Sgto. Mtre. Simpson caminó alrededor de Barone hasta que quedó enfrente de él y lo saludó.

Barone le devolvió el saludo y dijo:

—Sargento Maestre, dé instrucciones finales a los sargentos primero de la compañía y prepara a estos marines para salir mañana a las 0600.

—Sí, señor —respondió Simpson.

Barone finalizó su saludo y se marchó.

Oklahoma City, OK (EE. UU.)

—¡Enfermera! ¡Enfermera! —gritó Brad Conner por el oscuro pasillo del hospital. No había electricidad en ningún lugar, pero lo más preocupante era que no había electricidad para el sistema de apoyo a la vida de su hijo.

El estrés se hizo visible en el rostro de Conner, quien seguía pidiendo ayuda a gritos sin recibir ninguna respuesta. Lo único que podía ver era al personal del hospital revoloteando en la oscuridad parcial, desesperado y confuso. Otras voces resonaban desde las habitaciones del ala donde se encontraba la UCI.

—Bobby, todo irá bien —susurró Julia Conner a su hijo, quien yacía inmóvil en la cama del hospital. Su rostro se llenó de lágrimas—. Brad,

¿sabes algo? ¿Viene alguien? ¿Qué ha pasado con la electricidad?

Conner se volvió y miró a su esposa.

—Todo irá bien, los generadores de energía saltarán en cualquier momento —Conner empezó a temerse lo peor, pero, a pesar de estar preocupado, continuó diciéndole a su mujer que todo saldría bien. El dolor en el rostro de Julia era algo que él nunca antes había visto. Su cabello castaño oscuro le colgaba y le cubría sus bellas facciones. Ella iba siempre arreglada; no salía de casa sin peinarse o maquillarse. Julia vestía siempre la mejor ropa y había mantenido una figura atractiva a lo largo de su vida.

Él dejó pasar algunos minutos más sin que apareciera nadie del personal del hospital antes de salir bramando como una furia por el pasillo en dirección a la sala de enfermería. A medida que se aproximaba, le quedó claro que allí no encontraría ninguna ayuda. El poco personal que quedaba intentaba desesperadamente hacer que todo volviera a la normalidad; Conner oyó a algunas enfermeras murmurar entre ellas que los generadores de emergencia ya deberían haber saltado.

—Perdonen —Conner intentó interrumpirlas, pero nadie le prestó atención —.

—¡Perdonen! —gritó, esta vez a todo volumen.

Una enfermera detuvo su conversación con un médico para responderle directamente.

—Señor, estamos trabajando en un problema y tendremos electricidad de nuevo muy pronto.

—Eso puede ser fantástico para ti y para mí, pero mi hijo en la habitación 303 no tiene apoyo vital y necesito vuestra ayuda ¡ahora! —dijo golpeando el mostrador con la mano—. ¡AHORA!

La enfermera se volvió hacia él, estaba visiblemente molesta y frustrada por la enorme situación. Ella volvió a repetir sus palabras con cierta predisposición en la voz.

—Señor, la electricidad volverá pronto. Iremos a comprobar cómo se encuentra su hijo pronto, muy pronto.

—Escuche, usted no sabe quién soy; soy el presidente de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos. No se lo estoy pidiendo; le estoy diciendo que vaya a la habitación 303 y vea a mi hijo, ¡ahora!

La enfermera abrió los ojos; estaba visiblemente alterada por las últimas

palabras de Conner.

—Lléveme a la habitación de su hijo.

Ella salió de detrás del mostrador de la sala de enfermería y se dirigió junto a Conner hasta la habitación 303.

Cuando entraron en la habitación, Julia estaba sollozando de manera incontrolable con la cabeza puesta sobre la mano sin fuerzas de Bobby. La enfermera se acercó inmediatamente a su hijo y le tomó el pulso. Luego se situó encima de él, cogió un estetoscopio y se lo puso; después continuó revisando y escuchando atentamente sus constantes vitales, pero no escuchaba nada. La enfermera soltó el estetoscopio y rasgó la bata de hospital que vestía Bobby para aplicarle la reanimación cardiopulmonar. Julia, con lágrimas en la cara y atenazada por el miedo, se sentó inmobilizada mientras veía cómo la enfermera intentaba revivir a su hijo desesperadamente.

La enfermera le hizo la reanimación cardiopulmonar durante lo que pareció ser una eternidad, haciendo una pausa cada pocos minutos para comprobar las constantes vitales de Bobby. Al final, la enfermera se apresuró hacia el ruidoso y caótico pasillo y gritó.

—¡Dr. Rivera, Dr. Rivera!

—¡Está aquí en la 311!

—Lo necesito en la 303, ¡inmediatamente!

No hubo respuesta.

La enfermera se volvió hacia Bobby. Volvió a comparar sus constantes vitales y continuó con la reanimación. Pasaron algunos minutos más y, tras comparar por última vez las constantes vitales de Bobby, se volvió hacia Conner y su esposa y les susurró.

—Lo siento muchísimo.

—No, ¡no! Sigue intentándolo, ¡no pares! —gritaba Julia histéricamente—. Este es mi único niño, ¡no pares!

—Señora, lo he intentado; podría realizarle otra RCP, pero se ha ido, no hay nada que pueda hacer —respondió la enfermera con voz apagada y abatida.

—¡Maldita sea! Trae a alguien más que lo intente —gritó Julia a la enfermera. Luego se volvió hacia su marido—. Brad, maldita sea, ¡haz algo!

—Julia, creo que se ha ido —dijo un deprimido Conner a su afligida e

histórica esposa. Después, él agachó la cabeza sumido en la pena.

—¡No, no! —dijo ella dando un par de puñetazos en el pecho de su marido. Lo empujó y fue hasta la enfermera, quien empezó a retroceder, preocupada por lo que se le venía encima.

—Fuera de mi camino —le dijo Julia a la enfermera. Luego, se inclinó y puso la oreja en el pecho de su hijo. Empezó a realizar una RCP, pero, obviamente, no sabía lo que estaba haciendo.

La enfermera y Conner miraban atónitos a Julia. Conner se quedó allí durante un breve periodo de tiempo antes de actuar esperando a que se fuese la enfermera. Se aproximó a su esposa, quien seguía intentando realizar la RCP sin éxito y la estrechó entre sus brazos. Al principio, Julia intentó apartarlo, pero entonces sucumbió y se derrumbó sobre su hijo muerto. El caos del hospital fue desapareciendo a medida que ellos se hundían en su propia desesperación.

Musa Qala, provincia de Helmand, Afganistán

—Hostias, no me puedo creer que esto esté pasando —dijo Sebastian al Cabo Segundo Tomlinson mientras llenaba su bolsa de tela.

—Lo sé, yo también estoy sorprendido; solo espero que mi gente y mi novia estén bien. Mis padres viven en el noreste de Pensilvania y tú sabes, mi novia vive en la costa oceánica.

Sebastian cogió más ropa y la metió a la fuerza en su bolsa. Luego habló.

—Quiquiera que haya hecho esto, tiene que morir, todos tienen que morir. Solo espero tenerlos a tiro; los voy a matar a todos.

—Sí, espero que tengamos la oportunidad de hacerlo. También quiero meterles una buena bomba —dijo Tomlinson.

—Ojalá no nos fuéramos a la Costa Este. Ojalá estuviésemos regresando a casa. Sé que mi hermano se ocupará de todo, pero quiero estar allí para ayudarlo. Dios sabe la puta locura de mierda que está pasando —dijo Sebastian.

—¿Qué quieres decir, hermano? —preguntó Tomlinson al sentarse en su catre junto a su bolsa de tela medio llena. Sacó una lata de Copenhague y comenzó a darle golpecitos. Tomlinson era alto y muy fino; era pelirrojo y

tenía la piel muy clara. Su cara estaba llena de viejas cicatrices fruto del acné. No se enorgullecía mucho de su apariencia. Era lo contrario de Sebastian, quien se preocupaba por lucir siempre bien y hacer las cosas de manera ordenada.

—Fíjate en lo que pasó en Nueva Orleans después del Katrina y en el tipo de locura que se crea durante los apagones. La gente se vuelve loca cuando se apagan las luces y todo está a oscuras. No hay ni ley ni orden. Es la fórmula perfecta para los desastres y para que impere la ley de la calle.

—Hermano, ¿de verdad crees que la gente empezará a volverse loca en nuestro país?

—Sí, lo creo. La mayoría de las personas son idiotas, y hay sumar que no hay electricidad, no hay agua, ni comida, ni material sanitario, y la lista sigue. Esto no es bueno. Todo se irá a pique, créeme, y nosotros estamos aquí en Afganistán, sin ir a la Costa Este. Tenemos que volver a casa para ayudar a nuestros amigos y a nuestras familias.

—Tienes razón, hermano, mi novia apenas puede programar el DVR para ver su estúpido espectáculo de los *House Hookers of Orange County*. Eso por no decir que nunca tiene comida en casa —dijo Tomlinson con una sonrisa.

—Tomlinson, lo que ha ocurrido es malo, muy malo. Un arma PEM destruye todo lo que sea eléctrico. Morirán millones y millones de personas, y la única forma de ayudar a nuestras familias, amigos y estúpidas novias es estando allí, no en la otra punta de la costa —Sebastian se estaba poniendo nervioso y lanzó sobre el catre los artículos que tenía entre las manos.

—Bueno, no podemos hacer mucho, Van Zandt, hemos recibido nuestra orden y es que volvamos al este —dijo Tomlinson negando con la cabeza de lado a lado.

—Lo sé, y lo odio con toda mi alma —Sebastian se sentó en su catre claramente enfadado y frustrado.

San Diego, CA (EE. UU.)

—El coche ha muerto, la batería continúa funcionando, pero el coche no arranca —dijo Gordon a Samantha tras salir del garaje.

—Entonces, ¿cómo vamos a hacer para el transporte? —preguntó Samantha.

—Este es mi plan. Ahora hace como unas dos horas del ataque. La mayoría de las personas no saben qué está pasando, voy a aprovechar su ignorancia e ir a la tienda para coger tantas cosas como pueda antes de que la gente empiece a volverse loca y a arrasar con todo —dijo Gordon dirigiéndose hacia su oficina.

—¿Cómo vas a llegar hasta allí? —Samantha lo siguió hasta la oficina.

Gordon cogió su silla de escritorio y la puso debajo del espacio de apertura del desván. Se montó en la silla y lo abrió; sobre su rostro cayeron polvo y restos de material aislante.

—Joder —balbuceó tosiendo y escupiendo partículas de residuos. Levantó los brazos y buscó palpando a su alrededor hasta que encontró lo que estaba buscando.

—¿Qué escondes ahí arriba? —preguntó Samantha con curiosidad.

—Una cosa que necesitaremos —dijo él saltando de la silla y poniendo una lata de munición sobre su escritorio. Luego miró a Samantha, le guiñó el ojo y abrió la lata.

—¿Dinero? ¿Me lo habías ocultado? Nunca me dijiste que estabas ocultando dinero y, por lo que veo, mucho.

—Puede que no hubiese estado preparado para este tipo de situación, pero me preparé para un derrumbe económico. Menos mal que me obsesioné con esa idea, porque ahora nos vendrá bien, al menos hasta que la gente se dé cuenta de que no tiene ningún valor —dijo Gordon mientras apilaba montones de dinero.

—¿Cuánto tenemos? —preguntó Samantha tras coger un montón y hojearlo como si fuera una baraja de cartas.

—Unos 75.000 \$ —contestó él.

—¿Qué? ¿De dónde los hemos sacado?

—Es el dinero de nuestra jubilación —le contestó él sintiéndose un poco culpable. Había sacado ese dinero en octubre antes de que se desplomaran los mercados. Ahora, mirando en retrospectiva, su culpa se disipó y Gordon se sintió orgulloso de haber tomado aquella decisión.

—Sé que estabas poniéndote nervioso, pero, ¿cuándo ibas a decírmelo? —Samantha metió la mano en la lata y sacó otro montón de dinero.

—No lo sé, pero, ¿importa eso ahora? Tengo que llevarme algún dinero a

la tienda y comprar tantas cosas como pueda —dijo él metiéndose en el bolsillo un pequeño fajo de billetes. Puso el resto en la lata de munición, la cerró y volvió a ponerla en su escondite.

—Entonces este es el plan: iré en bicicleta a la tienda *Alberton's*. Llevaré una mochila, pondré la canasta de la sala de juegos de los niños en el manillar de la bicicleta y le engancharé el remolque infantil por detrás. Con eso tendré un montón de espacio para traer comida y suministros. Lo que necesito que hagas es que te asegures de que los niños no utilizan más el baño y de tener esto siempre cerca —le dio a su esposa su revólver SIG Sauer favorito y luego se dirigió al garaje a prepararse para su viaje.

Oklahoma City, OK (EE. UU.)

—Perdone, señor —el director del hospital parecía nervioso por interrumpir a Conner y a su mujer, quienes seguían sentados junto a la cama en la que yacía el cuerpo sin vida de su hijo. Sin embargo, sentía que debía hacerlo porque la situación en el hospital estaba empeorando. El director esperaba que el Presidente pudiera hacer uso de su poder e influencia para hacer algo.

Conner levantó la cabeza y miró hacia la puerta.

—Sí —dijo Conner con la voz apenada y el rostro sumido en la tristeza.

—Señor, perdone por la interrupción en este momento tan doloroso, pero me preguntaba si sería posible robarle un minuto de su tiempo.

Julia no levantó la vista en ningún momento; tenía la cabeza puesta sobre la mano de su hijo. Conner se puso de pie y se dirigió hacia el director del hospital.

Cuando Conner llegó hasta él, el director le puso la mano en el hombro y lo llevó fuera de la habitación hasta el oscuro y silencioso pasillo. Ahora el hospital era incluso más caótico que antes. Todo el mundo estaba sumido en el pánico y la confusión; la luz de las linternas viajaba en la oscuridad de un lado para otro. Todo el mundo parecía estar ocupado, aunque nadie parecía estar verdaderamente haciendo nada.

—Sí, ¿cómo puedo ayudarle? —preguntó Conner.

—Señor, permítame que vuelva a darle mis condolencias por la pérdida de su hijo. Estamos haciendo todo lo que podemos para volver a restaurar la

electricidad, pero nada funciona.

—¿Qué les pasa a los generadores? —preguntó Conner.

—De eso se trata, los generadores del hospital están integrados en el sistema eléctrico y no se encienden, están inservibles. El otro problema, señor, es que tampoco funcionan los teléfonos móviles de nadie. Esto también incluye los teléfonos móviles de nuestro personal. Hemos intentado enviar a algunas personas de nuestro personal a *Home Depot* para comprar algunos generadores portátiles, pero sus coches tampoco arrancan.

Conner lo interrumpió y le hizo una pregunta.

—¿No funciona nada?

—Eso es, señor.

Conner había estado tan ensimismado con la muerte de su hijo que había perdido la noción del tiempo y de lo que estaba pasando. Se sacó del bolsillo su teléfono móvil y miró la pantalla; estaba completamente inoperativo. Intentó encenderlo, pero no pasaba nada. Entonces comenzó a andar por el pasillo en dirección a la sala de enfermería.

—¿Señor? —le preguntó el director del hospital siguiéndolo rápidamente.

Cuando llegó a la sala, se inclinó y cogió un teléfono, pero no funcionaba. Empezó a pulsar las teclas para obtener línea, pero era inútil. Tiró el teléfono y se dirigió hacia un gran ventanal en el pasillo de los ascensores, el cual daba a una gran zona de aparcamientos.

Al escanear el aparcamiento de arriba abajo, vio movimiento; una vieja camioneta se dirigía hacia la entrada de la sala de emergencias del hospital. Se fijó mejor, era una antigua camioneta Ford F-100. Luego el conductor salió, corrió hacia el lado del copiloto y comenzó a tirar de alguien que necesitaba obviamente atención médica. Conner se quedó allí durante un minuto más hasta que finalmente salió de su trance y reparó en que había sucedido algo muy grave. Al girarse y comenzar a correr, se chocó con el director, pero siguió su camino por el pasillo hasta la habitación de su hijo.

—¿Julia? ¿Julia? —dijo al entrar corriendo en la habitación.

—¿Qué? —ella levantó la mirada rápidamente; por la voz de su marido, sabía que algo grave estaba sucediendo.

—Brad, ¿qué pasa?

—¡Tenemos que irnos! —dijo con tono autoritario—. ¡YA!

—Yo no me voy a ninguna parte —dijo ella apretando la mano de su hijo con más fuerza—. ¿Qué pasa?

—Julia, ¡necesito que vengas ahora! —le pidió él agarrándola del brazo. Ella se alejó de él y protestó.

—No, ¡no voy a dejar a Bobby!

—Escucha, hemos sufrido un ataque. ¡La ciudad ha sufrido un ataque!

—¿Qué?

—Por eso no hay electricidad. Hemos sufrido un ataque y tenemos que irnos.

—Brad, yo no me voy. Puedes irte tú y volver a por mí luego, pero yo no me voy a ir hasta que lo dejemos todo arreglado para Bobby.

Él hizo una pausa, frustrado y sin saber qué hacer. Consideró la idea de obligarla, pero eso solo causaría más problemas. Al menos ella estaría a salvo en el hospital y él volvería a por ella lo antes posible.

—Vale, quédate aquí, pero yo tengo que volver al hotel, coger a Dylan y averiguar lo que está pasando. Me ocuparé de que el hospital lo deje todo arreglado para mover el cuerpo de Bobby hasta la base aérea militar Tinker tan pronto como encontremos un medio de transporte que funcione.

Derrotada y cansada, Julia volvió a sentarse junto a la cama de su hijo.

—Vale —respondió ella sin ni siquiera mirar a Brad.

Conner permaneció de pie por un breve instante con el alma desgarrada. Quería quedarse, pero sabía que tenía que irse. Ahora que sabía que había ocurrido algo terrible, tenía que averiguar de qué se trataba. Se dio media vuelta y salió de la habitación. Al encontrarse con el director del hospital, le dio instrucciones sobre cómo lidiar con su mujer y le prometió que volvería con ayuda. El tiempo era vital y, tras recordar la camioneta que había visto unos instantes atrás, se dirigió hacia la galería acristalada y miró hacia abajo. La vieja camioneta seguía estando allí. Sin perder ni un segundo más, localizó las escaleras y salió corriendo.

Mientras bajaba con cuidado por las escaleras en penumbra, Conner pensó para sí mismo que quizás esta vez debía haber tenido junto a él a su servicio de protección. El hecho de haberlo dejado en el hotel junto con su ayudante había tenido sentido antes, pero ahora se arrepentía de haber tomado aquella decisión. Cuando llegó a la planta baja, abrió la puerta y corrió por el pasillo.

En la planta baja, la escena era similar a la del piso donde estaba su hijo, completamente caótica. Las personas buscaban sus teléfonos por todas partes y muchos hacían cola en el puesto de información formulando preguntas a una pareja de voluntarios abrumados que solo ofrecían la respuesta estándar del hospital de que pronto se restauraría la electricidad. Sin embargo, él fue más listo. Encontró una salida y salió hasta la acera. A su derecha, la vieja camioneta descansaba frente a la entrada de emergencias. Fue corriendo hacia la camioneta, echó un vistazo a su interior y vio sangre en el lado del copiloto. La ventana del piloto estaba bajada y vio que la puerta estaba abierta. Sin dudar, la abrió y se puso al volante; la arrancó, pisó el acelerador y salió del aparcamiento del hospital en dirección al hotel.

San Diego, CA (EE. UU.)

—Estoy aquí, papi, déjame que te ayude —Hunter entró en el garaje y fue hacia Gordon.

Gordon estaba llenando las ruedas de su bicicleta de montaña; paró y miró hacia arriba.

—Vale, hijo, ven; hazlo rápido, tengo que irme.

Hunter caminó hasta donde estaba su padre y puso sus manos sobre la bomba manual. Lentamente, Gordon fue haciendo subir y bajar la bomba llenando la rueda, y la alegría de ayudar a su padre llenó a Hunter de felicidad. Juntos, padre e hijo inflaron las ruedas de la bicicleta y del remolque.

Tras mirar a Hunter, Gordon se sintió orgulloso. Su hijo solo quería ayudarlo. Despeinó con los dedos el cabello castaño de Hunter. Este se parecía a Gordon; tenía los ojos claros y el pelo oscuro. Era alto para su edad, pero tenía una complexión fuerte y esbelta para tan solo tener 7 años.

—Gracias, Hunter; aquí, termina y guarda la bomba.

—Vale, papi —respondió Hunter sosteniendo la bomba entre sus brazos mientras se dirigía al armario.

—Hunter, cuando termines con eso necesito que ayudes a papi con otra cosa.

Hunter soltó la bomba rápidamente y corrió hacia su padre.

—¿Con qué, papi?

—En un momento me iré a la tienda a por algunas cosas. Por favor, prométeme que ayudarás a mami con todo lo que ella te pida y que cuidarás de tu hermana pequeña. ¿Vale? —Gordon se arrodilló hasta la altura de los ojos de Hunter.

—Vale, papi, ¿cuándo volverás?

—Pronto, hijo, te lo prometo. Ahora, ¿puedes prometerme que harás lo que te he pedido?

—Te lo prometo —Hunter se sentía importante porque su padre le había dado alguna responsabilidad.

—Gracias —respondió Gordon. Le dio a Hunter un gran abrazo y un beso en la mejilla—. Ahora corre y ve qué puedes hacer para ayudar a tu madre.

Hunter abrió la puerta y salió de la habitación, pero antes de que la puerta se cerrara tras él, asomó la cabeza una vez más.

—Papi, ¿puedes traer helado?

—Veré lo que puedo hacer —dijo Gordon con una sonrisa. Esto hizo que Gordon se sintiese más protector; quería asegurarse de que sus hijos mantenían su inocencia tanto como fuese posible.

Gordon metió algo de dinero en una riñonera en la que había puesto ya su revólver SIG Sauer P239. También metió un botiquín pequeño, agua y una linterna de cabeza. Se puso la mochila y sacó del garaje la bicicleta con el remolque. Después de cerrar manualmente la puerta del garaje al salir, contempló su calle. Muchos de sus vecinos estaban fuera delante de sus casas; algunos tenían los teléfonos en las manos y seguían intentando sin suerte hacerlos funcionar; otros trabajaban en sus coches. La mañana estaba llegando a su final y las personas seguían sin tener ni idea de lo que estaba pasando. Gordon sabía que tenía un pequeño lapso de tiempo para conseguir más suministros antes de que cundiera el pánico. Se subió a la bicicleta y se puso rumbo a la tienda.

Mientras pedaleaba, fue repasando una lista mental de lo que tenía que coger. Quería asegurarse de que cogía aquello que era importante y no percedero. No estaba seguro de cuánto tiempo tendría antes de que se desatase el infierno y se terminase todo. El hecho de haber pensado en el agua los ayudaría a durar más tiempo. Sabía que debía decírselo a sus vecinos, pero no antes de que hubiera regresado de la tienda con lo que él necesitaba.

Mientras seguía pedaleando, iba dejando atrás coches y coches inservibles, la mayoría de los cuales ya habían sido abandonados.

Cuando Gordon entró en el aparcamiento de la tienda *Alberton's*, la escena era básicamente la misma que en las calles. Vio muchos coches con las capotas levantadas, con la gente hablando alrededor; parecía que todos estaban esperando a que volviera la electricidad, cosa que Gordon sabía que no iba a suceder en mucho tiempo. Pronto pensó en cómo toda una sociedad como la nuestra se había vuelto dependiente e interdependiente de nuestro sistema y de las comodidades de contar con un sistema eléctrico fácilmente accesible. Cuando las personas descubrieran lo que había ocurrido, Gordon sabía que la ciudad se sumiría en un pánico generalizado. Esa era la única oportunidad de Gordon para conseguir recursos vitales.

Las puertas delanteras estaban cerradas con una señal escrita a mano en la que se leía «Cerrado por apagón».

Gordon aparcó la bicicleta junto a una gran columna, se bajó y se dirigió rápidamente al remolque; abrió una bolsa en el lateral y sacó una cadena pequeña y un candado. Puso la cadena y el candado abarcando la bicicleta y la columna. Con todos los coches fuera de servicio, la bicicleta podría ser objeto de robo.

Fue hasta las puertas y miró hacia el interior; era difícil ver en la distancia. Miró de derecha a izquierda para ver si había alguien dentro. Luego llamó enérgicamente. Después de estar llamando un minuto entero, alguien salió finalmente de la oscuridad y se dirigió hacia la puerta. Parecía que aquel señor podía ser el gerente. Apuntó la señal manuscrita con el dedo. Gordon reconoció el gesto y le mostró un fajo de billetes. El hombre se quedó mirando la mano de Gordon con los ojos desencajados y, luego, abrió la puerta.

—¿En qué puedo ayudarle, señor? —preguntó el gerente de la tienda de alimentación.

—Tengo que coger algunas provisiones, entiendo que está cerrado, pero tengo dinero en efectivo y puedo pagarle más... si sabe a lo que me refiero —dijo Gordon en voz baja inclinándose aún más hacia el tendero.

El gerente de la tienda miró de derecha a izquierda y susurró.

—Usted no es empleado de *Alberton's* ni nada de eso, ¿no?

—No —respondió Gordon.

—¿Qué necesita?

—Comida en lata, pilas, un par de tanques de propano y alguna otra cosa que vea. Tengo dinero suficiente —dijo Gordon mientras movía el fajo de billetes.

—Escuche, baje el dinero y entre —dijo el gerente tras mirar a derecha e izquierda una vez más.

—¿Puedo meter mi bicicleta y el remolque? Me será de ayuda para cargarlo todo directamente ahí —le preguntó Gordon apuntando hacia la columna a la que estaba encadenada la bicicleta.

—Por supuesto, pero dese prisa —dijo el gerente mirando por encima del hombro de Gordon.

Gordon no lo dudó; se dio media vuelta, quitó la cadena y el candado a la bicicleta y el remolque y los introdujo en la tienda. Se puso la linterna de cabeza, ya que sabía que la necesitaría a medida que se metía en el interior de la tienda. Conocía bien la disposición del lugar y fue hacia la derecha hasta el pasillo de las latas de comida. Gordon empezó a llenar el remolque con latas de verduras, atún, pollo y fruta. El gerente volvió a aparecer con un cuaderno donde iba apuntándolo todo. Gordon no le dijo nada; cogió todas las pilas que le cabían en las manos. Encontró los frutos secos y cogió todas las almendras tostadas, cacahuets y anacardos que había. Después se dirigió al área de farmacia. La mayoría de los fármacos sin receta médica estaban bajo llave, pero fue capaz de coger vendas, tiritas, pomadas antisépticas, analgésicos y antihistamínicos. Gordon cogió básicamente todo lo que pensó que podría necesitar durante años.

—Parece como si estuviera usted aprovisionándose para el fin del mundo —bromeó el gerente.

—Bueno, nunca se sabe, me gusta estar preparado —respondió Gordon sin aminorar el ritmo. Se dirigió hacia otro pasillo y cogió todas las cajas que había de leche y Gatorade en polvo. Finalmente se paró por un momento, solo para sacarse del bolsillo una lista. Luego inspeccionó el remolque y todo el contenido que había en él. Necesitaba un poco más de espacio para algunos tanques de propano, pero decidió que sería mejor tener más comida que combustible para cocinarla. Volvió al pasillo de las latas de comida para coger algunas más. Vacío los estantes de atún, carne, sardinas y salmón.

Tras estar unos 40 minutos «comprando» sin parar, el remolque, la canasta y la mochila estaban llenos. Las ruedas del remolque estaban achatadas por el

peso.

—¿Qué le debo? —preguntó Gordon al gerente.

—Vayamos al mostrador de servicio al cliente, cogeré un cuaderno.

Gordon lo siguió hasta el mostrador, donde vio una vitrina de productos de panadería y confitería de Alberton's. Se detuvo y miró los donuts y las galletas de jengibre. Había sido siempre goloso y pronto escasearían los lujos. Cogió tantos donuts y paquetes de galletas como pudo meter a presión en el limitado espacio del remolque.

Mientras el gerente garabateaba números en su cuaderno, Gordon comprobaba minuciosamente su remolque y las estanterías que había alrededor del área de servicio al cliente. Vio algunos expositores llenos de mecheros y los echó todos en el montón de productos que llevaba.

—Señor, su total es de 1.875 \$ —dijo el gerente, quien miró hacia el cuaderno y escribió en él la cifra.

—¿Será suficiente con 3.000 \$? El resto es de propina —preguntó Gordon, y le dio al hombre un pequeño fajo de billetes de 100 \$.

—Sí, lo será —dijo el gerente, emocionado y sorprendido.

Cuando el dinero pasó de una mano a otra, un fuerte golpe procedente de la puerta delantera de la tienda los sobresaltó a los dos. El gerente se metió el dinero rápidamente en el bolsillo y fue hacia la parte de delante.

—Quédese aquí —ordenó mientras se alejaba.

Gordon se alejó un par de pasos del mostrador, de forma que podía ver la puerta delantera; y vio al gerente hacer exactamente lo mismo que había hecho cuando Gordon llamó. No dijo nada, simplemente apuntó hacia la señal que había escrita. La persona que había del otro lado se encogió de hombros y se fue. Después, el gerente volvió y se dirigió a Gordon.

—Escuche, no quiero problemas, así que sígame hasta la parte de atrás y salga por allí.

—Claro —contestó Gordon, quien siguió al gerente hasta la parte de detrás de la tienda; pasaron por un almacén y llegaron a una salida de emergencia. La alarma no sonó cuando el gerente abrió la puerta y Gordon salió sigilosamente con toda la carga.

Gordon le dio un apretón de manos al gerente, se subió a la bicicleta y comenzó a pedalear. La bicicleta era ahora muy pesada, lo que significaba que

el viaje de vuelta a casa sería algo más lento que el viaje hasta la tienda. Mientras pedaleaba, Gordon se sintió orgulloso de sí mismo por su rápida forma de pensar estando bajo presión. Acababa de alargarle la vida a su familia. Ahora había desaparecido el arrepentimiento que había tenido antes por su total falta de preparación.

Oklahoma City, OK (EE. UU.)

La atmósfera del aparcamiento del hotel era similar a la del hospital. Había coches esparcidos por todas partes, parados y con el capó abierto; la gente deambulaba confusa de un lado para otro. Conner entró en el aparcamiento, aparcó la camioneta a toda prisa, sacó las llaves del contacto y salió de la cabina. Luego cerró la camioneta con la esperanza de proporcionar algo de seguridad para uno de los pocos vehículos que seguían estando operativos a su alrededor. Notó que todas las personas que estaban en el aparcamiento lo estaban mirando a él y a su camioneta que funcionaba.

Corrió hacia las escaleras de emergencia y fue hasta la segunda planta. Fue directamente hacia la habitación de Dylan; una vez allí, llamó a la puerta frenéticamente hasta que contestó su asistente de confianza.

—Lo estaba buscando —dijo Dylan aliviado al estar cara a cara con el Presidente.

—Coge lo que puedas, trae a los dos agentes de Policía del Capitolio y reúnos conmigo en el aparcamiento en cinco minutos. Por favor, date prisa —ordenó Conner antes de dar media vuelta y dejar a un Dylan desconcertado.

Conner se dirigió por el pasillo en dirección a su habitación. Sacó su tarjeta llave con la esperanza de que funcionase a pesar del apagón eléctrico. Pasó la tarjeta por la ranura que había encima del pomo de la puerta, pero no pasó nada. Sin sorprenderse, dio un paso atrás y propinó a la puerta una patada con todas sus fuerzas. La puerta apenas se movió, por lo que volvió a intentarlo; esta vez, la puerta cedió al embate de su patada y se abrió. Conner entró, cogió su maleta, una pequeña pieza de equipaje y salió inmediatamente.

—Sr. Presidente —una voz resonó por el pasillo en penumbra.

Conner se dio la vuelta; no podía ver nada más allá del pasillo debido a la oscuridad que lo rodeaba, pero oyó pasos que se aproximaban hacia él.

—¡Sr. Presidente! —se volvió a oír la voz.

—Agente Davis, ¿eres tú? —preguntó.

—Sí, señor, soy yo y Jackson.

Desde la oscuridad, dos hombres de gran estatura que iban de traje se acercaron a Conner.

—¿Habéis podido comunicaros con alguien en Washington? —preguntó Conner.

—No —respondió Davis.

—Nada, señor —respondió Jackson negando con la cabeza—. Ni siquiera se enciende ninguno de nuestros equipos. Hemos ido a recepción y todo está apagado.

—Escuchadme, volved a vuestras habitaciones, coged lo que necesitéis y reuníos conmigo abajo en la parte delantera, tengo un vehículo que funciona.

Los dos hombres dieron las gracias a Conner y volvieron corriendo a sus habitaciones. Conner se dirigió hacia las escaleras y volvió rápidamente hasta donde estaba la camioneta. Al verla cuando salió del vestíbulo, respiró aliviado. Luego puso las bolsas en la parte trasera y se metió en el interior. Habían pasado muchas cosas en un solo día. El día anterior, él y Julia estuvieron en un almuerzo con fines caritativos en Washington D. C. cuando recibieron el mensaje de que Bobby había sufrido un accidente de tráfico casi fatal.

—¿Sr. Presidente? —preguntó Dylan desconcertado por el hecho de que su jefe estuviese al volante de una camioneta destartada.

—Pon tus cosas en la parte trasera y súbete a la cabina, pero no te manches de sangre —dijo Conner tras abrir los ojos.

Dylan obedeció y saltó con nerviosismo hasta el asiento del copiloto tras darse cuenta de que había sangre en el panel de la puerta trasera y en el lateral del asiento.

—¿De dónde ha sacado la camioneta? —preguntó Dylan mirando a su alrededor.

—Esa es una larga historia y no importa. En cuanto Davis y Jackson lleguen aquí, nos pondremos en marcha hacia la base aérea militar Tinker.

—Sr. Presidente, ¿dónde está su esposa, si se puede saber? —preguntó Dylan con vacilación.

—Sigue en el hospital con mi hijo. Cuando lleguemos a Tinker y sepa lo

que está pasando, enviaremos a alguien para que los recoja a los dos. Ahora la prioridad es ver si podemos averiguar qué está pasando. Parece que toda la red eléctrica está inactiva, y solo cabe suponer que ha habido algún tipo de atentado.

De repente, Davis y Jackson salieron por la parte delantera del hotel corriendo con sus pequeñas bolsas de equipaje de mano, las cuales lanzaron sobre la plataforma de la camioneta.

—Saltad atrás, señores —gritó Conner.

Davis y Jackson saltaron y Conner pisó el acelerador. Conducir por el centro de Oklahoma City era como jugar a un videojuego; iba dando volantazos de un lado para otro esquivando muy de cerca coches parados y abandonados a lo largo de la avenida West Sheridan y por South Robinson hacia la carretera Interestatal 40.

—Señor, esto es muy extraño. Entiendo que no haya electricidad si alguien ha destruido la red eléctrica, pero, ¿por qué están todos los coches parados? —Dylan presionaba para obtener información, y le frustraba la negativa que Conner acababa de darle para contestar a sus preguntas.

Conner le contestó rápidamente sin reducir su atención en la conducción.

—Solo hay dos cosas que pueden hacer este tipo de daño: un arma nuclear detonada a gran altura en la atmósfera o una enorme llamarada solar.

—¿Un arma nuclear?

—No estoy seguro de lo que está pasando exactamente, Dylan, pero es por eso que tenemos que ir a Tinker para descubrirlo.

El trayecto hasta la base aérea se vio ralentizado porque tuvieron que ir esquivando constantemente coches que estaban parados a lo largo de la carretera interestatal. Mientras conducían, los hombres encontraron algunos otros coches operativos; todos ellos parecían ser coches de inicios de época.

Al tomar la salida para la base aérea militar Tinker, Conner y Dylan vieron movimientos por todos los alrededores de la base. Había vehículos en movimiento, pero las personas estaban claramente confusas. Cuando se acercaron lentamente a la puerta de entrada, algunos policías militares los apuntaron con sus fusiles y les ordenaron que parasen.

—Pon las manos arriba, Dylan —instruyó Conner tras parar la camioneta justo delante de las primeras barreras de la entrada por fuera de la rampa de salida—. ¡Davis, Jackson, poned las manos arriba! —gritó Conner.

Davis y Jackson obedecieron y levantaron los brazos. A la camioneta se acercó un único policía militar.

—¿Qué le trae por aquí? —preguntó el oficial mientras apuntaba su fusil hacia Conner.

Conner vio cómo los otros dos policías se separaban entre sí y tomaban posición con sus fusiles preparados y apuntados hacia la camioneta.

—Aviador, soy el Presidente de la Cámara de Representantes, Brad Conner. ¿Puedo sacar de mi bolsillo mi identificación?

Conner se metió lentamente la mano derecha en el bolsillo de su chaqueta y sacó la cartera; luego sacó su identificación del Congreso y su carné de conducir y los sacó por la ventana.

El policía militar dio un par de pasos y cogió las tarjetas. Las inspeccionó y miró al Presidente. Luego miró a Dylan y a los dos hombres que había sobre la plataforma de la camioneta.

—¿Quiénes son los otros hombres, señor?

—Dylan McLatchy aquí en la cabina conmigo y, detrás, los Agentes Especiales Davis y Jackson, de la Policía del Capitolio de EE. UU.

—Señor, necesito también las identificaciones de todos ellos —solicitó el oficial.

—Aviador, él es el Presidente de la Cámara de Representantes y necesitamos acceso inmediatamente —exigió Dylan.

—Espera, Dylan, deja que este hombre haga su trabajo y verifique quiénes somos —Conner sabía que todo el mundo estaba de los nervios y no quería que las cosas empeorasen obligándolos a dejarlos entrar—. Coged todas vuestras identificaciones y entregádselas al aviador.

Dylan y los dos agentes especiales obedecieron. El aviador cogió todas las identificaciones, las observó y miró a cada uno de los hombres; luego, dio un paso atrás de la camioneta.

—Señor, tengo que volver y enviar a alguien al cuartel general porque nuestro comandante está fuera de servicio; no se nos permite dejar entrar a todas las personas en la base debido a la emergencia nacional.

—Espere un segundo, aviador, ¿qué emergencia nacional? —preguntó Conner.

—El arma de pulso electromagnético y el ataque nuclear, señor —contestó

el policía militar, quien luego volvió a la garita de guardia.

El policía militar consultó a su colega dentro de la garita. El militar que tenía las identificaciones seguía apuntando hacia la camioneta. Finalmente, se subió a un Jeep y salió en dirección a la base.

—Señor, parece que estaba en lo cierto —dijo Dylan.

—Sí —susurró Conner, quien alzó la cabeza y observó el exterior por la ventana del piloto.

Diez minutos después volvió el Jeep. El militar se bajó en compañía de otro hombre. Cuando el segundo hombre se acercó a la camioneta, Conner pudo ver que era un general.

El general caminó hacia la camioneta y saludó.

—Bienvenido, Sr. Presidente, el General Daniel Griswald a su servicio — se giró hacia el policía militar y le ordenó que abriese la puerta—. Señor, le pido disculpas por la espera, pero después de lo que ha sucedido, tenemos todo cerrado.

—General, lo pude notar y lo entiendo. Por favor, lléveme a un lugar seguro para que se nos informe.

Griswald volvió rápidamente al Jeep, el policía militar volvió a entrar en la garita y todos dieron media vuelta; Conner pasó por las barreras y los muros de hormigón que había dispuestos por la entrada y siguió el Jeep.

Conner miraba a su alrededor a medida que conducía por la carretera principal. Pudo ver que ni siquiera la base de las Fuerzas Aéreas era inmune al ataque del arma de pulso electromagnético.

Después llegaron al edificio del cuartel general y salieron rápidamente de sus respectivos vehículos. Mientras se dirigían hacia el edificio, el general se acercó al Presidente.

—Señor, ¿cómo es que usted está aquí en Oklahoma y no en Washington?

—Mi hijo tuvo un accidente de coche, así que mi mujer y yo vinimos hasta aquí para estar con él.

—Siento mucho escuchar una noticia personal tan mala, señor, espero que esté bien —dijo Griswald.

Conner, quien intentaba deliberadamente evitar el tema de su hijo, preguntó.

—¿Ha resultado muy dañada la base por el arma de pulso

electromagnético?

—Bueno, señor, la mayoría de los vehículos y sistemas eléctricos, así como los generadores, están inactivos.

Griswald continuó explicando algunos de los problemas que tenían en la base mientras guiaba al presidente Conner hasta la sala de informes. Conner tomó asiento mientras Griswald hablaba con algunos otros miembros del personal.

—Señor, solo un minuto más, estamos esperando al Coronel Jameson con un helicóptero 72nd Wing.

Conner asintió con la cabeza.

Después de algunos minutos entró en la sala un hombre corpulento. El Cnel. Jameson era pequeño y robusto, en claro contraste con la figura alta y larguirucha de Griswald.

Jameson portaba un montón de carpetas. Otros miembros del personal entraron con un mapa de papel pegado a una vieja pizarra. Luego se dirigió hasta donde estaba Conner y le extendió la mano.

—Sr. Presidente, soy el Coronel Todd Jameson, encantado de conocerle.

Conner se puso de pie y le estrechó la mano.

—Lo mismo digo, coronel. —Luego miró a Griswald y se dirigió a él—. General, no quiero esperar más. ¿Qué ha pasado? Tengo que saberlo ya.

Se le estaba agotando la paciencia.

—Señor, estamos listos y le pido disculpas por mi retraso. Permítame informarle acerca de lo que sabemos por ahora —comenzó a decir Griswald, quien estaba de pie en la parte delantera de la sala, frente al mapa de los Estados Unidos.

Conner se inclinó hacia adelante y puso los codos sobre la mesa con las manos entrelazadas.

—Aproximadamente a las 1013 horas locales, un dispositivo de pulso electromagnético de gran altitud fue detonado aproximadamente a más de 480 kilómetros sobre Kansas. Los efectos resultantes de dicho ataque causaron un daño enorme y catastrófico por toda la red nacional. El diámetro estimado de esa arma de pulso electromagnético va desde una costa de los Estados Unidos continental a la otra. A juzgar por lo que podemos ver ahora, con la escasa información con la que contamos, la explosión del arma de pulso

electromagnético ha apagado toda la red eléctrica desde la Costa Este a la Costa Oeste. Señor, sé que es consciente del último Informe del Congreso publicado sobre este tipo de ataques y parece que los escenarios y las estimaciones del daño o eran incorrectos o el dispositivo que nos atacó era enorme. Ahora creemos...

—¿Qué quiere decir con que nuestras estimaciones eran incorrectas? —interrumpió Conner.

—Señor, sé que se ha enterado de una «Superarma de pulso electromagnético», ¿correcto?

—Sí, general, correcto.

—Bueno, señor; según los informes de campo y a partir de nuestras propias experiencias hasta la fecha, este ataque de pulso electromagnético lo ha arrasado todo. Sabe bien que nuestras pruebas y estimaciones mostraron que una detonación nuclear estándar en la parte alta de la atmósfera habría destruido la mayor parte de la red eléctrica, pero que otros daños no habrían tenido un alcance universal. Esta detonación parece haber afectado a todos los vehículos modernos, la mayoría de los equipos eléctricos, etcétera. Ninguna de nuestras pruebas mostró un daño tan extendido. Así que, sin saberlo a ciencia cierta, solo podemos suponer que fue un dispositivo diseñado para emitir una cantidad mayor de radiación gamma o, dicho en términos sencillos, un superataque de impulso electromagnético.

—¿Cómo sabe que la red está inactiva en toda la nación?

—Señor, seguimos teniendo comunicación con recursos a lo largo y ancho del país utilizando SIPRNet.

—SIP... ¿qué? —preguntó Conner confuso.

—Señor, es el Internet protegido del Departamento de Defensa de EE. UU. y los servidores conectados a muchos de ellos están endurecidos.

—Bueno, gracias a Dios —exclamó Conner—. ¿Qué vamos a hacer con los apagones de electricidad? ¿Cómo vamos a brindar apoyo al Gobierno?

—Ahora no mucho, señor, todo el mundo corre de aquí para allá sin cabeza. El caos se ha apoderado de todas las bases. Más aún con lo que ha pasado en Washington.

—Pasemos entonces ahora a eso. ¿Qué más ha pasado?

—...Oh, señor —respondió Griswald, quien miró a Jameson y después volvió a mirar a Conner antes de hacer una pausa.

Comer se percató de la mirada del coronel; este estaba mirando directamente a Griswald y después preguntó con firmeza.

—¿Qué ocurre, general? ¿Qué más ha pasado?

—Señor, se ha confirmado que hubo un segundo ataque; fue una explosión nuclear a poca distancia de la superficie y de baja potencia. La zona cero de la detonación fue Washington, D. C.

—¿Está seguro?

—Señor, hemos recibido la confirmación, en estos momentos tenemos comunicación con un E6-B de la Estación Aeronaval del río Patuxent. Han sobrevolado la zona y Washington, D. C. ha sufrido un ataque —Griswald hizo una pausa antes de acabar—. Señor, Washington, D. C. ha desaparecido.

San Diego, CA (EE. UU.)

El camino de Gordon de vuelta a casa desde la tienda estaba durando mucho más de lo que él pensó. La primera pendiente cuesta abajo no fue bien; el peso de todo el remolque hizo sumamente difícil controlar la velocidad, y ese mismo peso hizo completamente imposible las subidas cuesta arriba, por lo que Gordon tuvo que empujar la bicicleta y el remolque el resto del viaje. El sudor le corría por la cara y le empapaba la ropa. A lo largo de todo el Camino del Sur, la carretera principal para entrar y salir de su vecindario, los coches abandonados se amontonaban en los carriles. La mayoría de los propietarios habían desistido y se habían ido andando a casa. Aunque Gordon se había mantenido en forma desde que dejó el Cuerpo de Marines, tener que empujar la bicicleta le estaba resultando ser todo un desafío.

Cuando llegó a la cima en la intersección de Camino del Sur y la Carretera de Carmel Valley, pudo por fin hacer un descanso. Se sentó en la acera, bebió agua y pensó que quizás debería ir a otra tienda después de su viaje. Cuanto más abasteciera a su familia, más tiempo podrían aguantar. Sabía que, llegado el momento, tendría que contar a sus vecinos lo que sabía, pero no antes de poder conseguir tanto como fuera posible para su propia familia. Mientras permanecía en la acera cabizbajo, vio cómo una gota de sudor le recorría el rostro y la barbilla para caer finalmente al suelo. En el momento en que la fría brisa impactó contra su acalorado rostro, reparó por primera vez en el inusual silencio. El rugido de los coches fue reemplazado por el sonido de los pájaros

en vuelo. Qué extraño, pensó, qué paz parecía haber en ese mismo momento. Sabía que la paz terminaría pronto, en cuanto la gente se diera cuenta de lo que había ocurrido.

En realidad, Gordon no le había tenido nunca miedo a la muerte, pero ahora sí. Si le pasase algo a él, ¿cómo lograría sobrevivir su familia? Samantha era muy fuerte y había sido una vendedora de gran éxito para una gran empresa. Tenía una gran reputación en el mundo corporativo, era agresiva y sensata, se le daban bien todos los negocios y no se achicaba ante nadie. Ese tipo de fortaleza era fantástica en un entorno aislado, pero ahora no se trataba de ser fuerte en una sala de juntas. Las crudas realidades de lo que estaba por llegar eran aterradoras; la forma de vida de las personas cambiaría para siempre y solo sobrevivirían quienes se pudiesen adaptar rápidamente.

Si se confirmaban los temores de Gordon, en tan solo un instante los Estados Unidos habían sido transportados a tiempos anteriores a la Revolución Industrial. Habría luchas por los recursos, en particular por el agua y la comida. La electricidad había permitido al país y a la sociedad en general alimentar a muchas personas, pero sin electricidad, este equilibrio se detendría de forma inmediata. El área donde vivían no podría proveer a 3,2 millones de residentes. El agua y la comida se acabarían muy pronto. Gordon no podía resistirse a no pensar en ello; tenía que seguir adelante. Decidió intentar hacer otro viaje más en este día, algo que no sería posible si no llegaba rápidamente a casa.

Cuando comenzó a empujar la bicicleta, oyó un sonido familiar detrás de él. Sonó como un coche, algo con potencia de verdad. Permaneció de pie y en silencio mientras esperaba. El sonido aumentó; el coche venía hacia él. Gordon había visto esa camioneta antes, sacó el brazo y lo movió. Luego, la camioneta aparcó justo a su lado.

Gordon se inclinó hacia adelante y miró a través de la ventana del copiloto. El piloto se echó hacia adelante y empezó a bajar la ventanilla con la manivela.

—Hola, amigo —dijo el conductor.

—Jimmy, ¿qué hay? —preguntó Gordon.

—Esto es una mierda, ¿no es así? —respondió Jimmy, quien después apuntó hacia la bicicleta y el remolque de Gordon—. ¿Qué está pasando aquí?

Gordon hizo una pausa y pensó si debía responder a la pregunta de su

amigo con honestidad o no. A medida que iba imaginándose la escena en su cabeza, comenzó a darse cuenta de que, si él y su familia querían sobrevivir por mucho tiempo, necesitarían cooperar con otras personas.

—Fui a la tienda a por algunas provisiones —respondió Gordon. Luego, inclinándose aún más hacia el interior de la ventanilla, expuso su teoría—. Jimmy, esto es lo que pienso: hemos sido atacados con algún tipo de arma nuclear.

—¿Arma nuclear?

—Lo sé, piensas que un arma nuclear lo vuela todo por los aires siempre que explote en la tierra o encima de esta, pero si explota en la parte alta de la atmósfera, causa lo que se denomina como un pulso electromagnético. Básicamente, quema todo lo que sea eléctrico.

—Gordon, me estás confundiendo, ve más despacio.

—Jimmy, ahora mismo es el fin de este jodido mundo, créeme. Estoy seguro de que esto no es ningún tipo de apagón como el de hace unos años. Este afecta a todo lo eléctrico, los coches, los teléfonos, todo —dijo Gordon hablando cada vez más deprisa.

—Entonces tengo que irme a casa —dijo Jimmy mientras ponía la mano sobre la palanca de cambios.

—Espera un minuto, estoy seguro de que tu familia está bien. Lo que tenemos que hacer tú y yo es hacer un equipo y conseguir suministros tan rápido como podamos. Ahí afuera hay frutos maduros que tenemos que cosechar antes de que cunda el pánico y un caos de mierda se apodere de todo.

Jimmy volvió a mirar a Gordon y preguntó.

—¿Estás seguro de todo esto, Gordon?

—No estoy seguro sobre la magnitud del ataque, pero aquí me ves, empujando esta cosa —Gordon apuntó a su remolque rebosante de productos.

—Gordon, tengo que volver a casa para ver cómo está mi familia.

—Lo entiendo, pero haz esto tan pronto como llegues a casa. Llena de agua la bañera, los lavabos, las jarras y todo lo que puedas. Pronto dejará de haber agua. Una vez te sientas seguro, ven a mi casa e iremos a otra tienda para conseguir comida y más suministros.

—Vale, hasta pronto —pareció como si Jimmy hubiese apretado el acelerador antes de terminar de hablar. Gordon se quedó mirándolo mientras

aceleraba por la carretera haciendo zigzags para sortear los innumerables obstáculos de coches inmóviles. Entonces se dio cuenta de que ni él ni Jimmy estaban pensando con la suficiente claridad, ya que Gordon debería haberle pedido a Jimmy que lo acercase a casa.

—¡Qué idiota soy! —dijo Gordon en voz alta mientras veía cómo desaparecía por la montaña la camioneta de Jimmy.

El trayecto a casa le llevó a Gordon otros 30 minutos. Aparcó la bicicleta delante de su casa y corrió hasta la puerta. Había gastado muchas fuerzas en el viaje, pero debía descargar las cosas lo más rápido posible para poder volver a salir.

Gordon abrió la puerta y llamó a Samantha a gritos. Fue por el pasillo hasta la cocina y cogió una toalla. Estaba empapado de sudor.

—¡Papi! ¡papi! —gritó Haley desde el piso de arriba.

Gordon podía oírla bajando las escaleras.

—¡Papi! ¡papi! —volvió a gritar Haley al entrar corriendo en la cocina.

Gordon se agachó y abrió los brazos. Haley corrió directamente hacia él.

—¡Qué asco, papi, estás todo mojado! —Haley culebreó para apartarse de Gordon.

—Perdón, cariño, papi ha estado trabajando.

Samantha fue hacia Gordon y también lo abrazó.

—Gracias a Dios que estás bien.

—Gracias, cielo. No quiero acortar aún más mi llegada, pero tengo que meter la bicicleta y Jimmy me recogerá en cualquier momento.

—¿Por qué te va a recoger Jimmy? —Samantha parecía estar muy interesada en esta noticia de última hora.

—Me lo encontré de camino a casa desde la tienda. Por cierto, el viaje fue todo un éxito. Le conté a Jimmy mi teoría sobre la situación; él tiene un vehículo que funciona, así que vamos a ir a Ralph's en 4S Ranch para ver si podemos conseguir más suministros —Gordon se limpió el sudor de la cara tras anunciar su plan.

—¿Qué debemos hacer mientras no estés?

—¿Por qué no vais a la casa de Jimmy y pasáis algún tiempo con Simone? A los niños les encantará y tú puedes ayudarla a preparar las cosas que aún no haya preparado —dijo Gordon, quien lanzó la toalla sobre la encimera y se

fue al garaje.

Abrió la cerradura del garaje y elevó la puerta con las manos. Justo cuando salió, un vecino anciano que vivía dos puertas más abajo fue corriendo hacia él.

—¿Has oído? —el hombre estaba claramente preocupado—. El apagón se debe a algún tipo de ataque terrorista.

—¿Cómo sabe usted eso? —preguntó Gordon, quien se colocó las manos sobre sus caderas y miró al anciano con un escepticismo fingido.

—Tengo una radio de manivela y he oído que el sistema de difusión de emergencias ha publicado una alerta. La han estado repitiendo cada cierto tiempo... Algo sobre un ataque en la red eléctrica y algún tipo de ataque por la zona este. Ahora mismo la información no es clara.

—¿Qué más han dicho?

—Eso es todo; recomiendan que nos quedemos todos en casa y que la electricidad puede estar fuera de servicio durante un par de días o más.

Gordon se burló para sí mismo, pues sabía que tardaría mucho más que solo un par de días; luego, recordó que el hombre había mencionado otros ataques en la Costa Este. Se preguntaba lo que quería decir aquello. Puesto que sabía que la noticia saldría en cualquier momento y que, una vez que lo hiciera, se propagaría rápidamente, no podía perder tiempo.

—Quizás me pueda pasar por su casa y escuchar la radio con usted más tarde o, tal vez, pueda ayudarme y mantenerme informado si sigue escuchando la radio —dijo Gordon a su vecino al montarse en la bicicleta.

—Parece como si pensaras que esto puede durar mucho más —comentó su vecino, quien se percató de toda la comida y los suministros.

—Me gusta siempre estar preparado —contestó Gordon, quien aún no había llegado a un acuerdo consigo mismo sobre si compartir su opinión o no hasta no conseguir más comida y suministros.

El rugido de la camioneta de Jimmy interrumpió la conversación de los dos hombres. El vecino se giró rápidamente, sorprendido.

—¿Funciona tu camioneta? —preguntó mientras se dirigía hacia Jimmy.

Gordon aparcó su bicicleta y se percató de que Samantha estaba allí de pie con Haley.

—¿Dónde está Hunter? —preguntó Gordon.

—Está arriba haciendo guardia —dijo Samantha.

—Bien —dijo Gordon asintiendo con la cabeza.

Entonces Gordon escuchó hablar a su vecino.

—¿Puedo ir con vosotros?

Gordon se dio media vuelta y negó con la cabeza mirando a Jimmy, quien levantó los hombros y le contestó al vecino.

—No hay suficiente espacio, lo siento.

Jimmy era pequeño, delgado y siempre parecía que se había quedado dormido con la ropa puesta. Casi nunca se peinaba sus castaños cabellos, que le llegaban a los hombros. Gordon supuso que Jimmy no centraba la atención en sí mismo, sino en su negocio y en su familia; regentaba un próspero negocio cerca del centro de San Diego.

—¡Gordon! —gritó Samantha.

Gordon se dio media vuelta para posicionarse frente a Samantha y fue hacia ella. Se puso delante de su mujer y le susurró.

—No tenemos espacio.

—Tenemos que empezar a ayudar a nuestros vecinos... —dijo Samantha interrumpiéndolo.

Gordon la interrumpió a ella y acabó su frase.

—... otra vez más, no tenemos espacio. Tenemos que conseguir tantos suministros como sea posible. Ahora mismo él no me preocupa, tú y los niños sí.

—Lo siento, Gordon, así no sobreviviremos. Tenemos que ayudar a nuestros vecinos —dijo Samantha.

—Sam, ni siquiera sé cómo se llama, ¿y tú? Escucha, tengo que irme y conseguir más suministros. Por favor, confía en mí y no interfieras.

—Creo que te estás equivocando, pero no voy a hacer nada. Voy a entrar a coger a Hunter y vamos a ir a casa de Jimmy y Simone —Samantha dio media vuelta y entró en la casa con Haley.

Gordon se quedó mirándola mientras entraba. Él respetaba a su esposa, pero no iba a dejarse convencer. Su prioridad era proteger a su familia; ayudar a los vecinos era algo secundario.

—Perdón, quizás le podamos traer algo de hielo, pero no tenemos espacio para usted —seguía insistiendo Jimmy al vecino, quien esperaba fuera de su

camioneta.

—Perdón, yo soy Gordon —Gordon se aproximó a su vecino con la mano estirada.

—James —dijo el vecino al estrechar la mano de Gordon.

—¿Qué necesita? Quizás podamos traerle algunos productos. Eso si conseguimos entrar en alguna tienda porque podría estar cerrada.

—Quiero hielo para los productos del congelador y algunas pilas, de las del tipo D-LR20 y AA —contestó James.

—Vale, veremos qué podemos hacer. Lo avisaremos cuando lleguemos —dijo Gordon.

—Gracias, ¿queréis mi tarjeta de crédito? —preguntó James.

—No se preocupes por eso, ya ajustaremos cuentas luego.

—Muchísimas gracias —dijo James antes de caminar de vuelta a casa.

Mientras miraba a James, Gordon pensó que pronto debería decirle a todo el mundo lo que pensaba, pero eso lo haría mañana. Durante el día de hoy y por la noche, lo más importante era conseguir suministros para su familia.

Gordon se giró hacia Jimmy.

—Dame un segundo.

Luego, Gordon se metió corriendo en el garaje, corrió la puerta al entrar, la cerró y fue directo a su oficina. Abrió su armario y un cajón en el que había varias pistolas. Cogió una HK de 9 mm y dos cargadores completos, se las metió en los pantalones y volvió a cerrar el armario.

En su camino hacia la puerta delante se topó con Samantha, quien iba con los niños bajando por las escaleras.

—Sam, escuché lo que dijiste ahí fuera. Sé que piensas que algunas veces no escucho, pero sí lo hago. Escucho lo que dices y mi plan, nuestro plan, es poder estar juntos al final como una comunidad y trabajar juntos para sobrevivir a esto —dijo él con un tono más suave que el utilizado con ella tan solo un momento antes.

Samantha llegó al rellano de la escalera con Haley sobre un brazo y una bolsa en el otro. Hunter las seguía por detrás portando una pequeña mochila.

—Cielo, lo sé, entiendo lo que estás haciendo y te doy las gracias. Nunca dudé de tu compromiso con esta familia. Supongo que solo detesto saber que otros van a sufrir mientras que nosotros estamos aquí acumulando provisiones.

—Es jodido para ellos, pero no son responsabilidad mía. Vosotros sí — dijo Gordon mirando a su mujer, reconfortado porque ella lo comprendía.

—No pierdas más tiempo y vete ya —dijo ella con una sonrisa en los labios.

—Entendido. Te amo —dijo él guiñándole el ojo. Gordon fue hacia ella y la besó; luego besó a Haley.

—Te quiero, papi —dijo Haley justo antes de hacerle una petición—. ¿Puedo ir contigo?

—Esta vez no, cariño, lo siento. Ve con mamá y visita a tu amigo Mason —contestó Gordon mientras acariciaba la cabeza de Haley. Luego miró a Hunter, quien estaba un peldaño detrás de Samantha—. Hombretón, recuerda: cuida de tus chicas mientras estoy fuera.

—Sí, señor, lo haré —dijo Hunter, quien estaba ya un poco cansado—. ¿Puedo jugar después a la Xbox?

La pregunta le partió a Gordon el corazón. Todos los pequeños lujos a los que sus hijos se habían acostumbrado se habían esfumado en un instante.

—Lo siento, colega, pero no hay electricidad ni tampoco la habrá durante un tiempo. ¿Por qué no coges algunas de tus figuras de Star Wars para jugar en la casa de Mason?

—Vale —respondió él decepcionado.

—Vale, cielo, me voy. Probablemente estaremos fuera un par de horas, quizás más. Deberíamos estar de vuelta al caer la tarde.

Gordon corrió hacia la camioneta de Jimmy y se montó en el asiento del copiloto.

—Toma —dijo Gordon entregándole a Jimmy la HK.

—Vaya, ¿en serio? ¿Tan mal crees que están las cosas? Sabes que no me van mucho las armas —dijo Jimmy sorprendido al ver la pistola.

—Escucha, no creo que las cosas estén tan mal en Ralph's, pero más vale que te vayas acostumbrando. Creo que la mierda acabará salpicándonos a todos y más vale que sepas usar una de estas. ¿Recuerdas lo que pasó después de que el Katrina asolará Nueva Orleans o el caos que hubo en el Noreste tras el huracán Sandy? Esto es como un millón de Katrinas. Jimmy, tendrás que cambiar tu perspectiva. Tu negocio ha desaparecido; ahora tu trabajo es encontrar agua y comida para tu familia todos los días. No quiero darte el

sermón, pero tienes que despertar, las luces probablemente no duren mucho, mucho tiempo —Gordon no se mordió la lengua.

—Está bien, dámela —dijo Jimmy a regañadientes. Cogió la pistola y la puso entre el asiento y la consola central de la camioneta.

—Basta de tonterías, vayamos a por comida —dijo Gordon en voz alta.

Jimmy arrancó la camioneta. Le sonaba mucho el tubo de escape; le metió la primera marcha y aceleró rápidamente causando un breve derrape. Salieron rumbo al oeste, en dirección a un sol que descendía lentamente.

Musa Qala, provincia de Helmand, Afganistán

—Van Zandt, ¿estás despierto, hermano? —preguntó Tomlinson. La tienda de campaña estaba totalmente a oscuras, exceptuando una leve neblina procedente de las viejas luces halógenas del exterior.

—Sí —contestó Sebastian desde la penumbra.

—Estoy muy preocupado por mi chica. ¿Crees que está bien?

—Estoy seguro de que está bien; probablemente esté dando vueltas con una vela en las manos pensando en ti —contestó Sebastian.

—Sí, tienes razón —dijo Tomlinson un poco más aliviado.

Sebastian daba vueltas en la cama, no podía dormir por dos razones: el fuerte sonido de la maquinaria pesada fuera de su tienda y los interminables pensamientos sobre Gordon, Samantha y los niños. Sintió que tenía que estar allí con ellos e incluso estaba considerando la idea de exponer su opinión al respecto en voz alta. Finalmente tomó una decisión y, puesto que no podía dormir, adoptó una postura sentada. Palpó en la oscuridad a su alrededor hasta que localizó sus botas; se las puso y luego salió de la tienda rumbo a la tienda de Gunny Smith.

Aunque era muy temprano aún, la actividad en la base resultaba incesante. Todo el mundo se preparaba para el viaje. Había equipos pesados que desplazaban objetos sobre palés y el lugar parecía un hervidero.

A Sebastian no le llevó mucho tiempo llegar hasta la tienda de Gunny. Estaba a punto de meter la cabeza y despertarlo, pero se contuvo. Tras pensar que quejándose no conseguiría nada, cambió de opinión y se alejó.

—Cabo Van Zandt, ¿querías verme? —preguntó Gunny.

Sebastian se giró y vio que Gunny Smith estaba caminando hacia su propia tienda.

—Sí, Gunny, te estaba buscando —Sebastian se acercó a Gunny. Se sentía muy nervioso y deseaba no haber tomado nunca aquella decisión.

Cuando los dos se encontraron, Sebastian se quedó quieto por un instante, en silencio. Seguía barajando la idea de si debía expresar su preocupación o no.

—Bueno, ¿de qué se trata, Van Zandt? —preguntó Gunny con las manos en jarras.

—Gunny, intento ver cómo puedo decirlo... ¿Puedo hablarte con franqueza? —preguntó Sebastian.

—Vamos dentro de mi tienda, allí podremos conversar, pero por favor, sé breve, tenemos mucho trabajo que hacer —dijo Gunny. Luego caminó hacia su tienda y entró—. Entra, cabo.

Sebastian obedeció.

—Siéntate por allí en ese catre —dijo Gunny apuntando hacia un catre dispuesto en vertical sobre el lateral izquierdo de la tienda.

En el interior de la tienda no había muchas cosas: dos catres, un escritorio improvisado con una silla y algunas cajas de raciones de comida preparadas. Gunny se quitó el abrigo, lo tiró encima del catre y se sentó en la silla.

Gunny miraba a Sebastian esperando a que este hablase. Era de una altura media, delgado, tenía siempre la piel morena y dos cicatrices de guerra sobre su cuerpo que se extendían de la cara a los brazos.

—Está bien, cabo, ¿qué piensas?

—Seré franco.

—Por supuesto, cabo.

Sebastian seguía dudando, pero sabía que se había comprometido a decir lo que pensaba; solo quería decirlo con las mejores palabras sin parecer un llorica.

—Gunny, no me gusta esta idea de ir a la Costa Este mientras nuestras familias están en la Costa Oeste, posiblemente en peligro.

—Entiendo tu preocupación, cabo, pero nuestra misión es brindar apoyo a las actividades de recuperación en la Costa Este en los alrededores de Washington, D. C. Eres un marine, y ya has recibido órdenes.

—Comprendo eso, Gunny, sabes que lo comprendo, pero, ¿ha expresado alguien más estas preocupaciones al comandante del batallón? Me cuesta creer que yo sea el único que tiene esta preocupación. Estos ataques a la patria no tienen precedentes y ponen a nuestras familias en una situación de vida o muerte —dijo Sebastian, en cuyo cuerpo podía verse la tensión al hablar.

—Sí, se han expresado tus mismas preocupaciones. Sin embargo, tenemos nuestra misión y no podemos desviarnos de ella. Nuestra nueva misión es como cualquier otra que hemos realizado. Lo haremos, y lo haremos como marines de EE. UU. que somos. Agradezco que hayas venido a verme y sabes que mis puertas siempre estarán abiertas. Confío en que, aun con tus preocupaciones y desacuerdos hacia nuestra nueva misión, cumplirás con tu deber como siempre lo has hecho, ¿no es así? —preguntó Gunny al levantarse de su silla.

—Sí, Gunny, por supuesto —aseguró Sebastian, quien también se levantó y caminó hacia la entrada de la tienda.

—Asegúrate de que tu equipo está listo para partir, tenemos formación de compañía a las 0500 —dijo Gunny a Sebastian.

—Estaremos listos, Gunny —respondió Sebastian antes de salir de la tienda.

En su camino de vuelta hacia su tienda, se sintió en conflicto. El Cuerpo de Marines significaba mucho para él, pero el hecho de saber que su hermano y su familia estaban en peligro lo cambiaba todo.

—¡Van Zandt! —gritó Gunny a Sebastian mientras este se alejaba.

Sebastian dio media vuelta rápidamente y vio a Gunny Smith de pie delante de la entrada de su tienda. Sebastian volvió hacia él.

—Van Zandt, si estás preocupado por tu hermano, no lo estés; sabe apañárselas solo.

—¿Conoces a mi hermano? —respondió sorprendido Sebastian.

—Sí, nunca pensé en decirlo antes, pero lo conocí en Irak en 2004. Luchamos juntos en Faluya.

—¿Estuviste con él en Faluya? —preguntó Sebastian, quien no sabía nada de esto y se sentía incluso más sorprendido de que hubiera sido Gunny quien sacara el tema.

—Sí, lo conocí por un periodo de tiempo muy breve, pero en este breve periodo, demostró ser un marine y un suboficial muy capaz. Sé que tu hermano

estará bien; no tendrá ningún problema para protegerse a sí mismo ni a su familia. Hará todo lo que sea necesario, tal y como hizo en Faluya.

—Te comprendo, Gunny; es solo que tengo la sensación de que tenemos que estar con nuestras familias y protegerlas ahora. Soy un marine fiel, pero mi familia es importante para mí —dijo Sebastian.

—Como dije, hay otros que sienten lo mismo que tú y han expresado estas mismas preocupaciones con la misma pasión, pero a menos que cambien nuestras órdenes, debemos seguir adelante.

—Lo sé, Gunny. Gracias una vez más y gracias por mencionar a mi hermano. Ahora que hemos hablado me siento mejor —dijo Sebastian.

—Sin problema, aquí también somos una gran familia y debemos cuidar de nuestros marines cuando tienen un problema o una preocupación justificada —dijo Gunny poniendo su mano y dando palmaditas sobre el hombro de Sebastian.

Sebastian se giró y se marchó. Realmente se sentía mejor ahora que sabía que Gunny conocía a su hermano y apreciaba su confirmación de que Gordon era muy capaz. Sin embargo, la conversación no había aliviado todas sus preocupaciones con respecto a la nueva misión. Al volver a su tienda, le vino a la mente un pensamiento extraño e inesperado. ¿Debía abandonar a su unidad y encontrar una forma de volver a casa?

Base de las Fuerzas Aéreas Tinker, OK (EE. UU.)

—Señor, basándonos en la evidencia creciente y en la información creíble, hemos concluido que Washington, D. C. ha sido destruida y que han desaparecido todos los vestigios de nuestro Gobierno en la zona. En este momento, es extremadamente importante que mantengamos la continuidad —explicó Griswald mientras apuntaba su puntero hacia la mesa que tenía delante.

—¿Qué quiere decir, general? —preguntó Conner.

—Señor, nuestros servicios de inteligencia indican que tanto el Presidente como el Vicepresidente murieron en los ataques de esta mañana. Debemos investirlo tan pronto como sea posible y transportarlo inmediatamente a un búnker subterráneo que sea seguro.

—General, antes de que vaya más lejos, debo pedirle que me disculpe un

momento. ¿Dónde está el baño más cercano? —Conner se levantó aturdido por esta asombrosa revelación.

—Justo al final del pasillo, señor, a la izquierda —contestó un oficial de las Fuerzas Aéreas.

—Gracias, volveré en unos instantes —Conner se apartó de la mesa y camino rápidamente hacia la puerta. Luego la abrió y fue tan rápido como pudo hasta el baño. Entró y dio un par de gritos para asegurarse de que no había nadie más. Abrió todas las puertas de los baños para cerciorarse de que estaba solo. Cuando estuvo seguro de que no había nadie más, fue hacia el lavabo y abrió el grifo del agua fría. Utilizando sus manos como recipiente, tomó entre sus manos un poco de agua y se la echó en la cara. Tras repetir la operación un par de veces, se quedó mirando su propio reflejo en el espejo. Mientras veía cómo el agua le caía por la cara, notó que tenía unas intensas ojeras bajo sus ojos enrojecidos.

—Madre mía —se dijo a sí mismo, incapaz de desviar la mirada del espejo. El peso de todo lo que había sucedido en las últimas ocho horas era increíble; parecía surrealista. Estiró el brazo y agarró una toalla de papel del dispensador para secarse la cara y las manos. Luego, estuvo dando vueltas por el baño vacío durante un minuto antes de volver a acercarse al espejo. Se inclinó hacia abajo agarrando con las manos los bordes del lavabo, volvió a fijarse en su reflejo, y dijo:

—Brad, cálmate. Tu país te necesita. Sé el líder que sabes que puedes ser. Tienes la responsabilidad de guiar a esta nación. Deja de ponerte histérico y cálmate.

Se volvió a poner derecho y se miró a sí mismo por última vez; luego salió del baño. Cuando volvió a entrar en la sala de informes, todo el mundo se calló y centró sus miradas en él.

—General Griswald, necesito que coordine un equipo para que vayan a recuperar a mi esposa y el cuerpo de mi hijo del Hospital de San Antonio. Cuando estén a salvo, nosotros partiremos.

—Sí, señor, pero, ¿podemos investirlo ahora?

—No hasta que su equipo traiga a mi esposa. ¿Entiende?

—Sí, señor —Griswald se giró hacia su ayudante y le echó una mirada de mando. El ayudante se puso de pie y salió de la sala seguido del agente Davis.

—Por favor, manténgame informado de la situación de mi mujer en todo

momento. General, tengo otra petición que hacerle: busque a un juez y tráigame una Biblia.

San Diego, CA (EE. UU.)

En cuanto Jimmy tomó la curva de entrada al aparcamiento de Ralph's, él y Gordon vieron a una gran multitud reunida en el exterior, presa de la conmoción. Cuando se acercaron con la camioneta, vieron a gente que acarrea productos mientras sacaban a empujones de la tienda carritos llenos hasta arriba.

—Parece que se ha corrido la noticia —dijo Jimmy en voz alta.

—Sí, así es —respondió Gordon moviendo la cabeza de arriba abajo en señal de aprobación—. Escucha, no me siento seguro dejando el único coche que funciona a la vista de todos. Aparca por allí; yo iré a ver lo que puedo coger dentro —dijo Gordon a Jimmy mientras apuntaba a una zona del aparcamiento en la que había pocos coches y pocas personas.

Mientras iba esquivando lentamente los coches aparcados por la zona que Gordon le había indicado, Jimmy notó que muchas personas de las que había allí estaban mirando y apuntando hacia la camioneta. Se sintió incómodo y se alegró de que Gordon le hubiese dado la pistola.

—Asegúrate de aparcar en un lugar del que luego no tengas que quitarte —recomendó Gordon señalando hacia un punto junto a una fila de carros para la compra.

—Buena idea —dijo Jimmy girando a la izquierda para situarse en el lugar.

—No sé el tiempo que tardaré. Con todo esto que está pasando, puede que sea difícil conseguir lo que necesitamos —dijo Gordon mientras comprobaba el dinero y la pistola y cogía la mochila. Abrió la puerta de la camioneta y se bajó. Antes de cerrar la puerta al salir, se inclinó hacia adelante, miró dentro del coche y se dirigió a Jimmy.

—Estate al tanto, amigo.

—¿Estate al tanto? —preguntó Jimmy.

—Significa que te estés alerta —dijo Gordon antes de cerrar la puerta. Luego cogió un carrito y fue corriendo hacia la parte de delante de la tienda.

La gente que había alrededor se apresuraba a entrar y salir de la tienda. Algunas personas empujaban carros enteros; otras, sin embargo, salían corriendo con los brazos repletos de alimentos. Gordon se dirigió con su carro directamente hacia la muchedumbre y consiguió pasar entre ella. Tras un minuto de empujones y codazos, pudo llegar al interior. Luego se paró, se puso la linterna de cabeza y se lanzó hacia la zona de las latas de comida.

En el interior, la gente corría de aquí para allá, todo el suelo estaba lleno de alimentos y las personas gritaban y chillaban. Gordon ignoró toda esta conmoción y buscó directamente el pasillo que necesitaba. Cuando llegó a la sección de las latas de comida, vio que muchas de las estanterías habían sido arrasadas, aunque no por completo. Sin perder ni un segundo, Gordon empezó a coger todo lo que tocaban sus manos.

Fue por el pasillo cogiendo todo lo que necesitaba. Su plan improvisado era llenar el carro, volver al coche de Jimmy y dejarlo allí para que Jimmy lo descargara, coger otro carro y repetir la operación. Lo que se hacía más problemático con cada minuto que pasaba era el sol que se ocultaba en el horizonte. Gordon se estaba empezando a preocupar por Jimmy, quien se había quedado fuera completamente solo. Gordon siguió su plan, salió de la tienda sin sufrir ningún altercado y dejó su carro.

Volvió a coger otro carro y regresó al interior de la tienda; fue fijándose en todo su alrededor lo mejor que podía, pero el ambiente era muy oscuro. Oyó cómo las personas tropezaban con las estanterías y cómo las pantallas caían al suelo de la tienda sin ninguna iluminación, tropezando con latas vacías y artículos tirados al suelo por otros saqueadores anteriores. Se recordó a sí mismo juzgando a otras personas que había visto en el televisor saqueando tiendas después de un desastre natural. Se sintió un poco hipócrita, pero estaba en una situación de vida o muerte.

Después de dar cuatro viajes, la camioneta estaba empezando a llenarse, pero en la tienda aún quedaban muchos productos. El sol estaba muy bajo en la línea del horizonte y Gordon sabía que era la hora de regresar a casa.

—Bueno, más vale que empiece a cogerle el gusto al maíz en conserva —dijo Jimmy mirando la pila de latas de maíz en conserva con la marca de Ralph que había en la plataforma de la camioneta.

—No hay mucho donde elegir, amigo. Ha sido una cosecha escasa.

—Vaya lío —dijo Jimmy señalando con la cabeza los grupos de personas

que entraban y salían de la tienda.

De repente, alguien se abalanzó sobre la camioneta por el lado del conductor.

—¡Ayúdame! ¡Ayúdame, por favor! —gritó un hombre. Su camisa estaba llena de sangre y él estaba todo lleno de sudor.

—Vaya —dijo Jimmy claramente sorprendido al ver al hombre ensangrentado que llamaba a su ventana.

—¡Apártate de la camioneta! —gritó Gordon.

—Por favor, ayúdame; mi mujer; ¡necesito que alguien la lleve al hospital! —el hombre golpeaba frenéticamente en el capó y en el cristal de la camioneta por el lado del conductor.

—Para de golpear mi jodida camioneta, ¡tío! ¡Apártate! —le gritó Jimmy.

—Escucha bien, ¡apártate! —volvió a gritar Gordon.

—Necesito vuestra ayuda, mi mujer va a tener un bebé y está sangrando mucho; necesito que alguien la lleve al hospital.

—¿Por qué deberíamos hacerlo? —preguntó Jimmy a Gordon.

—Arranca la camioneta y vámonos. No podemos ayudarlo ni a él ni a su mujer —dijo Gordon con firmeza.

—¡Por favor, ayudadme! —gritó el hombre, quien empezaba a enloquecer y parecía ser presa de la desesperación.

—Quizás debamos ayudarlo —dijo Jimmy a Gordon.

Gordon sacó su revólver SIG y apuntó hacia el hombre, quien retrocedió inmediatamente.

—Necesito ayuda, por favor, no me dispaes —dijo el hombre mientras retrocedía lentamente.

—Ahora arranca la camioneta y salgamos de este jodido lugar —gritó Gordon a Jimmy en tono autoritario.

Jimmy no dudó ni un momento; arrancó la camioneta, le metió la marcha y pisó el acelerador. Volvió a mirar al hombre y lo vio allí de pie con las manos desplomadas hacia adelante, totalmente derrotado.

—Vámonos, Jimmy. Se está haciendo de noche y tenemos que volver —dijo Gordon.

—Está bien —respondió Jimmy. Seguía teniendo el corazón agitado por el incidente con aquel hombre. Se agarraba con firmeza al volante cuando tenía

que maniobrar entre las personas y los coches que había por el aparcamiento.

—¿Qué nos va a pasar? —preguntó Jimmy a Gordon tan pronto como salieron del aparcamiento.

—No lo sé, Jimbo. No lo sé. Lo que sí sé es que tengo un plan: asegurarme de que mi familia sobrevive.

—¿Cuánto tiempo estaremos sin electricidad? No puedo creer que ni nuestro Gobierno ni el Ejército hagan nada. Estoy seguro de que nos ayudarán pronto, ¿no crees?

—De nuevo, no sé si esta es una situación aislada, pero todo apunta a que no lo es. Si se trata de un ataque de pulso electromagnético a gran escala, entonces en los EE. UU. probablemente haya más problemas que el de toda la red eléctrica. Simplemente el hecho de intentar restaurar la electricidad es en sí una gran tarea. Y, para añadir más leña al fuego, no funciona nada eléctrico, desde los coches a los teléfonos pasando por los generadores, y, ¿cómo se pueden arreglar o reemplazar esos sistemas en la red eléctrica? Jimmy, me temo que estamos ante un largo camino; y quizás no veamos de nuevo encenderse las luces durante mucho, mucho tiempo. Cuando lo hagan, hay una gran probabilidad de que el mundo que conocíamos antes haya desaparecido —Gordon se apartó de Jimmy y miró por la ventana del coche. Todo parecía lo mismo, las montañas seguían estando donde estaban, las carreteras, los edificios y las casas... Pero no funcionaba nada.

—¿Tienes algún tipo de plan? —preguntó Jimmy.

—Sí y no. ¿Estaba realmente preparado para algo así? No; ¿Tengo todo lo que necesitamos? No; ¿Busco un plan para tenerlo? Sí —contestó Gordon dirigiéndose a su amigo.

—¿Qué necesitamos?

—Comida, agua, medicinas, combustible y munición son nuestras necesidades básicas. Los metales preciosos, las gemas y el dinero en efectivo nos ayudarán durante un corto periodo de tiempo a conseguir más cosas que necesitamos. Tenemos poco tiempo antes de que se acabe toda la comida —dijo Gordon.

—¿Qué pasa con nuestros vecinos?

—Todavía no he tomado una decisión al respecto, pero deberíamos reunirnos en algún momento mañana e intentar mantener una reunión comunitaria. La verdad es que no todos sobreviviremos a esto. Como mucho,

transcurrirán tres días antes de que San Diego se quede sin comida. El agua también empezará a agotarse. En aproximadamente una semana, podremos empezar a ver grupos de personas yendo de aquí para allá en busca de comida en nuestro vecindario. Debemos proteger nuestra comunidad y cerrarla al paso.

—¿Debemos irnos? —preguntó Jimmy con voz inquieta.

—Mi intuición me dice que sí, pero en este momento solo contamos con un vehículo. Tenemos que encontrar más vehículos. Hasta que lo tengamos todo, debemos centrarnos en conseguir comida y agua para que nuestras familias no mueran de hambre.

—Vale, toma las riendas, Gordon, y dime lo que hay que hacer; parece estar más preparado que yo para esto.

—Ojalá estuviese más preparado, pero no nos queda otra opción que salir a buscar comida todos los días —dijo Gordon—. ¿Cómo vamos a encontrar gasolina?

—Tengo el depósito a la mitad, nos puede durar hasta mañana dependiendo de lo lejos que vayamos, pero pronto tendremos que encontrar más—dijo Jimmy.

—Estoy de acuerdo. Una vez que descarguemos toda la comida y la dividamos, trazaremos un plan.

—Suenan bien —respondió Jimmy. Se sentía mejor al saber que contaba con Gordon como un amigo. Gordon estaba al mando y a Jimmy no le importaba. Esas cosas de la supervivencia no eran de su rollo; no sabía las cosas a las que deberían enfrentarse, pero se sentía mejor porque sabía que contaban con una ventaja.

—¿Cuánto tiempo estarán fuera? —preguntó Simone a Samantha. Simone y Jimmy se conocían desde el instituto. El amor que sentían el uno por el otro fue creciendo en intensidad. Ella tenía el pelo corto de color oscuro y era pequeña; había crecido en la zona noreste y tenía el típico acento de aquella zona, el cual casaba con su dulce, pero hiperactiva personalidad. Simone estaba más de los nervios de lo que estaba normalmente porque el apagón había impedido que ella y el hijo de Jimmy, Mason, asistieran a su cita con el médico. No hacía mucho les habían informado de que el pequeño tenía asma.

—No sé, pero estoy segura de que estarán bien —contestó Samantha

mientras vertía un poco de leche templada para Haley. Samantha también estaba nerviosa, pero no quería que se le notase. Simone, sin embargo, estaba visiblemente asustada.

—¿Cuándo va a llegar el Gobierno para arreglar todo esto? Estoy segura de que es solo temporal —dijo Simone en voz alta con el fin de tranquilizarse a sí misma. No dejaba de dar vueltas por una cocina que cada vez se oscurecía más.

—Estoy segura de que tienes razón. Todo esto acabará pronto y volveremos a la normalidad —contestó Samantha, aunque sabía que no sería así. Todo lo que Gordon le había contado la hacía creer que pasarían meses antes de que volviesen a tener electricidad.

—Mami, ¿me puedes dar la leche? —preguntó Haley al entrar en la cocina.

—Aquí tienes, cariño —contestó Samantha dulcemente a Haley mientras le pasaba la taza que acababa de llenar.

Haley cogió la taza de leche y fue por el pasillo hasta la sala de juegos.

Samantha se quedó mirando cómo se marchaba Haley y se sintió profundamente apenada por lo que había pasado. Estaba sobre todo asustada por sus hijos y las cosas que estos quizás tuviesen que experimentar. Luego pensó en Simone y en su hijo, Mason.

—¿Cómo ha estado Mason? —preguntó Samantha.

—Está bien. Le hemos explicado lo que tiene y parece entenderlo. Hemos estado metiéndole en la cabeza lo importante que es que lleve con él el inhalador allá donde vaya.

—Lo siento mucho por todos vosotros.

—Me siento mejor sabiendo lo que es; lo que más me asustaba era lo desconocido. Al menos ahora podemos enfrentarnos a ello y buscar tratamiento.

—¿Qué tal le ha ido a Jimmy el trabajo? —preguntó Samantha, casi avergonzada por una pregunta tan banal.

—El negocio ha ido en aumento y ahora esperamos poder afianzar pronto un nuevo contacto con un gran cliente. Jimmy ha estado trabajando en ello todo el mes. Ha invertido mucho tiempo en esto y se ha quedado trabajando muchas noches para asegurarse de que sucede.

—Eso es genial —respondió Samantha. No podía parar de pensar en Gordon. Aquella pequeña charla no le estaba ayudando a olvidar lo que estaba pasando. Confiaba en Gordon más que en ninguna otra persona y sabía que era un hombre muy capaz; simplemente empezó a sentirse insegura en ese momento y quería que volviese a casa.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por el parpadeo de unas luces que penetraron en el interior de la habitación. Ella y Simone se miraron la una a la otra entusiasmadas; las dos se pusieron de pie y fueron hasta la puerta delantera.

Simone abrió la puerta justo cuando Gordon caminaba por el sendero.

—Hola, Gordon. ¿Todo bien? —preguntó Simone.

—Sí, estamos todos bien. El viaje fue bien. Tengo que entrar y abrir la puerta del garaje —Gordon caminó rápidamente delante de Simone y Samantha. Aun estando de vuelta en casa, Gordon era ciertamente un hombre con una misión: quería meter la camioneta en el garaje lo antes posible para poder descargarla.

Gordon fue hacia el garaje, encontró el cable que desbloqueaba la puerta automática, tiró de él y desbloqueó el candado. Luego levantó la puerta manualmente.

Jimmy metió la camioneta en el garaje lentamente. Gordon salió y miró a derecha e izquierda para ver si alguien los había visto. Puesto que el sol ya se había puesto y estaba oscureciendo, no podía ver con claridad. Sin luces ni sonidos, el vecindario parecía inquietante y poco natural. Tras escanear rápidamente el vecindario, Gordon volvió a cerrar la puerta empujándola hacia abajo.

Tras cerrar la puerta del garaje, él se volvió hacia Jimmy.

—Descarguemos esto —le dijo.

Simone había llegado al garaje con una linterna que iba pintando las paredes de resplandores amarillentos.

Jimmy y Gordon no tardaron mucho en descargar la camioneta. Sus esposas permanecieron en la entrada del garaje. Gordon se percató de Samantha y paró por un momento para mirarla. Sus miradas se encontraron y Gordon sonrió antes de volver a la faena.

—Bueno, Simone, ¡espero que te gusten las habas de Lima y las latas de jamonilla! —dijo Jimmy bromeando mientras apilaba una caja de latas de

jamonilla Spam sobre otra caja de habas de Lima.

—¿Era necesario todo esto? —preguntó Simone mientras le pasaba latas sueltas y otros artículos—. Esto es mucha comida, ¿cuánto crees que durará el apagón?

Jimmy miró a Gordon con nerviosismo. Gordon dejó de descargar y contestó a su pregunta.

—Simone, esto podría durar un tiempo. Cuando acabemos de descargar, explicaré lo que yo creo que está pasando.

Gordon volvió al trabajo de apilar cajas cuando oyeron que alguien estaba llamando a la puerta delantera.

—Dudo que sea el chico de las pizzas —bromeó Jimmy mientras volvía al interior de la casa.

Abrió la puerta un poco y echó un vistazo al exterior. Su vecina Melissa estaba de pie en el porche con un bebé recién nacido entre sus brazos.

—Hola, Jimmy, siento molestarte, pero, ¿has visto a Eric?

—Mmm, no, lo siento; acabo de llegar a casa.

—No puedo localizarlo, mi teléfono no funciona y mi coche no arranca. Estoy a punto de volverme loca —explicó Melissa intensamente. Estaba meciendo al bebé para tranquilizarlo, pero no dejaba de hacer ruiditos.

—Oh, entra. Perdona, entra —dijo Jimmy abriendo la puerta por completo.

—No quiero obligarte. ¿Tienes algún teléfono que funcione? —preguntó ella.

—No, lo siento; nuestros teléfonos tampoco funcionan. Ahora entra.

—Tal vez por un minuto, gracias.

Al poner el pie en el recibidor, estrechó aún más al bebé entre sus brazos. Justo cuando Jimmy cerró la puerta tras ella, Samantha salió del garaje.

—¡Hola, Melissa! ¿Qué tal estás?

—Hola, Samantha. Estoy bien; es solo que no sé nada de Eric desde que se produjo el apagón. Se está haciendo de noche y no sé lo que está pasando.

—Entra, cariño —dijo Samantha, quien se acercó a Melissa, la rodeó con un brazo y la condujo hasta el recibidor del salón.

Jimmy se quedó mirando cómo las dos mujeres caminaban por el pasillo iluminado con el tenue destello de una vela antes de volver al garaje.

—Eso es, descargada —dijo Gordon al poner la última lata de comida

sobre el montón.

—Vaya, eso es mucha comida —comentó Jimmy mirando todo lo que habían traído.

—No es suficiente, colega. Definitivamente tendremos que volver a salir mañana.

—¿Cómo que no es suficiente comida? —preguntó Simone mientras observaba las imponentes pilas de comida.

—Vamos dentro, cojamos algo para beber y os lo explicaré.

Todos se encaminaron hacia el interior de la casa.

Todo el grupo se reunió en el salón. Gordon se sentó en una gran silla acolchada; hasta entonces no había reparado en lo dolorido y cansado que estaba. Tomó un trago del whisky estadounidense Knob Creek que Simone le había servido y cerró los ojos brevemente. Cuando los volvió a abrir, todos estaban mirándolo llenos de expectación.

—Bueno, puesto que todo el mundo me está mirando, supongo que queréis saber qué pienso de todo esto —dijo Gordon tras enderezarse en la silla.

Simone asintió con la cabeza y habló.

—Sí, porque da mucho miedo—. Había un tono de desesperación en su voz.

Jimmy estiró el brazo y tocó la rodilla de Simone. Ella le apartó la mano y gritó.

—Mirad, tengo que saber lo que está pasando. ¿Por qué toda la comida? ¿Qué pasa?

—Relájate. Lo va a explicar —dijo Jimmy, quien volvió a estirar el brazo y le apretó la rodilla.

—¡No me digas que me relaje! Algo está pasando y no parece ser bueno —replicó ella a Jimmy.

Como sabía que ese tira y afloja no era nada productivo, Gordon finalmente los interrumpió.

—Simone, tienes razón, ha pasado algo y no es bueno.

—Vale, te escucho —dijo Simone.

—Debemos aceptar que nuestro modo de vida se ha visto alterado y prepararnos para una vida sin ninguno de los lujos de la sociedad moderna,

como la electricidad. No conozco el alcance del problema ni lo que pasa más allá de nuestra ciudad, pero supongo que es generalizado.

—¿Qué significa eso de que «supones que es generalizado»? ¿Qué ha pasado? —preguntó Melissa, quien, aunque parecía enojada, en realidad era presa de los nervios y del miedo.

Gordon continuó.

—Todo lo que estoy a punto de decir es una hipótesis fundamentada. No sé qué fue exactamente lo que pasó, pero lo que parece haber pasado es que hemos sido atacados con una bomba PEM.

Atacada por los nervios, Simone volvió a interrumpirlo.

—¿PE... qué?

—PEM; significa pulso electromagnético. Se puede producir haciendo detonar una bomba nuclear.

Simone jadeó.

—¡Dios mío!—. Ella estiró el brazo y agarró la mano de Jimmy.

Gordon continuó hablando: «Un PEM no es más que una supercarga de electricidad. Todo lo que es eléctrico o que tiene circuitos se quema en una millonésima de segundo».

—¿Qué hay de la radiación? —preguntó Melissa.

Gordon reconoció su preocupación y contestó a su pregunta.

—Por lo que sé del tema, no hay efectos de radiación. Probablemente la bomba se detonó a unos cuantos centenares de kilómetros en el aire. La estrategia de un PEM es destruir todo lo que sea electrónico. Aquí es donde se convierte en un problema grave. Todo lo que hay en nuestras vidas se queda sin electricidad, ¡todo! Sin electricidad ni transporte, todos los suministros de comida y agua se acabarán muy pronto. Una tienda de alimentación solo tiene suministros de comida para unos tres días. Sin camiones que las abastezcan con nuevos suministros, todo se termina. También se acabará el agua porque el agua que nos llega se bombea hasta aquí desde otros lugares. Sin electricidad, esas bombas dejarán de funcionar. No debemos esperar recibir ayuda de nadie porque tanto el Gobierno como las fuerzas policiales se encuentran en la misma situación: sin coches que funcionen ni electricidad. Dependiendo de la escala y de dónde se hizo detonar la bomba, esto podría afectar a todo el país.

—¿Cuánto tiempo estaremos sin electricidad? —preguntó Simone, quien

se aferraba con fuerza a la mano de Jimmy.

—Simone, esa es una buena pregunta. En el peor de los casos, unos seis meses o más.

—¿Qué? —Simone no podía creer la respuesta de Gordon.

—Si la electricidad no viene en más de una semana, empezaremos a ver el colapso de la sociedad, así de claro. La vida que conocíamos antes ha desaparecido y no sé si volverá de nuevo.

Simone colocó la cabeza entre sus manos y comenzó a llorar. Jimmy la abrazó e intentó consolarla.

—¿Qué tenemos que hacer? —preguntó Melissa.

Gordon estaba mirando a Simone; luego, se volvió para contestar a Melissa. Pensó para sí mismo lo interesante que era ver cómo las personas responden a las situaciones. Admiró el pragmatismo de Melissa.

—Lo primero es no preocuparte demasiado por Eric. Probablemente ya haya encontrado una forma de volver a casa. Por desgracia, eso probablemente significa que tiene que volver andando, lo que quiere decir que no volverá hasta mañana, así que no te pongas nerviosa si no lo ves aparecer esta noche. Mientras lo esperas, tienes que volver a casa y llenar de agua las bañeras y los lavabos. Asegúrate de limpiarlo todo bien antes de llenarlo de agua, por supuesto. A partir de ahora no uses el baño. Cómete primero la comida que tengas en el congelador y lo que sea perecedero. Reserva las latas de comida. Localiza todo el combustible que tengas, si es que tienes algo, las velas, cerillas, mecheros, linternas, etcétera, y úsalos con moderación.

—¿Qué pasa con Sophie? —Melissa miró al bebé que tenía entre los brazos.

Gordon hizo una pausa y miró cómo Melissa mecía a Sophie.

—Estará bien. Le estás dando el pecho, ¿no?

Melisa asintió con la cabeza.

—Entonces estará bien, siempre que tú te cuides a ti misma. No le des agua a no ser que sepas que está limpia. Te recomiendo que te vayas a casa ahora y empieces a preparar las cosas. Estaremos pendientes de ti desde aquí. Si necesitas algo, pásate por aquí.

—Sí, Melissa, no lo dudes. Llégate por aquí si necesitas algo, lo que sea —reafirmó Jimmy.

Melissa se puso de pie y empezó a caminar hacia la puerta; Gordon la acompañó hacia el exterior.

—Melissa, si necesitas cualquier cosa, dínoslo. Por ejemplo, que hagamos una llamada, pero... —Gordon intentó en vano añadir un poco de humor.

—Gracias. Os avisaré cuando vuelva Eric —dijo Melissa tras mostrar una sonrisa.

Gordon la siguió con la mirada mientras iba desapareciendo en la oscuridad de la acera; cerró la puerta y volvió de nuevo al salón. Jimmy intentaba consolar a Simone, quien parecía estar muy triste. Como Gordon no quería entrometerse, salió de la habitación y fue por el pasillo hasta la sala de juegos. Vio una pequeña luz intermitente dentro de la habitación y escuchó risas. Fue hasta la entrada y se asomó al interior. Los niños estaban bajo una manta jugando con la linterna, encendiéndola y apagándola.

Entonces se dio cuenta de que Samantha no había estado en el salón cuando él se topó con Jimmy y Simone. Supuso que estaría en la cocina, pero cuando fue a comprobarlo, estaba vacía. Estuvo buscándola durante los próximos minutos; finalmente, fue a mirar al garaje, lugar que había dejado para lo último porque no entendería por qué Samantha querría estar allí sola. Abrió la puerta y, efectivamente, allí estaba ella, con un cuaderno entre los brazos haciendo inventario de la comida que acababan de traer.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó él conociendo ya la respuesta.

—Haciendo inventario; había que hacerlo. ¿Por qué no vas y traes la bicicleta y el remolque para llevarnos la mitad a casa? —sugirió ella sin apartar la vista del cuaderno.

—No, no lo haré, estoy todo dolorido y, como decía mi abuelo, «trabaja con habilidad, no con intensidad» —respondió Gordon.

—Hazlo como quieras, pero hazlo —respondió Samantha sin mirarlo.

—Sí, señora —Gordon caminó hacia ella y se puso de pie a su lado. Luego la rodeó entre sus brazos y la trajo un poco hacia su cuerpo—. Me encantan las mujeres que toman las riendas.

—Gordon, ahora no es el momento —le dijo ella sin hacerle caso.

—Vale, es solo que me encanta cuando te pones seria —le dijo él; después le dio una cachetada en el culo.

Ella dejó de escribir por primera vez desde que él entró en el garaje y le habló de forma brusca.

—¿En serio crees que este es un buen momento?

Gordon se apartó de ella.

—Está bien, sé dónde vives —dijo él.

Ella puso los ojos en blanco y meneó la cabeza.

Gordon volvió al salón; Jimmy seguía sentado en el sofá, pero Simone ya no estaba.

—¿Dónde ha ido Simone? —preguntó Gordon.

—Ha ido a ver cómo están los niños.

—Bueno, voy a cargar mis provisiones en tu camioneta y llevarlas a mi casa, ¿está bien?

—Hazlo —respondió Jimmy. Se agachó y cogió su copa de whisky, la cual se bebió de un trago.

Gordon miró a su amigo por un momento, luego volvió al garaje. Estaba cansado, pero aún tenía mucho trabajo que hacer antes de descansar.

Base de las Fuerzas Aéreas Tinker, OK (EE. UU.)

Rodeado por un séquito de personas, Conner caminaba deprisa hacia el avión que lo esperaba sobre la plataforma.

—¿Cómo es que este avión funciona? —preguntó Conner apuntando hacia la máquina.

—Señor, es un E-6 Mercury —contestó Griswald alzando la voz, llegando incluso a gritar porque estaban acercándose al avión. El agudo pitido del motor del avión dificultaba la escucha—. Hicimos algo bien, señor. Tenemos una flota de estos, los cuales están protegidos contra los ataques nucleares o de PEM. Son un centro de comando móvil que puede utilizarse en este tipo de accidentes.

—Me alegra saber que parte de nuestro dinero se gastó sabiamente —respondió Conner.

Tras situarse en la base del hueco del escalón, miró hacia arriba de forma contemplativa. Pasaría la puerta como Presidente de la Cámara de Representantes y saldría como Presidente de los Estados Unidos. Conner se agarró a la barandilla y subió las escaleras. Un oficial uniformado lo saludó y lo condujo hacia una sala de reuniones amueblada a bordo del avión.

Griswald y algunos otros miembros de la comitiva siguieron a Conner hasta la sala de reuniones; Conner se giró hacia Griswald y le hizo una pregunta.

—¿Se sabe algo de mi esposa?

—No señor, todavía no. Señor, no nos ha sido posible localizar a ningún juez, pero tenemos una Biblia. ¿Le parece bien que le invistamos ya para poder proceder con cualquier respuesta que tengamos a estos ataques? — imploró Griswald.

—Bien, hagámoslo —dijo Conner tras ponerse de pie.

Griswald se giró hacia su ayudante.

—Dame la Biblia y el juramento al cargo.

El ayudante dio un paso al frente con los dos artículos solicitados.

—Quédate ahí y sujeta la Biblia —instruyó Griswald a su ayudante.

Conner colocó la mano izquierda sobre la Biblia y levantó la mano derecha.

Griswald continuó: «Señor Presidente, por favor, repita después de mí. Yo, Bradley Raymond Conner...».

—Yo, Bradley Raymond Conner... —repitió Conner.

—«...juro solemnemente...».

—«...juro solemnemente...».

—«...que desempeñaré con lealtad el cargo de Presidente de los Estados Unidos...».

—«...que desempeñaré con lealtad el cargo de Presidente de los Estados Unidos...».

—«...y que preservaré, protegeré y defenderé la Constitución de los Estados Unidos empleando en ello el máximo de mis facultades».

—«...y que preservaré, protegeré y defenderé la Constitución de los Estados Unidos empleando en ello el máximo de mis facultades. Ayúdame Dios —dijo finalmente Conner abrumado por la emoción.

Griswald le extendió la mano.

—Señor Presidente.

Conner le cogió la mano y se la estrechó, y luego dio su primera orden como Presidente de los EE. UU.

—General, necesito un informe actualizado del estado de todo.

—Sí, señor —contestó Griswald con entusiasmo.

Después tomaron asiento todos los presentes en la sala. Griswald mandó a su ayudante a averiguar toda la información nueva que pudiese haber llegado desde su último informe hacía aproximadamente una hora.

—Mientras esperamos, ¿le parece que le diga cómo están posicionadas nuestras fuerzas por todo el mundo? —preguntó Griswald.

Entonces este encendió la gran pantalla plana del monitor que había al frente de la sala. Cogió del suelo un mapamundi y empezó a tocar distintas opciones por el otro lado. Con cada toquecito de pantalla, empezaron a aparecer en el mapa avatares que representaban unidades militares.

—Señor, lo que sabemos desde esta mañana es que tenemos portaaviones posicionados aquí y aquí. También tenemos dos Grupos Anfibios de Intervención Rápida posicionados aquí y aquí. Cada GAIR representa un batallón reforzado de marines y a todos los medios aéreos que tengan para acompañarlos. En Afganistán, tenemos otros dos batallones de marines. Nuestras unidades del Ejército terrestre en Europa no responden; esto se debe a una detonación PEM en Europa central que ha destruido toda su red eléctrica desde Inglaterra hasta Rusia central. Todas las unidades militares en los Estados Unidos continentales han sido destruidas. Hemos podido contactar con Hawái y Alaska, donde tenemos una mezcla de soldados del Ejército, de la Marina y de las Fuerzas Aéreas, así como una Brigada de Infantería Marina ubicada en Hawái. Muchos de nuestros submarinos lanzamisiles balísticos y de ataque están plenamente operativos y están ubicados aquí, aquí, aquí y aquí.

—General, dígame, ¿qué cree que sucedió o cómo sucedió? —preguntó Conner interrumpiendo a Griswald.

—Señor, creemos que la bomba PEM se instaló en un misil que se lanzó desde algún tipo de plataforma a bordo de un buque.

—¿Qué pasó con nuestro sistema de defensa antimisiles?

—Señor, no sabemos por qué no se interceptó este misil o si se llevaron a cabo intentos para interceptarlo. Creemos firmemente que fue lanzado desde alta mar, probablemente a bordo de un buque portacontenedores.

—¿Por qué creen eso? —preguntó Conner inclinándose hacia adelante y poniendo los codos sobre la mesa.

—Una razón es que el buque debió haber sido muy grande. No tenemos información de ningún buque militar con banderas de ningún país cerca, así

que probablemente se trató de un buque con cargamento de contenedores. Debe haber sido lo suficientemente grande como para soportar el peso de los misiles y lo suficientemente normal como para pasar desapercibido. No estamos seguros de si los dos misiles se lanzaron desde el mismo barco o por separado. Debemos suponer que el misil que impactó en Washington, D. C. fue lanzado desde algún punto del Atlántico, lo que habría reducido la distancia y el tiempo del trayecto del misil, aumentando así sus probabilidades de éxito. Pero, si estos dos misiles no se lanzaron desde el mismo barco, una ubicación muy probable para el lanzamiento del misil que llevaba la bomba PEM sería el Golfo de California.

—¿Tenemos alguna idea de quién lo hizo?

—No, no lo sabemos a ciencia cierta.

—Conteste a esta pregunta con total honestidad; con toda la red eléctrica inactiva en todo el país, ¿cuándo podemos recuperarla y qué cabe esperar del daño en la red?

—Señor, basándonos en todas las estimaciones, podría tardar entre 6 y 18 meses recuperar la red. El principal problema es que todas las centrales eléctricas están inoperativas; no tenemos ningún medio de comunicación directa para hablar con ellas. Tampoco contamos con los medios en el país para abastecernos de los suministros necesarios para recuperarlas. Sin electricidad y sin medios de transporte, no solo nos quedamos sin red eléctrica, sino también sin toda la infraestructura interestatal que abastece los suministros esenciales de comida, agua y medicamentos. La población general, en especial la población que vive en las ciudades más importantes del país, empezará a sentir la presión de la falta de comida y agua potable en cuestión de días. Las autoridades locales no cuentan con los medios suficientes para asistir a sus poblaciones locales porque también todos sus medios están inactivos.

—Vale, así que no habrá electricidad por un tiempo. El principal problema del que me están ustedes hablando es la escasez de comida para la población en general.

—Sí, señor.

—¿Qué podemos hacer?

—Ahora mismo, no mucho, señor. Lo que sugiero es que retiremos todos nuestros medios militares de todo el mundo y que nos los traigamos a casa.

Ellos tienen equipos operativos y pueden ayudarnos a reabastecer los municipios locales.

—¿Qué es lo que propone?

—Usted me pidió que fuese honesto, señor, y, honestamente, ni siquiera sé por dónde empezar.

Conner volvió a sentarse en la silla; estaba absorto en sus pensamientos. Después volvió a ponerse de pie e hizo una pregunta.

—General, sin electricidad, comida, agua ni suministros médicos, ¿qué cree que le ocurrirá a la población en general?

—Señor, ya hicimos esos estudios antes —Se levantó de la silla y se acercó a la pantalla. Tocó un par de botones y sacó un cronograma—. Antes de empezar, señor, permítame que empiece diciéndole que no hay mucho que podamos hacer ahora mismo para ayudar a la población en general. Ahora mismo están solos. En lo que tenemos que centrarnos es en recuperar la red y mantener la continuidad del Gobierno. Cuando se reestablezca la red, podremos centrarnos en abastecer a la población en general.

—No estoy del todo de acuerdo con usted, pero entiendo sus sugerencias. Lo que le estoy preguntando es ¿a qué nos enfrentamos en términos de bajas?

Griswald se giró y tocó la pantalla, en la cual apareció un gráfico.

—En los primeros minutos de la detonación de la bomba PEM, estimamos que murieron alrededor de 150.000 personas.

—¿Qué? —gritó Conner con incredulidad.

—Sí, señor. Basándonos en el momento de la detonación, podemos estimar que en el aire había aproximadamente miles de aviones repartidos por todo el país. Si suponemos que la carga media de pasajeros es de 50 personas, nos acercamos fácilmente a nuestras estimaciones. La bomba PEM habría destruido los motores del avión y estos habrían caído en picado.

—¡Dios bendito! ¿Tanta gente?

—Señor, esto es solo el comienzo. La bomba nuclear que impactó contra Washington, D. C. era una bomba de aproximadamente 100 kilotones. El epicentro de la explosión fue cerca del distrito Parque Kingman. Todo lo que había a un kilómetro y medio de la explosión quedó totalmente devastado. El Capitolio y la Casa Blanca quedaron fuera de esta zona, pero algunas fotos aéreas, las cuales se pueden ver aquí, muestran que estas estructuras han quedado prácticamente arrasadas.

Conner se quedó sentado en silencio, conmocionado por las fotos que estaba viendo.

—Señor Presidente, la pérdida de vida inicial estimada en Washington como consecuencia del ataque nuclear se sitúa probablemente en las 100.000 personas. Estimamos que otras 100.000 morirán por la exposición a la radiación, la deshidratación y la hambruna —Griswald hizo una pausa, permitiendo así que Conner asimilara la información, a la vez que intentaba refrenar sus propias emociones. Después, continuó—. Señor Presidente, tengo que advertirle de que las siguientes cifras son escalofriantes. En el primer mes, la pérdida de vida total será de entre tres y cinco millones de personas, en tres meses, de entre 15 y 20 millones. En el sexto mes, podemos contar otros 50 millones y, si todo sigue igual, en un año el 90 % de la población de Estados Unidos estará muerta.

—¿90 %?! No lo entiendo; ¿por qué tanta gente? —preguntó Conner exasperado.

—Señor Presidente, en el primer mes sin electricidad y con la falta de un flujo constante y adecuado de comida, agua y suministros médicos, lo más probable es que mueran todos aquellos estadounidenses que estén hospitalizados o que tengan algún tipo de necesidad especial. La inanición empieza a cobrarse sus víctimas en el segundo mes, mientras que la inanición masiva empezará a hacerse visible al sexto mes. Esto no contempla las revueltas civiles que acabarán con la vida de decenas de miles de personas.

—¿Qué podemos hacer? Debemos hacer algo.

—Señor Presidente, no hay mucho que podamos hacer por el estadounidense promedio. Lo mejor que podemos hacer es reestablecer la continuidad del Gobierno y, una vez hecho esto, podremos empezar a reestablecer las infraestructuras. Recomiendo que le encontremos un vicepresidente, así como un gabinete de Gobierno. Así podremos organizar equipos para ir a las capitales estatales y coordinarnos con los gobernadores. Con la capital de EE. UU. destruida, tendremos que hallar una nueva sede del Gobierno para nosotros. Recomiendo una base militar segura que tenga búnker subterráneo.

En ese momento, Conner volvió a sentarse en su silla; se cruzó de brazos y se concentró en el abrumador flujo de tan desagradable información. Se inclinó hacia adelante y volvió a lanzar otra pregunta.

—General, ¿sabemos quién hizo esto? Si es así, ¿qué nos recomienda como respuesta?

—Señor Presidente, no sabemos con exactitud quién es el responsable de estos ataques. Obviamente, tenemos sospechas, pero nadie ha reivindicado la responsabilidad, ni tampoco tenemos acceso a ninguna información que nos permita saberlo.

—Vale, basándonos en la información que tenemos, ¿cómo están nuestros aliados?

—Señor, parece que estos mismos ataques han sido perpetrados en Europa, en la zona del Pacífico y que en Australia se detuvo un ataque.

—¿Cómo detuvieron los australianos el ataque?

—No lo sabemos; hemos recibido información de su parte diciendo que pudieron detener a un navío que portaba un arma nuclear a bordo. Estamos trabajando con ellos para ver qué información podemos recopilar de los interrogatorios que están haciendo a los capturados.

—¿Cómo demonios han logrado los australianos frenar el ataque y no nosotros? —Conner parecía un poco indignado.

—Señor, solo cabe suponer que nuestros recursos resultaron insuficientes con todos los ataques recientes...

—¡Eso es! Los otros ataques solo eran para marearnos, así ellos podían orquestar este ataque.

—Sí, señor, eso parece ser exactamente lo que pasó —respondió Griswald.

Griswald continuó con su sesión informativa durante otra media hora. Cuanta más información presentaba, más desesperado se sentía Conner, quien se había convertido en el hombre más poderoso del mundo, pero sin tener el poder.

—Señor, ¿qué le gustaría que hiciéramos? —preguntó Griswald.

—Tengo que procesarlo todo. Necesito que me hagáis una lista de los posibles sospechosos y quiero hablar con el primer ministro de Australia lo antes posible. Quiero que traigáis a todos nuestros medios militares de vuelta a Estados Unidos tan pronto como sea posible. Quiero que algunos estén en la Costa Este para ayudar en las labores de rescate —Conner se detuvo por un

momento antes de mirar de nuevo a Griswald—. Partiremos cuando mi mujer esté a bordo.

—Señor, ¿a dónde quiere ir?

—A Florida.

—¿A Florida, señor? —preguntó Griswald confundido.

—Sí, a Florida —dijo Conner al ponerse de pie.

—¿Por qué Florida? —preguntó Griswald con tono desconcertado.

—Usted dijo que necesito un vicepresidente, ¿no?

6 DE DICIEMBRE DE 2014

«He aquí una manera rápida de determinar si ya cumpliste tu misión en la vida.
Si aún estás vivo, todavía no has terminado».
- Richard Bach

Musa Qala, provincia de Helmand, Afganistán

—Meted el culo en ese avión, chicos, venga, venga —gritó Gunny a sus marines.

El CH-53 estaba esperando con la rampa bajada y las aspas en movimiento. Sebastian se mantuvo en el lugar que le habían asignado, aplastado por el peso de su equipo y de sus pensamientos. Cuando embarcaron, el jefe del equipo les señaló que se fueran directamente a la parte delantera del helicóptero.

Todos los marines de su escuadrón se sentaron uno tras otro sin pensarlo mucho; era un ejercicio normal para ellos. Sebastian se giró y miró por la pequeña ventana que había a sus espaldas. Vio una fila de helicópteros desplegados por la explanada lisa con líneas de marines que iban embarcando lentamente. Miró a las montañas que se alzaban por detrás de los helicópteros; pensó que quizás no volvería a ver ese lugar nunca más. Qué extraño, él pensaba que EE. UU. invertía mucha sangre y mucho dinero para ayudar a crear una nueva democracia y, ahora, la suya propia estaba en peligro. Volviendo la vista atrás, le parecía que todo había sido en vano. Volvió a girar la cabeza y vio a todos sus amigos marines sentados con las correas puestas. Tras subir Gunny, el jefe del equipo levantó la rampa y preparó el helicóptero para el despegue. Tal y como hacía siempre, Sebastian hizo una oración

ritualista; cuando terminó la oración, la combinación entre el sonido y el olor era especial. Volvió a girarse rápidamente y miró a través de los cristales. El resplandor del sol lo cegó en un primer momento; luego, cuando se inclinó el helicóptero, volvió a divisar las montañas. Quería mirar por última vez el que fue su hogar lejos de casa. Por último, miró hacia adelante y se preparó para lo que sabía que sería un largo viaje, inclinó su casco para cubrirse los ojos y se durmió.

El letargo de Sebastian se vio interrumpido cuando Tomlinson le golpeteó el brazo.

—¡Eh, cabo, nos estamos acercando! —gritó Tomlinson.

Sebastian se incorporó y miró por la ventana por encima de su hombro. Solo vio un cielo azul y, por debajo, agua también azul. Cuando el helicóptero se inclinó hacia la derecha, también pudo ver los barcos.

Por debajo de él estaba el Grupo Anfibio de Intervención Rápida del buque Makin Island. A bordo estaba la 11.^a Unidad Expedicionaria de Marines, la cual llevaba meses en alta mar en el Pacífico Occidental y en el océano Índico. Su unidad compartiría los cuarteles y las instalaciones del barco con un puñado de soldados del 1.^{er} Batallón del 1.^{er} Regimiento de Marines, una unidad hermana de la base de Camp Pendleton.

—Vamos, marines, ¡moveos! —gritó Gunny. Sebastian y su equipo de marines se levantaron y salieron del helicóptero. Fueron bajando de la plataforma del barco en dirección a popa. El aire fresco del océano era agradable y ayudaba a enmascarar el fuerte olor a combustible. Sebastian también podía oler la salinidad del océano. Amaba la vida en los barcos y, en especial, le encantaban los puertos de escala; por desgracia, pronto dejaría de haber tanta libertad. Los días en los que atracaban en puertos extranjeros y se embriagaban con el sabor local habían llegado a su fin.

No pasó mucho tiempo antes de que los sacasen de la cabina de vuelo en dirección a un pasillo. Tras maniobrar a través de compuertas estrechas y angostas y por unas escaleras muy empinadas cargados con sus equipos, llegaron a su nuevo hogar. Al entrar pudieron ver que no llevaba mucho tiempo desocupado.

—Qué amable que hayan limpiado para nosotros —dijo un marine en tono sarcástico.

—Gunny, ¿qué pasa con esta porquería? Nos dejan con sábanas manchadas de esperma y ¡con un baño que es totalmente insatisfactorio! —gritó otro marine tras salir del baño.

—Marines, entiendo que estéis disgustados, pero esto no es el Ritz. Limpiad este lugar antes de la comida a las 1700. Cabo Van Zandt, ven aquí —dijo Gunny con su alta e imponente voz.

Sebastian puso su mochila en una estantería y fue hacia Gunny.

—Sí, Gunny.

—Coge a un grupo de trabajo de tres marines y asegúrate de que traen aquí abajo nuestro equipo que está llegando. Cuando acabes, asegúrate de comer algo, ¿vale?

—Entendido, Gunny —dijo Sebastian, quien se dio la vuelta y fue hasta su camastro.

Tomlinson lo miró.

—Os echaré una mano.

—Gracias, llama también a Morris y Randall —dijo Sebastian.

Mientras Sebastian y su grupo de trabajo caminaban a través del laberinto de pasillos en dirección a la cabina de vuelo, los asaltó un revuelo inesperado. Un grupo de marines armados estaba conduciendo a la fuerza por el estrecho pasillo a algunos oficiales de marina.

—¡Apartaos, vamos a pasar!

Sebastian y sus marines se apartaron del camino lo mejor que pudieron porque los marines armados pasaron muy deprisa. Sebastian se percató de que los oficiales eran de alto rango. Llevaba mucho tiempo allí como para saber que pasaba algo y que nunca había visto a un capitán de marina siendo llevado por un grupo de marines reclutados.

—¿De qué iba eso? —preguntó Tomlinson en voz alta.

—No lo sé, pero no tenía buena pinta —respondió Sebastian—. Vamos arriba y veamos si está pasando algo.

Fueron corriendo el resto del camino sin observar ningún otro incidente; abrieron la compuerta y salieron al exterior. Al salir por la compuerta hasta la cubierta exterior, los cegó el brillo del sol. En la plataforma de vuelo había una intensa actividad y estaban llegando más helicópteros.

Sebastian reconoció a un marine de la S-4, la unidad logística y de suministro de su unidad. Se acercó a él y le hizo una pregunta.

—¿Ha empezado a llegar ya el equipo para el pelotón de Vigilancia y Adquisición de Objetivos?

—Todavía no ha llegado ningún equipo; ahora está llegando la última parte del personal, el equipo vendrá después; probablemente en una hora o así — contestó a Sebastian el sargento de la unidad S-4.

—Gracias —dijo Sebastian antes de girarse hacia sus marines. Mientras volvía, miró hacia la superestructura y vio a Barone fuera del puente de mando hablando con otro marine, quien parecía estar enfadado porque movía los brazos de aquí para allá.

—Mirad eso —dijo Sebastian señalando hacia Barone mientras volvía con sus marines.

Todos los marines se dieron la vuelta y miraron.

—Parece que algo no va bien, ¿me equivoco? —dijo Sebastian.

—Si tuviera que apostar, cosa que me gusta hacer, diría que al Coronel le están dando la tabarra —dijo Tomlinson bromeando.

San Diego, CA (EE. UU.)

Gordon se despertó sobresaltado en su cama por los gritos que venían del pasillo. Apartó hacia un lado las mantas y salió de la cama.

—¿Qué pasa? —dijo Samantha algo alarmada.

—Creo que es Haley. Iré a por ella; creo que está teniendo una pesadilla —dijo Gordon con calma. Recorrió con cuidado el pasillo a oscuras que llevaba a la habitación de su hija. Cuando llegó a la puerta del dormitorio, Haley dio otro grito.

—¡Mami, mami, mami!

Gordon abrió rápidamente la puerta y entró.

—No pasa nada, cielo, papi está aquí.

—Papi, papi —dijo Haley con voz aterrorizada entre sollozos. Estaba sentada en la cama con la mirada puesta en la negrura de su habitación.

Gordon se sentó en la cama, la agarró y se acercó a ella; la abrazó y le dio un beso en la cabeza.

—No pasa nada, cielo, ahora papi está aquí. No pasa nada.

—Está muy oscuro —dijo ella sollozando. Le costaba respirar a causa de los gritos.

La habitación de Haley tenía antes una luz de noche, pero sin electricidad ahora estaba completamente a oscuras.

—Lo sé, cariño, pero ahora no pasa nada. ¿Quieres venirte y dormir con mami y papi?

—Sí —contestó ella con la cara aplastada contra el hombro de Gordon.

Gordon podía sentir la humedad de sus lágrimas en su hombro. Le acarició la cabeza y le habló entre susurros.

—Papi está aquí, nunca dejaré que nada te haga daño.

Gordon se levantó sin soltar a Haley y volvió a su habitación. Luego se metió en la cama con Haley agarrada a él.

—Ven aquí, cariño —dijo Samantha a Haley con ternura y en tono suave.

—Mamá —dijo Haley extendiendo la mano hacia Samantha.

—Tenía miedo de la oscuridad —dijo Gordon a Samantha.

—Me lo imaginé.

Gordon volvió a levantarse y fue hasta la puerta de la habitación cuando Samantha le hizo una pregunta.

—¿A dónde vas?

—Voy abajo; no creo que sea capaz de dormirme ahora.

Bajó con cuidado las escaleras y fue hasta la cocina. Por costumbre, intentó encender la luz de la cocina, pero la realidad de los acontecimientos sucedidos el día anterior volvió a manifestarse cuando la luz no se encendió. Tras conseguir llegar hasta el sofá, se sentó solo en la oscuridad y pensó en los acontecimientos y en el futuro. Hoy volvería a ser un día ajetreado. Como sabía que no podía hacer frente a lo que él pensaba que estaba pasando, planeó informar a los de su comunidad ese mismo día. A estas alturas estaba seguro de que la mayoría sabría que había sucedido algo terrible, pero muchos no eran conscientes de lo grave que era. Al mirar hacia el exterior, la luna creciente que se ponía lo hizo viajar hasta el primer día en que conoció a Samantha. Tras recostarse cómodamente en el sofá, pensó en el fin de semana en el que se conocieron. Sus pensamientos se instalaron en aquella tarde de viernes más de nueve años atrás.

Gordon acababa de salir del Cuerpo y paraba en California del Sur. No tenía ningún interés en volver a la zona este; se había hecho un pequeño grupo de amigos, tanto de dentro como de fuera del Cuerpo de Marines. Uno de estos amigos era Nelson Williams, un bombero que trabajaba en Oceanside. Gordon había conocido a Nelson durante un curso de formación en seguridad hídrica en el año 2002. Nelson también trabajaba en Oceanside como socorrista e instructor del Curso de Seguridad Hídrica del Cuerpo de Marines. Ambos congeniaron desde el primer momento; eran de la misma edad y tenían las mismas opiniones del mundo y de la política. Nelson iba a organizar una fiesta para Gordon y algunos otros amigos marines del 3/1. Prometía ser una de esas fiestas que duraban todo el fin de semana. Nelson tenía dos motivos para organizar una fiesta para Gordon; el principal era presentarle a la mejor amiga de su novia, Samantha. La novia de Nelson, Seneca, sabía cuál era el prototipo de Gordon: pequeña, de pelo rubio, con curvas y con una actitud algo dulce y resuelta. Afortunadamente para Gordon, Samantha, la amiga del colegio de Seneca, se ajustaba a esta descripción. Nelson sabía que se gustarían y no habría podido tener más razón.

Gordon vio que sus pensamientos se sobresaltaron cuando sintió que le tocaban el hombro.

—Dios mío, me has asustado —dijo Gordon en voz baja para no despertar a los niños.

—¿Estás bien? Quería ver cómo estabas después de dejar dormida a Haley.

Gordon podía ver a su mujer parcialmente iluminada por el tenue brillo de la luna que entraba por la puerta.

—Solo me estaba relajando y pensando. Ven aquí, siéntate a mi lado —le pidió él.

Samantha dio algunos pasos y entonces Gordon la agarró por la cintura y la sentó en su regazo; luego, la rodeó con los brazos y le dio un beso en los labios. Ella puso la cabeza en su hombro.

—Estaba pensando en cuando nos conocimos —dijo Gordon—. ¿Te acuerdas de ese fin de semana?

—Claro que sí —dijo ella suavemente—. Sabía que nos casaríamos desde el primer momento en que te vi.

—Cuando te vi perdí todas las fuerzas. Después de nuestra primera

conversación supe que eras como una guardiana, pero lo que selló el pacto fue cuando me salvaste el culo —dijo Gordon con una sonrisa.

—Tu culo no necesitaba que lo salvaran y, además, no iba a dejar que cuatro tíos le dieran una paliza a mi futuro marido.

Aun entre sonrisas, Gordon tomó la palabra.

—Nelson sigue mencionando esa pelea cada vez que nos vemos. Por desgracia, no pude verla, pero se me recuerda muy a menudo. Tienes un derechazo muy bueno con una botella en la mano.

—Les dije que te dejaran tranquilo, pero no me hicieron caso —dijo Samantha con tono dulce y suave.

—Por favor, recuérdame que siempre te haga caso, ¿vale? —dijo Gordon abrazando aún más fuerte a Samantha.

—Lo que te tengo que recordar es que dejes de enfrentarte a grupos de personas tú solo y al mismo tiempo.

—Espera un segundo, yo no me enfrenté a ellos ni empecé la pelea. Todo empezó cuando querían darle una paliza a Sebastian por flirtear con una de sus novias. Creí que había suavizado la situación, pero esos universitarios de la fraternidad creyeron que eran más que nosotros porque éramos seis a dos. Cuando ese tío tocó a Sebastian, se rompieron todas las negociaciones —dijo Gordon, quien parecía estar a la defensiva.

—Me acuerdo, pero también me acuerdo que no te gustó cuando te llamaron «caracortada» —dijo Samantha acariciando el brazo de Gordon.

—No me importa lo que la gente diga de mí. Sebastian siempre se mete en problemas; ésa no es la primera vez que he tenido que sacarlo de una situación difícil. Él solo abre la boca y dice tonterías que no debe y ahí empieza todo. Él es quien siempre empieza las peleas; yo normalmente solo tengo que terminarlas por él.

—Bueno, aquella vez en la playa, creo que tenían ventaja.

—Lo sé. Aun hoy me cabrea no haber visto a aquel tipo por mi derecha.

—Cielo, no te puedes cabrear, te golpeó por sorpresa. Cualquiera se hubiera caído.

—Me alegra que lo golpearas en la cabeza con esa botella —dijo Gordon, quien hizo una breve pausa y después continuó—. ¿Dónde estaría ahora si no llega a ser por ti? Me has cuidado mucho desde entonces —dijo Gordon y la

volvió a abrazar.

Samantha le estaba recorriendo el pelo con los dedos. Luego le habló con suavidad.

—Por supuesto que te cuido. Eres mi hombre y me cuidas mucho a mí y a los niños. Siempre tendré tu apoyo.

Samantha alzó la cabeza y lo besó apasionadamente en los labios.

A 11.500 m sobre Alabama

—¿Presidente? ¿Soy el Presidente de los Estados Unidos? —dijo Conner en voz alta tras despertarse de un inquietante sueño. Miró hacia la camilla vacía de su esposa. Se preguntó dónde podría estar; en un solo día les habían ocurrido muchas cosas a los dos: él había perdido a su hijo, habían muerto cientos de miles de estadounidenses y su país estaba sumido en una oscuridad que duraría meses. A lo largo de las próximas semanas y los próximos meses, irían muriendo cada vez más estadounidenses a causa de la deshidratación, la hambruna, la falta de medicinas, las enfermedades y la violencia. Ahora, él era el responsable de proteger a esos 315 millones de estadounidenses. Las preguntas comenzaron a invadirlo. *¿Estaba a la altura de la misión? ¿Cómo respondería? ¿Cómo podría saber quién hizo aquello? ¿Qué pasaría si se produjeran más ataques? ¿Cómo los frenaría?* Las preguntas seguían impregnándole el pensamiento; la principal era la siguiente: *¿Cómo podía proteger al pueblo estadounidense en un estado tan debilitado?* Fue entonces cuando supo que debía responder pronto. Los Estados Unidos tenían muchos enemigos y estos intentarían sin duda aprovecharse de su débil situación.

Tras levantarse con un nuevo propósito en mente, salió de la habitación y fue por el estrecho pasillo hasta el área de comunicaciones de la parte delantera. Necesitaba hablar con Griswald inmediatamente.

Al abrir la puerta del Área Central de Comunicaciones, vio que Griswald estaba hablando con su ayudante.

—Sr. Presidente —dijo Griswald al levantarse rápidamente.

—Siéntese, General —dijo Conner cerrando la puerta tras él—. General, ¿qué medios tenemos a nuestra disposición en este mismo momento?

—¿Señor? —preguntó Griswald, quien parecía confundido.

—La principal pregunta que sigo haciéndome es cómo podemos proteger al pueblo estadounidense de otros ataques o cómo evitar que nuestros enemigos se aprovechen de nuestra débil situación —Conner habló deprisa, casi sin respirar—. General, ¿cómo podemos evitar que nuestros enemigos como Corea del Norte o Irán nos ataquen? Estamos aquí paralizados. ¿Por qué no iban a aprovechar para atacarnos? ¿Por qué no iban a intentar invadirnos o hacernos más daño? ¿Cómo podemos recomponernos teniendo encima esta amenaza?

—Sr. Presidente, esas son unas preguntas muy buenas. ¿Por qué no se sienta y lo hablamos?

—¡No necesito sentarme! ¡Lo que necesito son respuestas! —exasperó Conner.

Griswald parecía sorprendido por el comportamiento de Conner.

—Sugiero que primero reunamos a nuestro gabinete así como a todos los jefes militares que tengamos, y que luego nos sentemos para analizar esas amenazas con objeto de ver lo que podemos hacer y cómo podemos proceder...

—¡No tenemos tiempo para reunir a un gabinete y analizar la información! —gritó Conner.

—Discúlpeme, señor —dijo Griswald un poco desconcertado mientras intentaba relajarse en su silla.

—General, necesito una sesión informativa en 30 minutos sobre todos los medios que tenemos, desde un simple soldado de tierra hasta la ubicación de todos nuestros submarinos nucleares.

—Sí, señor, haré todo lo posible para recopilar esa información, pero desde ayer no se ha producido ningún cambio en nuestras fuerzas —dijo después de mirar a su ayudante, quien asintió con la cabeza.

—¡Hágalo, General! —gritó Conner.

—Sí, señor —contestó Griswald.

Conner lanzó una breve mirada a Griswald, miró a su alrededor y salió de la habitación tan bruscamente como había entrado algunos minutos antes.

Griswald miró de nuevo a su ayudante.

—Veamos qué podemos averiguar de nuestras unidades por todo el mundo, haz todo lo que puedas.

—Sí, señor —dijo el ayudante al levantarse.

—Un segundo —dijo Griswald.

—¿Señor?

—¿No parece que le Presidente está un poquito abrumado?

—¿Señor? —preguntó confundido el ayudante.

—Nada, ahora ve a buscar esa información y confirma nuestro transporte cuando hayamos tomado tierra —dijo Griswald señalando a la puerta mientras hacía señas a su ayudante para que saliera.

—Sí, señor —dijo el ayudante al salir de la sala.

Griswald se recostó en la silla. Se preguntaba cuál era el tipo de respuesta que podrían dar con todos los medios disponibles y operativos que tenían alrededor del mundo. No estaba seguro del tipo de respuesta que el Presidente quería dar cuando no sabían quién había atacado el país. Entendía que el Presidente tuviera muchas cosas que hacer, pero también sabía que los próximos pasos de Estados Unidos debían calcularse con sumo cuidado.

San Diego, CA (EE. UU.)

Gordon se despertó de repente; abrió los ojos y vio a Haley con el mando a distancia del televisor.

—Papi, ¿puedo ver la tele? —preguntó Haley inocentemente con el mando a distancia delante de la cara de su padre.

Gordon se había quedado dormido en el sofá con Samantha, pero no la veía por ningún lado. Al mirar fuera, vio el color grisáceo del cielo de las típicas mañanas de Carolina del Sur.

—¿Dónde está mami?

—Mami está durmiendo arriba. Tele, por favor —dijo Haley, quien seguía con el mando puesto en la cara de Gordon.

Gordon se incorporó y se estiró.

—Cielo, lo siento, pero la televisión no funciona. ¿Quieres que te lea un libro?

—No, quiero la tele —dijo Haley decepcionada.

—Cielo, como te he dicho, la televisión no funciona —dijo Gordon mirando a su empeñada hija.

—¿Puedes arreglarla, papi? Quiero ver Disney Junior.

—Cielo, si pudiese arreglarla, lo haría —dijo Gordon, quien estiró el brazo y la cogió. La besó en la mejilla y en la frente—. Cielo, créeme que, si pudiera, la arreglaría.

—Te quiero, papi —susurró Haley.

Los ojos de Gordon se llenaron de lágrimas cuando la abrazó aún más fuerte.

—Yo también te quiero, cielito; eres mi niñita y haré cualquier cosa por ti. Arreglaré la televisión, haré lo que pueda para arreglarlo todo, te lo prometo —dijo Gordon mientras abrazaba a Haley con las mejillas surcadas de lágrimas.

—¿Por qué lloras, papi?

—Porque te quiero mucho —contestó Gordon sin decirle todas las razones de su llanto. Volvió a darle un beso en la cabeza—. Corre arriba y coge tus tres libros favoritos para que te los lea —dijo después.

—¡Gracias, papi! —dijo Haley, quien se desprendió de Gordon y fue corriendo hacia las escaleras.

Gordon se quedó mirándola mientras corría. Sentía como si todo el mundo estuviese sobre sus hombros. Hoy sería un gran día para él y su familia. Finalmente, iría a ver a sus vecinos y los informaría de lo que él pensaba que había pasado, y empezaría a coordinar esfuerzos a nivel comunitario para la supervivencia mutua de la comunidad. Haría todo eso, pero antes pasaría algún tiempo con su hija.

Sus ideas se vieron interrumpidas cuando Haley saltó sobre su regazo con más de tres libros entre sus brazos.

—¡Aquí están, papi!

—¿Qué es esto? Parecen que son más de tres libros —preguntó Gordon con una sonrisa.

—¡Léemelos, papi! —dijo Haley con voz emocionada antes de echar la cabeza sobre el pecho de Gordon.

—Parece que son cinco libros.

—Por favor, papi, léelos todos.

Gordon sonrió.

—Claro que sí, cielo —abrió el primer libro y empezó a leer.

Buque USS Makin Island, Golfo Árabe

El nivel de actividad en el barco había alcanzado un máximo histórico desde su llegada a primeras horas de la mañana. Era algo típico, pero también algo inusual, y es que corrían tiempos inusuales. Su unidad ya se había instalado en su nuevo hogar a bordo del USS Makin Island y, aprovechando la pausa para jugar a picas, Sebastian y su grupo de francotiradores se relajaban en la zona de los camarotes.

—Maldita sea, ¿te estás quedando conmigo? —gritó Tomlinson cuando Sebastian lanzó el as de picas y ganó la última baza.

—Lo siento, colega, tú fuiste quien las repartiste —dijo Sebastian guiñándole el ojo a Tomlinson mientras recogía las cartas.

—Parece que te han tocado todas las picas de la baraja. ¡Vaya mierda!

—Creo que esta última mano me ha hecho ganar el juego y esos 20 —dijo Sebastian al estirar el brazo y coger el billete de 20 \$ que había junto a Tomlinson.

—¿Quieres jugar otra vez? —preguntó Sebastian a Tomlinson.

—Por qué no; por cierto, ¿a cuánto va la apuesta ahora?

Mientras Sebastian barajaba las cartas, la compuerta de la zona de los camarotes se abrió y apareció Gunny.

—Marines, ¡atención! —gritó Gunny con su voz rasgada.

Todo el mundo dejó de hablar y todas las miradas se centraron en Gunny.

—Marines, tenemos una formación por todo el buque en la plataforma de vuelo en 15 minutos. Poneos en marcha, estad allí en 10 minutos, ¿entendido? —gritó Gunny.

Algunos marines respondieron a su pregunta con otro grito.

—¡Sí, Gunny!

Los francotiradores comenzaron a recoger sus cosas y a ponerse las blusas y las botas.

—Me pregunto qué pasa ahora —preguntó Tomlinson en voz alta.

—Sospecho que habrá muchos momentos como estos, así que vete acostumbrando —respondió Sebastian, quien se puso las botas y cogió su abrigo del armario.

Cuando Sebastian y Tomlinson atravesaron la compuerta, se toparon con una fila de marines que intentaban subir por las escaleras. Esperaron un momento, pero perdieron la paciencia.

—A la mierda, sígueme —dijo Sebastian.

Tomlinson siguió a Sebastian por los angostos y ajetreados pasillos. Después, llegaron hasta una compuerta que estaba cerrada y la abrieron, pero los detuvo un marine armado que había al otro lado.

—Sin acceso —les ordenó el marine.

—¿Sin acceso? —preguntó Sebastian.

—Ya me has oído, cabo, este pasillo está cerrado —dijo el marine.

—Venga, sargento, deje que cortemos camino por aquí para ir a la formación; lo único que tenemos que hacer es subir por esas escaleras de ahí —dijo Sebastian apuntando por encima del hombro del marine a las escaleras que había algunos metros más allá.

—No, cabo, está cortado al acceso. Os sugiero que deis la vuelta y encontréis otra ruta.

—Venga, Sargento... Devonshire —dijo Sebastian tras hacer una pausa para fijarse en la placa identificativa que el sargento llevaba en el pecho.

En ese momento Sebastian notó un gran revuelo por el pasillo y vio cómo dos marines tiraban a otro al suelo. Un tercer marine, un oficial, entró desde una compuerta adyacente que había junto al lugar de la pelea y ayudó a los dos marines. Luego, el oficial miró hacia donde estaba Sebastian y gritó.

—Sargento, ¡cierre esa puta compuerta ahora mismo! ¡Esta zona está protegida y el acceso está cortado!

—Perdón, cabo —dijo Devonshire cerrando rápidamente la compuerta ante las narices de Sebastian.

Sebastian se volvió hacia Tomlinson y no dijo nada. Ambos se quedaron mirándose el uno al otro durante un instante.

—¿Qué coño está pasando? —preguntó Tomlinson.

—No lo sé, pero tenemos que ir arriba —respondió Sebastian.

Cuando finalmente llegaron a la plataforma de vuelo, vieron que ya se había formado su pelotón, así como otros miles de marines y marineros. Fueron rápidamente hacia su pelotón y se pusieron en la última fila. Gunny Smith se volvió hacia ellos y les lanzó una mirada de soslayo.

—Marines y marineros del USS Makin Island, ¡atención! —gritó el Sgto. Maestre Simpson antes de girarse. Barone se acercó al sargento maestre y le devolvió el saludo. Simpson dio un paso a la derecha y se marchó.

—Marines y marineros del USS Makin Island, ¡descansen! —gritó Barone—. Todos sabéis que estamos viviendo unos momentos sin precedentes. Nuestro país ha sufrido un ataque que lo ha puesto en jaque; nuestras familias han sufrido y están sufriendo en este mismo momento. Son muchos los miles de personas que han muerto. Hemos perdido a todo nuestro Gobierno federal tras un ataque en la capital. El Presidente y el Vicepresidente han muerto. Hay un nuevo Presidente; el Presidente de la Cámara de Representantes Conner ha sido investido hace tan solo unas horas. Seguimos sin saber quiénes perpetraron este ataque, pero sabemos que también tuvieron éxito en Europa y en China. Hemos recibido noticias de que hubo otro ataque en Australia, pero que nuestros hermanos australianos consiguieron detenerlo. Como muchos de nuestros aliados están abatidos y nuestros enemigos están campando a sus anchas, hemos recibido la orden de volver al este para ayudar en las operaciones de búsqueda y rescate mientras nuestras familias están sufriendo sin contar con nuestra protección. Desde ayer, son muchos los comandantes de los pelotones que se me han acercado para expresarme vuestras preocupaciones, en especial vuestras preocupaciones en relación con vuestras familias y su paradero. He mandado constituir esta formación para informaros de que ha vuelto a haber algunos cambios en nuestra misión —Barone hizo una pausa y miró a los marines y marineros que tenía enfrente. Luego se miró las botas y volvió a alzar la vista para continuar.

—No vamos a la Costa Este; ¡nos vamos de vuelta a California! Con esto os estoy haciendo saber que he oído vuestras preocupaciones; ¡yo os entiendo! ¡Volvemos a casa para cuidar de nuestras familias!

Muchos marines y marineros comenzaron a gritar en aprobación de lo que estaban escuchando.

Barone levantó sus manos y también gritó.

—¡Tranquilos, tranquilos!

Los gritos y los hurras pararon tras unos minutos con la ayuda de los comandantes de los pelotones, los cuales gritaron para que se guardase silencio.

Barone continuó cuando volvió la calma.

—Este cambio en la misión también tiene un precio. Empecé a hablar a esta formación diciéndoos que estamos viviendo un momento sin precedentes y, a veces, los momentos sin precedentes requieren ¡acciones sin precedentes! Algunas veces tenemos que mirar a lo que está pasando a nuestro alrededor y tomar decisiones que en un primer momento pueden parecer incorrectas, pero que en realidad son las decisiones correctas. He tomado una decisión que puede que no parezca ser la correcta para algunos de vosotros, pero que sé que sí es la correcta. He tomado esta decisión y estoy dispuesto a asumir las consecuencias. Ahora no os voy a decir lo que tenéis que hacer, sino que os lo voy a pedir. No os pido que toméis la misma decisión que he tomado yo, os estoy pidiendo que me acompañéis.

Muchos de los marines y marineros miraron a su alrededor y por todos lados se oían susurros y murmullos. Los marines y los marineros estaban acostumbrados a recibir órdenes, pero ahora se les estaba dando la opción de elegir.

—Tengo un mando seguro de este GAIR; he arrestado a aquellos oficiales al mando que no quieren acompañarme en nuestra nueva misión. Para algunos, ¡lo que hago es una rebelión! Sin embargo, en mi corazón sé que lo que estoy haciendo es lo mejor para nuestras familias, independientemente de lo que digan.

El sonido de las habladurías y los murmullos se hacía más intenso a medida que se instauraba la sorpresa por las palabras de Barone.

—He escuchado vuestras necesidades y vuestros deseos; ¡he cambiado de planes y ahora nos dirigimos a San Diego! Aquellos de la formación que deseen unirse a mí y volver a California para poder estar con sus familias y protegerlas de los tiempos oscuros que nos acechan serán recompensados. Si vuestras familias no están allí, pero os gustaría acompañarnos en este viaje, sois bienvenidos. Si no deseáis continuar con nosotros cuando llegemos a tierra, podéis marcharos y no se os pedirán explicaciones. Pero ahora, si no queréis seguir con nosotros de ninguna de las maneras, os dejaremos en la isla Diego García.

Barone hizo otra pausa y miró a su alrededor.

—Creo que, a fin de poder guiaros en esta nueva misión, es importante que os explique cómo llegué a esta decisión. He sido marine durante 18 años; amo el Cuerpo de Marines. Amo mi país y amo a mis marines y a sus familias. No

puedo estar con la conciencia tranquila y guiaros hasta la Costa Este para limpiar algo que considero que está totalmente perdido. No puedo guiaros sabiendo que vuestras familias están en peligro. Nuestro Gobierno federal ha desaparecido, como también han desaparecido las autoridades de California. Sin electricidad ni material, nuestras familias no tienen más remedio que defenderse por sí solas. Cuando llegemos al este, nuestra misión será desenterrar muertos. Para cuando llegemos de vuelta a casa tendríamos que hacer lo mismo, pero con una diferencia: esos cuerpos serían de nuestras familias y amigos. Es por esta razón por la que hago esto. Os he pedido que me acompañéis en esta nueva misión; no será fácil, y estaremos solos, pero nuestro país no volverá a ser el mismo. Os he dado una nueva misión y os estoy dando la opción de seguirme. Ahora vivimos en un mundo nuevo. ¿Quiénes me seguirán de lo que estáis aquí?

Miles de marines y marineros gritaron al unísono.

—¡Yo, señor!

—¿Quién me seguirá? —repitió Barone aún más alto.

—¡Yo, señor!

Sebastian se quedó desconcertado y confuso; le gustaron las palabras de Barone, pero también tenía la sensación de que siguiéndolo a él le estaba dando la espalda a su país. Entonces pensó en Gordon, en Samantha y en los niños. Cuando el coronel volvió a gritar «¿Quién me seguirá?», Sebastian levantó la mano y gritó.

—¡Yo, señor!

Condado de Miami-Dade, FL (EE. UU.)

Conner podía oír toda la actividad que había fuera en la plataforma. Su aterrizaje había transcurrido sin problemas; de hecho, todo parecía transcurrir sin problemas. Mientras esperaban el convoy que lo llevaría a conocer a su nuevo Vicepresidente, Conner y Griswald estaban terminando una sesión informativa.

—General, gracias por preparar todo esto tan rápidamente —dijo Conner.

—Sr. Presidente, de nada. Espero que esto le haya ayudado a comprender cuál es nuestra postura y cuáles son las opciones que tendrá cuando tome la decisión de responder. ¿Qué piensa sobre una respuesta? —preguntó

Griswald.

—General, creo que es importante dar una respuesta muy pronto. Creo que no podemos esperar demasiado tiempo. Cuando hablé con el primer ministro australiano, no habían conseguido mucha información de los individuos que habían capturado en ese buque portacontenedores. La única preocupación que tengo es que quienquiera que haya hecho esto nos puede volver a atacar, y pronto. Tampoco creo que se trate de un grupo terrorista; creo que fue orquestado por un estado. Lo que sí sabemos es que estos ataques solo tenían como objetivo nosotros y nuestros aliados, sí, China y Rusia también se han visto afectadas, pero, ¿sabe quién no? Sudamérica, África y Oriente Medio no fueron atacados. No creo que se trate de un accidente. Creo que quienquiera que haya hecho esto se encuentra allí o recibía apoyo de algún país de la zona.

—Señor, estaría de acuerdo con usted en que lo más probable es que detrás de esto estuviera algún país como Irán o Pakistán.

—Quise comentárselo antes, pero no dijo usted nada de nuestras fuerzas nucleares.

—¿Nuestras fuerzas nucleares?

—Sí, general; creo que la única respuesta aceptable sería responder con un ataque nuclear. No tenemos ni el tiempo ni los recursos financieros para enviar fuerzas aéreas ni terrestres. Opino que destruyamos a esos cabrones con armas nucleares y que ¡sigamos adelante!

—Sr. Presidente, aunque estoy de acuerdo con que debemos responder con la misma fuerza, le tengo que hacer una pregunta: ¿contra quiénes las usamos? No sabemos quién nos atacó.

—Esa, general, es la cuestión, y una que quizás no seamos capaces de respondernos en mucho tiempo, si es que podemos. Le pregunto lo siguiente: ¿cómo podemos siquiera pensar en la reconstrucción si podríamos sufrir otro ataque? Lo que sabemos es que hay muchos países que no nos quieren. Muchos han ido en nuestra contra antes; han apoyado a organizaciones terroristas abiertamente o nos han deseado la muerte. Si no han participado directamente en esto, ¿acaso no lo han apoyado indirectamente?

—Sr. Presidente, ¿sugiere usted que los ataquemos a todos con armas nucleares?

Conner se quedó callado por un instante y miró a Griswald. Se hizo un extraño silencio en la habitación. La tensión podía palpase en el ambiente.

Todos los ojos estaban puestos sobre el Presidente y esperaban que él respondiera a la pregunta de Griswald.

—Sí, general, lo que estoy sugiriendo es que ¡los bombardeemos con armas nucleares a todos! Tenemos que buscar culpables y tenemos que hacerlo con rapidez. Nuestros compatriotas nos pedirían una respuesta inmediata.

—Sr. Presidente, ¿sabe lo que está pidiendo? Al desatar nuestro arsenal nuclear mataremos a millones de inocentes.

—¿Ahora son inocentes? ¿Qué pasa con los inocentes de nuestro país? ¿Qué pasa con ellos? No podemos invadir esos países y perder años enteros intentando capturarlos. Tenemos que neutralizar esta amenaza de una vez por todas. Y es ¡matándolos a todos!

—Entiendo que esté triste, Sr. Presidente, pero quizás sería mejor una respuesta más moderada como ataques aéreos o misiles de crucero.

—No puede haber una respuesta moderada; debemos destruir a nuestros enemigos de una vez por todas. Eso es lo que quiero ahora mismo. ¿Qué haría falta para destruir a nuestros enemigos en Irán, Irak, Pakistán, Corea del Norte, Yemen, Libia, Egipto, Siria, Afganistán y Somalia?

—¿Todos esos países? ¿Quiere atacar a todos esos países con nuestras fuerzas nucleares?

—Quiero ver cuáles son nuestras opciones, General.

—Sr. Presidente, me preocupa este planteamiento.

—Respeto su preocupación, pero por favor, consígame la información tan pronto como pueda —Conner miró a Griswald y luego cambió el tema de la conversación—. ¿Me ha asegurado un transporte para que vaya a reunirme con el Gobernador Cruz?

—Creo que sí.

—Fantástico, gracias. Quiero salir en 20 minutos —dijo Conner al ponerse de pie—. Espero regresar con el Gobernador Cruz y su familia. Desde aquí, nos iremos a Colorado. Gracias de nuevo —finalizó Conner y salió de la habitación.

Griswald se levantó y vio cómo se alejó Conner. Cuando este salió, Griswald se dirigió al General Houston, el oficial al mando de la Base Homestead de las Fuerzas Aéreas.

—¿Estás igual de preocupado que yo? —le preguntó.

—Gris, mira, nuestro país ha sufrido un gran ataque, yo estoy de acuerdo con el Presidente. Debemos dar una respuesta firme y rápida. La espera solo traerá más ataques —dijo Houston con su acento sureño.

Griswald reaccionó enfurecido y lo interrumpió.

—¿Qué pensará el mundo de nosotros si borramos del mapa todos esos países? Debe haber otro camino.

—Tal y como yo lo veo, debemos traernos aquí a todas nuestras tropas que están en alta mar para que nos ayuden a levantar este país. Ahora el mundo ha cambiado, y no sé cuándo se recuperará. En este momento tenemos una oportunidad para eliminar de una vez por todas a todos esos países que sienten aversión por nosotros y que pretenden hacernos daño. Tenemos legitimidad para este ataque a la vista de lo que ha pasado aquí.

Frustrado y enojado, Griswald se levantó de su silla y la empujó con fuerza contra la pared. Dio algunos pasos por la sala y respondió al comentario del General Houston.

—General, con el debido respeto; esa es una razón bastante mala para matar a millones de inocentes. Aunque de alguna manera estoy de acuerdo con el uso que hacemos de nuestras fuerzas nucleares en contra de los que en realidad han perpetrado este acto, debemos determinar con fiabilidad ¿quién lo hizo! No podemos ni debemos matar a millones de personas con la excusa de que hemos sido atacados ¡y que no nos llevamos bien con ellos!

—Bueno, Gris, en última instancia, la decisión no es tuya, sino del Presidente.

Griswald miró a Houston con mirada ausente. Luego miró el mapa que había en la mesa y habló.

—Tienes razón, Houston; esas decisiones siempre se dejan al comandante o al jefe.

Houston ladeó levemente la cabeza sin estar seguro del tono utilizado por Griswald en su comentario.

—Vayamos y asegurémonos de que el convoy está listo para llevar al presidente Conner —dijo Griswald, quien salió inmediatamente de la sala seguido por su ayudante y otros oficiales que estaban presentes en esta sesión informativa.

Aun sentado en su silla, Houston se echó hacia adelante y puso las manos sobre la mesa.

Tras llevarse las manos a la frente, dio un largo suspiro.
—Que Dios nos salve a todos —dijo.

San Diego, CA (EE. UU.)

A Gordon se le despertaron los sentidos con los sonidos, los olores y la sensación de absoluta naturaleza por todo lo que le había ocurrido a la humanidad. Seguía escuchándose el trino de los pájaros, el viento seguía trayendo la fresca brisa del océano y el sol seguía irradiando su calidez con el olor de la salvia que impregnaba el aire. Lo que faltaba era el ruido diario del tráfico, el ruido de los cortacéspedes o de los sopladores de hojas... Esos sonidos habían sido reemplazados por el sonido de las personas caminando, el murmullo de las charlas y los niños jugando en la calle. Mucha gente pasaba ahora las horas fuera de su casa; ya no podían esconderse en el interior frente a los televisores, los ordenadores y demás aparatos eléctricos. La electricidad había creado un mundo nuevo y les había dado a las personas muchos lujos, pero también las había dividido y había hecho que estas solamente interactuaran de forma virtual. Todo estaba impregnado de una sensación de paz que le agradaba a Gordon.

Él sabía que no duraría mucho, sabía que llegaría el momento en que las personas comenzarían a luchar entre sí por los escasos recursos que quedaban. Gordon había vuelto de otra salida exitosa a otra tienda de comestibles y la reserva de comida y de suministros que habían acumulado era ahora suficiente para mantener con vida a su familia y a la de Jimmy durante aproximadamente un año. Al volver, fue parando en cada una de las casas de su vecindario y fue dejando notas escritas a mano. En ellas se les pedía a todas las personas que más tarde se reunieran en el parque central. Ahora, Gordon se disponía a encontrarse con Mindy Swanson, la presidenta de la Asociación de Propietarios. Se quería reunir con ella para explicarle su teoría y exponerle sus soluciones para hacer frente al problema. Gordon sabía que, para sobrevivir a largo plazo, el vecindario tenía que trabajar junto y aunar esfuerzos para recopilar comida, agua, combustible, medicinas y otros enseres. Conjuguar los talentos y las capacidades de sus vecinos era esencial para su plan.

Aunque se sintió nervioso frente a la puerta de Mindy, Gordon respiró

hondo y llamó. Conocía a Mindy desde hacía unos tres años; se conocieron una semana después de que se mudaran al barrio, pero él nunca había podido conocerla de verdad, salvo su reputación de que era una persona dura como una roca. Ella solía conseguir lo que quería y era alguien a la que no le daba miedo expresar sus ideas. En un principio mantuvieron una relación de cordialidad, pero habían reñido 18 meses atrás a causa de la respuesta de Gordon a una oleada de robos en el vecindario. Aunque Rancho Valentino era una comunidad privada, los ladrones se las habían apañado para acceder y entrar en las casas. Él escribió una carta a Mindy y a la junta de vecinos en la que les recomendaba que se debía actuar. Al no obtener respuesta, Gordon asistió a la siguiente junta de vecinos y expresó sus recomendaciones. Todos los presentes en la reunión vecinal apoyaron su plan, pero decidieron no aprobarlo por lo que podría parecer, cosa que lo enojó muchísimo; estaban más preocupados de la apariencia que de los resultados. En cambio, los vecinos optaron por la estrategia de pegar carteles y crear un canal de comunicación directa con la policía. Él defendió que eso no detendría los robos y, por desgracia, estaba en lo cierto. Algunos días después de que se colgaran los carteles robaron en otras dos casas. Gordon decidió actuar y realizó patrullajes a pie hasta que una noche pudo capturar a los responsables. Lo que creía que sería motivo de halago por parte de Mindy y de la junta de vecinos resultó ser motivo de condena y ridículo. En la siguiente reunión y en una carta, Mindy expresó abiertamente a todos los propietarios que ni ella ni la junta de vecinos agradecían ni toleraban lo que denominaron como la conducta de vigilante de Gordon. Por su parte, este nunca perdonó a Mindy la forma en la que lo trató. Tal incidente dividió a la comunidad y generó un ambiente de desconfianza que todavía seguía existiendo.

La puerta se abrió y apareció Mindy. Tenía alrededor de 40 años, era de estatura media, delgada y su cabello oscuro le llegaba a la altura de los hombros.

—Hola, Gordon... ¿sí? —dijo ella sorprendida al verlo.

—Hola, Mindy, quiero hablar contigo sobre el apagón —dijo Gordon intentando ser profesional—. ¿Te viene bien ahora?

—Claro, entra —contestó ella, quien abrió la puerta por completo.

Gordon entró y se quedó justo en el recibidor.

—Vayamos al salón. ¿Te apetece agua u otra cosa para beber? Nada frío,

por supuesto.

—Agua estaría bien.

Gordon caminó hasta el sofá y se sentó. Ella apareció con una botella de agua caliente y se la dio.

—Gracias.

Mindy se sentó en el sillón de cuero que había frente a él.

—Y bueno, ¿cómo está tu familia? —preguntó ella.

—Está bien, gracias; escucha, si no te importa me gustaría ir directo al grano —dijo Gordon al sentarse en el borde del sofá y poner el agua en la mesa que había junto a él.

El lenguaje corporal de Mindy indicaba que Gordon la hacía sentir incómoda.

—Por supuesto, adelante —dijo ella afirmando con la cabeza.

—Mindy, lo que estamos experimentando ahora, este apagón, no es un apagón normal. Estoy seguro de que ya has oído los rumores de un ataque. Lo que quiero compartir contigo es que creo que sé lo que ha pasado. Creo que hemos sufrido un ataque con algún tipo de arma de pulso electromagnético; es el único tipo de arma que puede causar este tipo de apagón. Ya hemos sufrido apagones antes, pero ahora no funcionan los coches, ni los teléfonos móviles, y parece que no funciona nada eléctrico. Lo que ha podido causar esto son dos cosas: una eyección de masa coronal del sol o una detonación PEM. Supongo que se nos debería haber advertido con tiempo de la eyección de masa coronal, por lo que el arma PEM tiene más sentido —dijo Gordon, quien hablaba rápidamente mientras Mindy intentaba asimilarlo todo.

—Espera un momento; ¿entonces supones que hemos sufrido el ataque de algún tipo de arma magnética? ¿Por eso no funciona nada?

—Sí, hemos sido atacados con un arma nuclear que ha estallado en algún lugar de la atmósfera alta.

—¡Gerald! ¡Gerald! ¡Baja! —gritó Mindy sin dejar acabar a Gordon. Gerald era el marido de Mindy; era un hombre alto y espigado que sobrepasaba los 50 años; era un analista financiero de mucho éxito en Rancho Santa Fe.

—Gordon, si puedes esperar un momento, quiero que Gerald oiga esto.

—Claro, sin problema —dijo Gordon estirando el brazo para coger el

agua.

Gerald entró en la habitación y se acercó a Gordon extendiéndole la mano. Gordon se levantó y se la estrechó con firmeza.

—Me alegro de verte, Gordon —dijo Gerald.

—Igualmente.

—Gerald, por favor, siéntate. Déjame decirte rápidamente que Gordon ha venido a decirnos su opinión sobre lo que cree que está pasando con este apagón —dijo Mindy a Gerald.

—Ah, ¿sí? —dijo Gerald mirando a Gordon antes de sentarse en el otro sillón de cuero que había al lado de Mindy—. ¿Qué crees que está pasando, Gordon?

—Le he explicado a Mindy que este no es un apagón normal. Mi experiencia y entrenamiento, unidos a lo que ha pasado, me hacen creer que esta situación tiene todos los signos de una bomba PEM.

—¿PEM? —preguntó Gerald.

—Perdón, de pulso electromagnético. Básicamente, alguien ha hecho estallar una bomba nuclear en la atmósfera. El efecto resultante quema todo lo que sea eléctrico. Lo que no sé es si se trata de algo local, regional o nacional.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Gerald con sumo interés.

—Esa es una buena pregunta. Si es algo generalizado, debemos unirnos en comunidad y trabajar juntos para asegurarnos tanta comida, agua, medicina y demás recursos como necesitemos para sobrevivir—. Gordon se inclinó hacia Gerald con una mirada intensa. Luego continuó hablando—. Gerald, lo que haces para ganarte la vida se ha acabado en la medida en que las luces no funcionan y, sin electricidad por toda la zona, ahora debemos centrarnos en encontrar y almacenar las cosas que he mencionado. Creo que es importante que actuemos ya, no mañana, por eso he lanzado notas por todo el vecindario pidiendo a todo el mundo que se reúna en el parque central esta misma tarde.

—¿Por qué no has venido a vernos primero antes de poner en circulación un comunicado comunitario? —preguntó Mindy, quien parecía sentirse un tanto incómoda.

Gordon miró a Mindy.

—Mindy, por favor, no te tomes esto como una ofensa, pero tenía la sensación de que tenía que actuar, creo que este es un acontecimiento que

cambiará nuestras vidas y debemos actuar ya. No quiero ofender a nadie diciéndole lo que tiene que hacer.

—Soy la presidenta de la Asociación de Propietarios y creo que es importante que se me hubiese informado antes de organizar una reunión comunitaria. ¿Qué pasa si estás equivocado? El hecho de organizar una reunión para comunicar a nuestros amigos y vecinos tu teoría podría causar el pánico —dijo Mindy a modo de regañina.

—Mindy, para, para, por favor. No es necesario —le pidió Gerald.

—No, Gerald, no voy a parar. Soy la presidenta de la Asociación de Propietarios y creo que es importante que hubiésemos examinado su teoría antes de sacar conclusiones apresuradas —continuó Mindy.

—Gordon, te agradezco que nos hayas comunicado tu teoría, pero debemos esperar algunos días más para poder confirmarla antes de anunciar o planear algo en la comunidad —dijo firmemente Mindy.

—Perdón, Mindy, no cancelaré la reunión, tengo derecho a hablar con quien quiera, los que decidan venir a mi reunión sabrán la verdad. Esta no es una situación normal. No nos podemos permitir el lujo de esperar algunos días. Solo queda comida para algunos días en las tiendas, eso incluyendo la comida perecedera. Si queremos que esta comunidad sobreviva hasta que lleguen las ayudas, debemos actuar ya. Yo no te voy a esperar. Creí que era prudente y respetuoso venir a verte, pero veo que sigues guardando rencor tras el último incidente. No estoy aquí para usurparte el puesto de poder que crees tener; estoy aquí para garantizar que tantas personas como sea posible ¡sobreviven a lo que viene! —dijo Gordon claramente molesto por la actitud de Mindy. Luego se levantó y siguió hablando—. Puedes reunirte con nosotros a las 3 de la tarde en el parque central. Diré lo que sé que está pasando a todas las personas que se acerquen. Luego aunaré esfuerzos para nuestra supervivencia colectiva. Eres más que bienvenida y podrás participar, pero si no lo haces, tampoco pasa nada.

—Espera, Gordon —insistió Gerald, quien miró a Mindy y se encogió de hombros.

Mindy se quedó sentada con las piernas cruzadas y empezó a darse golpecitos sobre las piernas con las yemas de los dedos. Sus labios, fruncidos, ocultaban su enojo; dejó escapar un suspiro hondo y habló.

—Gordon, me caes bien, de verdad; solo considero que haces las cosas de

manera distinta a como las haría la gran mayoría. Eres como un elefante en una cacharrería. Yo prefiero pensar con prudencia y de forma diligente antes que tomar una decisión a la ligera; sin embargo, estoy de acuerdo en que hay algo diferente en esta situación particular e iré a la reunión. Confiaré en tus instintos y solo espero que no tengas razón por el bien de todos nosotros.

—Gracias, tu apoyo me ayudará. Dicho lo dicho, ¿reparamos mi propuesta?

—Por supuesto —dijo Mindy asintiendo en señal de aprobación.

Gordon se volvió a sentar y sacó de su mochila una libreta.

—He trazado un plan en el que podemos empezar a trabajar y te he hecho una copia —dijo él entregándole a ella una segunda libreta.

Mindy cogió la libreta y la ojeó.

—Bueno, basándonos en lo que tienes aquí, tengo que decir que es una situación seria. —Le entregó la libreta a Gerald, quien le echó un vistazo y volvió a entregársela a Mindy.

—Fíjate en la página 2, punto 7.

—Gracias, Gerald, sí, lo he visto. Entonces, Gordon, viendo esto parece que estás recomendando que ¿nos convirtamos básicamente en nuestro propio pueblo?

—Sí y no. Tenemos 324 casas en el vecindario. Sin la mayoría de los vehículos y, especialmente, sin el apoyo de nadie, tenemos que abordar todas las responsabilidades que un pueblo debe...

—¿Como tener un sheriff?

—Sí, no lo he dicho porque no encontraba una palabra mejor, pero necesitaremos un sheriff, una milicia o alguna fuerza de seguridad para proteger lo que tenemos.

—¿Y te recomiendas a ti mismo para ese puesto? —preguntó Mindy en tono retórico.

—Sin conocer a nadie más en la comunidad y cuáles son sus capacidades específicas, me ofrecería como voluntario para cubrir ese puesto.

—Por supuesto —dijo Mindy con una leve sonrisa.

—Mindy, ¿habría algún problema con que hagamos una votación y veamos quién considerarían nuestros vecinos que está mejor preparado? Escucha, no estoy aquí para imponerme en el cargo, lo único que quiero es sobrevivir a

esto.

—Gordon, deja que contacte con los otros miembros de la junta; tendremos una reunión rápida. Iremos todos a la reunión de las tres de la tarde, ¿vale? —Mindy se levantó y Gordon la siguió. Ella se acercó a Gordon y le extendió la mano—. Gracias por habernos informado sobre lo que piensas de lo que está pasando.

Gordon le dio la mano.

—De nada. Sé dónde está la puerta.

Gordon se dio la vuelta y se fue. Tras cerrar la puerta, murmuró.

—Qué zorra.

Mientras se alejaba, pensó para sí mismo en lo despistadas e inseguras que eran algunas personas. Miró alrededor del vecindario y todo parecía normal de por sí, pero cambiaría y lo haría pronto. Esperaba estar equivocado, deseaba que su teoría fuera totalmente errónea, pero sabía que estaba en lo cierto. Pensó que muchos estadounidenses habían dado muchas cosas por sentado y que habían creído que la vida continuaría sin interrupciones. Pero la historia muestra que no es así; a través de los siglos, han surgido civilizaciones que luego han desaparecido y, ahora, este podía ser el fin del sueño americano.

Buque USS Makin Island

Sebastian se subió en la barandilla del USS Makin Island y miró las blancas crestas de las olas del océano Índico. Le gustaba el tacto de la fría brisa en contraste con el calor de un sol que iba decreciendo. Miró hacia el otro lado y vio el USS New Orleans en la lejanía; todo el GAIR se dirigía ahora en dirección sur hacia la isla Diego García. Tras la sorprendente noticia anunciada momentos antes durante la formación, Gunny había juntado a todo su pelotón en la zona de los camarotes para ver qué pensaba de la nueva misión cada uno de sus marines. La decisión fue unánime: todos la defendían y lo único que querían era volver a California. Se rumoreaba que algunos marines y marineros habían sido detenidos porque no estaban de acuerdo, algo que se hizo como maniobra preventiva para evitar cualquier tipo de conflicto. Sebastian se sentía bien porque la posible decisión de dejar el Cuerpo era cada vez más remota. Nadie sabía qué les depararía el futuro, pero cuando se

está en la Marina, nunca hay garantía de nada.

La compuerta que había detrás de Sebastian se abrió y Tomlinson salió del interior. Sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo de su blusa, encendió uno y se echó sobre la barandilla que había justo al lado de Sebastian.

—Esto es algo bastante especial, ¿no crees? —preguntó.

—Sí, sí que lo es. Estoy de acuerdo con Barone, tenemos que volver a casa. Tenemos que cuidarnos a nosotros mismos y punto —dijo Sebastian.

—Estoy nervioso por mi familia en el este, pero creo que no podría haber hecho mucho por ellos, incluso si hubiéramos ido a la Costa Este.

—Al menos tu chica estará bien —dijo Sebastian dándose la vuelta para mirar a Tomlinson.

—¿Cómo crees que podremos entrar en Diego García sin causar ningún problema?

—No lo sé —dijo él mirando el puente de la embarcación—. Pero apuesto a que tienen un plan.

—Comandante Ashley, ¿cómo va la cosa? —preguntó Barone a su joven oficial ejecutivo. El comandante Ashley era un chico guapo con el pelo castaño claro. Medía 1,80 cm y su figura era escultural. Se había graduado en la Universidad de Quantico con la mejor nota de su clase y había sido ascendido muy rápidamente debido a su gran inteligencia y a sus destrezas políticas.

—Señor, los comandantes de la compañía 2/4 nos informan de que hay 17 marines que no están de acuerdo con nuestra nueva misión. Dichos marines han sido detenidos.

—Capitán, ¿qué hay de la 1/1? —preguntó Barone volviéndose hacia el Capitán Tetter, del 1^{er} Batallón del 1^{er} cuerpo de marines de enlace en el buque Makin Island. Era tan ancho como alto, el típico tío que puede verse en el gimnasio dos veces el mismo día, pero con la cabeza rapada. Sin duda, no era el tipo de persona que a uno le gustaría encontrarse en un callejón oscuro.

—Señor, tenemos 38 marines. Creo que esto pasa porque tú eres el que está al mando.

—¿Tienes alguna recomendación que hacer? —le preguntó Barone.

—Sí, señor. La tengo. Tiene que hacer una formación conjunta con el Tte.

Cnel. Silver y mostrar que hay solidaridad entre los comandantes de ambos batallones.

—Vale, haré eso inmediatamente. No haré ninguna formación, pero sí un anuncio conjunto y dejaremos que los dos hablen sobre la nueva misión. Por favor, hazlo cuando regreses al New Orleans.

—Sí, señor —dijo Tetter.

—¿Cómo pinta la Marina? —preguntó Barone mirando al único oficial de marina que había en la habitación.

—No muy bien, señor, hemos perdido aproximadamente el 20 % de nuestro personal en todos los barcos. Hemos sufrido algunos altercados que podrían inhibir nuestras capacidades para operar el GAIR de manera efectiva —dijo Montgomery, Tte. de la Marina. Montgomery era un hombre de media estatura con una calva que tenía el color de la arena. Como no impresionaba con su estatura, tuvo que hacerlo mostrando su chulería y un estilo directo y franco.

Barone había estado caminando por la sala de aquí para allá durante toda la sesión informativa. Al final, fue hasta su silla y se sentó.

—¿Qué sugiere? —le preguntó a Montgomery después de volverse hacia él.

—Señor, no lo sé, muchos de los hombres tienen la sensación de que usted ha tomado sus barcos. Dicen que estos son barcos de la Marina y que los marines los han robado. También tenemos el problema de que no todo el mundo tiene familia en California. Algunos, por ejemplo, tenían a sus familias en el este.

—Entiendo que no todo el mundo tenga a sus familias en California, pero otros muchos sí. No puedo contentar a todo el mundo. Ir a California es el mejor plan. Como ya dije, cuando llegemos a tierra si alguien quiere irse, puede hacerlo. Le daremos un arma y algunos suministros. Creo que también deberíamos ofrecerles un incentivo. Al final, los hombres siempre quieren algo, y todo el mundo tiene un precio. En mi reunión con Silver anunciaré que todos aquellos que se unan a nosotros recibirán bonificaciones.

—¿Bonificaciones? —preguntó Montgomery.

—Sí, tenemos que incentivarlos. En estos momentos no podemos ofrecerles dinero, pero pronto tendremos algo de valor.

—¿Qué será eso, señor?

—Oro y tierras —dijo Barone.

—¿De verdad?

—Sí, esa será nuestra forma de recompensarles por su lealtad. Encontraremos oro, y tenemos tierras en Camp Pendleton que daremos a todo aquel que se una a nosotros. Le daremos a todos una casa y aproximadamente 5.000 m² de tierra.

—¿Cómo demonios vamos a hacerlo? —preguntó Montgomery.

—Sr. Montgomery, ahora mismo podemos hacer todo lo que queramos, somos marines y contamos con más de 3.000 soldados bien armados que quieren irse a casa y saber que estarán protegidos. Hablaremos del tema de las tierras luego y ya hablaremos del oro.

Todos los hombres que estaban en la mesa empezaron a mirarse los unos a los otros.

—Señor, ¿cuál será nuestro objetivo en Diego García? Tengo que asumir que no se tratará solo de soltar a quienes no estén de acuerdo con nosotros. Es una operación arriesgada, eso debe saberlo —preguntó Ashley.

—Caballeros, para que opere el ejército o la marina debemos tener comida, agua, combustible y suministros. Diego García los tiene todos, y los barcos de la Marina estadounidense están allí. Necesitamos esos barcos y nos haremos con ellos.

Todos los hombres que había en la sala asintieron con la cabeza.

—Una acción muy acertada, señor —dijo el Comandante Ashley sin dejar de asentir.

—Desde allí volveremos a poner rumbo al norte y acortaremos pasando por el Estrecho de Malaca hacia el Pacífico occidental.

—¿Pararemos en Hawái, señor?

—No hay posibilidad; sería una mala acción. Para entonces se habrá extendido el rumor de que nos hemos amotinados. No quiero enzarzarme en operaciones de combate contra nuestros compatriotas estadounidenses. Eso es algo que siempre intento evitar a toda costa. Lo único que quiero es volver a casa, defender a nuestras familias y ayudar en la reconstrucción del país.

—Entonces, después de llegar a Diego García el plan es salir sin hacer ninguna parada hasta San Diego.

—Correcto. Ese es el plan, pero, como siempre, los planes pueden

cambiar y tenemos que ser flexibles —Barone miró alrededor de la mesa e hizo una pregunta.

—¿Eso es todo, caballeros?

—Señor, ¿cómo llamaremos esta misión? —preguntó Ashley.

Barone se sentó por un instante; luego respondió.

—La llamaremos Operación Hogar.

Condado de Miami-Dade, FL (EE. UU.)

Conner podía ver por qué había tanta gente que se jubilaba y se mudaba a Florida. El tiempo era perfecto, era diciembre y la temperatura rondaba los 21 grados. El convoy de todoterrenos se detuvo enfrente de la casa del gobernador Cruz; Conner salió de su todoterreno y caminó hasta la puerta, donde fue recibido por dos guardas.

—¿Podemos ayudarle, señor? —preguntó uno de los guardas.

—Sí que pueden, necesito hablar con el gobernador Cruz inmediatamente —dijo Conner estando solo ante los guardas con el convoy de todoterrenos a sus espaldas.

—Señor, ¿le puedo preguntar quién desea verlo? —preguntó el guarda, quien observaba por encima del hombro de Conner el pequeño convoy de todoterrenos con soldados armados y vestidos de paisano que acompañaban a este desconocido.

—Dígale que es Brad Conner y que es un asunto de seguridad nacional.

—Un momento, señor —dijo el guarda alejándose de la puerta y acercándose a su compañero. Estuvieron susurrándose cosas al oído hasta que uno de ellos comenzó a caminar deprisa hacia la casa.

Dylan dio algunos pasos hacia adelante y entregó a Conner una carpeta.

—Sr. Presidente, ¿qué más necesita que traigamos para la reunión? —preguntó.

—Nada más, Dylan, no necesito nada más, e iré yo solo. Tiene que ser una reunión privada. Conozco a Andrew desde la universidad y la mejor forma de comunicarme con él es dejándonos hablar en privado.

—Sí, señor —respondió Dylan, quien luego se alejó de Conner.

Conner anduvo de un lado para el otro frente a la puerta mientras pensaba

en lo que le diría a Andrew. Se habían conocido en la escuela de posgrado en la Universidad de Iowa. Ambos estaban cursando su grado de maestría en Historia Estadounidense. Los dos conectaron desde el primer momento y pasaron mucho tiempo juntos; no solo compartían la misma opinión sobre política, sino que también tenían los mismos gustos en los deportes y la buena cerveza. Tras la escuela de posgrado, ambos entraron satisfactoriamente en la política y Andrew ascendió hasta ocupar el cargo de gobernador durante dos mandatos en Florida. Andrew había abandonado el cargo durante un tiempo limitado y, desde entonces, había dedicado todo su tiempo a escribir sus memorias. Si pudiese convencer a Andrew para que fuese su vicepresidente, contaría con un aliado y amigo de confianza que lo ayudaría a dirigir y reconstruir el país.

Los pensamientos de Conner se vieron interrumpidos al ver a Andrew andando por la calzada junto a uno de los guardas.

Andrew Cruz tenía la misma edad que Brad Conner; de hecho, entre ellos solo había una diferencia de algunos meses. Andrew era un hombre de estatura media y muy delgado. Aunque Brad no se cuidaba mucho físicamente, Andrew salía a correr todos los días como parte de su estilo de vida; tenía el pelo moreno y espeso, los ojos marrones y su piel tenía un tono verde oliva que reflejaba su ascendencia cubana.

—Abrid la puerta —ordenó Andrew.

Los dos guardas abrieron la puerta de forma manual y Andrew salió y dio a Conner un fuerte abrazo.

—Cuando mi guarda me dijo que estabas delante de la puerta, no me lo podía creer. ¿Qué estás haciendo aquí, Brad? ¿Qué ocurre? —preguntó Andrew tras abrazar a su viejo amigo.

—Qué bueno verte, Andrew, especialmente con todo lo que está pasando. ¿Podemos ir a algún lugar para hablar en privado?

—Por supuesto, sígueme —dijo Andrew haciéndole señas a Conner para que entrase.

—¿Y cómo está la familia, Brad?

—Mal; mi hijo Bobby ha muerto.

Andrew se detuvo y respondió a esta impactante noticia.

—¿Qué? Dios mío, Brad, lo siento mucho. ¿Cómo ocurrió?

Conner también se había detenido; estaba mirando al suelo. Cuando miró

hacia arriba, pudo verse en su rostro la pérdida de su hijo. Abrió la boca para hablar, pero tenía la voz rota.

—Brad, ven aquí, siéntate —Andrew le hizo señas hacia un banco que había en un jardín.

—No, no es necesario —dijo Conner obligando sus palabras a salir. Tragó saliva y se dirigió a Andrew—. Andrew, se han cometido un par de ataques importantes contra los Estados Unidos.

—Sí, estuve viendo las noticias hasta que la electricidad dejó de funcionar ayer.

—No, Andrew. No hablamos de esos pequeños coches bomba o de pequeños tiroteos; alguien ha detonado una bomba PEM sobre EE. UU. También han hecho detonar un arma nuclear en Washington D. C. —dijo Conner, en cuyo rostro ya no se apreciaba el dolor causado por la muerte de su hijo.

—¿Qué? —preguntó Andrew con gran conmoción en su rostro.

—El Presidente, el Vicepresidente y todo el Congreso han desaparecido. No hemos podido poner pie en Washington D. C. para conseguir un informe confirmado, pero nuestras fotos aéreas muestran la ciudad completamente arrasada. Si alguien ha sobrevivido, ha tenido mucha suerte.

Andrew estaba totalmente conmocionado; se alejó de Conner, fue hasta el banco al que había señalado antes y se sentó.

—Andrew, estoy aquí porque ahora soy el Presidente y necesito a un Vicepresidente, necesito a alguien en quien pueda confiar, alguien que piense como yo, pero que también tenga una buena cabeza sobre los hombros. Te necesito ahora mismo. Tu país te necesita ahora mismo. Debemos recuperar este país.

—Brad, esto es increíble. Entonces, ¿las luces no funcionan por la explosión PEM?

—Sí, parece que ha sido una superbomba PEM porque sus efectos se extienden por todo el continente. Es terrible, Andrew, la red eléctrica ha dejado de funcionar por todo el país y, quienquiera que nos haya hecho esto, también ha atacado Europa y Asia. Australia se las arregló para frustrar el ataque.

—Brad, estoy conmocionado. No sé qué decir ahora mismo —dijo Andrew con mirada atónita.

—Andrew, dime que sí. Te necesito. No tenemos mucho tiempo. Necesito tus consejos porque debo tomar una decisión crucial muy pronto. ¡Debemos responder! Tengo un plan, pero quiero que te encargues de todo. También tengo que crear una línea de sucesión por si muero. No me gustaría que me sucediera nadie más que tú.

—Brad... Yo —dijo Andrew antes de hacer una pausa. Luego se puso de pie y extendió la mano. Conner la agarró y la estrechó con firmeza—. Estoy contigo, ¿qué tenemos que hacer?

—Tienes que ir e informar a tu mujer, reúne a tu familia y todo lo que necesites traer contigo. No sé cuándo volveremos a venir por aquí. Desde aquí volaremos hasta la Montaña Cheyenne en Colorado. ¿Puedes hacerlo todo en una hora o así?

—¿Una hora? No veo por qué no —dijo Andrew y salió; después, se detuvo y se volvió hacia Conner.

—Brad, podemos solucionar esto juntos, gracias por dejarme servir a mi país —dijo.

—Andrew, no habría llamado a nadie más que tú.

San Diego, CA (EE. UU.)

Gordon miró su reloj; eran las 3:10 de la tarde y hasta el momento solo se habían reunido unas 150 personas. Quería esperar un poco más, pero le costaba creer que sus vecinos no vinieran cuando en el anuncio quedaba bien claro que era una reunión de emergencia comunitaria.

Jimmy fue hasta él y le dio a Gordon un par de palmaditas en el hombro.

—¿Dónde está todo el mundo? —pregunto al ver la multitud de vecinos hablando y los niños jugando.

—No lo sé, pero lo que sí sé es que no puedo esperar a todo el mundo, y quienes también se han retrasado considerablemente son Mindy y sus compinches.

—Oye, esta mañana conseguimos un buen botín, hiciste un buen trabajo con las puertas. Tengo que decir que solo he visto a la gente disparar a los candados de las puertas en las películas y, ahora, sé que tú puedes hacerlo —dijo Jimmy con buen humor. De alguna forma, en el último día y medio se

había sentido más vivo que nunca, estaba disfrutando mucho de toda aquella aventura.

—¿Cómo está Simone?

—Está bien, hombre, no hay de qué preocuparse; gracias por preguntar.

—Qué bueno saberlo —dijo Gordon, quien volvió a mirar su reloj y vio que ya eran las 3:14 de la tarde.

—Voy a empezar. Que le den a Mindy y a sus tonterías.

—Eh, tío, su puntualidad es impecable, allí está —dijo Jimmy apuntando hacia un rincón distante del parque—. Aquí llega con su séquito de seguidores.

Gordon la vio encabezando un grupo de personas; cuando se acercaron pudo ver que la estaban siguiendo los miembros de la junta.

Mindy caminó hasta donde estaba Gordon.

—Hola, Gordon, perdón por llegar tarde, pero la reunión se alargó más de lo esperado —Mindy miró alrededor del grupo de personas que se habían reunido y luego terminó su frase—. Gracias por esperarnos. —Se alejó de Gordon y habló en voz alta—. Vecinos y amigos de Rancho Valentino, ¡gracias por venir a esta reunión de emergencia!

Todo el grupo empezó a calmarse y Mindy atrajo toda la atención.

—Necesito que me escuche todo el mundo, así que, por favor, ¡prestad atención! —dijo Mindy.

Después de un instante pararon los últimos murmullos y el charloteo.

—Amigos y vecinos, hemos convocado esta reunión de emergencia para informaros de algunas noticias alarmantes. Este apagón que estamos experimentando no es normal y, por desgracia, puede que no termine pronto. Teniendo en cuenta esto, creemos que es importante que reflexionemos y trabajemos juntos como una comunidad para hacer frente a este problema. No sabemos cuándo volverá a restaurarse la electricidad, pero podrían pasar semanas o incluso meses. Sin electricidad y, lo que es más importante, sin coches que funcionen, no tendremos acceso a las cosas que necesitamos como la comida, el agua y las medicinas. Vuestra junta de propietarios considera que tenemos que unirnos y trabajar para limitar nuestra exposición a este problema.

Todas las miradas se posaron en Mindy, inclusive la de Gordon. Gordon estaba sorprendido por Mindy; no entendía por qué no se había interesado

nunca por hacer política.

—Estamos trabajando en un plan final y pronto se lo presentaremos a todos los propietarios. Lo que recomendamos es que guardemos agua y que nos aseguremos de que nos comemos primero la comida perecedera. Si alguien tiene alguna pregunta, le pido que la haga.

Un caballero entre el público levantó la mano.

—Sí, adelante —dijo Mindy apuntando hacia él.

—Mindy, ¿cómo sabes todo esto? ¿Sabes algo más?

Mindy hizo una pausa y miró a los miembros de la junta; luego se volvió y miró a Gordon.

—¡Dinos lo que sabes! —gritó otra persona de entre la multitud.

—Si sabes algo, ¡dínoslo! —gritó otro asistente.

Mindy volvió a mirar a la multitud y luego al hombre que le había formulado la primera pregunta.

—Eh, sí, bueno, tenemos una teoría o, quizás, debería decir que el señor Van Zandt tiene una teoría sobre lo que ha podido pasar. Nosotros, quiero decir la junta, no estamos seguros de esta teoría, pero nos parecía prudente actuar porque este apagón no tiene precedentes —Mindy parecía nerviosa y malhumorada.

—¿Cuál es? ¿Cuál es esa teoría? —gritó alguien de entre la multitud.

—Venga, ¡tenemos derecho a saberlo! —gritó otra persona.

Mindy, quien parecía sentirse aún más incómoda, se volvió hacia Gordon y le hizo una señal con la mano para que se acercase. Luego volvió a dirigirse a la multitud.

—El señor Van Zandt os dirá su teoría.

Gordon empezó a andar y miró a Mindy, quien dio un paso atrás. Gordon se giró y empezó a dirigirse al grupo de vecinos.

—Amigos y vecinos, odio ser el mensajero de las malas noticias, pero este apagón que estamos experimentando no terminará pronto. Basándonos en los hechos y nada más que en eso, creo que hemos sufrido el ataque de algún tipo de arma de pulso electromagnético o PEM. Lo que hace un arma PEM es achicharrar todo lo que sea eléctrico, por eso no funcionan nuestros coches ni nuestros teléfonos ni cualquier cosa eléctrica que tengamos, aunque funcione a batería. Conozco a mi vecino James, ¿estás ahí James? —preguntó Gordon

mirando a la multitud, entre la que buscaba a su viejo vecino.

—¡Aquí, Gordon! —respondió James desde el final del grupo.

—Sí, pues James ha oído el sistema de radiodifusión de emergencia en su radio, en el cual se ha anunciado que hemos sufrido un ataque —Gordon hizo una pausa durante algunos segundos y continuó—. La PEM es un arma muy destructiva; dependiendo del lugar de su lanzamiento y del tamaño que tuviera, este apagón puede ser local, regional o incluso nacional.

Decenas de personas del público empezaron a hablar entre ellas y el ruido de las conversaciones se hizo cada vez más fuerte.

Gordon continuó.

—Hoy me acerqué a Mindy al final de la mañana y la informé de mi teoría y le presenté un plan para sobrevivir a esto.

—¿Sobrevivir? —gritó alguien de entre la multitud.

Gordon también gritó con extrema seriedad.

—¡Sí, sobrevivir! Vecinos, dejadme que os lo explique. De momento no llegará ninguna ayuda; si estoy en lo cierto, estamos solos. Debemos actuar ya para conseguir tanta comida, agua y demás suministros como podamos para afrontar este problema. Si el ataque se produjo en toda la nación, las luces posiblemente no vuelvan a funcionar en años. Dejadme que os lo explique: vivimos en una ciudad con alrededor de 2,3 millones de personas. San Diego es un desierto semiárido; no hay mucha agricultura alrededor, al menos no la suficiente como para mantener a 2,3 millones de personas durante un periodo de tiempo prolongado. Ahora mismo, las tiendas de alimentos no se están reabasteciendo y tienen comida para solo uno o dos días. El agua se agotará muy pronto porque las bombas que la traen hasta aquí no funcionan. Debemos actuar ya para conseguir el mayor número de suministros que necesitaremos durante al menos un año o incluso más. Debemos prepararnos para el hecho de que algunos de nosotros moriremos.

—Gordon, es suficiente, ¡los estás asustando! —dijo Mindy a Gordon con brusquedad.

Gordon la ignoró y siguió hablando.

—En esta área no hay suficiente agua y comida para 2,3 millones de personas. Si queréis sobrevivir a lo que vendrá, debemos comenzar a salir y buscar esos suministros hoy mismo. No podemos esperar a que la junta regrese en algunos días.

—Gordon, ya vale —volvió a insistir Mindy después de caminar hasta donde estaba él y agarrarle el brazo con firmeza.

Gordon la miró.

—Suéltame el brazo.

Mindy miró a la multitud y se dirigió a ella.

—Lo siento por el señor Van Zandt, en la junta creemos que está siendo un poco sensacionalista y debemos pensar claramente antes de reaccionar de manera desproporcionada.

—¡Déjalo hablar! —gritó alguien del grupo.

—¿Qué pasa con mi marido? —gritó otra persona—. No ha vuelto a casa desde el centro.

Gordon no hizo ningún caso al agarrón de brazo de Mindy y contestó a la mujer que había preguntado por su marido.

—Probablemente tu marido esté bien; se tarda un poco en llegar hasta aquí desde el centro. Amigos y vecinos, no actúo de manera desproporcionada, esta situación no es normal. ¿Quién de los aquí presentes vio por casualidad el avión comercial que cayó del cielo ayer?

Aproximadamente una decena de personas levantaron las manos.

Como sentía que tenía el control del grupo, Gordon siguió adelante con sus argumentos.

—Tenéis razón, esto no es normal; los apagones típicos no hacen que los coches dejen de funcionar, que los teléfonos móviles no se enciendan ni que los aviones ¡caigan del cielo! Sé que esto es duro para todos, pero nuestra vida, la vida que hemos conocido hasta ahora se ha terminado. Los trabajos que teníais hasta ahora se han terminado. Ahora debemos empezar a salir en grupos organizados para conseguir estos recursos antes de que lo hagan otros. El plan que entregué a Mindy expone todo lo que tenemos que hacer. Primero debemos empezar haciendo un recuento para ver cuántas personas tenemos en el vecindario, cuántas de estas toman medicinas o cuántas tienen problemas médicos. Tenemos que saber qué talentos y destrezas tenéis que puedan beneficiarnos.

Gordon se giró y miró a Mindy, cuyos ojos estaban llenos de odio. Volvió a girarse hacia la multitud y terminó su discurso.

—Por favor, poneos en una única fila, yo iré apuntando vuestro nombre,

cuántos sois en vuestra familia, vuestra dirección y vuestros talentos que puedan ayudar a la comunidad, así que, por favor, haced una fila por allí, ¿vale?

Las personas empezaron a moverse y a formar la fila. Gordon volvió a dirigirse a Mindy.

—Perdón, pero tus típicas tonterías no tienen cabida aquí, no lo permitiré. Debemos actuar ya, así que o trabajas conmigo o te vas de aquí —Gordon se alejó y se acercó a la primera persona de la fila.

Jimmy dio un paso adelante y se puso junto a él.

—Eres el puto amo, fantástico discurso —le dijo a Gordon.

—Ayúdame. Coge este cuaderno y haz otra fila o estaremos aquí todo el día.

Gordon y Jimmy estuvieron trabajando hasta que se puso el sol. Intentaron ayudar a contestar tantas preguntas como pudieron. Todos notaron el tira y afloja que hubo con Mindy, e incluso hubo quien expuso sus comentarios al respecto. Gordon no quería que la reunión fuese por aquella dirección, pero sabía que tenía razón y que Mindy parecía estar más preocupada por las pretensiones y los procedimientos que por que se hicieran las cosas. Aun estando decepcionado con ella, sentía un poco de pena por aquella mujer. ¿Cómo podría ella entender la magnitud de lo que había pasado y lo que pasaría? La mayoría de las personas no habían experimentado nunca las cosas que él había experimentado. Él había viajado por todo el mundo, había asistido a guerras, había visto la muerte y había matado. Sabía que cuando el sol estuviese saliendo por la mañana, él tendría que salir a buscar comida junto con Jimmy y otros vecinos y, aun cuando la puesta de sol les anunciase que el día había pasado, su trabajo no habría terminado: tendría que volver a casa, analizar toda la información y empezar a formar los equipos. Otro de los problemas más importantes era mantener unidos al resto de vecinos, así como ayudar a encontrar a quienes no habían vuelto a casa. Gordon también sabía que habría de volver a ver a Mindy y arreglar las cosas; para que toda la comunidad fuese adelante todo el mundo tenía que trabajar codo con codo. Le daría un par de días; sabía que, llegado el momento, ella se pondría de su lado. Lo que ella probablemente necesitaba era ver que la realidad llamaba a su puerta. Hasta entonces, él era el líder de la comunidad y eso conllevaba una gran responsabilidad. Estaba acostumbrado a ser un líder y, de algún modo,

serlo lo hacía feliz.

De vuelta a casa, Gordon oyó una voz que no había oído en mucho tiempo. Cuando miró por el pasillo iluminado con velas vio a Nelson.

—¿Nelson?

—Sí, ¡soy yo, viejo amigo! —gritó Nelson.

—Madre mía, ¡qué contento estoy de verte! —exclamó Gordon.

Nelson lo saludó con la misma actitud optimista y jocosa que lo caracterizaba.

—Eh, tío. ¡Me alegro de verte! ¿No pagas la factura de la luz o qué?

Gordon sonrió.

—Tío, Nelson, hará falta algo más que un cheque para que las luces vuelvan a encenderse.

Nelson era alto y tenía una estructura atlética. Su cabello era color castaño claro con algunas mechas rubias naturales por pasar tanto tiempo al aire libre. Era una persona muy activa, si no estaba trabajando en el parque de bomberos, podía vérselo surfeando en el mar subido en su tabla de surf. Tenía un espíritu muy generoso y siempre daba todo lo que poseía. Le parecía importante contribuir con su ciudad, motivo por el que se hizo bombero y técnico sanitario de urgencias. A Gordon le gustaba Nelson por su actitud divertida y desenfadada, así como por sus férreos valores familiares y sus convicciones de principios. Nelson se sentía molesto por cómo San Diego había cambiado desde su infancia; de muchas formas distintas, habían desaparecido los días de chanclas y bermudas. Tenía la sensación de que San Diego se había convertido en Los Ángeles a escala reducida o, tal y como le gustaba decir a él, en Los Infiernos. Nelson y Gordon conectaron desde el primer día, les gustaban las mismas cosas como la buena cerveza, el buen whisky y un estilo de vida de mucho trabajo y mucho juego.

Aunque los acontecimientos del día podían considerarse positivos, la visita de Nelson hacía el día perfecto. Gordon esperaba que Nelson no estuviera solo de paso. Necesitaba contar con personas de alta calidad en su equipo y Nelson contaba con las capacidades necesarias y la actitud adecuada para hacer cualquier trabajo.

—¿Te apetece algo de beber? —preguntó Gordon.

—No te puedo decir nunca que no.

—No hasta que cenéis algo —dijo Samantha desde la cocina.

Gordon centró su atención en Samantha, quien estaba ocupada preparando la cena en una hornilla Coleman que había colocado sobre los antiguos fogones de su placa de cocina eléctrica mientras que cuatro velas le ofrecían la luz adecuada para trabajar.

—¿Cuánto queda para la cena? —preguntó Gordon, quien entró en la cocina y le dio a Samantha un beso en la cabeza.

—Está casi hecha. ¿Puedes sacar los platos de papel y los cubiertos de plástico, por favor?

—Por supuesto —contestó Gordon mirando a Nelson, quien le guiñó un ojo.

—Samantha, me sorprende lo que puedes hacer bajo la luz de las velas con una hornilla de propano. El guiso estaba delicioso —dijo Nelson al relajarse en su silla.

—Gracias, me alegra que te haya gustado. Tengo que decir que echo de menos mis ensaladas, pero con suerte en algunos meses tendremos verduras frescas.

—Eh, cielo, iba a ir con Nelson a mi oficina para discutir algunos asuntos, ¿vale?

—Claro.

—Sígueme, vamos a mi oficina; allí podremos hablar.

Gordon cogió una vela y acompañó a Nelson por la casa hasta su oficina. Por el camino Gordon cogió dos vasos y una botella de whisky Maker's Mark.

—Amigo, tengo que decirte que me encanta volver a verte —dijo Gordon a Nelson mientras le echaba un vaso de whisky.

—Lo mismo digo, colega. Me alegro de que estéis bien —dijo Nelson descansando ya en la silla.

Gordon se sentó.

—Bueno, sé que no has venido solamente por el whisky. ¿Qué pasa? —preguntó Gordon.

—¿Te acuerdas de todas esas conversaciones que tuvimos con un vaso de whisky como este? Pues bueno, en cuanto las luces se apagaron supe que había pasado algo y decidí salir a comprobarlo por mí mismo.

—Has venido al sitio adecuado. ¿Qué planes tienes?

—Primero me gustaría saber qué opinas de todo esto.

—Para reducir al máximo la historia, creo que hemos sufrido el ataque de un arma PEM y todo esto es la calma que precede a la tormenta —dijo Gordon llevándose después el vaso de whisky a la boca.

—Me imaginé que había pasado algo así, de modo que permíteme que te haga la misma pregunta: ¿qué planes tienes?

—Bueno, ahora mismo me estoy protegiendo con mi familia, hemos almacenado reservas de comida y agua. Ahora estoy intentando organizar al vecindario. Las cosas se van a poner muy feas y tenemos que tenerlo todo listo para cuando eso pase.

Nelson tomó un trago.

—Joder, me encanta el whisky Maker's Mark —dijo mirando el vaso. Luego lanzó una pregunta con una sonrisita en los labios—. Supongo que ofrecerle a alguien un poco de hielo sería impensable, ¿no?

Como conocía el sentido del humor que tenía Nelson, Gordon le siguió la broma.

—Solamente sirvo hielo a mis invitados de honor que son respetables.

Nelson sonrió.

—Y bien, ¿qué crees que pasará? —preguntó Nelson a Gordon.

—Antes de contestar eso, ¿qué pasa con tu parque de bomberos? ¿Qué has escuchado?

—Nada, solo rumores; la estación está completamente inoperativa, no hay electricidad, los camiones no funcionan. Me llegué y solo estaban allí el jefe y otro muchacho; los que iban a reemplazarlos en el turno nunca aparecieron. El jefe me pidió que me quedase, pero le dije que tenía cosas que hacer y que volvería para ver lo que podía hacer por ellos. Tengo que admitir que, a juzgar por lo que tú crees que pasó, ahora parece un poco inútil. Si no tenemos camiones que funcionen y demás, ¿qué utilidad tiene el cuerpo de bomberos? Te lo digo, Gordon, esto es una puta locura. Sabía que tendrías una buena intuición sobre lo que estaba pasando porque fuiste soldado de las Fuerzas Especiales y todo eso.

—No fui soldado de las Fuerzas Especiales, solo un soldado, amigo.

—Entonces dime, ¿qué crees que va a pasar ahora?

—Bueno, esa tendría que ser la pregunta del millón; te acuerdas de lo que pasó después del Katrina y del Sandy, ¿no? Bueno, pues será mil veces peor, pero no habrá ni Guardia Nacional ni policía para que nos ayuden. Esta cosa ha paralizado a todo el mundo. Creo que en estos momentos los gobiernos locales y comarcales están intentando resolverlo, pero pronto acabarán colapsando bajo la presión de toda la situación. Creo que el Gobierno habrá desaparecido en tan solo un par de días.

—¿De verdad? ¿Tan pronto?

—Sí, asumámoslo; somos humanos y, por ejemplo, ¿cómo va la gente al trabajo? ¿Cómo trabajan cuando llegan a la oficina? Si el gobierno local dura algunos días, será una muestra generosa; puede que algunos militares a nivel local se hayan protegido contra el ataque, pero primero se habrán protegido a ellos mismos. Eso deja a 2 coma algo millones de personas desamparadas luchando para conseguir comida suficiente como para durar unos tres días como máximo. Las ruedas de este autobús se van a desinflar muy rápido. Es muy simple, Nelson. Tenemos que actuar rápido y conseguir todo lo que podamos. Entonces ahora tengo que preguntarte: ¿cuáles son tus planes? ¿Podemos contar contigo por aquí?

—Bueno, ahora que me has advertido y me has dejado con una sensación algo confusa, no lo sé.

—De verdad, podríamos tener a alguien con tus capacidades por aquí. Puedes quedarte aquí y, para serte honesto, también podríamos usar tu coche. Lo que te podemos proporcionar es un lugar seguro con comida y agua. Puedes ayudar en la clínica o en el hospital de nuestra comunidad. Entiendo que quieras irte con tu familia, pero, ¿y si endulzo aún más la cosa y os ofrezco a todos asilo tras nuestras puertas?

—Bueno, no todas tus puertas son así —dijo Nelson con una sonrisa.

—¿Qué?

—Yo he entrado, ¿no? Y no soy soldado de las Fuerzas Especiales como tú.

—Eso terminará pronto. Las puertas se dejaron abiertas justo después del ataque. Mi plan es bloquear este lugar y crear una miniciudad-estado. Mi plan contempla todos los servicios que tiene una ciudad, desde hospital hasta ejército.

—Joder, tío, no pierdes el tiempo —dijo Nelson inclinándose hacia

adelante y relleno los vasos de Maker's Mark.

—Es una situación de vida o muerte, Nelson, de verdad, de vida o muerte. Por favor, dime que sí y traigamos a tu familia lo antes posible. Las personas como tú nos serán muy útiles aquí.

—Qué tentación, déjame que lo consulte con la almohada. Por cierto, ¿te parece bien si paso aquí la noche?

—Por supuesto que puedes quedarte. Aunque no me has dado una respuesta, deja que te enseñe mi plan detallado y dime qué piensas.

Gordon pasó la siguiente hora hablando con todo lujo de detalles sobre su plan para Rancho Valentino a la vez que lanzaba algunas indirectas a Nelson para que se quedase. Necesitaba a más personas en las que pudiese confiar y con competencias sólidas como Nelson. Ahora el mundo era diferente; solo unos pocos contaban con las competencias necesarias para sobrevivir. Las competencias necesarias para la oficina no tenían ahora ningún valor, un título en recursos humanos o marketing no valía ya nada en esta nueva economía. En tan solo un instante, el mundo había retrocedido hasta el siglo XVIII, pero sin el conocimiento de los años pasados. Cuando comenzara la guerra por los recursos, las cosas se pondrían muy violentas y sangrientas; Gordon no necesitaría solo agua y comida, sino también a todas aquellas personas sanas y fuertes que pudiera encontrar para proteger lo que tenían.

7 DE DICIEMBRE DE 2014

«Las decisiones determinan el destino».

- Frederick Speakman

Montaña Cheyenne, Colorado (EE. UU.)

Conner se sentó en sus dependencias y observó las sobrias paredes color gris. El aire estaba viciado y frío, y las luces desprendían una luminiscencia inquietante que casaba con su estado de ánimo. Había acabado de llegar de enterrar a su hijo. Durante la ceremonia, su esposa pudo mantener cierta compostura, pero ahora sollozaba sentada en la otra habitación. Sus gemidos resonaban en las paredes de cemento y metal de la que sería su casa durante mucho tiempo. Conner había intentado consolarla, pero no había tenido éxito. Sabía que su mujer necesitaría mucho tiempo para superar la muerte de su único hijo.

Aunque ella no lo culpaba a él, estaba enfadada por la falta de emociones que él había mostrado. Ojalá ella pudiera leerle la mente, pensó él; el sentimiento de pérdida, ira y tristeza llenaban todo su ser, pero tenía que reprimirlo si quería ser eficaz como el nuevo Presidente que era.

Después, él empezó a concentrarse en la tarea que tenía por delante; tenía que guiar a su país ante esta catástrofe y esperaba que por el otro extremo su país siguiera existiendo. No quería dejarla a ella en estos momentos, pero sabía que debía reunirse con Griswald y el vicepresidente Cruz para discutir cuál sería el siguiente paso. Durante el vuelo a Colorado, Griswald pudo informar de que todos los militares de Afganistán habían salido de allí de manera segura y que se dirigían directamente a la costa del este de EE. UU.

Conner también había podido hablar de nuevo con el primer ministro de Australia, quien le había dado todo su apoyo para ayudar a los Estados Unidos. El primer ministro seguía sin tener éxito a la hora de recabar información sobre los ataques. Conner se sentía inquieto, sabía que tenía que actuar con rapidez para mostrar a los responsables que, aunque habían atacado a los Estados Unidos, el país no estaba muerto. Conner y Griswald se habían enzarzado en otro tira y afloja sobre el uso de su arsenal nuclear contra estos enemigos. Lo que Conner no se esperaba era que su nuevo vicepresidente se pusiera del lado de Griswald. El apoyo de Cruz a lo que denominaron como un enfoque más «diligente y cauteloso» había cogido a Conner por sorpresa, pues había supuesto que su viejo amigo estaría de acuerdo con él. Conner había decidido no tomar ninguna decisión hasta que no procesara las objeciones de Griswald y, en especial, las de Cruz. Cuando Conner se levantó para salir de sus dependencias, pensó en ir hasta donde estaba su esposa, pero se detuvo por un instante y simplemente se fue. Recorrió los pasillos vagamente iluminados del búnker en dirección al puesto de mando. Había convocado otra reunión para expresar sus ideas acerca del tipo de respuesta que debían dar y cuándo.

Cuando se acercó a la puerta del puesto de mando, escuchó que alguien lo estaba llamando. Se giró y vio que Cruz venía en dirección opuesta. Se saludaron y Cruz le pidió hablar con él en privado.

Como no sabían a dónde ir, ambos decidieron buscar el almacén más cercano y meterse dentro. Tras comprobar algunas puertas, encontraron un pequeño almacén que les bastaría.

—Brad, he pensado mucho sobre nuestra reunión de anoche y, aunque tengo algunas reservas, te apoyo en cualquier decisión que tomes; no obstante, me preocupa el general Griswald.

—¿De qué forma te preocupa? —preguntó Conner con los brazos cruzados y con mirada de curiosidad.

—No estoy seguro, pero creo que lo escuché decir algo como «*No dejaré que eso ocurra*» en relación con tu propuesta.

—¿De verdad? Mmm. Bueno, no saquemos conclusiones. El general parece ser un buen hombre y entiendo sus preocupaciones, yo también las tengo, pero tengo la responsabilidad de cuidar de este país y garantizar que podemos reconstruirlo sin la amenaza de sufrir más ataques. Ahora, si eso es

todo, vayamos a la reunión.

Los dos hombres salieron del almacén y se fueron hasta el puesto de mando. Era una habitación grande en la que había más de una docena de miembros del personal de las Fuerzas Armadas y el Ejército sentados detrás de consolas de ordenador. Toda la pared estaba llena de monitores grandes, muchos de ellos apagados. Nadie de los que había en la habitación pareció percatarse de Conner ni de Cruz, posiblemente porque no sabían quiénes eran. Estos pasaron delante de ellos y entraron en la sala de informes que daba hacia el puesto de mando. En la habitación había una mesa larga como la que habría en cualquier sala de juntas y, alrededor, estaban sentados Griswald y su equipo. Cuando entraron Conner y Cruz, el general y su equipo se levantaron y, tras intercambiar algunos cumplidos, todos se sentaron.

Griswald comenzó la reunión diciendo: «Sr. Presidente, he recopilado todo lo que pidió ayer sobre un plan de ataque nuclear».

Conner se inclinó hacia adelante y dijo: «Fantástico, general. Por favor, continúe».

—Sr. Presidente, tenemos a nuestra disposición las armas para atacar numerosos objetivos en cada uno de los siguientes países: Irán, Irak, Paquistán, Afganistán, Corea del Norte, Yemen, Somalia, Libia y Siria.

—Cuando se ordenen, ¿en cuánto tiempo se completarán los ataques?

—De principio a fin, en unos 30 minutos, señor.

—Vale, perfecto; pasemos a otro tema; ¿hemos podido contactar con los presidentes de Turquía e Israel?

—Sí, señor. Han dicho que nos brindarán todo el apoyo que puedan. Israel ha expresado sus preocupaciones acerca de su propia seguridad, en estos momentos no nos puede ofrecer ningún medio militar.

—¿Y qué hay de nuestros vecinos del sur?

—Señor, ¿se refiere a México o a Sudamérica?

—A los dos.

—Hemos podido contactar con las fuerzas militares en México y se enfrentan a la misma situación que nosotros, la Ciudad de México no se ha visto afectada, pero la mitad del país sí. No he podido contactar con el presidente mexicano. Nos hemos comunicado con sus homólogos en América Central y del Sur; han manifestado su profunda tristeza por los ataques y desean ofrecernos tanto apoyo como sea posible.

—Concierte reuniones telefónicas con tantos líderes como pueda y páselas directamente a mi oficina después de esta reunión. Quiero hablar con cada uno de ellos e intentar recopilar todo el apoyo que podamos tener.

—Señor, ¿puedo serle franco? —preguntó Griswald.

—Claro.

—Si sigue adelante con esos ataques nucleares, no estoy muy seguro de cuánto apoyo conseguiremos del resto del mundo.

—Entiendo sus preocupaciones y puede que tenga usted razón, pero, ¿qué hacemos? ¿nada?

—Por supuesto que no, señor, pero debemos estar seguros de quién nos ha hecho esto...

Conner empezó a gritar dejando a Griswald con la palabra en la boca: «General, ¿cuántas veces tengo que escuchar que usted tiene esta preocupación? ¡Ya lo sé! No podemos permitirnos el lujo de perder más tiempo y ahora tampoco tenemos a nuestra disposición los recursos necesarios para llevar a cabo una investigación exhaustiva. Lo que sabemos es que, para perpetrar este ataque, debieron contar con recursos sustanciales; y, aunque haya podido ser un grupo terrorista, ha debido recibir financiación y ayuda directa de un estado. Sabemos quiénes son nuestros enemigos, están en esa lista. Ahora mismo nuestros enemigos se están riendo de nosotros y quién sabe, ¡probablemente estén planeando más ataques!», gritó Conner dando un puñetazo sobre la mesa.

Todos los que estaban en la habitación y alrededor de la mesa se quedaron mirándolo fijamente; todos estaban un poco desconcertados. Conner echaba chispas por los ojos y miró a todos los que estaban en la sala. Griswald permaneció inmóvil en el extremo opuesto de la mesa.

Conner comenzó a hablar de nuevo, pero más alto y con determinación: «General, hemos tomado nota de sus preocupaciones; se lo agradezco y respeto sus ideas, pero solo recalca la necesidad de más información; lo que no ofrece es un plan. Aunque es fácil criticar y reprocharme mi plan potencial, usted no ofrece ninguno. Yo soy el único responsable de la seguridad de este país»; Conner terminó de hablar, se giró y miró directamente a Cruz, quien estaba sentado junto a él.

Cruz le devolvió la mirada y dijo: «Sr. Presidente, yo también he expresado unas opiniones similares, pero apoyaré cualquier decisión que

tome».

Conner asintió con la cabeza en señal de aprobación, se giró hacia Griswald y le preguntó: «¿Y usted, general?»

Griswald no le respondió inmediatamente porque aún estaba asombrado por el vapuleo que acababa de recibir. Muchos se incomodaron por el silencio que se creó en la habitación. Finalmente, le contestó: «Sr. Presidente; he jurado seguir y obedecer al Comandante en Jefe y eso es lo que haré; decida lo que decida, lo acataré».

—General, por favor, ponga nuestras fuerzas nucleares en estado de alerta por ahora.

—Sí, señor.

—Si no hay nada más, creo que esta reunión ha terminado. Por favor, póngame en contacto con mis homólogos, empezando por nuestros aliados de la OTAN y luego con esos líderes de América Central y del Sur.

—Sí, señor —contestó Griswald.

Conner se levantó y salió de la habitación. Tras cerrar la puerta, permaneció detrás de ésta por un instante. Algunos de los militares que estaban detrás de los monitores lo miraron; Conner se preguntó si habían escuchado su diatriba. Luego repasó mentalmente los eventos que habían sucedido en la sala de informes. No quería matar a millones de personas, pero no sabía qué más hacer. Pensó en aquellos dictadores y mulás de Irán y en que probablemente estarían celebrando el hecho de que finalmente los Estados Unidos habían sucumbido ante ellos. Ese pensamiento enfureció a Conner; no podía evitar tomarse el ataque como algo personal. Entonces pensó en Griswald y en lo que había dicho Cruz. No quería que lo consumiera por dentro el supuesto comentario de Griswald, pero estaba nervioso. Eran tiempos sin precedentes y ahora mismo podría pasar cualquier cosa, por lo que decidió vigilar a Griswald.

San Diego, CA (EE. UU)

Gordon bostezó y se estiró; tenía el cuerpo cansado y dolorido. Los primeros rayos del sol empezaban a atravesar las nubes del este. Gordon y Jimmy habían quedado en reunirse en el parque central y esperarse para salir a buscar suministros. Gordon había estado trabajando hasta altas horas de la

noche en la elaboración de un plan que les garantizaría la supervivencia. Tres equipos formados por dos hombres cada uno saldrían todos los días para buscar comida, agua, combustible, medicinas, vehículos y armas.

Él le asignó una tarea específica a cada equipo; el primero tenía que conseguir comida y medicinas, el segundo, agua y, el tercero, vehículos y armas. Les llevaría mucho tiempo, pero, ¿había algo más importante ahora? Además de los equipos de búsqueda, el plan de Gordon también requería un hospital, un equipo de jardineros que tendrían que empezar a convertir el parque central en un huerto, seguridad perimetral, una escuela y equipos de mantenimiento de la comunidad, cuyos integrantes se debían reunir diariamente para que les entregasen las raciones dependiendo de lo que hubieran encontrado el día anterior.

Gordon estaba preocupado por Mindy y la cooperación de la junta. El día anterior no había aparecido nadie para que lo añadieran a la lista, por lo que no sabía con seguridad si todos estarían de acuerdo con su plan o si, por el contrario, se encontraría frente a un vecindario dividido, cosa que no quería en absoluto.

Él y otro equipo fueron enviados al centro comercial Carmel Mountain, una gran serie de establecimientos comerciales a unos 8 kilómetros de su vecindario. Cuando llegaron, se dividieron para poder cubrir un territorio más grande de manera satisfactoria. Gordon mandó a Nelson junto con otro hombre para que reconocieran un depósito de agua potable que había cerca. Si su corazonada era correcta, el tanque podría estar lleno de agua. De ser así, no la desperdiciarían; la aislarían y la conducirían hasta el vecindario en raciones diarias.

Durante el viaje, Jimmy no dijo ni una palabra y Gordon aprovechó el tiempo para relajarse, pero su relajación no tardó en convertirse en sueño.

Gordon se despertó de repente cuando Jimmy lo golpeó en el brazo y le gritó para que se despertara.

La primera tienda, una tienda de alimentos, estaba repleta de gente. La muchedumbre estaba sacando a puñados todo tipo de comidas y suministros.

—¿Qué hacemos? —preguntó Jimmy inclinándose sobre el volante y mirando cómo corría la gente.

—Ehh, ya veremos —dijo Gordon con cierto aturdimiento a causa del sueño.

—Colega, parece que la cosa pinta jodidamente mal.

—Creo que tienes razón, pero tengo que entrar y ver qué puedo coger, mantén la camioneta retirada —dijo Gordon.

Al sacar la pistola de su pistolera de hombro, Gordon la presionó para comprobar si estaba cargada; tras asegurarse de que Jimmy estaba armado y preparado, se dirigió a la tienda. Gordon contó docenas de personas que entraban y salían. Delante de la tienda y por todo el aparcamiento había montones de escombros y de alimentos aplastados. Gordon llevaba puesta una mochila grande y se dejó abierta la cremallera de la chaqueta para poder sacar su arma en caso necesario. Para Gordon, la muchedumbre era una prueba positiva de que se había corrido la voz. Sabía que sus posibilidades para conseguir una gran reserva de comida y suministros eran limitadas, pero tenía que entrar para coger todo lo que pudiera.

Tras entrar en la tienda a oscuras, confirmó que sus hipótesis eran correctas. Gordon empezó a recorrer rápidamente los pasillos vacíos y fue cogiendo todas las latas sueltas y todos los paquetes de comida que veía por las estanterías o tirados por el suelo. Al ver la farmacia, fue directamente hacia ella; las estanterías estaban completamente vacías. Pudo saltar por encima del mostrador y entrar en la farmacia fácilmente porque alguien había roto el escaparate. Cogió todo lo que pudo y lo metió en la mochila. Se sentía frustrado por no haber podido conseguir muchas cosas después de veinte minutos, de forma que salió de la tienda.

Salió del penumbroso caos de la tienda saqueada para observar lo que pronto pasaría a ser lo normal. Había tres hombres que estaban rodeando a Jimmy y la camioneta. La estaban balanceando de un lado para otro mientras se mofaban y gritaban. Jimmy les devolvía las burlas y los gritos. También los estaba amenazando con su arma, pero las amenazas no estaban surtiendo efecto.

Gordon empezó a correr hacia Jimmy; sacó su SIG de la pistolera, la empujó por encima de su cabeza y apretó el gatillo. Los hombres se detuvieron al escuchar el sonido del disparo. Se dieron la vuelta y vieron a Gordon, quien apuntó al que estaba más cerca y gritó: «¡Atrás, joder! ¡Alejaos de la camioneta!».

—Eh, colega, ¡tranquilo! —gritó el hombre al que estaba apuntando Gordon.

Gordon seguía siendo consciente de la situación. Mientras apuntaba al hombre con su pistola, no quitaba ojo de encima a los otros dos. Vio que estos dos hombres dieron un paso atrás, pero el primer hombre hizo lo contrario y dio un paso hacia Gordon.

—¡Fuera de aquí ahora mismo! —le gritó Gordon.

—Eh, hermano. ¿Es tu camioneta? La vamos a tomar prestada.

—Fuera de aquí, ¡YA! —volvió a gritar Gordon.

El hombre volvió a dar otro paso más hacia Gordon y gritó algo en otra lengua a sus dos amigos. Gordon no pudo entender lo que dijo, pero, fuera lo que fuera, hizo que los otros dos hombres empezaran a avanzar hacia Gordon.

—Si no me escucháis y no os apartáis de la camioneta, ¡os pegaré un tiro! —les ordenó Gordon.

Gordon se sentía como no se había sentido en mucho tiempo, lleno de miedo y expectación. El tiempo empezó a ralentizarse para él. Su mirada viajaba desde el hombre que tenía enfrente hasta los otros dos y viceversa. Estaba agarrando el arma con firmeza y notó que el hombre estaba mirando por encima de su hombro a algo que tenía detrás. Como sentía que tenía que mirar, se giró para ver rápidamente y vio a otros tres hombres que venían corriendo hacia él. Estaban a unos doce metros de distancia, pero se estaban acercando rápidamente. Instintivamente, Gordon miró hacia atrás para enfrentarse a los tres hombres del principio justo a tiempo. El primer hombre había acortado la distancia y estaba a pocos metros de él. Sin dudar, Gordon le disparó en la cara al primer hombre, cuya cabeza explotó al caer al suelo con un ruido ensordecedor. Gordon avanzó hacia él mientras apuntaba al otro hombre. Volvió a apretar el gatillo y disparó otra bala de 9 mm que le impactó en el pecho y tiró al hombre por los suelos. El tercer hombre se dio la vuelta y empezó a correr. Sin compadecerse de él, Gordon lo apuntó y le metió una bala entre los omóplatos. Como sabía que aún existía una amenaza, Gordon se dio media vuelta para enfrentarse a los otros tres, quienes habían detenido su avance y habían salido corriendo. Estaban muy lejos para las capacidades de su pistola, así que no desperdició ninguna bala más. Los disparos habían frenado el saqueo y el pillaje de la tienda; las personas estaban ahora en el aparcamiento y lo miraban a él. El acto de contemplación duró solo unos instantes porque todo el mundo volvió a centrarse de nuevo en el saqueo.

Al escuchar la puerta de la camioneta a sus espaldas, Gordon se giró y vio

a Jimmy salir despacio de la camioneta. Su rostro hizo saber a Gordon el estado en el que se encontraba. Miró los tres cuerpos sin vida que rodeaban su camioneta. Solo había visto algo como aquello en las películas. De hecho, no había visto nunca a una persona muerta, excepto por sus abuelos algunos años atrás.

Gordon volvió a meter su SIG en la pistolera y fue hacia el primer hombre al que había disparado. Se arrodilló y empezó a mirarle en los bolsillos.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Jimmy con rostro asqueado.

Sin mirar a Jimmy, Gordon respondió: «Viendo si tiene algo de valor».

—¿Lo dices en serio, tío?

Gordon miró a Jimmy fríamente: «Jimmy, más vale que te des cuenta de que este es el nuevo mundo en el que vivimos. Puede que tengan algo que podamos utilizar. Ve y mira a ver qué tiene aquel», ordenó Gordon gesticulando con la cabeza hacia uno de los muertos.

Jimmy miró hacia el cuerpo que había junto a él y dijo: «Que le den, tío, no voy a hacerlo».

Cuando terminó de registrar al primer hombre, Gordon se dirigió hacia Jimmy: «Si no me vas a ayudar, apártate».

Tras apartarse para dejar pasar a Gordon, Jimmy volvió a la camioneta y se metió en ella. Observó con un asombro desconcertante cómo Gordon registraba los cuerpos de los hombres. Habían pasado solo dos días desde los ataques y el mundo ya se había convertido en una mierda. Sus pensamientos no estaban a la altura de la realidad del nuevo mundo, ya que pensaba que Gordon no debía haber disparado a aquellos tres hombres. Aquella situación lo hacía sentirse incómodo y fuera de lugar.

Gordon volvió a la camioneta y empezó a limpiarse la sangre de sus pantalones: «Esos tipos no tenían mucho. Pero tengo una idea, hay una tienda de *Home Depot* al otro lado de la calle. Quiero ir y coger semillas para los huertos».

Jimmy estaba sentado, inmóvil y en silencio.

—Jimmy, olvídale; tenemos que irnos.

—Es solo que no entiendo por qué has tenido que matar a los otros dos. El primero, vale, pero los otros dos se habían detenido —dijo Jimmy en voz baja.

—Entiendo por qué dices eso, pero volveré a repetirlo. Lo que acabas de ver es solo el principio. Tendremos que matar a más gente como esa. Nos he hecho un favor matándolos ahora. Joder, seguro que he salvado alguna vida. Esos tipos no estaban tramando nada bueno. Ojalá tuviera un rifle... habría acabado con los otros tres.

Jimmy miró a Gordon y le preguntó: «¿En serio? ¿Habrías matado a los otros tres?»

—Sí, Jimmy, lo habría hecho —dijo Gordon sin pararse un segundo a pesar en su respuesta.

—¿Qué te pasó cuando estuviste en la guerra, tío? ¿Acabó contigo?

Gordon miró las manos temblorosas de Jimmy y dejó de defender sus acciones. Sabía que tenía que ayudar a su amigo porque Gordon se dio cuenta de que estaba en shock.

—Eh, amigo, sé que esto es duro para ti, pero, confía en mí cuando te digo que lo hice para protegernos, especialmente a tu familia. Si hubiesen podido, probablemente te habrían matado —dijo Gordon en un tono más suave.

A Jimmy le seguían viniendo a la mente las imágenes de lo que acababa de presenciar.

—Déjame conducir a mí, ¿vale? —dijo Gordon.

Jimmy asintió con la cabeza y salió de la camioneta. Gordon se puso en el asiento del piloto y arrancó el motor. Vio cómo Jimmy caminaba lentamente y se metió en la camioneta. El viaje hasta *Home Depot* fue tranquilo porque ambos estuvieron procesando a su manera los sucesos que acababan de ocurrir.

Buque USS Makin Island, océano Índico

—¡Sí! —respondió Barone en respuesta a los golpes sobre la compuerta de sus dependencias.

La compuerta se abrió y entró un joven teniente de la Marina.

—William, hijo mío, me alegro de verte, hijo —dijo Barone con voz alegre al levantarse y acercarse al joven marine. Los dos se abrazaron y se dieron palmaditas en la espalda.

—Papá... Lo siento, coronel; yo también me alegro de verte.

—Billy, cuando estemos solos llámame papá, ya lo sabes —le respondió Barone, quien le indicó a su hijo que se sentara en una mesa pequeña que había en su habitación—. Me alegra mucho que hayas podido venir a cenar con tu viejo.

Billy era el único hijo varón de Barone; este también tenía una hija que seguía estando en el instituto en Oceanside. Billy se parecía mucho a su padre, pero con una constitución algo más fina y atlética. Había seguido los pasos de su padre y se había sumado al Cuerpo de Marines después de la universidad. Tras terminar el colegio, su padre se había convertido en comandante de pelotón de infantería, pero Billy vio que su futuro estaba en el aire, así que se convirtió en piloto de combate con los cazas militares AV-8B Harrier. El hecho de que estuviera a bordo del Makin Island no era más que una coincidencia; Billy había participado en una misión militar en el Pacífico-Este con su unidad como parte de la 11.^a Unidad Expedicionaria de Marines. Barone no podía estar más emocionado de tener a su hijo consigo ahora que comenzaban con esta nueva misión. No había tenido la oportunidad de hablar con él desde que llegaron y ahora podrían ponerse al día. Billy buscaba siempre la aprobación de su padre y hacía todo lo que podía para apoyarlo y hacer que se sintiera orgulloso de él.

—Papá, tengo que decirte que me hubiera gustado verte antes de que hicieras todas esas declaraciones.

—Perdón, hijo, no había tiempo que perder; yo sabía que estarías conmigo y tuve que proceder rápidamente desde el momento en que nos embarcamos en los buques —dijo Barone.

—Lo entiendo, es solo que he recibido algunas críticas de mis compañeros.

—Y dime, ¿están de acuerdo con esto? —preguntó Barone con preocupación e interés por escuchar las opiniones de su hijo.

—Al principio estaban sorprendidos, pero todos están de acuerdo en que nuestra misión debe ser en California y no en la Costa Este.

—Lo siento, hijo, ¿te apetece algo de beber? —preguntó Barone, quien señaló hacia una botella de Jack Daniels que había en su escritorio.

—Eso sería fantástico, gracias papá.

Barone se levantó rápidamente, cogió la botella y dos vasos de plástico. Mientras llenaba los vasos, le formuló a su hijo una pregunta que le parecía

sincera y delicada: «Billy, dime honestamente, ¿estás de acuerdo con esta situación? Puedes ser honesto conmigo; confío en tu opinión y la respeto».

Billy levantó las cejas sorprendido; no era habitual que su padre le preguntara sobre una decisión que había tomado. Aunque le pareció extraño, también se sintió orgulloso de que su padre confiara tanto en su opinión como para preguntarle: «Papá, no sé si podría haber sido distinto. Veo lo que ha pasado y pienso que tenemos que estar en casa y proteger a nuestras familias. Así que, sí, estoy de acuerdo con tu decisión; por la mirada de algunas personas, sé que ahora somos traidores, pero conozco la historia lo suficientemente bien como para saber que seremos juzgados por las generaciones venideras que más tarde tendrán una visión más clara de todo en su contexto.

—Gracias, hijo, te agradezco tus honestas palabras. No fue una decisión fácil, pero yo no podía aceptar dejar a nuestras familias indefensas en casa; ojalá pudiéramos volver antes. Estimo que, si todo va bien, estaremos entrando en San Diego en unas tres semanas. Una vez allí, podremos evaluar mucho mejor la situación sobre el terreno.

—Papá, ¿qué pasará con nosotros cuando lo sepa el Presidente?

—Billy, ahora no tienes que preocuparte de eso, yo asumiré toda la responsabilidad si, y hago hincapié en el si, nos acusan de algo.

—¿Por qué dices el si?

—Porque no sé si nuestro país sobrevivirá a esto. Me temo que se desintegrará y, cuando vuelva a unirse, no se parecerá mucho al país que dejamos.

—Así que, en cierto modo, no nos estamos arriesgando en absoluto porque puede que al final no haya ningún país contra el que rebelarse —dijo Billy con ademán de aceptación. De repente, la perspectiva general le pareció mucho más clara.

—Ahora mismo, nuestra preocupación tiene que ser llegar a Diego García, donde dejaremos a quienes no quieran venir con nosotros. También tenemos que conseguir suministros adicionales y, entonces, pondremos rumbo a San Diego —dijo Barone, quien antes había tomado un sorbo de Jack Daniels.

—Papá, hazme saber cualquier cosa que necesites de mí. Te apoyo al 100 por 100.

Barone estiró el brazo por la mesa y acarició la mano de su hijo, luego

dijo: «Gracias hijo».

Los dos disfrutaron el resto de la cena conversando sobre su hogar. Cuando Billy se fue, Barone se volvió a sentar y se echó otra copa. Miró alrededor de su camarote, observó las frías paredes metálicas color gris y zigzagueó al techo con la mirada. Le gustaba la vida que llevaba en el Cuerpo de Marines; su hogar había sido una habitación como aquella durante mucho tiempo. Una vez llegara a San Diego, no estaba seguro de cuándo volvería a pisar un barco. Su viaje a casa estaría lleno de sorpresas potenciales y posibles conflictos. Lo más paradójico de todo era que, para él, el peor de los casos posibles era que el país regresara a la normalidad. Estaba seguro de que lo arrestarían, que sería juzgado por un tribunal militar y encarcelado por mucho tiempo. No deseaba que el país no se recuperara, pero apostaba por que no lo haría. Anhelaba estar con su esposa en Oceanside, donde ella estaba sola. No podía soportar pensar en lo que podría pasarle a ella y a su hija, Megan. Llevaba casado 28 años y no la iba a dejar sola en un momento de tanta necesidad. Todo se había vuelto muy complicado, pero tenía la sensación de que lo que estaba haciendo era lo correcto. Decidió no preocuparse por el futuro lejano; lo que tuviera que pasar, pasaría. Tras echarse otra copa, la miró y se la bebió rápidamente de un trago. Los efectos del whiskey empezaban a hacerse notar; él recibió de buena gana aquella sensación. No tenía muchos descansos, por lo que emborracharse un poco era su forma de escapar de las realidades de aquella situación autoimpuesta.

San Diego, CA (EE. UU.)

El plan de Gordon de ir a *Home Depot* había demostrado ser una buena decisión. Tal y como le gustaba decir a Gordon, «era un entorno repleto de objetivos». Cogió todos los paquetes que pudo de semillas, pilas, linternas, herramientas de jardinería, comida basura, bebidas y otros suministros diversos. Por la forma en la que ese día estaban transcurriendo las oleadas de saqueo en las tiendas comerciales, Gordon se sorprendió de que nadie hubiese entrado todavía. Le llevó 15 viajes y 2 horas cogerlo todo. La oscuridad de las tiendas dificultaba la labor de saqueo. Gordon se rio para sus adentros al pensar en lo difícil que era encontrar las cosas en *Home Depot* cuando las luces estaban encendidas. Cada vez que regresaba con una cesta llena podía

ver cómo iba disminuyendo el asombro de Jimmy. Los dos intercambiaron algunas bromas. A Gordon le cayó bien Jimmy desde el primer momento en que se conocieron; ambos compartían valores similares y criaban a sus hijos de la misma forma. Gordon también apreciaba el sentido del humor de Jimmy y sentía mucho respeto por sus proezas empresariales.

—¿Cómo vamos a buscar combustible? —preguntó Gordon tras descargar su mochila llena de barras de caramelo en la plataforma de la camioneta.

—Podemos usar algunos de esos; pongámonos por allí —dijo Jimmy señalando hacia un nuevo modelo de Chevy Tahoe.

—Claro, pon la camioneta allí y pon en marcha el sifón. Yo cogeré algunos bidones de combustible vacíos y los pondré en la parte de atrás —dijo Gordon, quien se puso la mochila y volvió al interior de la tienda.

Gordon cogió todos los bidones de combustible que encontró y salió de la tienda cuando vio que Jimmy estaba acariciando un perro.

—Qué perrita más buena —dijo Jimmy en cuclillas mientras acariciaba un pitbull de color gris.

—Creo que esto es todo —dijo Gordon al soltar todos los productos saqueados en la plataforma de la camioneta. Él ignoró a Jimmy y a la perra.

Jimmy seguía acariciando la perra y hablándole con voz aguda.

—Regresemos, dejemos esto y veamos si podemos volver antes de que anochezca —dijo Gordon mientras caminaba alrededor de la camioneta para hablar con Jimmy.

Jimmy seguía acariciando y hablando con la perra.

—Hoolaaa —dijo Gordon.

—Sí, te he oído —contestó Jimmy, quien luego siguió hablando—. ¿Crees que está perdida?

—No, no lo creo. Solo estará buscando comida como nosotros, ahora vámonos. Estamos perdiendo el tiempo.

Jimmy acarició la perra por última vez y le dio un beso en la parte superior de la cabeza antes de ponerse al volante. Luego arrancó la camioneta y vio que la perra había empezado a seguirlos. La perra los seguía mientras iba esquivando los coches aparcados e inmóviles del aparcamiento. Esta situación continuó durante aproximadamente dos minutos más antes de que Jimmy parara la camioneta y bajara de ella.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Gordon algo nervioso.

Jimmy cogió la perra y la metió con ellos en la cabina del vehículo. Luego miró a Gordon y dijo con una sonrisa: «Prometo alimentarla».

—Lo que quieras, solo recuerda que los perros consumen recursos —dijo Gordon moviendo la cabeza de un lado al otro.

La perra se recostó sobre Gordon y lo lamió.

—A Mason le encantará. Además, esto lo ayudará a sobrellevar todo lo que está pasando.

Jimmy encendió el motor y puso rumbo oeste hacia su comunidad.

Conducir por la autopista no era fácil; el acto de esquivar de un lado para otro hacía que la conducción fuera lenta. En su regreso, Gordon vio algunos otros coches que funcionaban; todos eran modelos antiguos. La gente iba andando por la carretera en un mayor número que en el día anterior; iban mirando en los coches abandonados en busca de todo lo que pudiesen coger. Lo que no entendía era que la gente estuviese robando televisiones y equipos estéreo. Continuaban pensando que esos artículos seguían teniendo valor; no sabían que no merecían la pena ni por el plástico del que estaban hechos. La economía había cambiado y, ahora, lo único que tenía valor eran las cosas que podían mantenerte con vida. Se preguntó cómo se las estarían arreglando los otros dos equipos. Si Nelson había conseguido el tanque de agua, sería un gran día de éxito. El único problema sería mantenerlo; necesitarían más mano de obra y también más recursos para conservarlo.

Cuando pararon en la entrada principal, uno de los nuevos guardas abrió la entrada manualmente y los dejó entrar. Luego entraron con el coche y vieron un gran número de personas reunidas en el parque central.

—¿Qué está pasando ahí? —preguntó Jimmy en voz alta.

—No estoy seguro, aparca por allí —dijo Gordon señalando hacia un área próxima al parque.

La reunión consistía en unas 50 personas o más con Mindy hablándoles al frente.

—¡Fantástico! —dijo Gordon en voz alta con sarcasmo cuando vio finalmente quién estaba hablando.

Encontraron un aparcamiento y Gordon se bajó de la camioneta cuando ni siquiera el motor se había apagado. Luego se acercó al grupo a un ritmo rápido.

—Quiero daros las gracias a todos por venir y por vuestra confianza. Vuestra junta trabajará para mejorar vuestras vidas y hacer que esta comunidad funcione correctamente —dijo Mindy. El aplauso del grupo se convirtió en una fuerte cháchara cuando vieron a Gordon.

Mindy también vio a Gordon y se giró para saludarlo: «Van Zandt, me alegro mucho de verte», dijo ella extendiendo la mano.

Pero Gordon no se la estrechó. Se puso rápidamente a su lado y le preguntó en voz baja: «No estás causando problemas, ¿no?».

—Gordon, no estoy aquí para causar problemas; solo quería dar una explicación por mí misma a quien quisiera escucharla. Ante todo, quiero pedirte perdón por mis palabras y dudas de ayer. También quiero decirte que queremos trabajar contigo para hacer que esta transición vaya lo mejor posible.

Gordon estaba sorprendido por los comentarios de Mindy. Dudó por un momento y dijo: «Mindy, me alegra escuchar eso, gracias».

—Cuando tengas tiempo, me gustaría ver lo que has hecho hasta ahora. ¿Podemos ayudar con la parte administrativa? —preguntó Mindy.

—Por supuesto, me encantaría; déjame que descargue lo que hemos podido conseguir hoy y hablar con nuestros otros dos equipos, ¿vale?

—Claro, tómate tu tiempo. Puedes reunirte conmigo después en mi casa —dijo Mindy sonriendo.

Gordon estaba sorprendido y aliviado. Solo un día antes, parecía que reunir a toda la comunidad iba a ser un problema y solo complicaba lo que ya era un problema bastante difícil. Gordon vio cómo Mindy se marchó dando zancadas con la seguridad que la caracterizaba.

Cuando el sol comenzó su descenso por Occidente, quedó demostrado que, independientemente de las bombas, la muerte y el caos que los rodeaba, la Madre Naturaleza seguía siendo capaz de mostrar su belleza. Gordon se sintió insignificante al saber que a la naturaleza no le importaba lo que los humanos se hicieran a sí mismos. El sol había estado saliendo y poniéndose miles de millones de años y continuaría haciéndolo durante otros miles de millones sin ellos.

Las ideas de Gordon se vieron interrumpidas por la saliva de la nueva mascota de Jimmy que le estaba lamiendo la mano.

Gordon se agachó y empezó a acariciar al animal: «Eh, chica, ¿qué tal

estás?»). La perra no tenía collar, pero debía ser de alguien por la forma en la que demostraba su afecto. Al escuchar el claxon de la camioneta, él supo que era hora de volver al trabajo. Mientras volvía a la camioneta, repasaba mentalmente todo lo que había hecho en lo que llevaba de día: *comida, sí, semillas, sí, pilas, sí, herramientas, sí, matar a gente mala, sí...*

11 DE DICIEMBRE DE 2014

«Donde no hay visión, el pueblo se extravía».
- Proverbios

Diego García, Territorio Británico del Océano Índico

Sebastian miró por encima de su hombro para ver cualquier señal del GAIR, pero no vio nada. Estaban en algún lugar escondidos en la oscuridad. Aunque eran nuevas, este tipo de operaciones no lo ponían nervioso, pero no podía luchar contra ese sentimiento. Miró a su alrededor a través de la mira sobre las cubiertas de los dos buques marítimos de instalación preventiva que estaban atracados, pero no esperaba ver mucho a las 0215 de la mañana.

El equipo de francotiradores de Sebastian fue asignado con la tarea de proporcionar servicios de supervisión para la media docena de equipos de doce hombres compuestos por marines y marineros que estaban llegando a los puertos a las 0315 para tomar los dos buques marítimos de instalación preventiva. Sebastian se puso nervioso por el hecho de que lo que estaban haciendo era robar dos grandes buques de carga de una base estadounidense. Le venían a la mente un sinfín de preguntas: *¿Qué pasa si no sale bien o si oponen resistencia?* Una cosa era pegar un tiro a un combatiente talibán y otra muy distinta disparar y matar a un marine mercante estadounidense que solo estaría defendiendo su buque; la idea no le parecía nada bien. Sebastian y su observador, Tomlinson, estaban escondidos tras una arboleda en la parte sur del puerto. El sol comenzaría a salir en cuestión de horas y tenían que tener los buques bajo control y en marcha a eso de las 0445. El informe pre-asalto estimaba que los seis equipos podrían tener el control completo de ambos buques en unos 45 minutos y que poco después podrían estar en marcha. El

plan no solicitaba apoyo aéreo, por lo que sería una lucha cuerpo a cuerpo.

Sebastian siguió mirando su reloj de la misma forma como un aprendiz de chef miraría cómo hierve el agua. Se estaba impacientando y poniendo más nervioso a medida que pasaban los minutos. Volvió a mirar a su alrededor. Todo estaba tranquilo y no había ningún movimiento ni a su alrededor ni tampoco en los buques. Podía oír el sonido de las máquinas en la distancia; el aire era fresco y tenía un perfume salado.

—Joder, tengo que mear —susurró Tomlinson.

—Pues mea —le dijo Sebastian.

Tomlinson se apartó un par de pasos y se desabrochó los pantalones.

—Ahhh, no hay nada como mear después de estar aguantando una eternidad —susurró Tomlinson entre suspiros—. Es como...

—Shhh —lo interrumpió Sebastian al oír que se acercaba una camioneta. Miró por su objetivo hasta que logró verla; una camioneta gris se dirigía a toda velocidad hacia el buque marítimo de instalación preventiva Bennett. Cuando llegó a la pasarela del buque se paró y del interior salieron dos hombres que fueron hacia el puesto de mando. Sebastian sintió que algo no iba bien y pensó para sí mismo: *¿Habían puesto en peligro su misión?* Solo pasaron un par de minutos cuando escuchó que empezó a sonar la alarma de los cuarteles generales.

—¡Mierda! —dijo Sebastian en voz alta.

—¿Qué pasa? —preguntó Tomlinson después de volver y coger sus prismáticos.

—Estamos en peligro, Tomlinson; contacta con el Makin Island y díselo.

—Entendido —dijo Tomlinson justo antes de apretar el micrófono de la radio—. Charlie Papa, Charlie Papa, aquí Sierra Tango 1, cambio.

En ese momento, Sebastian vio cómo cobraban vida las cubiertas del Bennett. Los dos hombres que indudablemente habían hecho sonar la alarma bajaron corriendo por la pasarela y se metieron en su camioneta y salieron a toda velocidad hacia el Stockham, que estaba atracado junto al Bennett. El viaje que hicieron eran innecesario porque Sebastian escuchó que en el Stockham también había empezado a sonar la alarma.

—Charlie Papa, Charlie Papa, aquí Sierra Tango 1, cambio —volvió a decir Tomlinson por el micrófono de la radio.

Sebastian miró su reloj, ahora eran las 0306; el equipo de asalto llegaría a tierra en cualquier momento.

—Charlie Papa, los dos objetivos han sido alertados de nuestras intenciones, cambio —dijo Tomlinson a alguien a bordo del Makin Island.

Sebastian podía ver que los hombres a bordo del Bennett se estaban preparando para defender el buque. Todo lo que había temido se estaba convirtiendo en realidad: los estadounidenses contra los estadounidenses.

—Entendido, Sierra Tango 1, corto —dijo Tomlinson, quien finalizó su conversación con el comando en el Makin Island.

—Entonces, ¿qué pasa? —preguntó Sebastian sin apartar los ojos de la mira de su objetivo.

—Quieren que continuemos con el asalto y que las normas de intervención sigan siendo las mismas.

—Joder —dijo Sebastian con frustración en la voz.

Entonces Sebastian oyó en la distancia que venían más vehículos. Apuntó con su rifle hacia el sonido que había escuchado y volvió a mirar por su mira. Lo que vio confirmó sus miedos: hacia los buques se dirigían tres camionetas de policías militares armados.

—Esto está saliendo muy mal —dijo Sebastian.

—Sí, seguro —dijo Tomlinson de acuerdo con Sebastian.

—Van Zandt, veo a nuestro equipo de asalto; ¡se están dirigiendo al Stockham! —dijo Tomlinson mirando a través de los prismáticos. Sin embargo, no era el único que los había visto. En cuestión de segundos, empezaron a oírse gritos que salían del barco a medida que las luces de los faros iban alumbrando a los marines y marineros que seguían con su avance.

—¿Qué hacemos? —preguntó Tomlinson.

—Primero, tenemos que detener a esos refuerzos —dijo Sebastian poniendo el dedo sobre el gatillo y empezando a apretarlo. Pensó que una vez que apretara el gatillo, no habría vuelta atrás. Los segundos que pasaron para liquidar al primer tramo parecieron ser una eternidad. El entrenamiento de Sebastian había dado sus frutos y, con total precisión, alcanzó el neumático delantero de la primera camioneta. Corrió el cerrojo de su rifle rápidamente y apuntó al neumático delantero de la segunda camioneta; en menos de tres minutos lanzó su segundo disparo, que alcanzó su objetivo. Volvió a repetirlo una vez más y alcanzó el neumático delantero de la tercera camioneta. Su

precisión había funcionado: la primera camioneta había perdido el control y casi se chocó, pero el conductor había podido mantener el control, hasta que la segunda camioneta se empotró contra él. Justo después de lanzar su tercer y último disparo, la tercera camioneta dio un volantazo para esquivar el accidente, perdió el control porque tenía el neumático delantero totalmente desinflado y volcó. Los hombres salieron violentamente de la parte trasera y se pusieron en la carretera. Sebastian no estaba seguro de si alguien había muerto, pero los había detenido y había ayudado a garantizar el éxito de sus equipos de asalto.

Sebastian centró entonces su atención en lo que estaba ocurriendo cerca del Stockham. Cuando miró por la mira, vio a un par de marines tirados en el suelo. La tripulación del Stockham se las había arreglado para frenar a tiros el avance de los marines. Luego escaneó las cubiertas del buque en busca de los tiradores. Tras encontrar junto al puente a uno con un rifle, situó la cruz de su objetivo sobre el pecho del hombre y apretó el gatillo. Luego paró. Volvieron a asaltarlo sus ideas previas. *¡Es un estadounidense!* Apartó la mirada del objetivo y miró hacia abajo. Tomlinson lo oyó exhalar profundamente y se volvió hacia él.

—Cabo, ¿estás bien?

Sebastian no respondió; solo miró hacia abajo.

—Cabo Van Zandt, ¿estás bien? —preguntó de nuevo Tomlinson.

Tras aclarar sus ideas, Sebastian volvió a empuñar su rifle y respondió: «Sí, estoy bien».

No tardó en encontrar al hombre con el rifle en el puente del buque y volvió a apuntarlo; volvió a poner el dedo sobre el gatillo y lo apretó, esta vez apuntó a la cabeza del hombre. Pensó que, si lo iba a matar, era mejor que le diera un tiro limpio. Luego fue ejerciendo una presión cada vez mayor en el gatillo hasta que este se disparó. La bala entró en la cabeza del hombre. Sebastian pudo ver cómo le explotaba la cabeza y cómo el hombre se caía de espaldas.

—¡Buen tiro! —dijo Tomlinson.

Sebastian se quitó del hombro la culata del rifle y suspiró hondamente.

Tomlinson estaba ocupado buscando más objetivos a través de sus prismáticos, y dijo: «Tengo a otro tirador, a las tres en punto del primer tipo; la distancia es la misma, la resistencia al viento es la misma. Dispara».

—No sé si puedo hacerlo —dijo Sebastian exacerbado.

—¿Qué? —preguntó Tomlinson, quien dejó los prismáticos y se giró hacia Sebastian.

Sebastian no se sentía bien con lo que estaba pasando, y dijo: «Tomlinson, ¿qué estamos haciendo? Estamos matando a estadounidenses. Lo único que quería era irme a casa; y estamos en Diego García matando estadounidenses».

—Escucha, Cabo; entiendo lo que dices, pero es lo que hay. Nos hemos comprometido y ahora somos nosotros o ellos.

—No sé si puedo hacerlo —volvió a decir Sebastian.

—¿Puedes al menos localizármelos? —preguntó Tomlinson.

Sebastian le dio el rifle a Tomlinson, quien no perdió ni un segundo. Apuntó al último objetivo que había localizado para Sebastian y solo pasaron un par de segundos antes de que disparara la bala y matara al hombre.

Los precisos disparos de Sebastian y Tomlinson habían proporcionado suficiente apoyo como para que el equipo de asalto llegara a tierra y avanzara hacia su objetivo.

Tomlinson no iba a esperar a Sebastian; estaba identificando sus propios objetivos y disparándoles. Sebastian lo estaba viendo todo pasar delante de sus propios ojos a través de las lentes de sus prismáticos.

Luego oyó lo que parecían ser helicópteros. Sebastian bajó los prismáticos y miró los buques y el tiroteo que se producía ante sus ojos en la oscuridad. Algunos instantes después, dos helicópteros de ataque Cobra llegaron sobrevolando los dos buques marítimos de intervención preventiva y tomaron posición mientras planeaban sobre la bahía. Al parecer, la solicitud de no contar con apoyo aéreo había cambiado. Sebastian conocía cuáles eran los objetivos que perseguían. Tras algunos segundos, las ametralladoras Cobra abrieron fuego con sus minicañones de 20 mm y destruyeron los refuerzos que estaban en las camionetas. Los minicañones devastaron los vehículos y todos los hombres que estaban en la zona.

—Madre mía, ¡toma! —gritó Tomlinson con entusiasmo.

Sebastian sabía que todo su mundo había cambiado oficialmente; ahora era un rebelde, un amotinado. Si Barone tenía razón y el mundo al que regresaban volvía a la normalidad, todos serían arrestados y, posiblemente, ahorcados por traición.

A medida que estas ideas le recorrían el pensamiento, se preguntó a sí

mismo si debía llegar al final o parar en aquel mismo momento. Pero, ahora no podía echarse atrás; como mínimo, ya había matado a un estadounidense en las camionetas. Seguir a Barone era la única forma directa de regresar con Gordon y su familia. Al final decidió seguir comprometido con aquello por el momento, pero no sabía si seguiría haciéndolo tras desembarcar en California.

Se giró hacia Tomlinson y dijo: «Está bien, Tomlinson. Ya estoy bien, déjame probar a mí».

—Eso es lo que quiero escuchar —dijo Tomlinson, quien le devolvió el rifle.

Sebastian tomó el rifle, corrió el cerrojo, puso la cara sobre la culata y miró por el objetivo. Tomlinson dijo: «Mira por la popa del Bennett, hay un tipo allí con un rifle».

Sebastian buscó al hombre hasta que vio el parpadeo del cañón de su rifle. Lo apuntó en la cabeza, apretó el gatillo y lo mató de un tiro.

Montaña Cheyenne, Colorado (EE. UU.)

—Sr. Presidente, gracias por haber venido tan rápido. Tenemos un accidente que requiere su atención, señor —dijo Griswald.

Conner se sentó a la mesa del puesto de mando de la sala de informes.

—Sin problemas. ¿Qué tenemos? —preguntó Conner. La falta de sueño estaba afectando a Conner. Tenía unas grandes ojeras debajo de los ojos y estaba perdiendo peso; no por falta de sueño, sino de comida.

—Señor, acabamos de recibir el mensaje de que dos buques marítimos de intervención preventiva acaban de ser tomados en Diego García.

—¿Por quién?

Griswald miró a sus compañeros antes de responder a Conner: «Señor, por los marines de EE. UU.».

—¿Qué?

—Sí, señor, también estoy sorprendido, pero lo que hemos oído es que un tal Teniente Coronel Barone se ha hecho con el control de un Grupo Anfibio de Intervención Rápida con la ayuda de su cuerpo de oficiales. Fueron navegando con los buques hasta Diego García, donde repostaron y se reabastecieron y, después de partir, atacaron la isla y tomaron dos buques marítimos de

intervención preventiva.

Conner estaba sentado totalmente sorprendido, meneó la cabeza y preguntó: «¿Dónde están ahora? ¿A dónde se dirigen?».

—Señor, no lo sé. Recibieron la orden de dirigirse a la Costa Este para proporcionar ayuda y apoyo a las labores de recuperación en Washington, D. C. Por ahora, desconocemos a dónde se dirigen.

—¿Contamos con algún tipo de apoyo de satélite?

—Sí, señor, efectivamente, la mayoría de estos sobrevivieron a la bomba PEM debido a su órbita circular intermedia, pero parece que Barone nos ha impedido que localicemos los buques.

—Vale, me gustaría asegurarme de que entiendo lo que ha ocurrido. Un coronel rebelde de la Marina se había hecho con todo un GAIR, luego lo hizo navegar hasta Diego García, donde ha robado dos buques marítimos de intervención preventiva. Ahora se dirige hacia Dios sabe dónde.

—Señor, así es. El elemento de mando de EE. UU. en la isla creyó que solo iban a hacer una parada para repostar y reabastecerse antes de dirigirse al este. Después de que el GAIR saliera de la isla, alguien notificó al comando en DG que el Coronel Barone se había amotinado y que había tomado el USS Makin Island, el USS New Orleans y el USS Pearl Harbor, y que tenían planes de tomar el MV Bennett y el USNS Stockham. El comando de DG intentó frustrar los ataques, pero la fuerza arrolladora de los hombres de Barone pudo hacer frente a toda resistencia y los dos buques fueron tomados. El comando de DG informa de que 42 hombres han muerto en combate y 23 han resultado heridos. También han informado de que Barone ha perdido a seis marines.

—¿Dónde tiene su sede Barone? —preguntó Conner.

—Señor, él controla el 2.º Batallón del 4.º Regimiento de Marines desde Camp Pendleton, California.

—Entonces, general, supongo que se dirige hacia California. ¿Qué medios tenemos en la zona?

—¿Para qué, señor? —preguntó Griswald sin estar seguro de cómo responder a la pregunta.

—Terminaré con esta mierda aquí mismo, general. No podemos permitir que pase esto, no puede ser que coroneles de la Marina o cualquier otra persona robe nuestros buques y recursos. Alguien debe encargarse de este hombre y de sus hombres. Encuentre algunos aviones o un grupo de

portaviones para salir a buscar a este hombre y a su puñado de traidores.

Griswald miró alrededor de la mesa y luego de nuevo al Presidente: «Señor, sí, señor», dijo finalmente.

—Avíseme en cuanto haya encontrado a alguien para interceptarlos —dijo Conner sin terminar la oración. Se le ocurrió una nueva idea—. General, haga todo lo posible para contactar con este coronel; me gustaría hablar con él.

Tras levantar las cejas seriamente, Griswald respondió: «Sí, señor».

—Gracias, general. Ahora, si esto es todo, me retiraré a mi habitación —dijo Conner y se levantó, se dio la vuelta y se marchó. Mientras caminaba de vuelta a su habitación, los pensamientos de cómo se estaba desmoronando todo lo estaban consumiendo. Nunca pensó que los comandantes militares comenzaran a desobedecer órdenes y a amotinarse. No había pasado ni una semana desde los ataques y las cosas estaban empeorando muy deprisa. Seguían sin saber quién los había atacado y aún no habían lanzado ninguna respuesta. Sabía que se le estaba acabando el tiempo para tomar una decisión y sabía que tendría que actuar pronto para hacer saber a sus enemigos que iba en serio.

Al entrar en su habitación, pudo escuchar a su mujer durmiendo. Quería despertarla y contarle cómo había transcurrido el día; la echaba mucho de menos. En estos momentos, él la necesitaba a ella mucho más de lo que ella lo necesitaba a él. Ella se había cerrado en banda tras la muerte de su hijo y, aunque tenía la sensación de que lo ignoraba, sabía lo importante que era seguir amándola a pesar de lo que ella le daba a cambio. Tenía la esperanza de que ella volviera a él en cualquier momento, pero hasta entonces tendría que amarla el doble.

Conner no solo tenía que apoyar a su país en estos tiempos de oscuridad, sino que también debía tomar el control de su matrimonio si quería que este sobreviviese.

San Diego, CA (EE. UU.)

A Gordon le encantaba el café; de hecho, si no tomaba su «dosis», le dolía la cabeza. El olor del café recién hecho era un elemento de su vida pasada que echaba de menos y, aunque no le gustaba el café frío y amargo, lo prefería al dolor de cabeza.

La búsqueda de comida se hacía cada día más difícil. Tenían que ir cada vez más lejos para conseguir cada vez menos. Los equipos comunitarios que había creado habían estado haciendo bien su trabajo; la pequeña comunidad funcionaba como un pueblo. Cuando regresaban los equipos de búsqueda, hacían inventario de lo que habían encontrado y lo almacenaban todo por la noche. Al día siguiente, todo se distribuía equitativamente para cada uno de los hogares. Rancho Valentino tenía suerte porque en él vivía una muestra muy diversa de personas; desde médicos y enfermeros hasta ingenieros e incluso horticultores. Gordon había asumido el control directo de las fuerzas de seguridad de la comunidad; había visto que estaban entrenados, que estaban armados y que se les había brindado el apoyo que necesitaban para proteger la comunidad. Gordon había establecido puestos de guardia en cada una de las puertas de entrada y en algunas azoteas con vistas estratégicas de la zona.

Gordon y otros equipos habían empezado a notar un incremento de violencia en el exterior. Habían tenido la suerte de contar con armas suficientes como para armar a todas sus fuerzas de seguridad, pero no bastaban para protegerlos de un ataque generalizado en caso de ser atacados por un enemigo bien armado. Gordon sabía que debían encontrar más armas y munición; convocó una reunión con los líderes de su cuerpo de seguridad compuesto por Jimmy, Nelson y un poli llamado Dan Bradford, del que Gordon no tenía muy buena opinión. Quizás se debía a que Dan tenía la responsabilidad de proteger a la gente, pero no estaba disciplinado para cuidar de sí mismo. Tenía sobrepeso y era despreocupado, y tampoco ayudaba mucho el hecho de que Mindy lo hubiese recomendado encarecidamente. Independientemente de la razón que fuera, Gordon simplemente no se fiaba de Dan ni tampoco le importaba su arrogancia; Gordon había tratado con muchos egocéntricos en su vida y ahora tendría que hacerlo con Dan.

Todos los líderes de los grupos decidieron que necesitaban crear dos equipos nuevos de tres hombres cada uno -uno liderado por Gordon y el otro por Dan- para buscar armas y munición; Dan iría con su equipo a distintas comisarías mientras que Gordon iría a las tiendas de armas.

Cada mañana, antes de salir durante el día Gordon iba y besaba a los niños y se aseguraba de decirles que los quería. Dan iría con su equipo hacia el sur hasta Mira Mesa; esta zona estaba densamente poblada y estaba seguro de que se les presentarían problemas potenciales. Gordon le recalcó a Dan que

entrara y saliera lo antes posible; tenían un objetivo claro, sin desvíos ni paseos. Gordon iría con su equipo algunos kilómetros más allá en dirección norte hasta un almacén de sheriff y luego, si se podía, hasta Playa Solana.

Gordon regresó a su habitación después de ir a visitar a sus hijos. Como Samantha se estaba vistiendo, él se puso detrás de ella y la rodeo con los brazos. Le dio un abrazo fuerte, luego un beso en el cuello y le susurró al oído. Él la amaba muchísimo; ella se había adaptado rápidamente a la nueva realidad y se había ofrecido como voluntaria para enseñar en una escuela que habían montado. La idea de la escuela fue de Samantha; creía que era mejor garantizar la educación de los niños. La escuela también les daba a los niños una cierta organización y la comodidad de una rutina.

Al abrazarla, Gordon dijo: «Te quiero, cari».

Samantha se apoyó sobre Gordon y contestó: «Yo también te quiero».

—Solo quería darte un beso antes de irme.

—¿A dónde te vas? —preguntó ella.

—A ningún sitio en especial —dijo Gordon. Nunca mencionaba muchos detalles de sus misiones diarias cuando hablaba con ella y nunca le decía nada sobre los incidentes que se producían; lo último que quería era ponerla más nerviosa de lo que ya estaba.

Samantha se dio la vuelta y se quedó frente a él, lo miró y preguntó: «Gordon, ¿cuánto tiempo podremos hacer esto? ¿Cuánto tiempo podremos mantener esta situación?».

Gordon la miró, le apartó un mechón de pelo de la cara y le contestó: «El tiempo que tengamos que hacerlo».

—Eso no es una respuesta, Gordon.

—Sam, lo único que sé es que solo nos queda la opción de seguir haciendo lo que hacemos. Parece que las cosas están funcionando bien y, si seguimos encontrando comida, estaremos bien —contestó Gordon. Lo pasó mal intentando mantener la compostura, ya que no se creía las palabras que salieron de su boca.

Ella lo miró aún más profundamente y contestó: «¿De verdad?».

Gordon puso la mano en la mejilla de Samantha y acercó sus labios a los suyos, y la besó. Luego se fijó en sus ojos verdes y dijo: «Sí, estaremos bien». Gordon no estaba seguro de lo que les depararía el futuro. Su sueño nocturno se vio interrumpido por pesadillas en las que él perdía a su familia en este

nuevo mundo. Se esforzaba y había conseguido mantener esas ideas alejadas de su mente. «Cariño, tengo que irme; te veré esta noche», él la besó y se fue.

Mientras caminaba por el vecindario, notó una transformación en la comunidad. Docenas de personas andaban por las calles de aquí para allá, había tendederos de ropa extendidos en los patios traseros, había lonas colgadas para capturar el rocío de la mañana, debajo de las canaletas para la lluvia se habían colocado cubos de más o menos veinte litros para recoger los vertidos y las chimeneas escupían cortinas de humo. Ya no se veían los vecinos que hacían deporte ni las madres esporádicas que iban empujando el carrito de sus bebés mientras hablaban por teléfono. La mayoría de las personas habían sacado a la calle sus coches inservibles para ganar más espacio en sus garajes.

Mientras caminaba, iba fijándose en todo el mundo; parecía que ya nadie se preocupaba por las apariencias. La mayoría de mujeres se había recogido el cabello mientras que los hombres vestían sombrero y estaban sin afeitarse.

Todos los equipos de búsqueda regresaban con comida, pero nunca era suficiente para alimentar a las más de 700 personas que vivían en la comunidad. El huerto podría funcionar, pero sería demasiado lento; pasarían meses antes de que los jardineros produjeran una buena cantidad de comida. El agua también se convertiría en un problema; habían protegido el tranque grande, pero solo duraría un par de meses antes de secarse y, luego, también estaba el problema de las medicinas: algunos miembros de la comunidad tenían problemas médicos que requerían un tratamiento diario. El propio hijo de Jimmy tenía que tener un inhalador debido a sus problemas de asma. Por suerte, los equipos habían tenido mucho éxito a la hora de proteger grandes reservas de medicamentos, pero con el tiempo todo se acabaría.

Gordon tenía muchas cosas que hacer, pero se había comprometido a arreglar la situación; por ahora no tenía ninguna otra elección, salvo salir y arriesgar su vida en la carretera.

Los pensamientos de Gordon se vieron interrumpidos cuando Melissa gritó su nombre en la distancia: «¡Gordon!».

Él miró a su alrededor y la vio haciéndole gestos con las manos; él le devolvió el saludo y se preguntó qué querría de él, pues vio que se le estaba acercando trotando lentamente.

—Hola, Gordon, ¿cómo estás tú y la familia?

—Estoy bien, gracias por preguntar; ¿cómo estás tú?

—Bien, todo lo bien que puedo estar en estas circunstancias. Como sabes, Eric llegó finalmente a casa al día siguiente. Tuvo que venir andando desde el centro —dijo Melissa, quien parecía estar nerviosa; cuando no hablaba cruzaba los brazos.

—Me había enterado, sabía que estaría bien —Gordon intentó no alargarse en sus respuestas porque llegaba tarde a la cita con su equipo.

—Lo siento, sé que tienes cosas que hacer, Gordon; pero en realidad estoy aquí para pedirte un favor, no para charlar.

—Vale, ¿y cómo puedo ayudarte?

—Eric ha estado en casa con el bebé sin hacer nada; yo he estado colaborando como voluntaria en la escuela con Samantha, como seguro ya sabes.

—Sí, lo sé.

—Pues bien, es sobre Eric; parece que está de bajón —dijo Melissa sin mirar realmente a Gordon a la cara cuando hablaba; su nerviosismo aumentaba cuando nombraba a su esposo.

Puesto que se percató de su nerviosismo, Gordon estiró la mano y la cogió por el brazo y dijo: «¿De qué se trata, Melissa?».

Tras suspirar, ella repuso: «¿Puede Eric unirse a tus equipos? Es muy inteligente y fuerte; remaba en la universidad y tiene un cuerpo atlético. Sé que solo es un contable y que no tiene experiencia militar, pero puede aprovechar el tiempo con los chicos y necesita salir de casa y hacer algo».

—¿Por qué no ha venido Eric a preguntármelo? —preguntó Gordon.

—Porque tenía miedo de que dijeras que no.

—Dios mío, para nada; necesito a tipos inteligentes como Eric. No me importa lo que hiciera antes siempre que sepa arreglárselas cuando salga por esas puertas.

A Melissa se le iluminó el rostro y dijo: «¡Fantástico! Se lo diré. ¿Cuándo puede reunirse con vosotros para conocer los detalles?».

—¿Qué te parece si venís a cenar esta noche? Yo hablaré con él. ¿Qué te parece?».

—Me parece perfecto, Gordon. Muchas gracias —dijo Melissa, ahora feliz y aliviada.

—De nada, ahora si me disculpas tengo que irme —dijo Gordon mientras señalaba hacia su equipo que lo estaba esperando.

Melissa se giró hacia la dirección a la que él estaba señalando; luego se volvió y dijo: «Sin problema, gracias de nuevo y hasta esta noche».

Gordon se alejó y luego se detuvo; se dio la vuelta y dijo: «Por favor, avisa a mi mujer de que vendréis esta noche para cenar».

«Se lo diré en la escuela», dijo Melissa, quien luego se despidió con la mano y se dio la vuelta.

Gordon empezó a andar hacia su equipo. Le caía bien Eric; no lo conocía muy bien, pero le impresionaba lo educado e inteligente que era. Era un inmigrante chino de segunda generación; sus padres llegaron a los EE. UU. sin nada y abrieron una pequeña panadería. Tras poner todo su corazón y su alma, la panadería se hizo famosa y pudieron mandar a Eric a Harvard. Eric tenía el mismo espíritu empresarial que sus padres y, tras acabar un máster en administración de empresas, abrió su propia empresa de contabilidad. Era de estatura media y muy delgado; tenía 5 años más que Gordon y era unos 10 años mayor que Melissa. Gordon tendría una mejor idea de dónde colocar a Eric en los equipos tras hablar con él y tomar una copa. Como siempre necesitaba a gente buena, Gordon estaba deseando de sentarse a hablar con él.

Gordon llegó finalmente hasta el vehículo y metió dentro todo su equipo. Hoy debía salir con Max y Jerrod, exsoldado del ejército y veterano de Irak. Jerrod era alto y musculoso, con un espeso pelo castaño y ojos marrones. Con su apellido de Hernández, Gordon se rio para sus adentros porque Jerrod no era un nombre demasiado hispano. Antes de los ataques, Gordon solo lo conocía de haberlo visto de pasada cuando salía a correr por el vecindario. Jerrod estaba casado y tenía un hijo de dos años.

Max era de constitución baja, pero compensaba su altura con una personalidad interesante y peculiar. Gordon pensaba que encajaba perfectamente en la imagen de un chico italiano soltero y afable. Tenía el pelo corto y moreno repeinado hacia atrás. Era una de las pocas personas solteras que vivían en el vecindario. Gordon no conocía a Max antes de los ataques, pero sabía que era abogado y que trabajaba para un bufete de abogados del centro.

Los dos hombres habían demostrado ser muy competentes y capaces. Max era un poco impetuoso y tenía poca paciencia, pero demostró que sabía pelear

y a Gordon le gustaba eso.

—Señores, ¿estáis listos? —preguntó Gordon.

—Sí, señor —dijo Jerrod.

—Sí —contestó Max, quien estaba recostado sobre su coche, un Chevy Nova. A Max le encantaban los antiguos coches clásicos con potencia y hacía saber a todo el mundo que su coche era rápido.

Los tres hombres se montaron en el coche con Gordon, quien llevaba una escopeta. Después de salir de la entrada principal, Max preguntó: «¿A dónde?».

Gordon miró a ambos lados y dijo: «Por aquí. Si tenemos suerte volveremos con muchas más armas. Cruzad los dedos, chicos, y estad alerta, es la primera vez que vamos tan lejos».

Max apretó el acelerador e hizo derrapar el Chevy Nova. Luego aceleraron rápidamente y desaparecieron por la colina.

Buque USS Makin Island, océano Índico

Sebastian estaba sentado afuera disfrutando del fresco aire del océano cuando la compuerta se abrió y lo coloreó del color rojo de la luz que salía del pasillo. Tomlinson salió de entre el resplandor y se acercó a Sebastian.

Tomlinson sacó una cajetilla de cigarrillos Camel Light y ofreció uno a Sebastian: «Parece que puedes necesitar uno de estos».

«No, pero si tuvieras una copa me la tomaría», contestó Sebastian. Se fijó en las aguas iluminadas por la luna del océano Índico. La salinidad del aire y el ruido de las olas calmaban su preocupada mente.

Tomlinson se sentó junto a él y encendió un cigarrillo; le dio una calada y le preguntó: «Dime, ¿qué pasó ahí fuera esta mañana?».

—No quiero hablar de eso —dijo Sebastian sin mirar a Tomlinson.

—Bueno, déjame que te diga una cosa: si alguna vez quieres hablar, aquí estaré, hermano, siempre y cuando no te me vayas a quejar.

—¿Qué crees que pasará ahora? —preguntó Sebastian.

—Oh, no lo sé; lo peor es que tenemos que estar viajando durante las próximas tres semanas sin hacer ni una sola parada —dijo Tomlinson, quien luego le dio otra calada al cigarro.

—¿Te das cuenta de que si regresamos a los Estados Unidos y todo va perfectamente o si las cosas vuelven a la normalidad, nos arriesgamos a que nos arresten o, posiblemente, a que nos ahorquen por lo que ha pasado hoy?

—Bueno, primero tendrán que cogerme y, segundo, confío en el coronel. Creo que todo está destruido y que ahora tenemos que labrarnos un futuro nosotros mismos.

—Espero que tengas razón, de verdad.

—En serio, hombre, ¿qué te pasa? No te he visto así nunca —dijo Tomlinson, quien dio la última calada a su cigarrillo y lanzó la colilla por encima de la barandilla.

—Te lo he dicho, ahora no quiero hablar de ello. Déjame que procese lo que ha pasado hoy y quizás luego podamos hablar, pero, por favor, respétame y deja de hacerme preguntas —dijo Sebastian con una nota de irritación en su voz.

—Está bien, hermano. Te dejaré tranquilo—. Tomlinson se levantó, abrió la compuerta y volvió al interior del barco.

Sebastian se quedó sentado y planeó qué hacer cuando llegaran a California. Solo esperaba poder evitar cualquier enfrentamiento con otros estadounidenses antes de llegar.

San Diego, CA (EE. UU.)

Gordon regresó a casa sano y salvo, pero disgustado. El viaje hasta Mira Mesa para conseguir más armas había sido un éxito, pero solo en parte. Habían logrado entrar y salir sin sufrir ninguna confrontación, pero la tienda de armas ya había sido saqueada. Su equipo había conseguido algunos artículos que podrían serles útiles como protección corporal, ropa, botas, hondas, pistolas y otros accesorios, pero no armas ni munición. Hicieron una parada en otra tienda de *Home Depot* y cogieron más semillas y algunos fertilizantes, pero no había ni rastro de comida. Gordon estaba impresionado por lo rápido que se estaban acabando los recursos.

En su viaje de vuelta, descubrieron algo horripilante en una tienda de alimentación de *Won's*. Una docena de personas o más habían sido ejecutadas delante de la tienda. Quiquiera que fuera quien lo había hecho, había dejado su marca. En la pared que había detrás de ellos estaba escrita con espray la

palabra «*Villistas*». Gordon no sabía a qué hacía referencia, pero sabía que no era nada bueno. Al parecer, había pandillas o grupos armados que se estaban uniendo. Obviamente, la situación se estaba poniendo más violenta y desesperada.

Gordon entró en la casa cansado y preparado para comer. Cuando entró en el pasillo, iluminado por la luz de las velas, oyó a sus hijos jugando y riendo por el vestíbulo y a Samantha regañándoles para que limpiaran el caos que habían formado. Gordon sonrió, los sonidos de una vida familiar normal seguían existiendo, aunque la propia casa también empezaba a experimentar una transformación: los inodoros se habían desbordado hacía tan solo unos días. Aunque lo habían limpiado todo, habían cerrado las tapas de los inodoros con cinta adhesiva y habían protegido las puertas, en el aire seguía habiendo un ligero olor a aguas residuales. Samantha hizo todo lo que pudo para ocultar el olor con velas perfumadas, pero aun así quedaba un leve hedor.

—Gordon, cuando termines de ponerte cómodo, ¿me puedes ayudar a lavar a Haley? —gritó Samantha desde la sala de juegos.

—¿Qué ha pasado? —gritó Gordon mientras se encorvaba para quitarse las botas.

—Pensó que era más divertido pintarse ella en vez del papel.

—Vale, cielo; ahora mismo voy —dijo Gordon tras quitarse la última bota y sentarse en la silla; luego suspiró cansado y se frotó la cara.

Hunter corrió hacia él: «Papi, ¡estás en casa!».

—Ey, grandullón —exclamó Gordon, quien cogió a Hunter y lo abrazó—. ¿Cómo fue hoy, algo que decir?

—No, señor, todo bien —Hunter contestó al saludar a su padre.

—Gracias por cuidar de las chicas de la casa, te lo agradezco —dijo Gordon a su hijo cariñosamente.

Empezaron a andar por el vestíbulo cuando los golpes de la puerta interrumpieron su éxtasis familiar. Gordon dejó rápidamente a Hunter en el suelo y le dijo que se fuera a la sala de juegos inmediatamente. Hunter lo obedeció y echó a correr. Gordon se sacó la pistola de la pistolera de hombro y se acercó a la puerta. La adrenalina había reemplazado todo su cansancio. Quienquiera que estuviese llamando a la puerta no iba a parar. Gordon se fue acercando lentamente a la puerta cuando oyó gritar una voz familiar.

—Gordon, ¡abre! —gritó Jimmy.

Gordon abrió la puerta rápidamente y vio a Jimmy con Mason entre sus brazos.

—Jimmy, ¿qué pasa?

—Gordon, es Mason; tiene un ataque de asma y no encontramos su inhalador. Nos hemos pasado por la clínica y no tienen ninguno entre las existencias. No sé qué hacer, por favor, ¡ayúdame! —dijo Jimmy con miedo en la voz.

Gordon actuó sin pensar y preguntó a Jimmy: «¿Tienes la camioneta ahí?». Gordon pensó que tenían dos opciones, ir casa por casa para ver si algún vecino tenía un inhalador o correr el riesgo de salir fuera del vecindario. Entonces decidió que tendrían más suerte si salían de allí e iban al hospital o la farmacia.

—¡Sí, sí! —dijo Jimmy.

Hunter y Haley estaban mirando desde detrás de la puerta de la sala de juegos. Samantha fue corriendo por el vestíbulo y se paró justo detrás de Gordon; podía ver que Jimmy estaba a punto de sufrir un ataque. Mason estaba pálido y tenía los brazos lacios, casi sin vida.

—Venga, ¡vámonos! —dijo Gordon a Jimmy tras ponerse las botas. Señaló hacia el exterior y luego dijo: «¡Tenemos que salir fuera para buscar un inhalador!».

Jimmy no dijo nada; solo se limitó a mirar a su hijo, cuyos brazos pendían de un lado para otro porque su padre corría rápidamente detrás de Gordon hacia la camioneta.

Cuando Jimmy llegó a la camioneta, Gordon le mantuvo la puerta abierta. Jimmy puso a Mason sobre el sillón trasero y se sentó junto a él. Jimmy puso la cabeza de Mason sobre su regazo y le acarició el pelo; la respiración de Mason era muy leve. Gordon se puso al volante y arrancó la camioneta. Luego fue hasta la puerta de entrada más próxima. Cuando llegó a la puerta, gritó por la ventana a los guardias que abrieran la puerta inmediatamente. Gordon empezó a acelerar y oyó que alguien estaba gritando. Miró y vio a Dan Bradford por el retrovisor.

—Un segundo, ¡para! —gritó Dan.

Gordon sacó la cabeza por la ventana y le contestó: «Dan, no tenemos tiempo, tenemos que irnos; es una emergencia».

—¿Puedo ayudar de alguna forma? —dijo él cuando llegó a la ventana del

conductor.

—¿Tienes un inhalador?

—No.

—Entonces la respuesta es no, tengo que encontrar uno para el hijo de Jimmy lo antes posible.

—Déjame ir como reserva.

—Claro, sube a la plataforma —le dijo Gordon.

Dan se subió a la plataforma y golpeó el lateral de la camioneta inmediatamente para hacer saber a Gordon que estaban listos para marcharse. Gordon pisó el acelerador y puso rumbo al norte.

Gordon conducía lo más rápido que podía; todos los vehículos abandonados en la carretera hacían más difícil la conducción porque tenían que esquivarlos para no chocar contra ellos, por lo que tenían que ir frenando y acelerando constantemente. Gordon se concentró en la conducción y Jimmy consolaba a su hijo y le susurraba al oído que todo iba a salir bien.

Gordon sabía exactamente a dónde iba y, tras 12 minutos, aparcaron en la entrada de emergencias del Hospital Sharp Memorial.

—Encontraré un inhalador lo más rápido que pueda, lo prometo —aseguró Gordon a Jimmy. Luego puso su mano sobre la cabeza de Mason y dijo: «Encontraré uno, te lo prometo», cerró la puerta de la camioneta y fue corriendo hacia la entrada de emergencias.

Jimmy miró a Gordon mientras este cerraba la puerta de la camioneta; las luces del salpicadero se reflejaron en su rostro como una leve sombra. «Por favor, date prisa. No sé cuánto tiempo aguantará, ya apenas respira».

Gordon se sacó la pistola y, puesto que tenía el presentimiento de que podían toparse con otras personas, se acercó con actitud recelosa a las puertas de la entrada principal del área de emergencias. Las puertas estaban cerradas herméticamente. Dan fue corriendo e intentó despegar las puertas. Gordon no quería perder tiempo, así que buscó a su alrededor algo con lo que romper los cristales y encontró un adoquín grande; lo cogió y le dijo a Dan que se apartara. Lo lanzó tan fuerte como pudo y rompió el cristal. Dan y Gordon quitaron los cristales que habían quedado y entraron en el pasillo a oscuras. Inmediatamente después de entrar en el pasillo, los envolvió el olor a muerte.

—¡Dios mío! —dijo Dan tapándose la nariz y la boca con la mano.

Gordon encendió su linterna *Sure-Fire* y fue rápidamente por el pasillo. Cuanto más se adentraba en la oscuridad más fuerte era el olor. Parecía que nadie había saqueado aún esta parte del hospital. El desorden era total, pero eso se debía al caos que se generó después de los ataques. Gordon supuso que los empleados del hospital habían abandonado probablemente el hospital algunos días después de los ataques. La luz de Gordon iluminaba el pasillo e iba alumbrando los espacios oscuros. Fue mirando en todas las habitaciones para ver qué había en ellas. El olor se hizo más intenso; sabía que localizaría la fuente muy pronto.

Gordon llegó al final del pasillo y apuntó la linterna hacia el interior de la última habitación: había encontrado finalmente el origen de aquel hedor a podrido que le llenaba las fosas nasales. Un anciano de unos sesenta o setentaytantos años yacía desnudo, ahora ya hinchado.

Dan se puso justo detrás de Gordon y dijo: «¡Qué asco!».

—Bueno, estoy seguro de que no quería morir o que lo recordaran así — dijo Gordon. Luego apartó su atención del hombre muerto y abrió las puertas giratorias que daban al pasillo principal.

Las puertas no llevaban cerradas ni unos segundos cuando Dan y Gordon oyeron un crujido en el otro extremo del pasillo. Los dos movieron sus linternas y alumbraron todo el pasillo. Entonces sonó otro crujido seguido de gritos furiosos. Localizaron la fuente del sonido en una habitación que estaba en la esquina, y fueron caminando por el pasillo con las pistolas en mano. Gordon no tenía duda de que había alguien buscando suministros como ellos; miró a la pared y vio una señal con una flecha que apuntaba en la dirección en la que caminaban y que decía: «Farmacia». Echó un vistazo alrededor de la esquina del pasillo y volvió a escuchar el sonido, que venía de donde estaba la farmacia. Gordon se giró hacia Dan y dijo: «Suena como si la persona que está haciendo ese ruido estuviera en la farmacia. Tenemos que ir hasta allí y coger lo que necesitamos. Esto puede ponerse feo, así que estate preparado».

—Vale —dijo Dan un poco nervioso.

Los dos doblaron la esquina con las pistolas levantadas y fueron lentamente por el pasillo a oscuras hacia donde estaba el sonido. Después de algunos pasos, vieron una luz balanceándose por una habitación a la izquierda. Sin previo aviso, alguien apareció desde la habitación con una caja entre sus brazos. Se alejó de Dan y Gordon, recorrió el pasillo y salió por la derecha.

Cuando la puerta se cerró después de que saliera el extraño, Gordon dio un paso adelante y no vio ninguna otra luz; encendió la linterna y entró en la habitación mientras Dan se quedó en el pasillo cubriéndole las espaldas. La farmacia estaba casi vacía. Gordon empezó a rebuscar inmediatamente entre las cajas abiertas que estaban sobre los mostradores, pero se sintió frustrado porque no encontraba lo que estaba buscando. Luego empezó a buscar rápidamente por cada una de las estanterías y en cada uno de los cajones; tras una ardua búsqueda, seguía sin encontrar un inhalador.

—¡Maldita sea! —dijo Gordon en voz alta al aplastar contra el suelo una de las cajas abiertas.

—Quédate donde estás —ordenó Dan.

Gordon paró de buscar y fue hacia la puerta.

—¡No te muevas! —gritó Dan.

Gordon salió de la farmacia y vio al hombre. Dan lo estaba apuntando con la linterna.

El hombre se quedó donde estaba con las manos vacías y levantadas.

Gordon le alumbró la cara y le dijo: «Necesito un inhalador, ¿dónde está el resto de las cajas?»

El hombre no dijo ni una palabra; solo se quedó donde estaba bloqueando la luz para que no lo deslumbrara.

—¿Dónde están tus cajas? —volvió a preguntar Gordon—. Si no puedes ver, déjame decirte que los dos vamos armados.

El hombre seguía sin moverse.

—¡A la mierda! —dijo Gordon, quien fue hasta el hombre y lo golpeó con la culata en la cara. El hombre cayó al suelo.

—¡Para! —gritó finalmente el hombre.

—¿Dónde está el resto de tus cajas?»

—Fuera en mi camioneta.

—¡Llévanos hasta allí! —le ordenó Gordon, quien levantó al hombre por la parte de atrás de su camisa y lo sacó a empujones.

Luego fueron caminando por el pasillo hasta llegar a una puerta de salida al exterior.

—Mi camioneta está por allí —dijo el hombre.

Gordon abrió la puerta de una patada y alumbró el exterior con la linterna;

pudo ver lo que parecía ser una vieja camioneta agrícola. Sacó al hombre de un empujón, haciendo que este se tropezara y cayera al suelo.

Sin detenerse, Gordon volvió a agarrarlo, pero esta vez el hombre opuso resistencia y le dio un codazo en la entrepierna.

—¡Mierda! —gritó Gordon de dolor.

El hombre salió corriendo hacia su camioneta.

—¡Párate! —gritó Dan.

Gordon se levantó claramente dolorido, pero salió corriendo detrás del hombre. Este se las había arreglado para llegar casi a la puerta del conductor, pero se detuvo cuando Gordon disparó en su dirección.

—Mira, no sé lo que me vais a hacer, por eso te golpeé. No sé quién eres; estoy cogiendo esta medicina para mi familia.

Gordon estaba enfurecido de rabia. Miró al hombre y dijo: «¡Apártate de la camioneta!».

Dan se puso al lado de Gordon y le ordenó al hombre que se pusiera en el suelo.

—¡Apártate de la camioneta! Tengo que ver si tienes alguna cosa que necesite —gritó Gordon.

—No quiero problemas, solo estoy cogiendo esto para mi familia. Por favor, dejadme que me vaya —rogó el hombre, quien dio un paso hacia la puerta de la camioneta.

—¡Esto es una puta pérdida de tiempo! —gritó Gordon, quien apretó el gatillo y le disparó al hombre en el pecho.

La bala impactó en el hombre haciendo un ruido sordo. Él cayó instantáneamente al suelo, muerto.

—¿Por qué le has disparado? —preguntó Dan.

—Ya no tenemos tiempo para esta mierda, Mason necesita las medicinas —Gordon volvió a meter su pistola en la pistolera y empezó a rebuscar en las cajas que había en la plataforma de la camioneta.

Dan se quedó donde estaba mirando a Gordon con asombro.

Tras mirar en varias cajas, Gordon exclamó: «¡Aquí están!»., sacó un inhalador de una caja y lo levantó en el aire. Sin perder ni un momento más, Gordon empezó a correr hacia Jimmy y Mason.

Cuando Gordon llegó a la camioneta de Jimmy, oyó que Jimmy estaba

sumido en lamentos y llantos. No podía ver a Jimmy, pero los llantos le indicaban que había pasado una desgracia que nunca debió haber ocurrido. Gordon se quedó en la oscuridad escuchando a su amigo y deseando que el resultado hubiese sido distinto.

12 DE DICIEMBRE DE 2014

«Cuando los hombres abandonan el privilegio de pensar, la última sombra de libertad se cierra en el horizonte».

- Thomas Paine

Buque USS Makin Island, océano Índico

Los golpes sobre la puerta de su camarote despertaron bruscamente a Barone, quien saltó de su catre y abrió. Se frotó los ojos soñolientos y dijo: «¿Qué pasa?».

—Perdón por molestarlo, señor —dijo un cabo segundo con voz nerviosa.

—Bueno, ¿qué pasa?

—Señor, hay una llamada importante para usted.

—¿Una llamada? —preguntó Barone algo confuso. Se apartó de la puerta y fue hacia una silla que había en la habitación—. Entra, cabo segundo.

El cabo segundo entró con paso nervioso.

—Ya que ha tenido que bajar hasta aquí y despertarme, ¿se puede saber quién me llama? —preguntó Barone con cierto sarcasmo.

—Señor, es el Presidente.

Barone dejó de atarse las botas y miró al cabo segundo. Lo invadió un mar de emociones sumidas en la conmoción, el miedo y la ansiedad. Siguió atándose las botas y despejó su mente. Como no quería que este joven viera que estaba nervioso, terminó la conversación bruscamente diciendo: «Cabo Segundo, puede irse. Llegaré en breve».

Barone se acomodó en su asiento y exhaló profundamente. Era obvio que el motivo de la llamada era la incursión que se había producido en Diego

García. Nunca esperó recibir una llamada del Presidente; habría esperado recibirla de algún general. Si el Presidente lo estaba llamando, suponía que quería llegar a algún tipo de acuerdo. Sin sentir curiosidad por saber lo que quería el Presidente, agarró su blusa rápidamente y se encaminó hacia el Centro de Información de Combate. La caminata, normalmente corta, pareció durar una eternidad; su nivel de ansiedad era alarmante. A lo largo de su carrera profesional, no había hablado nunca con un Presidente. Ahora lo haría, pero las circunstancias eran extraordinarias. Cuando entró en el oscuro centro de control, todas las miradas se fijaron en él. El comandante Ashley se levantó y dijo: «Señor, tenemos una línea segura en el cuarto de atrás».

Barone solo asintió con la cabeza a Ashley, caminó a paso rápido hasta el cuarto trasero y cerró la puerta. Miró el auricular que había sobre el escritorio e hizo una pausa por un momento para ubicarse. En su camino había pensado en cómo sería la conversación. Anticipándose a que el Presidente empezaría a lanzarle palabras como traidor y motín, él se prometió a sí mismo mantener la calma y la compostura.

Barone despejó de su mente la arremetida de sus pensamientos, se sentó y cogió el auricular. Tras tragar saliva, habló por el auricular: «Aquí el Teniente Coronel Barone».

Hubo silencio.

—Aquí el Teniente Coronel Barone.

Más silencio.

—¿Hay alguien?

—¿Coronel Barone? —preguntó una voz que rompió el silencio.

—Sí, aquí el Coronel Barone.

—Un momento —dijo la voz.

Barone estaba zapateando con nerviosa energía. La expectación era insoportable.

Los segundos parecieron ser minutos; después, sus oídos se llenaron con una voz familiar que le trajo a la mente los recuerdos de una audiencia del Congreso a la que fue sometido algunos años atrás. En ese momento recordó que había conocido al Presidente durante un juicio por un tiroteo de un iraquí desarmado en 2004. Barone se había ofrecido como voluntario para testificar en nombre de un marine de su unidad que había sido acusado. Recordó que el Presidente había sido justo en sus interrogaciones y que solamente quería

conocer la verdad.

—¿Coronel Barone? —preguntó Conner.

—Sí, el mismo.

—Coronel Barone, hola; aquí el presidente Conner.

—Hola, señor.

—Coronel, no sé por dónde empezar, así que empecemos con esta pregunta: ¿qué demonios está haciendo? —preguntó Conner.

—Señor, ante todo permítame decir que lo que estoy haciendo es por el bienestar de mis hombres y su...

Conner lo interrumpió y le preguntó con tono enfadado: «¿Qué hay del bienestar de su país?».

—Señor, enviarnos de vuelta a la Costa Este para desenterrar cadáveres es de tontos. Usted conoce la magnitud de lo que ha ocurrido. Expresé cuáles eran mis ideas antes de tomar la decisión, pero nadie nos escuchó. Por lo tanto, consideré que era necesario actuar por el bien de los estadounidenses que están vivos y que tienen la esperanza de seguir vivos.

—¿Así que pensó que era más importante desobedecer una orden presidencial y amotinarse?

—Señor, yo...

—¿Creyó que podría tomar el control de buques navales de los EE. UU. y dirigirlos en un ataque contra una instalación militar estadounidense para robar aún más buques y bienes estadounidenses? —preguntó Conner, ahora con tono más agresivo y enojado.

—Yo creí...

—¿Usted creyó qué, Coronel? Ahora es enemigo del pueblo estadounidense; ¡se ha amotinado y ha cometido un acto de traición! —gritó Conner.

Barone hizo una pausa por un momento antes de intentar responder. Sus hipótesis sobre las acusaciones que escucharía eran correctas.

—¿Qué voy a hacer con usted, Coronel?

Barone no respondió; quería asegurarse de que podía contestar sin que lo interrumpieran.

Se produjo un silencio incómodo.

—¿Sí, Coronel?

—¿Puedo contestar sin que me interrumpa?

—Adelante, Coronel.

—Me fijé en toda la situación y sentí que... —Barone hizo una pausa antes de terminar su idea—. No; supe que regresar a la Costa Este para ayudar en las tareas de rescate era algo inútil. ¿Qué pasa con nuestras familias en California? ¿Quién tiene cuidado de ellas? Creo que es más importante mantenernos con vida como muchas otras personas en vez de desenterrar cadáveres. Expresé mis preocupaciones, pero el plan ya estaba en marcha, así que hice lo que consideraba correcto.

Después de que Barone terminara de hablar hubo silencio.

Tras pensar en lo que había dicho Barone, Conner dijo: «Coronel Barone, he oído su excusa, le daré una oportunidad para corregir sus errores, dar media vuelta a los buques y volver a su misión original. Como su Comandante en Jefe, le ordeno que lo haga. Nos encargaremos de usted más tarde. Necesito buenos hombres en el terreno y necesito que haga lo que es mejor para el bien de nuestro país. ¿Entiende?».

Barone se quedó sentado pensando en lo que le había ordenado el nuevo Presidente. Después, sintió en su corazón que estaba haciendo lo correcto y dijo a Conner: «Sr. Presidente, no puedo. Me he comprometido con mis hombres y sus familias. Lo siento, pero sus órdenes de regresar al este son una estupidez. No puedo seguir estas órdenes con la conciencia tranquila. Asumo toda la responsabilidad por esto y mis hombres están haciéndolo por mí».

—Coronel Barone, lamento oír esto. Esto es lo que ocurrirá: no podemos permitir que desobedezca al Gobierno abiertamente; nos veremos obligados a usar la fuerza para detenerlo —dijo Conner fríamente.

—Sr. Presidente, me gustaría pedirle que nos deje ir en paz; no es aconsejable enzarzarnos en un conflicto.

—Coronel, usted ha hecho esto, no nosotros, no podemos permitir dejar pasar este acto de amotinamiento. Le detendremos antes de que llegue a California.

—Sr. Presidente, se lo pido, no lo lleve a este nivel. Solo queremos irnos a casa y cuidar de nuestras familias. No teníamos la intención de enzarzarnos en una lucha en Diego García. Fuimos atacados, así que nos defendimos y volveremos a hacerlo si somos atacados de nuevo. Señor, no tiene por qué derramarse más sangre. Por favor, deje que nos vayamos libremente.

—Coronel, tiene 24 horas para aceptar mi oferta. Si en 24 horas los barcos no dan la vuelta, consideraremos que es enemigo de los Estados Unidos y del pueblo estadounidense. Usaremos todos los medios que sean necesarios para asegurarnos de que no pisa California.

—Señor, no voy a cambiar de opinión y vuelvo a pedirle clemencia. Pero, si nos atacan, nos defenderemos hasta la muerte.

—Tiene 24 horas. Estaremos esperando su respuesta. Adiós, Coronel Barone —dijo Conner antes de dejar la línea en silencio.

Barone dejó el auricular y suspiró con fuerza. Tenía que reunirse con su equipo y trazar un plan para evitar el contacto con cualquier buque militar de EE. UU. Se levantó, abrió la puerta y volvió a mirar el auricular antes de marcharse. Había hablado finalmente con un presidente en funciones, pero no en las circunstancias en las que le hubiera gustado en sus más de 18 años de carrera. Se rio entre dientes y cerró la puerta.

Montaña Cheyenne, Colorado (EE. UU.)

Conner soltó el teléfono: «¡Maldita sea!».

Miró a su alrededor el personal que lo rodeaba. Nadie dijo nada; todos lo estaban mirando fijamente. Tras escuchar solamente su parte de la conversación, sabían que Barone no iba a ceder.

—Como han oído, le doy 24 horas para que cambie de opinión y de rumbo. Si no lo hace, debemos detenerlo. General Griswald, si continúa, ¿qué opciones tenemos?

—Señor, tenemos un grupo de portaaviones ubicado en Hawái que podemos utilizar y también tenemos tres submarinos de ataque en el Pacífico Occidental.

—General, contacte con nuestro comando en Hawái, saque algunos buques del puerto y prepárelos para enfrentarse a Barone y a su GAIR; además, contacte con esos submarinos y que también se posicionen.

—Sí, señor —dijo Griswald.

Conner miró a todas las personas que estaban en la habitación y dijo: «No podemos permitirlo, debemos detenerlo. Si no lo hacemos, esto animará a otros a desobedecernos. Maldita sea. Tenemos muchas cosas de las que

preocuparnos, y ahora tenemos que dedicar recursos a pararle los pies a este tío».

—Sr. Presidente, es una sabia decisión —dijo Griswald.

—General, ¿tenemos alguna otra información sobre los ataques? Se está agotando el plazo que tenemos para hacer algo.

—Lo siento, señor, no hemos conseguido mucho más de lo que conseguimos un día después de los ataques. Esto llevará tiempo.

Todo el mundo se estaba acostumbrando a ver a Conner actuar con ira, por lo que nadie se sorprendió cuando lo vieron mostrar su ira dando un puñetazo sobre la mesa.

Conner regañó a Griswald: «No tenemos mucho más tiempo. Cada minuto que pasa sin que actuemos envalentona a nuestros enemigos y los hace pensar que no tenemos medios o las agallas para hacer algo al respecto. Estoy siendo paciente por usted, general; necesito respuestas y las necesito pronto».

—Continuaremos trabajando en ello, señor —respondió Griswald.

Griswald no estaba siendo totalmente honesto con el Presidente. No quería darle la noticia de lo que le había contado su homólogo en Australia. Desde sus conversaciones la semana anterior, los australianos habían podido conseguir información de uno de los prisioneros, el cual les había dicho que habían sido entrenados en Irán y que no sabía de dónde procedía la bomba porque ya estaba allí cuando llegaron. Aunque esta información era valiosa, por ahora él no quería darle a Conner ninguna excusa para atacar Irán con armas nucleares porque tenía la sensación de que Conner era muy rápido con el gatillo. Griswald quería ver si podía formar una coalición entre el nuevo personal presidencial para utilizar sus opciones más diplomáticas y militarmente limitadas frente a la única opción nuclear del Presidente. Griswald reparó en que lo que estaba haciendo podría considerarse como violación de su deber al Presidente, pero creía que ceder ante la opción del Presidente transformaría el mundo en un caos nuclear. Sabía que no tenía mucho tiempo, así que tenía que actuar pronto.

13 DE DICIEMBRE DE 2014

«La única cura para el dolor es la acción».

- G. H. Lewes

San Diego, CA (EE. UU.)

Gordon se sentó angustiado en el filo de la cama. Pensó que ir al funeral de Mason era espantoso. No podía sino pensar que pudo haber actuado más rápidamente. Mientras dudaba de sus acciones, su mente se llenaba de arrepentimientos. Dudaba de sus acciones y pensaba que había sido demasiado cauteloso en su viaje al hospital. Si hubiera actuado más deprisa, Mason podría seguir estando vivo. Se maldijo por no haber conseguido más suministros de antemano.

No había visto a Jimmy desde esa noche. Todo lo ocurrido causó un gran dolor y una gran controversia en la comunidad; todos estaban tristes por la noticia de la muerte de Mason y algunos llegaron incluso a utilizar el incidente con fines políticos para atacar a Gordon. Aquella misma noche, Dan se había enfrentado a Gordon por el tiroteo del hombre desarmado. En cuanto Dan terminó de regañar a Gordon, fue directamente a casa de Mindy para informarla de la confrontación, del asesinato y de la muerte de Mason. Conmocionada por la muerte del pequeño, Mindy también vio como una oportunidad para ella condenar públicamente a Gordon. Había convocado una sesión especial de la junta después del funeral.

La vida en Rancho Valentino había quedado aislada de las realidades de lo que les estaba sucediendo a quienes estaban más allá de las puertas. Sin reparar en las crueldades del nuevo mundo, Mindy tuvo éxito sembrando

semillas de descontento contra Gordon. Este pensaba que, si hubiesen visto el mundo exterior, verían una razón en defensa de sus acciones decisivas. En Rancho Valentino vivían muchas personas mimadas y protegidas.

Quienes vivían fuera de aquellas puertas no tenían ese lujo y, posiblemente, estaban luchando por su vida. Muchas de estas personas habían sido víctimas de la violencia o de la falta de agua y de comida. Entonces, reparó en lo importante que era la cooperación en la comunidad. Gordon necesitaba incluso a los que no estaban de acuerdo con sus acciones para tener una comunidad que funcionase satisfactoriamente. Sin embargo, Mindy tenía una agenda que era más personal. Ella no había traspasado nunca las puertas; no había tenido nunca la oportunidad de experimentar lo que estaba pasando realmente. Ella quería poder y quería humillar a Gordon. Con la muerte de Mason, Mindy tendría la oportunidad perfecta para poner públicamente en tela de juicio las tácticas de Gordon e intentar desbancarlo.

Gordon sabía lo que se le venía encima, pero no le importaba, salvo por el hecho de que con cada minuto que pasaba sin centrarse en el reabastecimiento se perdían oportunidades para siempre.

Gordon se levantó y se estiró. Fue lentamente hasta el armario en penumbra y cogió un par de vaqueros y una camiseta. Al ponerse la camiseta, notó la ausencia de la típica fragancia que impregnaba su ropa. También había desaparecido la suavidad, ahora reemplazada por la rigidez de unas fibras tendidas y secadas en el exterior.

Cuando salió lo saludó Samantha, con quien compartió los típicos saludos matutinos. Samantha pudo ver la carga de toda la situación en su rostro y dijo: «Ven aquí, cariño».

—¿Qué? —dijo él sin mirarla.

—Ven aquí, dame un abrazo —dijo ella, quien se acercó a Gordon.

Ella lo abrazó y lo besó.

—Todo esto es una locura —dijo Gordon con suavidad.

Ella le respondió susurrándole al oído: «Lo sé, pero tienes que seguir adelante. Te necesitamos; no nos podemos permitir el lujo de tenerte así».

Gordon se apartó y la miró.

Ella notó cierta decepción cuando lo miró a los ojos. Luego, continuó consolándolo y le dijo: «Gordon, sé que puedes tener dudas por lo que pasó la otra noche, pero créeme cuando te digo que confío en ti, que creo en ti. Hiciste

lo que era necesario para protegernos y conseguir la medicina para Mason. No fue tu culpa que muriera».

—Yo habría podido...

Ella lo interrumpió poniéndole los dedos sobre los labios y diciéndole dulcemente: «Hiciste todo lo que tenías que hacer. Lo que pasó, pasó. No fue por tu culpa».

Gordon siguió mirándola; sus palabras de ánimo significaban mucho para él. En muchos sentidos, ambos compartían la responsabilidad de ser la fortaleza del otro.

Después, Samantha cambió el tono de su voz: «Sé que esa zorra de Mindy está utilizando esto como una oportunidad para desprestigiarte. Necesito que te defiendas, te necesitamos, y esta comunidad te necesita. No dejes que te desanime. Eres un luchador, por eso te quiero. Nunca te rindes. Sé que necesitas un tiempo para reflexionar, pero esta tarde tendrás que olvidarte de eso y defenderte».

Puesto que estas palabras provenían de Samantha, le dieron a Gordon la seguridad que necesitaba. Gordon acercó a su mujer hacia él, la abrazó con fuerza y dijo: «Te amo, Sam».

—Yo también te amo.

Pasó un momento en el que siguieron abrazados el uno al otro y, como en muchas otras ocasiones anteriores, el momento de intimidad se vio interrumpido por la voz de uno de sus hijos.

Los dos se rieron. Gordon la miró y dijo: «Gracias».

Samantha le tocó la cara y puso punto y final al momento especial que estaban teniendo cuando dijo: «Ahora ve y ponte las botas».

El funeral fue duro para Gordon porque ver que sus buenos amigos estaban experimentando la pérdida de su único hijo era algo terrible. No podía imaginar tener que pasar por algo igual con alguno de los suyos. Por un instante, tuvo la posibilidad de hablar con Jimmy, quien le aseguró que no lo culpaba. En realidad, Jimmy se culpaba a sí mismo por no haber estado más preparado; simplemente había supuesto que tenían más inhaladores. Simone apenas podía hablar; Jimmy tuvo que estar manteniéndola todo el tiempo; ella estuvo llorando toda la ceremonia, y sus lloros y gemidos tuvieron el mismo efecto en muchos de los asistentes.

Mason fue enterrado en el patio trasero de su casa; la escena recordaba al

siglo XVIII. En la tierra habían cavado un hoyo irregular, había dos palas que sobresalían del montón de tierra que había junto al agujero y Mason estaba envuelto en sus sábanas especiales de *La guerra de las galaxias* que tanto le gustaban. Todos los que asistieron llevaron flores, las cuales echaron dentro del hoyo a medida que iban pasando. Cuando pasó la última persona, Jimmy se acercó a la tumba y cogió una de las palas. Agarró el mango con fuerza y fue metiendo la pala en el montón de tierra fresca. Tras echar la primera palada de tierra sobre Mason, se detuvo; superado por el dolor, calló de rodillas y empezó a sollozar. Gordon no podía permanecer más tiempo allí parado; dio un paso al frente, cogió la otra pala y empezó a rellenar la tumba. Gordon no podía imaginar el dolor que estaba sintiendo su amigo; luchaba contra su propio dolor, pero lo contuvo para poder terminar.

Cuando terminó la ceremonia, muchos se fueron, pero algunos fueron a ver a Jimmy y Simone para darles su más sentido pésame. No se ofrecía comida ni bebida. Simone estaba sentada en la silla desgastada del exterior y miraba con la mirada perdida la tumba cubierta de Mason. Gordon iba a acercársele para decirle algo, pero consideró que era la hora de irse; cogió a Samantha de la mano y salieron educadamente de la casa. Habían dejado los niños en casa con Nelson porque creían que los niños eran demasiado pequeños como para ver a su amigo enterrado. Regresaron a casa sin soltarse de la mano. Entre ellos reinaba el silencio; no había palabra que pudiera expresar cómo se sentían. Gordon miró su reloj; pronto estaría delante de la junta siendo interrogado sobre los acontecimientos de esa noche. Estaba preparado para ello; estaba preparado para la inquisición y el espectáculo que Mindy le tenía reservado.

Los problemas del día se desvanecieron temporalmente cuando él y Samantha recibieron los saludos de sus dos hijos. Los niños salieron corriendo de la casa para acabar en los brazos de Gordon y Samantha, quienes los abrazaron con fuerza. Gordon abrazó a su hija pequeña y le dio un beso. Ella sabía que algo iba mal y le dijo: «Te he echado de menos, papi. ¡Te quiero!». Estas palabras llenaron a Gordon de una intensa emoción. Hunter había oído a Haley y repitió lo mismo a Samantha. Gordon le echó una mirada y Samantha se la devolvió. Ambos sonrieron. El amor que se tenían estuvo presente en aquel momento y de una forma mucho más poderosa que ninguna otra.

Gordon tenía que irse ya. Samantha le cogió las manos y lo miró: «Gordon,

te amo. Lo tengo todo bajo control aquí. Ve y encárgate de esto por nosotros».

Él le lanzó una sonrisa y dijo: «Lo haré, cariño. Estaré bien».

Gordon llegó a la sede de la comunidad algunos minutos antes de la hora fijada para la reunión de la junta de emergencias. La habitación en la que él sería interrogado también se utilizaba para hacer inventario de los artículos que sus equipos traían diariamente. Las paredes estaban plagadas de hileras de cajas de comida, agua, suministros y otros productos. En el centro de la habitación había dos mesas grandes que se habían limpiado y despejado, y también se habían puesto sillas; había una única silla frente a las dos mesas, Gordon supuso que era para él. Sonrió para sus adentros y luego habló en voz alta: «Vaya broma».

—¿Qué broma? —dijo alguien a sus espaldas.

Gordon se giró y vio a Eric.

—Eh —dijo Gordon extendiéndole la mano.

Eric se la estrechó y dijo: «Hola Gordon».

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Gordon con curiosidad.

—Me enteré de esta reunión y quería venir a apoyarte.

Gordon se sorprendió y dijo: «Gracias. Te lo agradezco».

Gordon no había podido hablar sobre el nuevo puesto de Eric en las fuerzas de seguridad aquella noche debido a lo que había pasado con Mason. Por suerte, Jerrod se había reunido con él al día siguiente y lo había llevado hasta el hospital donde había muerto Mason. Aunque Gordon no había tenido éxito a la hora de conseguir a tiempo el inhalador para Mason, la noche fue muy productiva para la comunidad.

Gordon y Eric mantuvieron una conversación muy relajada antes de que llegaran Mindy, Dan y la junta, quienes se sentaron rápidamente en las mesas. Sin tomar asiento, Dan se apartó hacia un lado de la habitación. Mindy llevaba en las manos un cuaderno y un mazo.

Tras sentarse en el asiento central, Mindy miró a derecha e izquierda esperando a que sus colegas se sentaran antes de centrar su atención en Gordon.

Gordon se quedó de pie junto a la silla que había enfrente de ellos y miró fijamente a Mindy. Al verlos a todos, Gordon se sintió como un provocador.

Mindy cogió el mazo, dio un golpe en la mesa y dijo: «Procedo a iniciar esta reunión de emergencia de la Junta de Rancho Valentino. Tomad asiento, por favor», ella miró directamente a Gordon, quien no se movía; solo la miraba fijamente.

Ella volvió a dar un golpe con el mazo y dijo: «Van Zandt, ¿puedes tomar asiento para que podamos empezar?». Ella dirigió la mirada más allá de Gordon y vio a Eric: «Lo siento, pero es una reunión privada».

Gordon se giró e hizo gestos a Eric para que se fuera.

—¿Estás seguro? —preguntó Eric.

—Estaré bien —se dio la vuelta, miró a la junta y continuó hablando—. No me preocupa nada de esto.

Eric obedeció a Gordon y se marchó. Como no quería perder más tiempo, Gordon fue hasta su silla y se sentó.

—Gracias, Van Zandt —dijo Mindy, quien se quitó las gafas de leer y las puso sobre el cuaderno que tenía delante de ella. Luego cruzó los dedos, se inclinó hacia adelante y preguntó: «Van Zandt, ¿sabes por qué estás aquí?».

Gordon lanzó una sonrisita en voz alta y se sentó derecho en la silla. «Sí, queréis interrogarme sobre la otra noche. Después queréis avergonzarme y ridiculizar mis acciones».

—Van Zandt...

—Llámeme Gordon, lo prefiero.

—Gordon, nadie está aquí para avergonzar ni ridiculizar a nadie. Estamos aquí para investigar el incidente que ocurrió la otra noche que resultó en la muerte de un hombre inocente y desarmado, además de la trágica pérdida de Mason Torrance. El señor Bradford nos ha informado minuciosamente del accidente en cuestión —Mindy terminó de hablar y volvió a ponerse las gafas. Tras abrir el cuaderno, empezó a leer el informe que Dan había dado a la junta. Cuando terminó, cerró el cuaderno y volvió a quitarse las gafas.

—Gordon, todos hemos discutido sobre el informe que hemos recibido del señor Bradford y estamos preocupados.

—¿Preocupados por qué? —dijo Gordon con un cierto rastro de ira en su voz.

—Nos preocupa que quizás no seas capaz de liderar las fuerzas de seguridad; en algunas ocasiones has demostrado tener mal genio y reaccionar

sin la debida diligencia.

—¿Mal genio? ¿Con respecto a qué?

—Como sabe, el señor Bradford es un oficial de policía entrenado y habría abordado la situación de forma muy distinta. Él piensa que era innecesario disparar a ese hombre.

—Bueno, claro, él pensó que... es policía —dijo Gordon con tono sarcástico y miró a Dan, quien estaba de pie al otro lado de la habitación con los brazos cruzados.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Mindy.

—¡Todo esto es una mentira!

—¿Perdón?

—Escucha, todo es mentira. Primero, Dan es un poli que está gordo. Altamente entrenado dice, y una mierda; como la mayoría de los policías, piensan que están haciendo su trabajo cuando hostigan a la buena gente o intentan encontrar una manera de multarla. No eran nada más que unos recaudadores de impuestos glorificados. Probablemente Dan no ha sacado nunca la pistola en toda su carrera y, si lo hizo, fue cuando un viejo de 80 años se enfadó por la multa que le estaba poniendo por exceso de velocidad — Gordon estaba muy triste, se le notaba en la voz.

La expresión del rostro de Dan cambió de la pedantería a la ira tras la diatriba de Gordon.

Mindy golpeó el mazo y dijo: «Van Zandt, deja de atacar al señor Bradford».

—Vale, lo haré, pero no he acabado. Tengo algunas palabras que decirte. No eres más que una mujer sedienta de poder, una zorra ingenua; me estás haciendo perder el tiempo y estás robando a esta comunidad la oportunidad de que cuente con el mayor número de nosotros en el campo de batalla. No te entiendo. Tienes que salir más allá de esas puertas para ver lo que está pasando. Estás protegida tras esas puertas y sigues viviendo con la misma mentalidad que tenías antes de los ataques. Tienes que abrir los ojos y darte cuenta de que debemos trabajar todos juntos para lograrlo. Sigues guardando rencor por el incidente de hace algunos años. Supéralo y déjame volver al trabajo.

Como no le gustó lo que Gordon había dicho, ella lo atacó: «Van Zandt, tus respuestas inmaduras solo demuestran que te falta el carácter necesario para

liderar las fuerzas de seguridad de nuestra comunidad. Creímos que quizás podríamos hacerte ver los errores que has cometido, pero obviamente eres un hombre terco. Hemos votado todos y hemos decidido unánimemente que no serás el jefe de las fuerzas de seguridad y que permanecerás bajo arresto domiciliario por el asesinato del hombre desarmado en el hospital».

—¿Estáis locos? —gritó Gordon.

—Van Zandt, conocemos tu historial. Sabemos que mataste a un iraquí desarmado durante la guerra y parece que es algo típico en ti...

—¡Que te jodan! —gritó Gordon, quien se levantó y le hizo una peineta a Mindy.

Dan dio un paso en la dirección de Gordon, quien se giró hacia él mostrándole el dedo y dijo: «Si te acercas a mí, ¡te reviento!». Luego volvió a centrarse en Mindy. «Estás cometiendo un gran error y no acataré la sentencia de este tribunal irregular».

Mindy volvió a coger el mazo una vez más, pero esta vez lo golpeó: «Orden, orden; Van Zandt, ¡siéntate!».

Dan y Gordon estaban hablando con Mindy a la vez; ella siguió dando golpes con el mazo, pero los dos hombres no la escuchaban y se gritaban el uno al otro.

Inesperadamente, la puerta de la habitación se abrió y penetró un haz de luz. Todo el mundo se giró y vio a Jimmy. Al verlo, toda la sala quedó en silencio. Jimmy entró y se puso al lado de Gordon.

Le echó el brazo por encima a Gordon y dijo: «Este hombre es mi amigo y la otra noche hizo lo que tenía que hacer por mí y por Mason. Hemos oído lo que está pasando aquí, así que hemos venido todos a protestar y parar esta injusticia».

—Torrance, siento mucho tu pérdida. ¿No crees que deberías estar en casa con tu esposa ahora? —preguntó Mindy.

En ese momento, Simone entró junto con Samantha, Melissa, Eric y otras dos docenas de vecinos. En poco tiempo, Gordon estaba escoltado a sus dos lados por docenas de vecinos que lo apoyaban.

—Gordon es mi amigo y un elemento de confianza de esta comunidad. Sin su liderazgo, quizás no estuviéramos en las condiciones en las que estamos ahora. Yo he estado fuera de esas puertas, Mindy. El mundo ha cambiado, no estamos hablando del mundo que aún crees que existe. Lo que Gordon hizo la

otra noche, y todo lo que hizo antes, lo hizo para protegernos —dijo Eric elocuentemente, quien se puso al otro lado de Gordon.

—Agradezco que hayáis venido todos, pero esta es una reunión a puerta cerrada y vosotros no contáis con toda la información —dijo Mindy en un débil intento por responder.

—¡Esta es nuestra comunidad, no solo la tuya! ¡Tú ya no decides por nosotros! Hay más gente fuera, hemos reunido a muchas otras personas de la comunidad y todas apoyan a Gordon, así que quizás a los que hay que despedir de su puesto de trabajo es a ¡vosotros! —exclamó Simone con los ojos hinchados por las lágrimas.

Mindy permaneció sentada, conmocionada como los otros cuatro miembros de la junta. Confusos y con incredulidad, todos se miraron entre sí buscando una reacción apropiada.

Alguien gritó desde fuera de la habitación: «¡Gordon! ¡Gordon!». De repente, todo un coro de personas comenzó a cantar su nombre.

Gordon se dio la vuelta para mirar a todo el mundo; no sabía que sus vecinos le tenían tanta estima.

Mindy parecía derrotada y, en vez de intentar calmar al grupo, se levantó, cogió su cuaderno y salió corriendo de la habitación por la puerta de atrás. El resto de la junta, incluyendo a Dan, la siguieron al exterior. Gordon se quedó mirando cómo se marchaba Dan. Sabía que pronto tendría que volver a enfrentarse a él. Este combate todavía no había terminado.

16 DE DICIEMBRE DE 2014

«Cuando el mar está en calma cualquiera puede ser timonel».
- Publilio Siro

Montaña Cheyenne, Colorado (EE. UU.)

Griswald salió de su habitación y cerró la puerta; miró de arriba abajo el sobrio pasillo vagamente iluminado. Se había vuelto más cauteloso en sus movimientos y ambientes porque se había estado reuniendo en secreto con quienes creía que apoyaban su oposición frente a los planes del presidente Conner. Tras concluir otra reunión, se sintió satisfecho al ver que su grupo crecía día tras día. Creía que pronto contaría con un apoyo fuerte y suficiente para desafiar abiertamente a Conner. Se sentía cada vez más seguro con cada nueva reunión que mantenía. Uno de los asuntos que más veces salían en sus reuniones era qué hacer con Conner; las intenciones iniciales de Griswald no eran las de destituir a Conner, sino convencerlo de que no contaba ni con el apoyo ni con la voluntad de su personal. No obstante, esa postura estaba tomando tintes de usurpación.

Griswald había estado trabajando sin parar desde los ataques y apenas había dormido. Los informes que llegaban del exterior eran aterradores; el número de muertes en el país crecía con el paso de las horas, había bandas pequeñas y grupos que se estaban aprovechando de la situación y en el Gobierno no había nadie que pudiera hacer algo para arreglarlo. Habían logrado contactar con 34 gobernadores distintos que habían jurado su apoyo al Gobierno de los EE. UU., pero todos sabían que solo se trataba de palabrería. Todos los gobernadores con los que hablaron hicieron las mismas preguntas; querían saber cuándo llegaría el apoyo y en qué medida. Lo único que decían

Griswald y los de su personal era que «pronto».

Aunque el general estaba actuando en segundo plano en contra de Conner, Griswald hizo el trabajo que se le había asignado. No le molestaba la mala voluntad del nuevo presidente; en realidad Conner le caía bien personalmente, pero sentía que no tenía madera de líder.

Griswald entró en la sala de informes del puesto de mando. Todo el mundo lo miró; no había llegado nunca tarde a una sesión informativa programada. Luego se disculpó ante el Presidente y los allí presentes y se sentó. El Vicepresidente continuó con su informe sobre las llamadas que había acabado de mantener con los gobernadores y sobre cómo era la situación en esas capitales estatales. Todos los informes de los gobernadores parecían iguales. Se habían establecido varias zonas de seguridad para la población civil y el Capitolio Estatal estaba en funcionamiento, aunque obviamente con limitaciones debido a la falta de electricidad. Todos los gobernadores habían informado de que sus excedentes de suministros se estaban agotando y que pronto no tendrían nada. Informaron de que la violencia contra la población civil había aumentado drásticamente y que el único consejo que pudieron dar a las personas era que se quedaran en casa. Todos coincidieron en decirle al Vicepresidente que la situación se estaba haciendo «desesperada». Cruz intentó tranquilizarlos a todos, pero no les prometió nada; les dijo a todos ellos que el Presidente y el nuevo Gobierno estaban trabajando mucho con la ayuda del ejército de los EE. UU. y algunos gobiernos extranjeros para mandarles ayuda y suministros lo antes posible.

—Andrew, gracias. Quiero hacerles una pregunta a todos los presentes —dijo Conner tras el informe de Cruz—. ¿A quién reabastecemos primero? Tenemos buques frente a las costas cargados de comida, combustible, medicinas y equipamiento. ¿A dónde deben ir primero?

Las ocho personas que estaban alrededor de la mesa se miraron las unas a las otras. Nadie quería contestar porque la respuesta implicaba que otras personas sufrirían o no serían abastecidas.

Finalmente, Griswald rompió el silencio y dijo: «Sr. Presidente, hagámonos primero una pregunta. ¿Dónde estará la nueva capital de EE. UU.? Así sabremos a dónde debemos enviar los suministros».

Conner asintió con la cabeza en agradecimiento por la pregunta, en la que también estaba pensando. «Es una buena pregunta, general. No he pensado

mucho en la nueva capital. Tiene mucho sentido que edifiquemos la infraestructura gubernamental para tener una base sólida desde la que trabajar. ¿Qué sitio propone, general?».

—Creo que debemos encontrar una ciudad costera, una que tenga un puerto grande. Eso facilitará la conexión y la reconstrucción de la ciudad. Una vez asentados, podremos intentar expandirnos desde allí.

—¿Por qué no aquí? —preguntó alguien.

—¿Por qué no aquí? —preguntó también Conner.

Griswald contestó: «Es mucho más fácil conseguir los reabastecimientos y los nuevos transformadores por barco que por avión. Debemos ir a una ciudad con puerto en el que puedan operar buques transportadores grandes.

—Eso tiene muchísimo sentido, general —dijo Conner mientras tomaba algunas notas.

—Tenemos otro problema en el que no había pensado hasta anoche de madrugada —dijo Griswald, quien se inclinó hacia adelante—. No me puedo creer que nadie haya pensado en esto.

—¿De qué se trata? —preguntó Conner algo preocupado.

—Cuando escojamos nuestra nueva capital debemos asegurarnos de que no esté cerca de ninguna central nuclear.

Se oyeron jadeos de asombro en la habitación; nadie necesitaba mayores explicaciones, sabían exactamente de lo que estaba hablando Griswald.

Conner se inclinó hacia adelante y puso la cabeza entre sus manos. También él sabía de lo que estaba hablando Griswald. «¿Cómo no hemos pensado en esto antes? Como si necesitáramos más problemas».

—¿Cuántos lugares tenemos en los EE. UU.? —preguntó Houston, quien estaba sentado junto al presidente.

—No lo sé, ¿lo sabe alguien? —contestó Griswald.

Todo el mundo dijo que no con la cabeza. Griswald se giró hacia su ayudante y le dio una orden: «Ve a averiguarlo, debemos tener esa información en alguna parte». El ayudante de Griswald no lo dudó y salió de la habitación con urgencia.

—Parece que nos estamos precipitando con la ubicación de la nueva capital. Por favor, alerta al gobernador y a nuestras fuerzas de esta nueva amenaza. Tendremos que ver lo que podemos hacer para evacuar todos esos

reactores —dijo Conner claramente disgustado por esta nueva revelación.

—Señor, permíname por mencionar esto, pero, ¿qué podemos hacer realmente? ¿Qué ayuda podemos prestar y cómo podemos evacuar al pueblo exactamente? —preguntó Houston.

—General, tenemos que hacer algo; no podemos quedarnos con los brazos cruzados sin hacer nada. Informemos a los gobernadores y luego ya veremos —dijo Conner.

—No me puedo creer que esto se nos haya pasado por alto a todos —declaró Griswald.

—Sr. Presidente, no creo que nos estemos precipitando al preguntarnos cómo distribuiremos los recursos, seamos realistas en este sentido. Este país es enorme y, con los recursos limitados con los que contamos, no podemos llegar a todo el mundo; tendremos que concentrarnos en un área pequeña desde donde trabajar. Tenemos que poner toda nuestra concentración, energía y todos nuestros recursos en una ciudad y trabajar desde allí. En esencia, lo que estoy diciendo es que tenemos que abandonar algunas partes de este país y esperar hasta que podamos volver a ellas más adelante —dijo Houston.

Conner se quedó sentado pensando en los comentarios de Houston; sabía que, en cierto modo, el general tenía razón. La tarea que tenían por delante era abrumadora y, si tomaban todo lo que tenían y lo difundían por el país, nunca resolverían el problema. Tenían que encargarse de una ciudad y trabajar desde allí, pero... ¿qué ciudad?

—General, le entiendo; discutamos este asunto cuando tengamos la información que necesitamos.

Todos en la habitación se mostraron de acuerdo y Conner siguió adelante con la reunión.

—General Griswald, ya que nunca hemos recibido noticias de Barone, tenemos que asumir que no se aparta de la senda de la traición. ¿Qué hemos hecho al respecto? —preguntó Conner.

—Hemos alertado a nuestras fuerzas en Hawái para interceptarlos; también hemos contactado con el comandante del buque USS Topeka, un submarino de ataque que opera en el Pacífico Occidental.

—¿Solo con un submarino? —preguntó sorprendido Conner.

—Estaba equivocado cuando dije que teníamos tres a nuestra disposición. Ahora esto es todo lo que tenemos.

—Vale, estupendo. Perdón, no pretendo ponerlo en duda. Solo quiero que el coronel pare y quiero asegurarme de que lo hace —dijo Conner a Griswald pidiéndole perdón. Luego continuó con sus ideas. «Tengo que admitir que después de cada reunión, me pongo muy triste y me siento inútil», dijo Conner al levantarse. Este empezó a andar por la habitación y dijo: «No podemos hacer mucho más que hablar. No tenemos mucha comida para ir de aquí para allá; no tenemos ni el equipo ni las piezas para restaurar nuestras redes. Ahora nos enfrentamos a catástrofes nucleares a una escala apocalíptica. Hemos perdido toda nuestra infraestructura y no podemos hacer mucho, solo quedarnos aquí sentados, hablar y esperar. No puedo soportar esta sensación. No hemos respondido a nuestros enemigos; lo único que hacemos es hablar. Nos quedamos de brazos cruzados, seguros y con comida suficiente para años, mientras que, en este mismo instante, nuestros conciudadanos luchan por sobrevivir. Muchos morirán de hambre, sufrirán secuestros y asesinatos», todos en la sala se quedaron mirándolo mientras caminaba por la habitación. Cuanto más hablaba, más se entristecía. «¿Cuántos más morirán antes de que dejemos de hablar y hagamos algo? La última pregunta que tengo para todos vosotros es esta: ¿sobrevivirá a esto nuestro país?».

Buque USS Makin Island en la costa meridional de las islas Filipinas

—Conseguimos pasar por el estrecho de Malaca y Singapur sin problemas. Ahora estamos a punto de entrar en el Pacífico Occidental, y no sé qué esperar de aquí en adelante —dijo Barone tras dar un sorbo de café.

Él y su hijo Billy se habían estado reuniendo casi diariamente. Barone disfrutaba de la compañía de su hijo y se sentía bendecido porque podían estar juntos durante este periodo.

—Estoy seguro de que estaremos bien. No me puedo imaginar que el Presidente nos ataque —dijo Billy al dar un bocado a una tostada.

—Yo no estaría tan seguro, hijo. Siempre fue una persona con mucha labia mientras estuvo en Washington. Quién sabe, quizás sea algo más que un cobarde.

—Eso espero —dijo Billy entre risas.

—Si todo sale bien, para Nochevieja estaremos con tu madre y tus hermanas.

—Me encantaría, espero que estén bien.

—Oh, estoy seguro de que están bien, esa mujer puede con todo; tu madre es una mujer muy lista y estoy seguro de que cuida de Megan —dijo Barone confiando abiertamente en la seguridad de su mujer y sus hijas, aunque por dentro estaba profundamente preocupado.

Barone se quedó mirando a su hijo mientras comía. Billy le recordaba a su esposa, Mary; se parecía mucho a ella, tenía su mismo entusiasmo y su firme voluntad. Al mirar a Billy, deseó para sus adentros haber estado más tiempo en casa mientras él se hacía mayor. Barone anhelaba los días en los que Billy era pequeño. En realidad, nunca había tenido conversaciones tan profundamente íntimas y privadas con Billy ni Megan, y se preguntó si estaban enfadados por haber perdido tanto tiempo. Barone se preguntó si Billy estaba enfadado por no haber ido nunca a sus partidos de béisbol o por no haber estado con él en esos momentos para consolarlo cuando tenía pesadillas de pequeño. Barone había invertido la mayor parte de su vida adulta en el Cuerpo de Marines y en su país, un tiempo que había invertido ¿para qué? ¿Por qué había tomado una decisión que podría ser fatal en caso de estar equivocado? Finalmente, Barone se admitió a sí mismo que su país había desaparecido y que el Cuerpo de Marines que conocía también había muerto.

—Hijo, ¿qué dicen los marines con los que estás?

—Papá, todo el mundo está contigo, están ansiosos. Todos queremos llegar a casa lo antes posible —dijo Billy al levantar la cabeza de su plato.

Las palabras de Billy lo reconfortaron. Barone sabía que su hijo era inteligente y que estaba al tanto de lo que estaba pasando en el barco.

Los dos terminaron su conversación cuando sonó la alarma del Cuartel General. Barone y Billy se miraron mutuamente sin decir ni una palabra. Barone se puso de pie y salió corriendo de la cantina. Los pasillos estaban llenos de actividad porque los hombres iban de aquí para allá hasta sus lugares de destino asignados.

Subió hasta el último rellano de la escalera y entró en el puente de mando. Dentro encontró un hervidero de actividad. El operador de radio estaba contando los demás barcos que había en la flotilla.

—¿Por qué ha sonado la alarma del Cuartel General? —preguntó Barone.

—Coronel, tenemos un submarino en el sónar —contestó un joven oficial de la Marina.

—¿Dónde está? —preguntó Barone.

—El submarino está aproximadamente...

—¡Lo veo, señor! —gritó un marine en el puente de mando que estaba mirando por unos prismáticos.

—¿Dónde? —preguntó Barone, quien se apresuró a ponerse junto al marine con los prismáticos.

—¡Aproximadamente a unos 3.000 metros a estribor, señor! —dijo el marine señalando hacia donde había visto el submarino flotando en la superficie del agua.

Barone cogió los prismáticos, los enfocó y vio el submarino.

—¡Emplea todos los canales y saluda al submarino! —ordenó Barone.

Pasaron algunos instantes en los que el contramaestre de comunicaciones intentó contactar con el submarino. Los buques seguían acercándose cada vez más. Barone había ordenado que los buques no atacaran el submarino, pero que estuvieran alerta por si el submarino tomaba acciones agresivas. Cuando el GAIR se acercó, vieron que la escotilla superior del submarino estaba abierta; salieron dos hombres y se pusieron en el aspa. Barone asistió a lo que estaba ocurriendo sin apartar la mirada y lleno de curiosidad. No estaba seguro de la bandera que llevaba el submarino ni de por qué este estaba en la superficie del agua.

—¿Alguna noticia? —le preguntó al contramaestre de comunicaciones.

—Nada, señor.

Los dos hombres en el aspa comenzaron a saludar.

—¿A qué distancia del submarino podemos poner el Makin Island?

—Señor, podemos acercarnos, pero recomiendo no hacerlo —dijo el primer oficial en el puente de mando.

—Di al resto del GAIR que se aleje de nuestra posición y que disminuyan la velocidad, ¿nos podemos poner junto al submarino para ver qué está pasando?

—Sí, señor —dijo el primer oficial.

El USS Makin Island se paró junto al lado del puerto del submarino flotante. Cuando estaban a una distancia de unos doscientos metros, el submarino arrió la bandera. Los hombres que estaban en el puente de mando del Makin Island se llenaron de miedos y de aprehensión cuando vieron que

era una bandera estadounidense.

Barone no era el único que tenía miedo. Si el submarino hubiese querido hacerles daño, no hubiese salido a la superficie. Él se quedó junto a la barandilla con un megáfono en las manos para comunicarse con los hombres que estaban en la barandilla del submarino.

—Soy el Tte. Coronel del USS Makin Island y Comandante del 2.º Batallón del 4.º Regimiento de Marines. ¿Necesitan ayuda? —dijo Barone con la voz amplificada por el megáfono.

Uno de los hombres en el buque miró al otro y dijo algo que nadie pudo oír. Luego se fue y volvió a entrar en el submarino. El otro hombre levantó la mano para seguir gesticulando.

—¿Qué intenta decir? —preguntó en voz alta el primer oficial, el cual estaba de pie junto a Barone.

—Creo que quieren que nos esperemos un momento —respondió Barone.

Tras unos instantes, el hombre que se había ido volvió a aparecer y le dio al otro un megáfono.

El primer hombre cogió el megáfono y dijo: «Coronel Barone, ¿cómo se llamaba aquella rubia de Fremantle allá por 1999?».

—¿Qué? —preguntó en voz alta el primer oficial, quien dejó los prismáticos y miró a Barone.

Barone estaba sorprendido por la pregunta; siguió mirando a través de sus prismáticos para ver si conocía al que le había hecho la pregunta.

—¿Quién eres? —preguntó Barone.

—Quizás esto ayude —dijo el hombre antes de continuar hablando—. ¿Media pinta por media pinta?

A Barone se le iluminaron los ojos; sabía quién era.

—¡Capitán White! ¿Qué diablos estás haciendo en el agua? —preguntó Barone.

—Te estamos esperando.

Barone se sorprendió al escucharlo, miró a su alrededor y vio que los demás también estaban desconcertados.

—Vente aquí deprisa —dijo Barone.

El Capitán White le hizo una señal con el pulgar.

—Señor, ¿quién es ese? —preguntó el primer oficial.

—¿Cómo que quién es, teniente? Es el Capitán David White del buque USS Topeka y un viejo amigo mío. Retrocedamos. Ahora trae al capitán aquí sin demora —dijo Barone al primer oficial.

Barone le sirvió a White otra copa y se sentó. Miró a su viejo amigo, a quien no había visto en cinco años. Los años no habían tratado bien a David; su pelo moreno se había transformado en un tupido cabello cano, tenía los ojos hundidos y la piel llena de manchas. Ahora sus ojos reflejaban una tristeza que no mostraban antes. Barone no sabía cuántos años habían pasado desde la última vez que pasaron tiempo juntos. Con qué facilidad se pasaba de amigos a compañeros de trabajo. ¿Cómo se puede pasar todo el día con alguien, despedirte un día y pasarte cinco años sin ver a esa persona?

—Gracias por todo el whiskey —dijo White antes de dar otro sorbo.

—De nada, viejo amigo.

—Hablemos del problemilla que tenemos.

—¿Problemilla? Me parece que es más bien un problemón —bromeó Barone.

White tomó otro sorbo y dejó el vaso sobre la mesa. Luego habló y dijo: «Hace algunos días recibimos un mensaje del Secretario de Defensa en el que se nos decía que teníamos que patrullar las aguas por aquí para buscar a un coronel canalla y a su banda de marines rebeldes», bromeó White antes de continuar. «Recibimos la orden de localizarlos y destruir los buques, sin tomar prisioneros, sin negociar; solo hundir los buques».

—Supongo que el Presidente no bromeaba cuando dijo que quería pararme los pies.

—Te conozco desde hace mucho tiempo; tuvimos el placer de trabajar juntos hace años en esta zona del Pacífico Occidental. Eres un marine entusiasta. Conozco a tu esposa y a tus hijos. Eres un buen hombre —White hizo una pausa para ordenar sus pensamientos antes de seguir—. Cuando me dijeron que eras tú, supe que no harías nada de esto sin tener una razón jodidamente buena; yo no podía destruir estos buques y matarte a ti y a estos marines y marineros sin que me dijeras qué está pasando.

—Primero, quiero darte las gracias por no haber hundido mis buques. Segundo, lo que estoy haciendo es llevar a mis marines y a estos marineros de vuelta a casa con sus familias. Nuestras órdenes iniciales eran volver y ayudar

a los demás en las labores de reconstrucción en la zona este. Según la información que hemos recibido, parece como si toda la red eléctrica estuviera destruida en el país. Esto deja a nuestras familias en una posición vulnerable. No me iba a quedar con la conciencia tranquila si llevaba a estos hombres a la costa opuesta a donde están sus familias para ayudar a desenterrar cadáveres. Lo que ha ocurrido en nuestro país es una catástrofe y quizás no nos recuperemos por completo en años. Si no volvemos pronto a California y ayudamos a nuestras familias allí, quizás nos quedemos sin hogar y sin familia a la que regresar.

White asintió con la cabeza y miró a Barone.

—He pensado mucho en esto y nuestro país ha desaparecido; fue destruido en cuestión de segundos. Tú ya conoces estos casos: sin comida, agua, medicina, ley ni orden cualquier ciudad se destruye a sí misma en cuestión de semanas. Quizás no podamos ayudar a nadie cuando volvamos a casa, pero protegeremos a nuestras familias y podremos empezar a reconstruir el país con lo que tenemos. David, hay una probabilidad del 99 % de que nuestro país no vuelva a ser el mismo en un año o, qué demonios, podría ser incluso menos. Tal y como yo lo veo, no estoy cometiendo ningún acto de traición o amotinamiento cuando no hay ningún país contra el que amotinarse —dijo Barone antes de terminar su copa.

—Bueno, he tenido un par de días para reflexionar sobre qué demonios estás haciendo y sabía que no lo estarías haciendo por insensatez. Supe que tendrías un plan y una razón jodidamente buena —White estiró el brazo para coger la botella y se sirvió otra copa; tomó un sorbo y exclamó en voz alta—. Como sabes, el puerto base del Topeka es San Diego, y también tenemos familia allí. Coronel Barone, ¿nos podemos unir a tu pandilla de astutos amotinados?—. White levantó su vaso y brindó.

Barone estaba sorprendido y deleitado; levantó su vaso y brindó con el vaso de White. Luego dijo: «Capitán White, tú y tus hombres sois más que bienvenidos».

—Gracias, Tony. Ahora déjame que te diga que has tenido mucha suerte de que te hayamos encontrado primero.

Ese comentario suscitó el interés de Barone, quien se inclinó hacia adelante y preguntó: «¿Qué sabes?».

—Sé que tienen a varios destructores buscándote. También tienen en alerta

a Hawái y un plan para emplear medios aéreos terrestres e incluso misiles para detenerte.

—Supongo que es mejor que no me acerque a Hawái entonces. ¿Hay alguna forma de que sepas cuál es la ubicación de los destructores comunicándote con ellos hasta que estemos en una zona segura?

—Ese es exactamente mi plan —respondió White con una sonrisa.

—Brindemos otra vez, amigo mío —dijo Barone levantando su vaso.

San Diego, CA (EE. UU.)

Gordon y su equipo acababan de regresar del exterior. Cada día traían una carga menor y más noticias sobre la destrucción y el colapso de la ciudad. Cada día iban más lejos y se adentraban en zonas en las que no habían estado nunca antes; encontraban pocos suministros, pero mucha muerte. Se topaban constantemente con bandas de personas hambrientas que pedían comida. Gordon era comprensivo, pero no iba a ceder y ordenó a sus hombres que no ayudasen a nadie a menos que demostrara que podía ser útil para la comunidad. Los recursos eran escasos y metiendo a más gente en la comunidad se estarían robando a sí mismos. Era duro mirar los rostros demacrados de aquellos niños y mujeres hambrientos y deshidratados, pero se acordaba de sus propios hijos y de la responsabilidad que tenía con ellos. Los equipos de Gordon también empezaron a encontrarse con más ejecuciones y pintadas en las que podía leerse «*Villista*». En esos momentos, sabía que había un grupo organizado operando y que era letal. Algunos días atrás habían realizado otro hallazgo sorprendente: en el sur se habían hecho comunes las cortinas de humo en el cielo. Nadie sabía la razón, pero alguien estaba incendiando edificios.

Los suministros de comida, cada vez más escasos, estaban empezando a crear tensiones dentro de la comunidad. Había algunas personas en la comunidad que no tenían suficiente comida en las despensas y, debido a la limitación de unas raciones de por sí insuficientes, tenían que irse a la cama sin saciar su hambre. Las fuerzas de seguridad de Gordon habían tenido que mediar en tres altercados entre los vecinos por las raciones de alimentos. Él sabía que la cosa se pondría peor a menos que encontrasen más reservas de comida. Se habían plantado los jardines, pero durante un tiempo no producirían mucha comida. También había organizado grupos de cacería para

ayudar a conseguir más comida, pero tras algunas jornadas de caza solo trajeron un par de coyotes que la mayoría de los vecinos se negaron a comer.

Gordon había empezado a notar el deterioro físico en la comunidad, los pastos habían empezado a secarse y muchas de las flores que antes lucían espléndidas habían empezado a marchitarse. Poco a poco, los coches abandonados empezaban a llenarse de polvo y arena. El olor de las heces se estaba haciendo más intenso porque la gente no eliminaba sus excrementos en los patios traseros. El único dato optimista tras 12 días del ataque era que solo había muerto una persona.

Diecisiete familias habían renunciado a la seguridad dentro de aquellas puertas para probar suerte en el exterior. Gordon no intentaba nunca convencer a nadie que decidiera irse; sabía que era una elección. Los avisó de los peligros del exterior, pero nunca se esforzaba mucho en conseguir que se quedasen. Gordon también empezaba a pensar con más frecuencia en la idea de marcharse. No sabía cuánto tiempo más podrían mantener lo que tenían. Si las cargas que traían seguían reduciéndose, se quedarían sin comida. Sin embargo, antes de que eso pasara la comunidad pasaría probablemente a la acción.

Desde que tuvo que someterse al «juicio» de Mindy, Gordon empezó a trabajar en un plan alternativo. Seguía pensando en su lugar en Idaho. Su cabaña de montaña estaba ubicada en el pueblo de McCall, rodeado por decenas de miles de hectáreas de terreno público. Era una zona de pinares vírgenes donde abundaba la vida silvestre. Gordon había hablado de esta idea con Samantha, quien lo apoyaba en todo lo que fuera mejor según él. Gracias a su rápida respuesta justo después de los ataques, Gordon había podido almacenar comida suficiente para que su familia sobreviviera durante meses. El combustible no era ningún problema, ahora él tenía un vehículo propio y suministros médicos suficientes. El viaje hasta Idaho sería duro, pero si conseguía que fuera con él una caravana de automóviles, podrían lograrlo; sin embargo, aún tenía que discutir sus planes con Nelson y Jimmy.

Gordon llevaba varios días sin ver a Jimmy y estaba preocupado por él. Pensaba en él y en Simone muy a menudo y esperaba que estuviesen bien. Gordon también pensaba mucho en su hermano; tenía curiosidad por conocer el alcance de los ataques. Cada vez que alguien llamaba a su puerta o que lo llamaban para que fuera a alguna de las puertas exteriores porque se había

acercado algún extraño pidiendo ayuda, miraba al cielo con la esperanza de que fuese Sebastian. También se le cruzaba por la cabeza la idea de que no volvería a verlo nunca más. No volvería a ver más a mucha gente. Eran muchas las personas que formaron parte de su vida en el pasado; la muchacha que era dependienta en la tienda de alimentos o la profesora de baile de su hija, ¿dónde estaban ahora? Sus clientes con los que charlaba con regularidad por teléfono, ¿cómo se las estaban apañando? Samantha tenía amigas repartidas por todo el país, su situación era desconocida y lo más probable era que siguiese así. Ella había estado relativamente tranquila por sus padres; Gordon asumió que ella sabía que no podían hacer mucho por ellos. La zona del medio oeste de EE. UU. podría estar al otro lado del mundo. Muchas cosas habían cambiado en un abrir y cerrar de ojos, a veces era abrumador.

En los últimos días Gordon había estado formando equipo con Max, pero pronto se cansó de su fanfarronería y su arrogancia, así como de sus charlas interminables, en especial las que trataban sobre él y sobre las muchas mujeres con las que solía acostarse. Max se quejó de que los ataques «*habían jodido su juego*». Gordon echaba de menos a Jimmy y estaba deseando que regresara a los equipos.

Tras esa jornada de cacería, Max había soltado a Gordon en su acera. Gordon estaba contento por haberse librado de él y por volver a ver a su familia. La echaba mucho de menos cada vez que salía. Justo antes de llegar a la puerta principal de su casa, una voz que le era familiar y que, al mismo tiempo, detestaba, lo llamó desde una distancia de algunos metros.

—¿Gordon?

Gordon se detuvo; miró al suelo, agitó la cabeza y se dio media vuelta.

—¿Qué? —contestó Gordon claramente descontento.

—Soy consciente de que probablemente yo sea la última persona con la que quieres hablar ahora mismo, pero quiero decirte un par de cosas —dijo Dan, quien se fue aproximando lentamente hacia Gordon.

—Tienes razón, Dan: eres la última persona a la que quiero ver.

—¿Tienes un par de minutos? —preguntó Dan con timidez.

—En realidad no, pero dime —dijo Gordon mirándose el reloj.

—Lo que pasó hace algunos días... —Dan hizo una pausa—. Como ves, no soy como tú; vi lo que pasó en el hospital y me asusté. Ahora soy consciente de que vivimos en un mundo nuevo que requiere nuevas tácticas y

un nuevo código ético.

Gordon miró a Dan y asintió con la cabeza. Luego hizo un comentario sobre el rostro de Dan.

—¿Qué te ha pasado?

Dan se tocó la cara y respondió: «Un altercado en el exterior. Nos topamos con una banda pequeña». Dan tenía un ojo morado y moratones por el labio y la mejilla.

—¿Cómo es que no me he enterado hasta ahora?

—No fue nada, la típica tontería. Tim y yo nos ocupamos de ellos.

—¿Tim está bien?

Dan hizo una pausa antes de contestar y dijo: «Sí, estupendamente».

—Vale, sigue; ¿en qué puedo ayudarte?

—Quería pedirte perdón y ver si podríamos empezar de nuevo. Tenemos que trabajar juntos —dijo Dan extendiéndole la mano.

Gordon se quedó mirando a Dan y luego a su mano extendida. Hizo una pausa por un instante y luego agarró a Dan por la mano y se la estrechó a regañadientes.

—¿Eso es todo? —preguntó Gordon.

—No, no es todo. Quería hablar contigo de algo que hemos encontrado hoy en el campo.

—Adelante —dijo Gordon con impaciencia.

—Íbamos por el sur cerca del Bulevar Mira Mesa y nos topamos con lo que creo que es un grupo que se hace llamar los Villistas.

La curiosidad de Gordon se disparó en cuanto oyó el nombre.

—Vi por casualidad cuatro vehículos entrando en una tienda de *Lowes*. Me pareció extraño cuando vi toda la alambrada de púas alrededor de la tienda. Nos escondimos y estuvimos vigilándolos durante aproximadamente una hora.

Gordon lo escuchaba atentamente.

—Estaban entrando y saliendo con un montón de vehículos. Oímos gritos y disparos en el interior de la tienda un par de veces. Creo que están almacenando allí una gran cantidad de suministros.

—¿Cuántos hombres visteis? —preguntó Gordon.

—En total, contamos hasta 24 vehículos distintos que entraron y salieron durante la hora que estuvimos vigilando; dentro de cada vehículo iban dos

hombres y todo el perímetro del lugar está custodiado por unos siete guardas.

Gordon estaba pensando, pero sus pensamientos se toparon muy pronto con la realidad; se dio cuenta de que no contaba con los medios suficientes para perpetrar un ataque satisfactorio y hacerse con aquellos preciados suministros de comida.

—Gordon, si planeamos un asalto creo que podríamos rellenar nuestras provisiones, lo que nos ayudaría muchísimo —dijo Dan al terminar de hablar. Estaba muy emocionado por lo que había visto y creía que era algo muy importante.

—Dan, todo esto es muy interesante, déjame que lo consulte con la almohada; podemos reunirnos por la mañana.

Dan parecía algo triste; le hubiera gustado que Gordon mostrara más emoción y quería que le hiciera un reconocimiento personal por esta información.

—Vale, terminaremos la conversación por la mañana —dijo Dan, quien se dio media vuelta y se fue.

Gordon se quedó mirando cómo se iba; no sabía qué pensar sobre la disculpa de Dan, pero la información sobre los Villistas era algo muy bueno para ellos. Gordon estaba cansado y pensaría en ello más tarde. El único alivio que tenía fuera de aquella locura era su llegada a casa por la noche. La puerta no se cerró sin antes recibir los saludos entre risas y chillidos de Hunter y Haley. Su inocencia y ternura era un santuario frente a los horrores que habitaban al otro lado de las puertas.

18 DE DICIEMBRE DE 2014

«Una buena decisión se basa en conocimiento y no en números».
- Platón

San Diego, CA (EE. UU.)

Lo despertaron los golpes en la puerta principal. Quienquiera que estuviese al otro lado necesitaba de su atención urgentemente. Gordon bajó corriendo las escaleras tan pronto como se lo permitieron sus pies. Quitó el cerrojo y abrió la puerta; delante estaba Max sudando y respirando con dificultad.

—¿Qué pasa? —preguntó Gordon preocupado.

—Algunas personas han intentado entrar en la sede del vecindario y robar comida —dijo Max.

—¿Las habéis cogido? —preguntó Gordon mientras se ponía las botas en el recibidor.

Aun sin poder respirar, Max contestó: «Sí, las hemos cogido».

Gordon se puso de pie, cogió su chaqueta, la pistolera de hombro y salió fuera.

—¿Estás bien? —preguntó Gordon al mirar a Max, quien estaba apoyado sobre la fachada de la casa.

—Sí, estaré bien.

Gordon miró a Max y pensó para sus adentros que seguía estando regordete. Aunque se estaba racionando la comida, parecía que Max no perdía peso. Gordon abandonó sus pensamientos.

—¿Estás listo? ¡Vamos! —dijo Gordon.

—Gordon, no es eso.

—¿Qué quieres decir?

Cuando Gordon llegó al final de la calle vio las llamas. La sede del vecindario estaba alumbrada por llamas de unos seis metros de altura. Había un grupo de unas 12 personas que se habían congregado y que estaban llevando cubos de agua para sofocar las ardientes llamas que salían de la sede.

Eric fue hasta Gordon y preguntó: «¿Qué demonios?».

Gordon se quedó mirando fijamente la sede.

—¿Qué ha ocurrido? —volvió a preguntar Eric.

—Algunos gilipollas entraron en la sede para robar comida, cuando les hicimos frente se produjo una pelea y, de alguna manera, se giró una linterna; el lugar se incendió en un instante.

—Dios mío —jadeó Eric.

Las llamas iluminaban el cielo con un brillo anaranjado. Empezaron a aparecer más personas, muchas de las cuales se quedaron mirando horrorizadas por las raciones de comida que se estaban quemando.

Gordon vio a uno de sus centinelas hablando con algunas personas que estaban sentadas en el suelo; al momento supo que debían ser las personas que habían intentado entrar a robar.

Se dirigió hacia los sospechosos con paso firme y un propósito específico. Cuando llegó a donde estaba el primero, un hombre de edad media, Gordon lo cogió por el cuello y lo estampó contra el suelo; luego lo empujó contra un árbol y empezó a estrangularlo.

—¿Qué cojones estabas pensando? ¿Quién te crees que eres? —gritaba Gordon al hombre, quien no podía defenderse porque tenía las manos atadas por detrás de la espalda.

El hombre hacía gárgaras intentando hablar. Gordon empujó el cuerpo del hombre contra un árbol con más fuerza; estaba rabioso. Se agachó para coger su pistola, pero se detuvo cuando Eric apareció por detrás de él.

—Gordon, ¡ya basta!

La voz de Eric sacó a Gordon de su rabieta y este soltó al hombre, quien cayó al suelo sin parar de toser.

—¿Quién estaba en el puesto esta noche?

—Ese de allí —dijo Max señalando a un muchacho de unos 20 años que estaba algunos metros más allá.

—Gordon, lo siento, pero...

—¿Qué pasó? ¿Dónde estabas? —le gritó Gordon.

—No me sentía bien, tenía diarrea o algo así y fui a casa para ir al baño. Creí que no pasaría nada durante 10 minutos o así... —dijo el muchacho nervioso y avergonzado.

—Lo que tú digas —dijo Gordon mirando hacia otro sitio con indignación. Luego centró su atención en los otros cuatro detenidos. No reconoció a ninguno de ellos. Aunque llevaba años viviendo en la comunidad y aunque había entablado un contacto más directo con sus vecinos después de los ataques, Gordon seguía sin conocerlos a todos.

—Entonces, ¿qué pasa? —les preguntó.

Un hombre de unos 55 años con pelo cano le respondió: «Tenemos hambre, nos hemos quedado sin comida y las raciones que tenemos todos los días no son suficientes».

—No hay comida suficiente en absoluto —dijo la mujer que estaba a su lado.

—Nos estamos muriendo de hambre, Gordon, necesitamos más comida —recalcó otra mujer.

—Comprendo que las raciones de comida son más pequeñas que antes, pero no podéis entrar...

—Tengo dos hijos y tienen hambre, ¿qué les digo? —preguntó rápidamente una cuarta persona, un hombre, que interrumpió a Gordon.

—Mirad, os entiendo; pero esta es la comida de todos, no solo la vuestra —respondió Gordon con énfasis.

—¿Cuándo vamos a conseguir más comida? —preguntó el primer hombre.

—¡Necesitamos más comida! —dijo la mujer que estaba junto al hombre con voz emocionada, y comenzó a llorar.

Gordon sabía que era inútil seguir con este tira y afloja. No sabía qué hacer con ellos, pero ahora sabía que no podía confiar en ellos.

—¡Mirad lo que habéis hecho! —exclamó Gordon señalando hacia lo que quedaba de la sede. Gordon sabía que era una pérdida de tiempo intentar

apagar el fuego; se había perdido todo.

—Lo sentimos mucho, no teníamos la intención de provocar esto —dijo el hombre de edad avanzada.

—Las intenciones no valen. Ahora nos habéis dejado sin nada, ¡salvo lo que tenéis en vuestras casas! —gritó Gordon al hombre; estaba tan indignado que no podía mirarlos ni un segundo más, así que se dio la vuelta y se acercó a Eric.

—¿Qué vamos a hacer con ellos? —preguntó Eric.

—Ya no pertenecen a esta comunidad; se irán esta misma noche.

Eric asintió con la cabeza.

Al escuchar lo que Gordon había dicho a Eric, el hombre que tenía los dos hijos gritó: «¡No puedes hacernos eso!».

Gordon se dio la vuelta y contestó al hombre: «Las decisiones tienen consecuencias». Luego se giró hacia Eric y dijo: «Hazlo».

Todos los detenidos empezaron a llorar y a rogar que no los echaran de la comunidad.

Gordon ignoró sus peticiones y se fue.

Montaña Cheyenne, Colorado (EE. UU.)

—General, lo que propones se llama traición —dijo Houston con tono preocupado.

—Me gusta el Presidente, pero no creo que matar a millones de personas sin saber exactamente quién nos atacó sea el plan de actuación correcto. Él tiene arrebatos emocionales constantemente y parece que no está en pleno dominio de sus facultades. No creo que tenga la autoridad moral para dirigirnos —dijo Griswald apasionadamente.

—No lo sé —dijo Houston, quien apoyó los brazos sobre las piernas y metió la cabeza entre sus manos.

—La información que nos llega de los australianos no es concluyente. Uno de los terroristas les dijo que fueron entrenados en Irán, pero que no sabían de dónde llegaron los misiles ni las cabezas nucleares.

—¿Por qué no le cuentas al Presidente esa información? Pareces preocupado por que vaya a bombardear a todo el mundo, pero si le dices que

tenemos pruebas de que fue Irán tal y como dices, él solo lanzará su respuesta allí.

—Tienes razón, responderá y matará a millones de iraníes inocentes.

—Pero ellos acaban de matar a millones de estadounidenses y todavía morirán más. No entiendo cuál es el jodido problema —Houston estaba enfadado con Griswald y se sentía frustrado por la conversación que mantenían.

—Exactamente, les lanzará bombas nucleares. ¿Bombardeará solo Teherán o todas las ciudades? ¿Cuándo parará, y cómo de grandes serán las bombas nucleares? Cuando soltemos este tipo de armas, ¿a dónde se dirigirán?

—¿Me estás tomando el pelo? Este tipo de armas ya han sido utilizadas en nuestra contra. ¿Qué problema hay con que pasemos a la acción? —respondió Houston.

—Debe haber otra forma, una que no haga aumentar las presiones ni mate a más personas —Griswald también se sentía frustrado con la conversación; no se arrepentía de haber hablado abiertamente con Houston sobre esto.

—Gris, estoy en desacuerdo contigo al 1.000 %; tenemos la obligación de proteger esta nación o lo que queda de ella. Tenemos trabajo que hacer. Si nuestro Presidente dice que saltemos, nuestra pregunta será desde qué altura.

—Entonces, ¿no estás conmigo en esto?

—Me temo que no. ¿Quién más comparte tu línea de pensamiento?

—Tengo a otros seis que están de acuerdo con que necesitamos más tiempo y considerar otras opciones de venganza, además, han expresado su deseo de destituir a Conner.

—Bueno, no cuentes conmigo. No puedo seguir con esto. Si sabemos que Irán estuvo involucrado en este ataque, tenemos que atacarlos ya, y el hecho de que me estés hablando de desbancar al presidente Conner es una locura —Houston se levantó y finalizó la conversación—. La conversación ha acabado.

—¿A dónde vas? —le preguntó Griswald cuando Houston pasó a su lado en dirección hacia la puerta.

—Gris, tengo que informar al Presidente de esta situación. Eres un buen hombre, pero aquí estás tomando una mala decisión —dijo Houston de pie junto a la puerta.

Griswald se levantó y fue andando hacia Houston.

—Lamento mucho oírte decir eso, pero lo entiendo. Eres un oficial leal y de fiar.

—Perdón, Gris —dijo Houston antes de darse la vuelta; estiró la mano para agarrar el pomo de la puerta, pero Griswald lo detuvo y empezó a estrangularlo.

Houston intentó liberarse de las estranguladoras garras de Griswald, pero la alta estatura y la fuerza de este evitó que lo hiciera. Griswald puso a Houston en el suelo y empezó a apretar los puños con más fuerza; Houston empezó a pegarle patadas y puñetazos, pero su resistencia era inútil. Griswald lo tenía agarrado con firmeza.

—Lo siento mucho, de verdad que lo siento —dijo Griswald suavemente a Houston mientras apretaba aún más las manos.

Houston siguió dando patadas y puñetazos; sus intentos por hacer palanca con los brazos que Griswald tenía alrededor de su cuello fueron infructíferos. La lucha pareció durar una eternidad, pero en realidad el cuerpo de Houston languideció en tan solo 20 segundos. Griswald no aflojó sus manos ni siquiera cuando el cuerpo de Houston quedó sin vida. Quería asegurarse de que lo había matado y que no solo lo había dejado inconsciente, así que lo mantuvo cautivo en su abrazo mortal durante otros 30 segundos más antes de dejarlo caer sobre el frío y duro suelo de hormigón. Griswald le tomó el pulso, pero no se lo encontró. Ahora estaba plenamente comprometido con su plan de parar al Presidente, incluso si tenía que matar para lograrlo.

Buque USS Makin Island, océano Pacífico

—Eh, Tomlinson, ven aquí —gritó Sebastian mientras se acababa la cena al ver a Tomlinson entrar en la cantina.

Tomlinson asintió con la cabeza y se dirigió hacia su mesa.

—Bueno, ¿cómo está esta porquería? —recalcó Tomlinson al dejar su bandeja en la mesa.

—Debes sentirte afortunado de tener algo que llevarte a la boca —le recordó Sebastian.

—No me vengas con otra charla motivacional, ¿vale? —respondió Tomlinson.

—Solo digo que hay muchas personas en nuestro país muriéndose de hambre.

—Bueno, pueden quedarse con esta mierda —dijo él mientras removía la comida de su bandeja con el tenedor.

—Quería hablarte de algo —dijo Sebastian mirando a las otras mesas para ver quién estaba en la cantina o quién podría estar escuchándolos. Puesto que el buque tenía que alimentar al doble de marines de los que alimentaba normalmente, la cantina estaba llena y todos hablaban en voz alta.

Tras fijarse en su comida con cara de asco, Tomlinson respondió: «¿Sobre qué?».

Sebastian se inclinó hacia adelante acercándose más a él y le susurró: «¿Qué piensas de todo esto?».

—¿A qué te refieres? —dijo él al mirar a Sebastian.

—Me refiero a todo este amotinamiento, llevamos ya una semana y, además, el asalto en DG, todo eso. ¿Qué piensas?

—Me parece bien, tiene sentido. Volvamos a Cali a cuidar de todas nuestras familias.

—A mí también me parecía bien hasta lo de Diego García. Quiero decir, ¿qué será lo próximo? ¿Vamos a atacar Hawái? No me siento muy cómodo con todo esto.

—Confío en el coronel, así que tengo su respaldo. De todos modos, ¿por qué lo preguntas?

Sebastian volvió a mirar a su alrededor antes de contestar: «En cuanto pisemos suelo californiano, me voy».

—¿Por qué?

—Simplemente ya no me gusta esto. Si nuestro país ha desaparecido, no quiero formar parte de todo esto —dijo Sebastian gesticulando con los brazos y apuntando a todo a su alrededor.

—Estás completamente chiflado, Cabo Van Zandt. Siempre supe que lo estabas —respondió Tomlinson, quien meneó la cabeza y siguió jugando con la comida.

—Hablo en serio, gilipollas, no es ninguna broma. Te estoy preguntando si quieres venir conmigo.

—No, ni pensarlo, tío, si quieres partir e irte sin autorización oficial, es tu

elección. Mi familia vive en el este y tampoco me caen demasiado bien. El Cuerpo es mi familia, así que no iré contigo. Eh, no tengo hambre, así que me voy —Tomlinson se puso de pie, cogió su bandeja y se fue.

Sebastian se quedó mirando cómo se alejaba. Luego vio que Gunny lo estaba mirando desde una mesa que había al lado de la suya. Gunny lo estaba mirando fijamente; Sebastian lo miró brevemente, hizo un gesto con la cabeza y le apartó la mirada. Luego cogió su bandeja y empezó a caminar hacia la salida cuando le gritó Gunny.

—Cabo Van Zandt, ¿tienes un minuto?

—Ah, sí —contestó Sebastian con nerviosismo.

—Siéntate, cabo —dijo Gunny haciéndole una señal para que se sentara frente a él.

Sebastian se sentó y dijo: «¿Sí, Gunny?».

—¿Estás bien, cabo?

—Sí, Gunny. Estoy perfectamente.

—No parece estarlo. Parecía que tú y tu observador estabais teniendo una disputa amorosa antes —dijo Gunny con la boca llena de comida.

—Ah, no, Gunny, estamos bien, todo está bien.

—Debes estar contento con esta nueva misión. Ahora podrás ir a casa y vigilar a tu hermano mayor —dijo Gunny llevándose a la boca otro tenedor lleno de comida y metiéndosela en la boca.

—Sí, Gunny, volver a California es exactamente lo que yo quería.

Gunny paró de mascar y miró fijamente a Sebastian, quien se esforzó por no apartarle la mirada.

—¿Seguro que estás bien, cabo?

Sebastian hizo una pausa; se preguntaba si podía hablar abiertamente con Gunny sobre sus reservas acerca de lo que había pasado en Diego García y su malestar con respecto a la dirección que podría tomar la nueva misión.

—Gunny, estoy bien. Solo estoy cansado.

Gunny Smith volvió a mirarlo fijamente durante algunos segundos; luego dijo: «Vale, cabo, eso es todo. Vete a la cama y duerme algo».

Sebastian se despidió de él y se levantó. Sus instintos le decían que Gunny sabía que estaba pasando algo. Sebastian se fue rápidamente hacia la salida, rezando por que Gunny no lo volviera a llamar.

San Diego, CA (EE. UU.)

Dan había reunido en el parque central a todos los hombres de los equipos de búsqueda. Estaba emocionado porque Gordon le había hecho caso e iba a actuar al respecto.

Cuando Gordon se puso enfrente de ellos, pensó que los estaba poniendo en peligro todos los días. Esta nueva misión sería diferente; necesitaban un plan, entrenarse y estar preparados. No podía arriesgarse y ponerlos en esta situación sin preparación. No estaba tratando con marines altamente capacitados, sino con abogados, contables, dueños de tiendas, vendedores, agentes inmobiliarios, etc.; muchos de ellos no habían cogido nunca una pistola antes de los ataques y no estaban para nada entrenados para luchar cuerpo a cuerpo.

—La situación es la siguiente: Dan ha localizado lo que parece ser algún tipo de base operativa de los Villistas. Estos han ocupado los almacenes *Lowes* en el Bulevar Mira Mesa y en la Interestatal 15. No contamos con mucha más información al respecto. Sabemos que tienen coches que entran y salen del lugar. Lo más probable es que hayan almacenado comida y otros suministros que necesitamos desesperadamente. Señores, necesitamos que esto salga bien. Después de lo que pasó anoche, no nos queda más remedio que hacerlo.

Gordon centró toda la atención del público. Todos conocían la gravedad de la situación. No solo iban a buscar comida; se trataba de un atraco.

—Sé que esta misión podría resultar en un conflicto armado con esos Villistas y, por lo que todos hemos visto en las carreteras, no son buena gente. Sin embargo, este es el mundo en el que vivimos ahora. Si no hacemos algo pronto para conseguir una reserva de comida, nuestra agradable y pequeña comunidad tendrá pronto problemas. No os estoy ordenado que vayáis; os lo estoy pidiendo. Si perpetramos este atraco, puede que algunos de nosotros no regresemos con vida. Lo que ahora os pido es que penséis sobre ello; tras las salidas de hoy, quiero que volvamos a reunirnos todos aquí y que me digáis si lo haréis o no. Empezaremos entrenando a quienes sí quieren hacerlo. Yo iré personalmente al lugar y haré un reconocimiento de la zona. No os enviaré a hacer nada a menos que crea que podemos lograrlo. ¿Alguien tiene alguna

pregunta?

Jerrod levantó la mano y preguntó: «Si se da luz verde a esta misión, ¿cuándo empezaremos?».

—Mi plan es ir hoy con tres equipos para empezar con el reconocimiento. Me gustaría llevar a cabo este asalto en tres días. Eso nos dará tiempo suficiente para hacernos una idea del terreno y para entrenarnos. ¿Tiene alguien más alguna pregunta?

—¿Qué pasa si no nos ofrecemos para ir en esta misión? —preguntó un miembro de uno de los equipos.

—Nada; no quiero que lo hagáis si no estáis plenamente comprometidos. Os agradezco lo que estáis haciendo y es arriesgado, pero lo que os estoy pidiendo ahora es que os convirtáis en soldados.

—Me puedes apuntar para cualquier cosa. ¡Me apunto! —dijo una voz familiar desde el final de la habitación.

Gordon miró hacia atrás y vio a su buen amigo Jimmy.

Gordon sonrió y le respondió a Jimmy: «Bien, porque tú y yo iremos hoy».

—Bueno, la camioneta tiene combustible y está lista —dijo Jimmy, quien se acercó a Gordon y le dio un gran abrazo.

—Me alegra verte, amigo, de verdad que me alegra —respondió Gordon.

—Estoy listo para montar, como se suele decir.

—¿Tiene alguien alguna otra pregunta? —volvió a preguntar Gordon.

Él hizo una pausa para ver si alguien tenía alguna pregunta, pero por el silencio supo cuál era la respuesta que estaba buscando.

—Vale, bien. Necesito un equipo de voluntarios que venga con nosotros —le preguntó al grupo.

Jerrod levantó la mano y dijo: «Cuenta conmigo y con Eric».

—Suená bien, Dan, tú también vienes; prepara a tu equipo. Todos los demás, id y salid a hacer las búsquedas de hoy. Nos reuniremos más tarde.

Todos los hombres se levantaron y salieron de la habitación.

Gordon se giró hacia Jimmy y dijo: «Qué contento estoy de verte».

—Igualmente, amigo; perdón por tardar tanto —dijo Jimmy.

—Sin problemas, necesitabas tomarte tu tiempo —respondió Gordon.

—Después de lo de anoche, creí que podía serte útil.

—Tienes razón. Necesito que salgas conmigo hoy.

—No me enteré de lo que pasó —dijo Jimmy.

—Te lo contaré por el camino.

Gordon informó a los equipos sobre cómo se haría el reconocimiento; quería que Dan los guiara y, una vez allí, él dividiría los equipos para que se pusieran manos a la obra y recopilaran información de la ubicación de los Villistas desde todos los puntos.

Como todo el mundo sabía cuáles eran sus responsabilidades, los tres equipos se pusieron en marcha. Estaban todos nerviosos, pero estaban igual de decididos a cuidar de los suyos sin importarles el coste personal.

El conductor los llevó hacia el sur por la Interestatal 15, que se había convertido en un cementerio de coches y una ruta migratoria para los habitantes hambrientos de San Diego. Cuando se aproximaron a la salida, Gordon vio las cortinas de humo cerca de los almacenes *Lowes*. Se preguntó qué sería lo que estaban quemando.

Dan sacó el brazo por la ventanilla y señaló hacia la salida en dirección a la carretera Mercy. Quería acercarse al escondite de los Villistas con sumo cuidado. Fueron por la carretera Mercy y giraron a la izquierda en la carretera Black Mountain; luego continuaron hacia el sur. A medida que se aproximaban, él veía cada vez más pintadas y grafitis de los Villistas en los laterales de los edificios, las casas y los muros de contención. Definitivamente, se encontraban en territorio de los Villistas.

El vehículo de Dan iba en cabeza; Gordon y Jimmy eran los segundos y los seguían Eric y Jerrod. Habían reducido la velocidad considerablemente; Gordon pensó que iban casi trepando por la colina.

—¿Por qué va tan lento? —pregunto Gordon con curiosidad por saber por qué iban tan extraordinariamente lentos.

—No sé por qué; seguimos estando lejos de nuestro destino —dijo Jimmy en respuesta a la pregunta de Gordon.

Fueron esquivando lentamente los coches abandonados; las cortinas de humo estaban cada vez más cerca. Gordon reparó en que no había visto a nadie caminando desde que giraron en la carretera Black Mountain. Toda la zona lo hacía sentirse incómodo; empezó a tener la sensación de haber visto todo aquello en Faluya. Vio movimiento un poco más adelante: había algunas personas de pie en un paso de peatones. Gordon se inclinó hacia adelante como si el hecho de acercarse algunos centímetros más al parabrisas lo

ayudase a ver mejor.

—¿Qué están...? —preguntó él, pero se vio interrumpido cuando Dan sacó el coche de la carretera y pisó el acelerador.

—¿Qué coño? —gritó Gordon cuando vio que el coche de Dan estaba acelerando por la carretera Longridge.

Cuando volvió a fijarse en las personas que estaban en el puente, supo que se trataban de Villistas y que les habían tendido una emboscada.

—¡Da la vuelta ahora mismo! —gritó Gordon a Jimmy.

Sin embargo, antes de que Jimmy pudiera girar, una granada propulsada por cohete explotó en la carretera justo delante de ellos. La explosión lanzó asfalto y escombros sobre la camioneta; Gordon no podía ver nada. El susto de la explosión hizo que Jimmy pisara el acelerador. Cegado por la explosión y el humo, Jimmy dio un volantazo hacia la izquierda y chocó contra la mediana central.

—¡Venga, venga, venga! —gritó Gordon.

Sobre ellos empezaron a caer disparos; Gordon podía oír el ruido de estos impactando contra la camioneta. Jimmy volvió a pisar el acelerador y se montó por encima de la mediana. Era difícil cruzar hasta el carril que iba en dirección norte, pero consiguieron salir de la mediana. Cuando giró para seguir en dirección norte, otro cohete impactó contra la plataforma de la camioneta. La fuerza de la explosión hizo que Gordon y Jimmy salieran despedidos contra el salpicadero.

—¡No se mueve, la camioneta no se mueve! —gritó Jimmy lleno de ira.

—¡Bájate! ¡Tenemos que salir corriendo! —Gordon abrió la puerta y salió con la M-4 preparada. Se la puso en el hombro en cuanto pisó el suelo, se giró y empezó a disparar inmediatamente contra las personas que estaban en el puente.

—Jimmy, ¡vámonos, joder! —ordenó Gordon sin apartar la mirada de los blancos que tenía en el objetivo.

—¡Mi puerta no se abre! —gritó Jimmy presa del pánico.

Ahora llegaban disparos desde ambos lados de la carretera y del puente. Gordon pudo esquivar algunos disparos antes de sentirse un agudo dolor incandescente en el costado.

—¡Maldita sea! —gritó de dolor—. ¡Me han disparado!

Se giró para localizar a los tiradores dentro de las casas que había a su izquierda, pero no vio a ninguno. Lo único que podía oír era el traqueteo de los disparos y el silbido de las balas que pasaban por su lado.

—Jimmy, ¡venga!

Jimmy dejó de intentar abrir la puerta del conductor, se escurrió por el asiento de en medio y salió por el lado del copiloto; tenía una pistola en la mano y empezó a disparar inmediatamente a las personas que estaban en el puente.

—¿Dónde está Jerrod? —preguntó Jimmy sin dejar de disparar.

—¡Ve y cúbrete detrás de la camioneta! —le ordenó Gordon sin contestar a la pregunta de Jimmy.

La corredera de la pistola de Jimmy se fue hasta el final.

—¡Joder! ¡No tengo balas!

Gordon se metió la mano izquierda en el bolsillo y le dio a Jimmy otro cargador repleto de balas. Jimmy lo cogió y recargó la pistola a toda prisa. Aunque estaba herido, Gordon había podido disparar a algunos Villistas. Los disparos procedían de todos lados; Gordon no sabía a quién apuntar porque eran demasiados.

—Jimmy, te cubriré. ¡Corre!

Jimmy le hizo caso y empezó a correr en dirección norte por la carretera alejándose de los disparos.

Gordon vio a más hombres en el puente; estaban llegando refuerzos.

Con toda la confusión, había perdido de vista a Eric y a Jerrod. Luego, empezó a andar lentamente hacia atrás sin dejar de disparar. Sabía que el calor de la sangre que le caía por el costado no era ninguna buena señal; además, el dolor se había hecho más intenso. Gordon se metió la mano en el bolsillo de su chaqueta, cogió otro cargador de rifle y lo puso, pero el impacto de una segunda bala hizo que lo soltara. Sintió como si alguien lo hubiera golpeado con un bate de béisbol, y perdió toda la fuerza en el brazo izquierdo.

Gordon empezó a pensar para sus adentros: *¿Es así? ¿Así es como termino? ¿Qué pasa con mi familia?*

Más decidido que antes, cambió tácticamente el rifle por la pistola; tenía el rifle tirado sobre el pecho. Tras apuntar, consiguió disparar a otros dos Villistas.

Al igual que el 7.º Regimiento de Caballería, Jerrod y Eric cruzaron la mediana a unos 6 metros enfrente de él. Eric iba disparando con su rifle con medio cuerpo fuera del coche. Jerrod giró el volante hacia la izquierda y aceleró; en ese momento, un cohete que llegó silbando desde el puente impactó contra el coche de Jerrod. La parte trasera del coche saltó por los aires y Eric salió disparado antes de que impactara contra el capó.

Gordon vio que Jerrod seguía dentro del coche y comenzó a ir hasta el vehículo, pero a su alrededor cayó un aluvión de balas. Decidido, Gordon avanzó en un intento por llegar hasta Jerrod. Mientras iba hacia Jerrod vació su pistola; se la puso en la axila e hizo fuerza para soltar el cargador. El cargador sin balas cayó al suelo de golpe. Cuando estiró el brazo para coger otro cargador, el tercer y último impacto lo dejó fuera de combate. La fuerza del disparo lo arrojó contra el suelo; le había dado justo debajo de la clavícula.

Tirado sobre el duro asfalto de la carretera, Gordon sintió que los dolores de los tres disparos empezaban a hacer efecto. Empezó a ver borroso y a sentir una sensación de vértigo. Al mirar a su izquierda, vio a Jerrod; su cuerpo, ahora sin vida, estaba aplastado por el peso del coche. Gordon no podía ver a Jimmy por la densa nube de humo negro que salía del coche en llamas de Jerrod. Ahora, los disparos parecían distantes porque sus pensamientos se habían centrado en su esposa Samantha y en sus dos hijos. Pensó en lo mucho que los echaría de menos, sus sonrisitas y sus abrazos, dulces y suaves. Gordon intentó moverse, pero no podía porque estaba muy débil tras haber perdido tanta sangre. Al sentir lo que él denominaba como la oscuridad, se esforzó por mantenerse despierto. Parecía que había desaparecido el sonido de los disparos a su alrededor. Lo único que podía oír era su leve respiración. Luego, volvió a pensar en sus hijos; los quería muchísimo, anhelaba estar en los brazos de su familia; besar y abrazar a su mujer. Al notar que su respiración se hacía aún más leve, empezaron a caerle lágrimas por ambos lados de la cara. Empezó a tener visiones de su familia sin él, y cada vez se acercaba más la oscuridad. Si pudiera seguir pensando en ellos, la oscuridad no llegaría nunca hasta él. Gordon consiguió ponerse el brazo derecho en el cuello; agarró la cadena que tenía alrededor y se sacó el collar de debajo de la camisa. A la cadena había atada una brújula de plata de ley; Samantha se la había dado años atrás cuando salían juntos. Cuando ella se la dio, le dijo que

le mostraría siempre cómo llegar a casa. Gordon la agarró con fuerza y lloró abiertamente. Al transportarse hasta ese momento, pudo ver a su mujer tal y como ella era por aquel entonces, su pelo rubio, sus labios sensuales, sus ojos rasgados y su dulce olor. Cuando sintió que la oscuridad lo envolvía, empezaron a correrle lágrimas por las mejillas. Al quedarse inconsciente, susurró con suavidad: «Te amo».

Montaña Cheyenne, Colorado (EE. UU.)

Cuando metió las llaves en la cerradura de su habitación, Conner estaba empapado de sudor. Su nueva costumbre de correr en el gimnasio estaba dando resultados; se estaba quedado más delgado y estaba reduciendo su estrés. Aunque el cargo de presidente conllevaba grandes responsabilidades, le ofrecía muchos lujos que los demás ya no tenían. Antes de dar su carrera matutina, Conner decía una pequeña oración de agradecimiento por su seguridad y la seguridad de Julia.

Al pasar por su habitación, vio a Julia sentada al filo de la cama; su aislamiento se había vuelto algo habitual desde la muerte de su hijo, pero algo parecía haber cambiado. Él paró de hacer lo que estaba haciendo y fue a la habitación.

—Hola cielo, ¿va todo bien?

Ella se giró hacia él y dijo: «Brad, por favor, siéntate a mi lado».

Ella le habló con una suavidad en la voz que él no había escuchado en mucho tiempo. La echaba de menos y no dudó ni un segundo cuando oyó aquel tono que tanto había extrañado.

—Por supuesto.

Ella le cogió la mano, se dio la vuelta y lo miró frente a frente.

—Brad, sé que hemos pasado mucho juntos, sé que, personalmente, tienes una gran responsabilidad. Te amo y te respeto. No escogiste esta situación, pero te has ofrecido y te has hecho cargo como el hombre que sé que eres. Estoy muy orgullosa de ti; eres un buen hombre, un buen marido y un buen padre. Sé que en las últimas semanas he estado muy distante y espero que puedas perdonarme. Sé que también ha tenido que ser difícil para ti y que no has tenido la oportunidad de llorar nuestra pérdida porque se te ha encomendado la tarea de dirigir nuestro país.

Conner tomó a su esposa por la mano y la miró. Cuanto más hablaba ella más se le llenaban los ojos de lágrimas a él. Él quería expresar sus ideas, pero aquella fue la vez que más había hablado con ella desde la muerte de Bobby, por lo que dejó que continuara sin interrumpirla.

—Brad, sé que me amas y sé que quieres lo mejor para mí.

Conner dijo que sí con la cabeza.

—Brad, somos buena gente, gente buena y decente; somos unos padres amorosos o, quizás, debería decir que lo éramos. Con todo lo que ha pasado, desde la muerte de Bobby a los ataques... Tenemos que volver a empezar de nuevo.

Julia hizo una pausa; tenía las mejillas cubiertas de lágrimas, miró hacia abajo y se las limpió. Conner estiró el brazo y le puso la mano en la mejilla; luego le levantó la cabeza para poder verle los ojos.

—Yo también te amo. Te he extrañado muchísimo. Siento mucho no haber podido salvar a nuestro hijo.

—Por favor, para. No quiero volver a recordarlo. La muerte de Bobby no fue culpa tuya, sino de otros, y sé que te encargarás de ellos cuando llegue el momento.

—Lo haré, te lo prometo.

—Brad —dijo Julia con suavidad al apartarle la mirada y mirar hacia abajo.

—Sí, cielo, ¿qué pasa?

—Quiero que tengamos otro bebé —dijo ella levantando la cabeza y mirándolo a él.

Conner estaba sorprendido; no hubiese imaginado nunca que aquello era en lo que ella estaba pensando. Él no contestó. Ella se quedó mirándolo en espera de una respuesta, pero él no abrió la boca.

—Brad, ¿me has oído? Quiero que tengamos otro bebé.

—Te he oído, Julia. ¿No crees que podría ser un poco temprano?

—No, no lo creo; llevo pensando en esto desde hace casi dos semanas. Nuestro país ha sufrido un ataque horrible, morirán millones de personas, nuestro hijo está muerto y debemos reconstruir nuestro país. Nosotros debemos traer bebés al mundo más que ninguna otra persona. Tenemos todos los recursos para garantizar la supervivencia de un bebé.

—Julia, perdón por interrumpirte, pero, ¿no deberíamos tomarnos un tiempo antes de contemplar esta opción?

—No, Brad. Quiero tener otro bebé —dijo Julia algo triste.

Conner decidió ser cauteloso con sus palabras. Sabía lo frágil que ella estaba y lo último que quería era que sufriera una recaída. Pensó en la idea; le encantaban los bebés y los niños, y tenían los recursos necesarios.

Julia se quedó mirando fijamente a Conner con los ojos rojos de haber llorado. Al mirarle los ojos a su mujer, Conner no pudo resistirse a su mirada inocente. Lo único que él quería era hacerla feliz.

—Julia, de acuerdo; tendremos otro bebé.

—¿Estás seguro?

—Sí, lo estoy.

Ella lo abrazó rápidamente con fuerza, le dio un beso en la mejilla y luego en los labios; luego se apartó para poder mirarlo y dijo: «Te amo Brad, gracias».

—Yo también te amo, Julia.

Ella lo besó de nuevo, esta vez más apasionadamente. Solo se detuvo para decirle: «Pues no hay un momento mejor que ahora mismo»; estiró el brazo y empujó a Conner hacia ella; los dos quedaron tumbados en la cama.

Después de decirle que sí a Julia, Brad se sintió mejor con su respuesta. Tener otro bebé haría que volvieran a tener una familia. El nuevo bebé nunca sustituiría a Bobby, pero Julia se merecía ser feliz y él haría todo lo que pudiera para hacer que así fuera.

San Diego, CA (EE. UU.)

Nelson fue corriendo a la habitación tan rápido como se lo permitieron sus piernas. Los golpes y los gritos en la puerta principal presagiaban algo de suma preocupación.

Él quitó el pestillo de la puerta y la abrió de golpe; vio a Jimmy y a otras dos personas a las que no conocía vestidas de uniforme que portaban una camilla llena de sangre. Entraron en la casa sin mediar palabra y se dirigieron directamente hacia la mesa del comedor. Nelson pensó para sí mismo lo oportuno que era que no hubiera nadie en casa para presenciar aquello.

Mientras los seguía, Nelson iba acribillando a los hombres a preguntas, pero nadie le contestaba. No pudo ver quién iba en la camilla, pero el hecho de que Gordon no la llevara y que no estuviera en la habitación le ofreció información suficiente como para suponer que el cuerpo ensangrentado que iba en la camilla era el de su buen amigo.

—Jimmy, ¿qué ha pasado? —preguntó él.

—Hemos caído en una emboscada.

Cuando los tres llegaron al salón, quitaron todo lo que había sobre la mesa y colocaron la camilla.

Nelson se apresuró a ponerse al lado de Gordon y le puso la mano en el cuello inmediatamente para comprobar si seguía con vida. Puesto que vio que tenía el pulso muy débil, empezó a hacer lo que solía hacer normalmente como técnico en emergencias médicas.

—¿Sabe alguien cuántos disparos ha recibido? —preguntó Nelson.

—No, había mucho ruido y muchas balas silbando por todos lados. No me centré en él, lo siento —dijo Jimmy. Los otros dos hombres no dijeron ni una palabra; solo se limitaron a mirar fijamente a Nelson.

Nelson vio la herida que Gordon tenía en el brazo izquierdo. Luego le rasgó la camisa y vio la herida que tenía en el pecho.

—¡Id y traedme algunas vendas limpias! —ordenó Nelson.

—¿De dónde? —preguntó Jimmy.

—Ve a la cocina y tráeme una toalla limpia, no cojas las que están en la encimera.

Jimmy salió corriendo.

—Va a salir bien, amigo mío —dijo Nelson a Gordon.

Nelson volteó a Gordon y lo puso de lado para ver si había salido la bala; se alegró cuando vio que sí.

Como tenía que examinar a Gordon a fondo, Nelson ordenó a los dos hombres que lo ayudasen a quitarle las botas y algunas de las prendas que llevaba.

Afortunadamente, Nelson encontró todas las heridas. La herida de su pecho no tenía buena pinta, pero el principal problema era la pérdida de sangre y la infección potencial. Podrían tratar la infección con antibióticos, pero, si necesitaba sangre, tendrían que averiguar si alguien tenía el mismo grupo

sanguíneo que Gordon.

—Jimmy, ¿sabes cuál es el grupo sanguíneo de Gordon?

—No —contestó Jimmy.

—La situación es esta: creo que estas heridas tienen remedio, pero Gordon necesita sangre. Obviamente, no tenemos sangre entre nuestros suministros, pero podemos ponerle alguna si encontramos a alguien con su mismo grupo sanguíneo. Tenemos que hacerlo rápido.

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó Jimmy.

—Necesito que encuentres a Samantha.

—Vale, voy —dijo Jimmy al salir corriendo.

—Vosotros dos estáis sin hacer nada. Necesito que uno de vosotros vaya a la clínica y coja antibióticos, vendas, esparadrapo, guantes... Traedme un botiquín.

—Yo iría, pero no sé dónde está la clínica —contestó uno de los hombres.

—¿Y tú quién eres?

—Soy el Sargento Holloway y este es el Cabo Segundo Fowler, hemos rescatado a este hombre.

—Yo soy Nelson; ahora, quienquiera que vaya, así es como se llega a la clínica: hay que salir por la puerta principal, girar a la derecha e ir a la calle Cristo, hay que girar a la izquierda y a la derecha está el edificio grande de nuestra sede, o de la que era nuestra sede. La casa que está dos puertas más allá es nuestra clínica. Hay que decirle al guarda que vais en mi nombre y que las medicinas y las vendas son para Gordon.

—Vale —contestó el Sgt. Holloway—. Cabo Segundo Fowler, quédate aquí y haz lo que diga el hombre. Fowler asintió con la cabeza y contestó: «Sí, sargento».

Holloway salió a toda velocidad.

—¿Qué puedo hacer? —dijo Fowler.

—Me puedes contar lo que pasó —dijo Nelson.

—Estábamos patrullando en dirección oeste cuando escuchamos los disparos. Estábamos en la zona haciendo un reconocimiento del cártel de los Villistas.

—¿Cártel? —preguntó Nelson.

—Sí, señor, así es como los llamamos. Son una filial del Cártel de

Tijuana, que ha cruzado y está operando en el Condado de San Diego. Creemos que utiliza el nombre de Villista para atraer el apoyo de la comunidad hispana local.

—Y, por cierto, ¿qué pasa con el nombre Villista? —preguntó Nelson mientras limpiaba la sangre del cuerpo de Gordon.

—Señor, es...

Al levantar la mirada, Nelson dijo: «Eh, marine, no tienes que llamarme señor, ¿vale?».

—Ah, vale, perdón. Solo intentaba ser respetuoso, doctor.

—Por cierto, no soy doctor; soy paramédico, eso es todo.

—Ah, vale.

—Entonces, ¿Villista?

—Sí, el nombre de Villistas procede de principios del siglo XX, cuando Pancho Villa y su guarda revolucionaria estaban en guerra con los Estados Unidos. Creemos que el cártel de Tijuana está aprovechando la situación y está intentando afianzar su posición aquí.

—¿Y cómo os topasteis con Gordon y Jimmy?

—Escuchamos los disparos a poca distancia. Cuando llegamos, vimos que dispararon a tu amigo en el pecho y que cayó al suelo. Abrimos fuego contra los Villistas con nuestra arma del calibre .50 y acabamos con la mayoría de ellos. Entonces, el hombre que estaba aquí apareció de la nada y nos dijo que teníamos que ayudar a su amigo.

—¿Y no visteis a nadie más?

—Vimos a otro de tus hombres y estaba muerto; no sé quién era.

En ese mismo momento, Gordon empezó a mover la cabeza de atrás hacia adelante; abrió los ojos levemente, pero volvió a cerrarlos tan pronto como los había abierto.

—Eh, amigo. Estarás bien —le dijo Nelson con calma.

Gordon asintió lentamente con la cabeza e intentó decir algo, pero su voz era ininteligible.

—No tienes que preocuparte por nada; todavía no he empezado a beber —dijo Nelson con una sonrisa. Sin importar cuál era la situación, Nelson hacía siempre gala de su buen humor.

Entonces se abrió la puerta principal y Samantha entró corriendo. Al ver a

Nelson en el salón junto a Gordon, ella corrió hacia él sin perder ni un segundo.

—¡Madre mía! —dijo ella cogiéndole la mano a Gordon.

Gordon abrió los ojos y la miró.

Ella se inclinó y le dio varios besos en la cara.

—Oh, cielo, ¿qué ha pasado? —dijo ella acariciándole la cara.

Él se quedó mirándola, pero el cansancio que sentía por la pérdida de sangre hacía difícil que se mantuviera consciente. Gordon volvió a cerrar los ojos y se quedó inconsciente entre nubes de oscuridad.

Nelson los interrumpió y preguntó: «Samantha, ¿cuál es el grupo sanguíneo de Gordon?»

—Eh, ¿qué? —respondió ella con una pregunta. Estaba centrada en Gordon.

—¿Cuál es el grupo sanguíneo de Gordon? —volvió a preguntarle él.

—Ah; B positivo.

—Fantástico, gracias.

Nelson apartó a Jimmy hacia un lado y le explicó la situación; necesitaba que Jimmy fuera literalmente puerta por puerta para ver si alguien tenía el grupo sanguíneo B positivo u O negativo. No había tiempo que perder porque la pérdida de sangre terminaría matando a Gordon.

Jimmy salió corriendo.

—¿Podrá sobrevivir? —preguntó Samantha girándose hacia Nelson.

—Samantha, me conoces desde hace mucho tiempo y sabes que no me ando con tonterías cuando se trata de este tipo de cosas. Creo que podrá sobrevivir, pero el espacio de tiempo que tenemos se está agotando. Ha perdido mucha sangre y si no le ponemos más, morirá. Jimmy ha salido a buscar a alguien que sea un donante compatible.

Samantha era una mujer muy sensible emocionalmente y, por lo general, algo como esto habría hecho que rompiera a llorar, pero tenía que ser fuerte. Ella miró a Nelson a los ojos y le dijo: «Haz lo que tengas que hacer, no dejes que muera mi marido. ¿Me oyes? Haz lo que tengas que hacer».

—Lo haré, Samantha. Te prometo que lo hare.

25 DE DICIEMBRE DE 2014

«El hombre es el animal más cruel».
- Friedrich Nietzsche

Buque USS Makin Island, océano Pacífico

—¡Ataque inminente! —gritó Barone cuando se enteró de la noticia de que el buque USS New Orleans ya no estaba bajo su control.

—¿Qué sabemos? ¡Necesito información, gente! —gritó él en el puente de mando del barco.

Barone cogió unos prismáticos y miró el USS New Orleans. El buque había reducido la marcha; había empezado a distanciarse de ellos e iba en dirección sur.

—¡Contactad por radio con quienquiera que esté al mando allí! —gritó Barone.

—Señor, tenemos a alguien —dijo el Contramaestre de comunicaciones.

Barone fue hasta un dispositivo manual y lo levantó para hablar.

—Aquí el Teniente Coronel Barone, comandante del 2.º Batallón del 4.º Regimiento de Marines, ¿quién es?

—Coronel Barone, habla el Capitán Newsom, el comandante del USS New Orleans. He recuperado mi barco.

La ira de Barone lo carcomía por dentro; quería gritar al capitán, pero tenía que mantener la calma para pensar de forma crítica.

—Capitán, ¿qué ha hecho con mis hombres?

—Señor, sus hombres están todos arrestados en sus camarotes por traición y amotinamiento.

—No quiero problemas, Capitán Newsom; lo único que quiero son mis hombres.

—Coronel Barone, eso no va a pasar. Vamos rumbo a Hawái, donde dejaremos a sus hombres, que tendrán que rendir cuenta por los actos que han cometido contra los Estados Unidos. Solo deseo que a usted lo lleven ante la justicia igual que a ellos.

—Capitán Newsom, lo único que queremos es irnos a casa y proteger a nuestras familias. Así que, como oficial y como señor, le pido que deje ir a mis hombres. Podemos hacer que lo transporten al Makin Island o a otros barcos bajo mi mando a cambio de los hombres que tenemos.

—Eso no pasará, coronel.

—Escuche, capitán, no tengo tiempo para su juego de héroe de mierda. Si no se me entregan mis hombres, atacaremos su buque.

—¿Qué conseguirá con eso, coronel? Si destruye el New Orleans, sus hombres también morirán.

—¿Tengo yo pinta de tirar faroles, capitán? Está hablando con alguien que ha tomado un grupo anfibio naval de los Estados Unidos y que ha atacado una instalación militar estadounidense. Lo que digo lo digo en serio. Tiene 15 minutos para volver a contactar conmigo o enviaré mis aviones Harrier —dijo Barone al colgar el auricular.

Barone miró a su alrededor; todas las miradas estaban puestas en él a la expectativa de su próxima orden.

—¡Sr. Montgomery! —gritó Barone.

—Sí, señor.

—Prepare nuestros aviones Harrier para atacar el USS New Orleans.

—Lo que más odio es estar encerrado durante una acción de ataque inminente. ¿Qué pasa si un misil o algo impacta contra el barco? Nos ahogaremos aquí dentro —dijo Tomlinson recostado en su litera.

—Tengo que darte la razón. También me pongo siempre un poco nervioso —respondió Sebastian.

—¿Qué crees que está pasando ahora? —preguntó Tomlinson.

—Sabrá Dios, todo el puto mundo está patas arriba. Esto no me sorprende.

—Supongo que tienes razón.

Entonces se abrió la compuerta de la zona de los camarotes y entró un oficial de Marina que se fue hacia Gunny Smith.

—Entonces tú...

—Shhh.

—¿Eh?

—¡Cállate! —le dijo Sebastian a Tomlinson. Estaba intentando escuchar la conversación de Gunny.

—Cabo Van Zandt, ven aquí —gritó Gunny.

—Sí, Gunny —dijo Sebastian, quien dio un salto de la litera y fue rápidamente hasta donde estaba Gunny.

—Sgt. Jennings, tú también —dijo Gunny.

Jennings era nuevo en la unidad; había sido transferido desde el 1.^{er} Batallón del 1.^{er} Regimiento de Marines cuando la unidad de Sebastian llegó a bordo del buque. Jennings era alto, delgado y, cuando hablaba, no cabía ninguna duda de que provenía del sur profundo de EE. UU.

—Necesito que vosotros dos coloquéis en sus puestos a vuestros equipos de francotiradores. Necesitamos un equipo a estribor y el otro en la banda de babor. Necesitamos que ayudéis con la vigilancia de los barcos que están transportando los marines desde el New Orleans.

—¿Qué sucede, Gunny? —preguntó Sebastian.

—Al parecer, hemos perdido el USS New Orleans; el capitán del buque pudo hacerse con él. Los hombres leales al coronel están siendo transportados a cambio de los que no quieren estar aquí. Vosotros seréis nuestros ojos ahí fuera. Si veis a alguien que quiere hacernos daño y le disparáis, aseguraos de matarlo.

Sebastian pensó que Dios le estaba jugando una mala pasada porque era justamente la situación contraria a la que deseaba.

—Coged vuestros observadores, vuestro equipo y salid para arriba cagando leches —ordenó Gunny.

—Sí, Gunny —dijeron Sebastian y Jennings.

Cuando Sebastian y Tomlinson llegaron arriba fueron recibidos por el ruido de los aviones Harrier que estaban despegando. Se fueron rápidamente a sus posiciones y se pusieron junto a la plataforma de vuelo. Sebastian miró a través de su objetivo y vio el USS New Orleans; estimó que se encontraba

aproximadamente a un kilómetro y medio de distancia. No podía ver casi a nadie en la cubierta, pero sí vio que la rampa de popa estaba bajada. En el agua había vehículos anfibios de asalto que venían hacia ellos. Siguió mirando a través del objetivo y detectó dos aerodeslizadores de transporte que también se estaban aproximando. La columna de agua que salía de los aerodeslizadores hacía que fuera más fácil localizarlos en comparación con los vehículos anfibios de asalto.

Había pasado una hora y la operación para sacar del New Orleans a todos los soldados leales a Barone estaba transcurriendo sin problemas. Los aviones Harrier pasaban corriendo junto al New Orleans en una demostración de fuerza y los aerodeslizadores y los tractores anfibios de asalto iban de un lado para otro entre los dos buques. Sebastian pensó para sí mismo que sería estupendo si no sufrían ningún accidente en este día.

—¿Cuánto tiempo crees que durará esto? —preguntó Tomlinson.

—El tiempo que dure, T.

En ese momento, se oyeron disparos por debajo de ellos.

—¿Qué demonios? —preguntó Tomlinson en voz alta.

Los dos se pusieron de pie para mirar desde la posición en la que estaban las cubiertas de bodega de los buques. Fuera lo que fuera lo que había pasado, se había producido en las mismísimas entrañas del buque. Los disparos solo duraron unos 20 segundos; luego, todo quedó en silencio, un silencio que se vio interrumpido por el sonido del Cuartel General. Sebastian y Tomlinson intentaron ver algo, pero la posición en la que estaban les impedía ver bien el barco. Algunos momentos después de la llamada de ataque inminente, el buque fue sorprendido por una explosión que se produjo por detrás de ellos. Sebastian se dio la vuelta y vio que salía humo de una compuerta que había en la superestructura del barco. Luego se produjeron más disparos, pero no pudieron identificar su posición porque pararon tan pronto como habían empezado.

—¿Qué hacemos? —preguntó Tomlinson.

—Mantenernos firmes; si podemos disparar, lo haremos.

Oyeron las ráfagas de disparos del sistema de defensa antimisiles Phalanx seguidas por una explosión por la zona de babor del barco.

—Dios mío, ¡nos han lanzado un misil! —gritó Tomlinson.

Sebastian no respondió; estaba moviendo la cabeza intentando ver si se les

aproximaba algo o si podía disparar a algún blanco.

Los aviones Harrier que habían estado dando vueltas junto al New Orleans se habían alejado del barco y estaban ahora sobrevolando las nubes por encima del buque. Sebastian podía oírlos, pero no verlos. Entonces, sin previo aviso, desde el New Orleans se lanzó un misil que fue derecho hacia arriba. Tanto él como Tomlinson lo vieron subir entre las nubes hasta que se perdió en el cielo. Los segundos que pasaron parecieron durar una eternidad; luego se escuchó una explosión que hizo eco en el ancho mar abierto y, tras ella, empezaron a caer restos de desechos sobre la inmensidad del agua.

Después sonaron los rápidos disparos del Phalanx desde el New Orleans; intentaban derribar los misiles de los aviones Harrier que sobrevolaban los cielos. Afortunadamente para el New Orleans, su sistema de defensa aérea Phalanx estaba haciendo bien su trabajo y estaba derribando todos los misiles que llegaban.

—¿Puedes creer esto? —preguntó Tomlinson.

—Sí, sí puedo. Esto es de lo que te estaba hablando —respondió Sebastian volviéndose a sentir triste.

Como estuvieron observando la lucha cerca del New Orleans, se habían olvidado por completo de la lucha que se estaba librando en su propio barco, que llevaba un rato en silencio.

Desde el New Orleans se lanzó otro misil con una trayectoria similar a la anterior que desapareció entre las nubes; esta vez su vuelo letal no estuvo seguido de ninguna explosión.

Los aviones Harrier de Barone respondieron con otra ráfaga de misiles, pero el Phalanx del New Orleans los destruyó todos.

Tras un rato sin intercambiar ningún misil, pudieron oír una explosión como nunca la habían escuchado antes que retumbó en el océano. Los dos centraron su atención en el New Orleans y vieron que el buque había sufrido un impacto por la banda de estribor.

—Dios mío, ¿le ha dado al final uno de los aviones? —gritó Tomlinson.

Luego se produjo otra explosión similar a la anterior por el mismo lado del buque; entonces salieron llamas y el barco empezó a inclinarse. El daño que le habían hecho al New Orleans no fue producido por un avión Harrier, sino por el USS Topeka.

Varios aviones Harrier aprovecharon el daño que había sufrido el barco y

volvieron a lanzar misiles. Esta vez, el sistema de defensa aérea Phalanx solo pudo derribar uno de ellos. Dos de los misiles pudieron llegar hasta su destino mortal, el puente de mando del New Orleans. Del buque salieron más llamas y desechos; le estaba entrando una gran cantidad de agua y estaba empezando a inclinarse aún más. De los grandes orificios que tenía por el lado y de lo que había sido el puente de mando comenzaron a salir grandes cortinas de humo negro.

—¿Has visto eso? ¡Vaya pasada! —dijo Tomlinson sonriendo tras sus prismáticos.

Sebastian miró a Tomlinson descontento; estiró el brazo, cogió los prismáticos y empezó a echarle la bronca.

—¿Qué te pasa? Esos son estadounidenses; son compatriotas nuestros. ¡No tiene gracia!

—Cabo, estoy harto de tus lloriqueos. Para de quejarte. Tú querías irte a casa y este es el precio que hay que pagar por ello.

—Creo que para mí el fin no justifica los medios.

—Deja de dar el coñazo, cabo. Estoy harto de escucharte quejarte de esta mierda. Si no te gusta, puedes elegir.

Sebastian no le contestó a Tomlinson porque, de algún modo, tenía razón. Solo hacía quejarse y, si de verdad lo sentía así, debía hacer algo. Pensó para sí mismo: *¿Qué podía hacer? ¿A dónde iría ahora?*

—Toma —dijo Sebastian a Tomlinson pasándole los prismáticos.

Tomlinson se los arrebató a Sebastian de las manos; luego le echó una mirada malintencionada por un momento y volvió a centrarse en la batalla que se estaba librando en el agua.

Sebastian se apoyó sobre el mamparo y miró a través de la barandilla mientras el New Orleans se ponía sobre uno de sus lados entre llamaradas y humo. Vio que se estaban desplegando todos los botes y balsas salvavidas. Los aviones Harrier que sobrevolaban los cielos seguían pasando cerca del barco, pero la lucha había terminado. El New Orleans se había perdido por completo; habían muerto cientos de hombres. Sebastian se preguntó qué daño había sufrido su barco; salían nubes de humo negro por la cubierta de la bodega y por la superestructura que estaba a sus espaldas.

—¿Crees que servirán hoy pavo por Navidad? —preguntó Tomlinson.

Sebastian se dio la vuelta y meneó la cabeza.

—Necesito un informe de daños y bajas —ordenó Barone al entrar en el Centro de Información de Combate. Había estado en el puente de mando vigilando la carga final de los supervivientes del New Orleans. El primer oficial del buque, el Tte. de la Marina Montgomery, su oficial ejecutivo, el comandante Ashley, el Tte. Coronel Pelton, Comandante del Escuadrón Aéreo de Ataque VMA - 214 y el Sgto. Mayor Simpson ya estaban en la sala de informes cuando él entró.

—Oficial Ejecutivo, ¿qué tiene? —preguntó Barone a Ashley.

—Señor, nuestro daño fue limitado. Hemos perdido un aerodeslizador que ha sido reemplazado por uno del New Orleans. Tenemos tres muertos en combate y 22 heridos.

—Dime lo que tiene del New Orleans —ordenó después Barone.

—Entre nosotros y el Pearl Harbor, pudimos rescatar a 468 marines y 337 marineros. Por desgracia, el Tte. Coronel Silver ha muerto, así como el Capitán Newsom —dijo Ashley mientras leía una libreta de papel.

—¿Alguna noticia del Topeka? —preguntó Barone.

—Señor, el Topeka va delante de nosotros para brindarnos vigilancia.

—Bueno, me alegra mucho que se pusieran de nuestra parte. En toda mi carrera, nunca he visto un submarino en acción y ahora los aprecio de nuevo —dijo Barone con tono optimista.

Barone no había deseado que pasara este incidente, pero estaba contento con el resultado.

—Tiene toda la razón, señor. No podía creerlo cuando el primer torpedo impactó contra el New Orleans, fue increíble —dijo el Sargento Comandante Simpson.

—Señor, hoy también hemos perdido un avión Harrier —dijo Ashley con recelo al interrumpir el ambiente de júbilo de la sala.

—Lo vi. ¿Quién era?

Todos los hombres se miraron entre sí y ninguno dijo una palabra.

—Señores, ¿qué pasa?

—Señor, el piloto que iba a bordo era el Tte. 1.º William Barone.

—Es imposible; su avión no se había solicitado. Lo sé.

—Señor, lo solicitaron después de que el Tte. Holland resultara herido en

su camino a la plataforma de vuelo. El Tte. Barone ocupó su lugar y se puso al mando del avión de Holland —dijo el Tte. Coronel Pelton.

Barone se sentó aturdido; no podía creer lo que estaba oyendo. La habitación quedó sumida en un silencio tal que podía escucharse el vuelo de una mosca. Barone comenzó a menear la cabeza con incredulidad.

—¿Está usted seguro? —preguntó Barone con voz apagada.

—Señor, nos impactó tanto como a usted. Fui a comprobarlo yo mismo personalmente —dijo Pelton.

—Señores, si me disculpan... —Barone se levantó rápidamente. Lo invadió una sensación de malestar; tenía que salir de la habitación inmediatamente. Sin decir ni una palabra más, salió y volvió a su camarote tan pronto como se lo permitieron sus piernas.

El camino de vuelta fue toda una tortura; no podía parar de imaginarse el hermoso y joven rostro de su hijo. Su mente quería negar lo que acababa de escuchar.

Cuando llegó finalmente a su habitación, entró corriendo y se fue al baño; se cayó de rodillas y empezó a vomitar. Llevaba mucho tiempo en el Cuerpo de Marines; había sido testigo de la muerte en muchas ocasiones e incluso había arrebatado algunas vidas, pero ahora esto era demasiado personal para él... Le tocaba muy de cerca. Su hijo había muerto y, ¿cómo se lo explicaría a su mujer?

Después de algunos minutos dando arcadas secas y agotadoras, Barone se sentó en el suelo. Al ver la botella de whiskey, se levantó y bebió todo su contenido. Luego se quedó mirando la botella vacía y la estrelló contra el mamparo. Al ver los miles de fragmentos diminutos de vidrio, pensó en Billy. Eso era lo que él era ahora; al igual que aquella botella, había estallado en miles de fragmentos irreconocibles.

—Maldito seas, Newsom, ¡maldito seas!

Barone deseaba culpar al Capitán Newsom, pero en el fondo se culpaba a sí mismo. El dolor emocional era demasiado agudo; no podía aguantarlo más y, al final, empezó a sollozar.

Montaña Cheyenne, Colorado (EE. UU.)

El presidente Conner estaba sentado solo e inmóvil en la fría sala de informes. La soledad le pareció apropiada en las circunstancias actuales. La mañana de Navidad había comenzado fantásticamente: él y Julia habían pasado las primeras horas de la mañana como adolescentes, acostados en la cama haciendo el amor, pero esta felicidad se vio quebrada con las noticias que le llegaron desde Nueva York.

Los miedos que él tenía a otro ataque se hicieron realidad. A las 9:23 de la mañana, Hora Estándar del Este de EE. UU., una bomba nuclear de baja graduación hizo explosión a lo largo del lado este de Manhattan y destruyó casi toda la ciudad. Los sentimientos de insuficiencia y fracaso competían con unos fuertes sentimientos de ira y revancha.

Griswald, el personal de categoría superior, Dylan y Cruz entraron en la habitación y tomaron asiento inmediatamente alrededor de la mesa. Conner miró a su alrededor y vio que el General Houston estaba ausente. Tuvo la tentación de preguntar por su paradero, pero no quería perder más tiempo y empezó con la reunión.

—Ya se han enterado de lo que ha ocurrido en Nueva York.

Todos tenían la mirada sombría y asintieron con la cabeza tras las palabras de Conner.

—Primero, permítanme que comience diciendo que, por no haber actuado, nuestro país ha sufrido otro ataque. Este nuevo ataque no fue casual; fue un ataque planeado en un festivo nacional... —dijo Conner antes de hacer una pausa—. General, hace tres semanas desde que sufrimos el primer ataque y usted sigue sin tener nada, salvo excusas. Si hubiésemos hecho algo, podríamos haber evitado esto. Llevamos semanas en esta montaña y lo único que hacemos es hablar y charlar. Sé que se opone a mi plan; lo escuché y le di a su consejo un gran respeto y una profunda consideración. La idea de vengarnos de nuestros enemigos conocidos usando nuestro arsenal nuclear es algo que no se debe tomar a la ligera, eso lo entiendo. Pero, la cosa es que hemos sido atacados con este mismo tipo de armas. Hay gente ahí fuera que quiere exterminarnos. Sabemos quiénes son; llevamos enfrentándonos a ellos más de una generación. Muchos de nuestros predecesores han tenido que hacerles frente. Hemos pasado a la acción desplegando tropas sobre el terreno y sudando gotas de sangre poco a poco a través de los años. ¿Hemos tenido éxito? Sí, pero no podremos ganar esto nunca a menos que les hagamos a ellos

lo que ellos quieren hacernos a nosotros. ¡Debemos borrarlos del mapa! Tenemos que destruirlos total y absolutamente. Al igual que Lincoln se dio cuenta hace más de 150 años de que no podría ganar la guerra contra la Confederación a menos que la eliminara por completo; eso es lo que tenemos que hacer con nuestros enemigos. No podemos perder más tiempo hablando; no podemos perder ni un minuto más intentando averiguar quién nos hizo esto. Sabemos quiénes han sido —Conner se levantó y empezó a caminar lentamente por la habitación—. General, usted ha sido un consejero de confianza en estos tiempos difíciles, pero ya le he dado demasiado tiempo. No quiero oír ni una objeción más de su parte —Conner estuvo mirando a Griswald durante todo su discurso. Luego empezó a dirigirse al resto de personas que había en la sala—. No los he convocado a todos aquí hoy para hablar, sino para informarlos de lo que haremos hoy. ¡Hoy atacaremos! ¡Hoy destruiremos a nuestros enemigos de una vez por todas! Los borraremos de la faz de la Tierra. No me preocupa lo que piense el mundo. Hoy actuaremos de verdad y empezaremos con la reconstrucción de nuestro país —Conner volvió a su silla, pero no se sentó. Volvió a centrar su atención en Griswald—. General Griswald, ordeno que nuestras fuerzas nucleares ataquen las siguientes ciudades: Teherán, Bagdad, Islamabad, Kabul, Mogadiscio, Pionyang, Damasco, Trípoli y Adén; también quiero que se destruyan con armas nucleares todas las instalaciones militares en Irán, Irak, Siria, Libia, Corea del Norte, Afganistán, Yemen, Somalia y Pakistán. Si esto significa lanzar cien bombas en cada uno de estos países, no me importa. No quiero que puedan volver a levantarse de nuevo; quiero que todo el que sobreviva tenga que vivir en la Edad de Piedra. Ya sabe cuáles son mis órdenes, y espero que se lleven a cabo inmediatamente.

La sala quedó en silencio; nadie abrió la boca y todas las miradas se centraron en Conner. Todos conocían la gravedad de la situación y de lo que estaba a punto de suceder.

—Señor, no puedo hacer lo que me pide —dijo Griswald rompiendo el silencio.

—¿Perdón, general? —preguntó Conner.

—No puedo seguir una orden que permita el aniquilamiento de millones de inocentes.

—General, ya basta con la charla de los inocentes. Los días de los inocentes se han terminado. Las personas de estos países no odian. Fíjese en

todo lo que hemos perdido en la última década intentando ganarnos sus corazones y sus mentes. Nos quieren muertos. Solo nos utilizan para beneficiarse y luego nos desechan. Si no va a llevar esto a cabo, tendré que buscarme a quien lo haga.

—En realidad, señor, no podrá hacer nada de esto —dijo Griswald con tono desafiante. Luego se levantó; estaba en la mesa en el lado opuesto al Presidente.

—¿Qué ha dicho, general?

—Señor, no permitiremos que lo haga.

Tras mirar alrededor de la habitación, Conner preguntó: «¿Y quién no me lo va a permitir exactamente?».

—Señor, he estado moviendo los hilos a sus espaldas para evitar que suceda este tipo de holocausto. Siento decirle que existe consenso entre los que estamos aquí presentes —dijo Griswald mirando a algunos de los que estaban sentados alrededor de la mesa. Nadie lo miró; todos le apartaron la mirada.

—¿Quién exactamente desea detenerme? Que se ponga de pie —pidió Conner a los que estaban sentados alrededor de la mesa.

Nadie respondió; todos se miraron entre sí. Ni siquiera querían mirar en la dirección de Griswald.

—General Griswald, hace algún tiempo me informaron de que usted podría estar tramando algo, así que infundí la idea en otras personas para que mostraran su disponibilidad con su plan potencial. Como puede ver, nadie está de acuerdo con usted y no hay ningún consenso —dijo Conner.

—¡Cobardes! ¿No comprendéis lo que está en juego? —gritó Griswald.

Conner miró por la ventana principal de la sala de informes y asintió con la cabeza. En cuestión de segundos, los agentes Davis y Jackson irrumpieron en la habitación. Griswald se dio media vuelta y sacó la pistola. Todos los que estaban sentados se pusieron debajo de la mesa, salvo Conner, quien no se movió de su sitio. Griswald apuntó con su pistola a Davis y le pegó un tiro en el pecho; Davis cayó muerto al suelo. Jackson había entrado en la habitación justo detrás de Davis, pero Griswald también pudo dispararle. Jackson recibió un disparo en la cabeza; su cuerpo sin vida cayó al suelo con un golpe seco. Después Griswald se giró y su mirada se enfrentó con la Conner.

—General, baje la pistola.

—Lo siento, señor Presidente, pero no puedo dejar que pase esto —dijo Griswald, quien levantó la pistola y apuntó a Conner.

—General Griswald, ¡soy el Presidente de los Estados Unidos! ¿Qué está haciendo? Pasará a la historia como un traidor, como el hombre que mató a un Presidente. ¿Eso es lo que quiere? —Conner no apartó la vista de la puerta ni de la ventana principal. Con todo el tiroteo, se preguntaba dónde estaban las fuerzas de seguridad de las Fuerzas Armadas o el personal del puesto de mando.

Al fijarse en que Conner estaba mirando hacia la puerta, Griswald dijo: «Señor Presidente, no va a venir nadie. Les di a todos la orden de evacuar el puesto de mando después de haber entrado en la reunión. Sabía las órdenes que usted daría, así que me aseguré de que nadie nos interrumpiera. Parece que los dos esperábamos que se diera esta confrontación —dijo Griswald con una sonrisa—. Sé muy bien lo que hago; si lo mato podré salvar a millones de personas.

—¿De verdad piensa que matándome evitará que actuemos?

Griswald no contestó; fue entonces cuando se dispuso a apretar el gatillo.

Sonó un disparo en la habitación. Conner se encogió y se miró el pecho esperando verse sangre, pero no vio nada. Cuando volvió a mirar a Griswald, lo vio tambalearse y caer sobre la mesa. La pistola se desprendió de su agarre mortal y se deslizó por la mesa hacia donde estaba Conner, quien la cogió rápidamente. Conner apuntó a Griswald, quien se desplomó con la respiración entrecortada. Entonces apareció Cruz con una pistola por detrás de su silla; él también estaba apuntando a Griswald, que ahora se retorció en la mesa. Cuando Griswald intentó decir algo, la sangre le salió a borbotones por la boca; se agarró a la mesa en un intento por ponerse de pie, pero Cruz se lo impidió pegándole un disparo en la cabeza. Griswald tembló por un instante y luego cayó al suelo inmóvil con los ojos abiertos y con sangre saliéndole de la boca.

Conner miró a Cruz.

—Tengo que admitir que nunca me hubiera esperado eso de ti.

Aún con la pistola en la mano, Cruz se volvió y apuntó a Conner con la pistola.

Conner dio un paso atrás desconcertado.

Tras soltar la pistola, Cruz dijo: «Perdón, estoy un poco conmocionado.

No quería apuntarte».

Conner sonrió algo molesto y dijo: «Señor Vicepresidente, me has asustando por un momento».

—Sr. Presidente, tenemos trabajo que hacer, pongámonos manos a la obra.

Conner y Cruz salieron de la sala de informes y fueron hasta el centro de control.

—Dylan, sígueme —dijo Conner al salir de la sala de informes.

Dylan salió a gatas de debajo de la mesa y caminó cautelosamente alrededor de esta mientras iba esquivando los cadáveres.

—Sí, señor —dijo Dylan tragando saliva.

—Dos cosas: la primera, encuentre al General Houston y, la segunda, prepáralo todo para una retransmisión en directo en todas las frecuencias en 45 minutos.

—Vale, señor Presidente —contestó Dylan antes de marcharse.

Conner se giró hacia Cruz y dijo: «Esto es lo que habrá que hacer en caso de que me suceda algo a mí. Cuando pueda, ordenaré un ataque nuclear a gran escala contra los países que mencioné antes. Cuando comience el ataque, informaré al pueblo estadounidense de la única forma que puedo hacerlo, es decir, por radio».

La búsqueda de Houston fue fructífera; encontraron su cuerpo en el armario de Griswald. Mientras Conner se preparaba para su discurso al país, el comandante de la base militar de la montaña Cheyenne comunicó todas las coordenadas de lanzamiento a los submarinos nucleares repartidos por todo el mundo.

Llegó la hora de que Conner diera su discurso. Se estaba preparando el ataque y había llegado el momento de informar a sus compatriotas estadounidenses. No estaba seguro de cuántas personas escucharían su discurso, pero algunas personas lo escucharían sin duda y, con suerte, se difundiría el mensaje de que el país estaba tomando represalias. Conner se sintió nervioso; no porque acabara de ordenar la aniquilación total de varios países, sino porque iba a dirigirse directamente al pueblo estadounidense. Lo había hecho solamente en otras tres ocasiones, pero esta vez era para informar al pueblo de que había dado su paso más importante como Presidente de los Estados Unidos.

Dylan sonrió desde la cabina de producción; le lanzó al Presidente una sonrisa y le hizo una señal con los pulgares. Conner asintió con la cabeza y miró el micrófono. Luego resonó una voz en la cabina que le dijo 30 segundos. Volvió a hojear el discurso rápidamente elaborado y pensó que algún día aquella hoja de papel estaría colocada en un museo. Como estaba inmerso en sus pensamientos, no pudo ver la señal de que comenzara a hablar, pero el golpeteo de Dylan sobre el cristal de la cabina lo devolvió al presente. Al mirar hacia arriba, vio una luz roja que significaba que el micrófono estaba encendido.

«Compatriotas estadounidenses, os habla el presidente Conner. En esta Nochebuena no me dirijo a vosotros para expresaros mis mejores deseos, sino para informaros de que nuestro gran país ha sufrido otra tragedia. Esta mañana, los enemigos de los Estados Unidos han atacado la ciudad de Nueva York con un arma de destrucción masiva. La información que hemos recibido hasta el momento nos dice que muchos de nuestros conciudadanos han hecho un sacrificio máximo y han pagado con sus vidas el precio de este ataque atroz y cobarde. Junto con los ataques iniciales de hace tres semanas, el ataque de hoy me ha llevado a pasar finalmente a la acción. Esta decisión no ha sido fácil, pero, después de pensarlo mucho y de rezar mucho, he decidido que tenemos que actuar. Hace una hora di la orden de lanzar una respuesta nuclear a gran escala contra los responsables de los ataques que hemos sufrido. Me alegra informaros de que nuestras fuerzas nucleares han derribado objetivos de manera satisfactoria en los siguientes países: Irán, Irak, Siria, Yemen, Somalia, Corea del Norte, Pakistán, Afganistán, Egipto, Túnez y Libia. Creo que esta acción tiene justificación y que evitará que estos países perpetren más ataques contra nosotros. Me gustaría ser claro con quienes todavía desean hacernos daño: no solo os llevaremos ante la justicia; también os destruiremos. ¡No nos dejaremos pisotear! Sé que las últimas tres semanas han sido extremadamente difíciles y que ahora nuestro estilo de vida ha cambiado, pero puedo garantizaros que estamos trabajando incansablemente para restaurar de nuevo la red eléctrica y las infraestructuras. Mientras tanto, podremos ayudaros con alimentos y cargamentos médicos tan pronto como los recibamos de nuestros aliados. El Gobierno estadounidense no se ha olvidado de vosotros y, ahora que se acercan las Navidades, debemos estar todos unidos y recordar que en este momento la vida es difícil, pero que somos

estadounidenses y que, como otras muchas veces, conseguiremos sobrevivir a estos tiempos de oscuridad. No debemos perder la esperanza ni tampoco rendirnos. Lo lograremos y reconstruiremos nuestro país, os doy mi palabra.

Conner hizo una pausa durante algunos segundos y terminó su breve declaración con el final tradicional de todos los discursos presidenciales.

«Que Dios os bendiga. Y que Dios bendiga a los Estados Unidos de América».

3 DE ENERO DE 2015

«Cuando estamos en guerra, solo hay que hacer una cosa: ganarla; pues la derrota trae cosas peores que las que pueden ocurrir en la guerra».
- Ernest Hemingway

Buque USS Makin Island, océano Pacífico

Sebastian se quedó mirando el techo acostado en su litera. Su conciencia no le permitía seguir apoyando a Barone y la misión que llevaban a cabo. Se le estaba agotando la paciencia con el ritmo que mantenían para regresar a casa. Había pasado más de una semana desde la batalla con el USS New Orleans y no habían recibido ninguna noticia de las condiciones en las que estaba su patria ni tampoco sobre su llegada. Sin embargo, no había perdido el tiempo, pues lo había invertido en la elaboración de un plan. Todos aquellos que tenían familia tendrían un día libre para ir a buscar a sus familiares y regresar a los buques o irse directamente a Camp Pendleton. Barone también permitiría que se fueran los marines que no quisieran continuar con ellos cuando llegaran a California. Esto era lo que quería hacer Sebastian, pero quería algo más que su rifle, agua y algunas comidas preparadas. Había planeado tomar un todoterreno Hummer cargado con comida y munición suficiente para unos meses; Sebastian no sabía lo que encontraría después de desembarcar en California y esperaba que Gordon estuviese bien. Como no quería ir solo, tenía que convencer a Tomlinson para que fuera con él, pero las últimas conversaciones con su camarada no fueron nada prometedoras. Como no quería darse por vencido, consideró la idea de intentarlo una vez más. Tomlinson, quien pareció haberle leído la mente a Sebastian, se acercó a su litera.

—Hola, cabo.

—Hola —dijo Sebastian al incorporarse en su litera—. Estaba pensando en ti.

—Me dicen eso todo el tiempo, pero casi siempre son chicas. ¿Qué pasa?

—Vayamos a un lugar tranquilo donde poder charlar.

—¿Un lugar tranquilo? ¿Te has vuelto marica o qué?

—No, es solo que no quiero compartir lo que tengo que decirte ¡con otros 20 infantes de Marina! —exclamó Sebastian.

—Eh, ¿te has enterado de la última?

—¿Qué? —preguntó Sebastian mientras se ponía las botas.

—Al parecer hemos estado navegando en círculos. La costa está solo a un día de distancia. El coronel ha estado enviando fuerzas de élite SEAL y comandos de fuerzas de operaciones especiales para comprobar lugares donde desembarcar y para contactar con unidades de Marina en Pendleton.

—¿De verdad?

—Sí, tío, estamos muy cerca.

—¿Cuál es la situación? ¿Qué está pasando?

—Parece que mala...

Sebastian interrumpió a Tomlinson y le preguntó con urgencia en la voz: «¿Cómo de mala? ¿Qué está pasando?».

—Los equipos de reconocimiento están diciendo que no funciona nada, salvo los coches antiguos. Hay cadáveres por todos lados, bandas vagabundas muertas de hambre y un cartel mexicano que se ha instalado en San Diego con un ejército.

—¿En serio?—. Cuanto más hablaba Tomlinson, más crecía la preocupación de Sebastian por Gordon y su familia.

—Sí, la situación es verdaderamente caótica.

—¿Cuándo vamos a desembarcar?

—No lo sé, he oído que en algunos días.

—¿Días? ¿Por qué no lo hacemos ya? —preguntó Sebastian con frustración.

—Te comprendo, pero confío en el Coronel.

Sebastian meneó la cabeza lleno de frustración.

—Y, ¿a dónde quieres ir? —preguntó Tomlinson.

—Vayamos fuera a la cubierta de proa.

Mientras salían, Sebastian se percató de que Gunny estaba manteniendo una conversación a fondo con el Sargento Jennings. Al verlos salir, Gunny los miró brevemente, pero Sebastian le apartó la mirada. No podía evitar tener la sensación de que Gunny sabía que estaba pasando algo.

El aire frío del océano hizo saber a Sebastian que estaban definitivamente en aguas del Pacífico oriental. Tomlinson lo siguió y encendió un cigarrillo al salir. El humo de la primera calada cubrió el aroma salado del aire oceánico. Luego fueron bordeando el lado del barco y se sentaron sobre una caja fuera de la vista de la compuerta.

—Y bien, ¿qué pasa, cabo? —preguntó Tomlinson antes de dar otra larga calada a su cigarro.

—Cuando desembarquemos, sabes que podremos ir a buscar a nuestras familias. Como sabes, mi plan es ir a buscar a mi hermano y a su familia. Quería preguntarte si querías ayudarme a encontrarlos.

—Por supuesto que te ayudaré.

Sebastian sonrió; sabía que aquella era una pregunta fácil... y ahora venía la difícil.

Antes de poder hacerla, Tomlinson le preguntó: «¿Eso es todo? ¿Querías sacarme fuera en medio de la noche para preguntarme eso?».

Sebastian hizo una pausa; no contestó. La oscuridad ocultaba la mirada perdida de Tomlinson; no fue hasta que dio otra calada cuando Sebastian pudo verlo esperando impacientemente su respuesta.

—Lo que quería hablar contigo es lo siguiente.

Tomlinson dio una nueva calada y dijo: «Adelante, cabo».

—No voy a andarme con la misma cantilena, pero sabes que todo esto no me gusta.

—Espera un momento, cabo. ¿Me has traído hasta aquí afuera para darme el sermón otra vez con lo mismo? No tengo tiempo para esto, hermano, de verdad que no —dijo Tomlinson cabreado al lanzar la colilla por la barandilla.

—Espera, espera —dijo Sebastian con insistencia.

—Cabo, estoy deseando ayudarte a encontrar a tu familia, pero no quiero tragarme otra charla sobre lo que estamos haciendo. Ya sabes lo que pienso; si

no te gusta, vete.

—Eso es lo que voy a hacer.

—¿En serio?

—Sí, en cuanto pise la playa me voy. Te he sacado afuera para preguntarte si te gustaría venir conmigo.

Tomlinson no respondió; se quedó pensando de pie con los brazos cruzados.

—Sé que no estás de acuerdo con todo lo que he dicho antes, pero no quiero seguir haciendo esto. Cuando encuentre a mi hermano, no volveré. Quería saber si te gustaría venir conmigo y dejar atrás toda esta mierda.

—No sé, tío; de verdad que no lo sé —respondió finalmente Tomlinson.

—Sé que no tiene que ser una decisión fácil para ti, pero podrías serme útil. Eres un gran marine y un gran francotirador, y quiero que vengas conmigo.

—¿Estás tan cabreado con todo lo que ha pasado que quieres rajarte? Aquí tenemos algo bueno.

—No, no lo tenemos; el mundo entero está del revés, nos hemos pasado las últimas semanas haciendo cosas en contra del código de conducta que juramos respetar, hemos cometido un acto de traición, hemos matado estadounidenses, por el amor de Dios, ¡hemos luchado contra otros estadounidenses! —dijo Sebastian levantando la voz.

—¡Hemos hecho lo que teníamos que hacer! —respondió Tomlinson entre gritos.

—Bueno, ¡eso no es para lo que me alisté!

—Cabo, creo que estás cometiendo un error. Además, lo único que tendrás será un rifle, un poco de agua y un par de raciones.

—Eso no es verdad, y es ahí donde necesito tu ayuda. Me voy a llevar un Hummer con toda la comida, el agua y la munición que pueda.

—Entonces, ¿nos vas a robar? —gritó Tomlinson.

—Siento que te lo tomes así, pero las acciones del coronel no son las correctas.

—¿Que no son correctas? ¡Qué guasa!

—Puedes pensar lo que quieras...

—Lo que tú digas, tío, me importa una mierda lo que hagas tú, pero yo me quedo —dijo Tomlinson señalando hacia la cubierta del barco.

—¡Bueno, a mí sí me importa! —dijo una voz ronca desde la oscuridad.

Sebastian y Tomlinson se volvieron rápidamente para ver quién había hablado, pero estaba muy oscuro. Sebastian sintió cómo el miedo se apoderaba de su cuerpo porque había dicho cosas que no quería que escuchase nadie más. Entonces se oyó el sonido de unos pasos, pero la oscuridad mantuvo oculta la identidad de aquel hombre... hasta que volvió a hablar.

—Cabo Van Zandt, quieres abandonar tu cargo como francotirador-explorador de confianza en nuestro pelotón porque no estás de acuerdo con cómo han salido las cosas. Viniste a hablar conmigo el mismo día en que se produjeron los ataques y te quejaste de nuestra misión inicial. Nuestro comandante lo arriesgó todo para hacer que estos buques dieran la vuelta y fueran en la dirección en la que tú me dijiste que querías que fueran —dijo la voz.

En aquel momento, Sebastian supo quién era. Gunny Smith se puso justo enfrente de Sebastian, tan cerca que Sebastian podía oler el vaho de su aliento.

—¿Te crees que puedes irte con un equipo y unos recursos valiosos? Bueno, Cabo, te puedo decir que eso no ocurrirá —dijo Gunny con tono desafiante.

—Gunny, déjame que te lo explique —dijo Sebastian con desesperación.

—No hay más nada que explicar; de hecho, no quiero que digas ni una palabra más, cabo. He oído toda tu conversación con el Cabo Segundo Tomlinson. Según parece, él también está cansado de escucharte hablar. Esto es lo que vamos a hacer, Cabo: no vas a ir a ningún sitio porque a partir de este mismo instante quedas arrestado —dijo Gunny. Después, aparecieron dos figuras desde la oscuridad y cada una de ellas cogió a Sebastian por uno de sus brazos. Sebastian intentó soltarse, pero dejó de forcejear poco tiempo después porque sabía que era inútil. Incluso si lograba liberarse, ¿a dónde iría? Derrotado, Sebastian agachó la cabeza.

—Muchachos, llevadlo al calabozo, bajaré en breve —ordenó Gunny. Justo cuando se estaban alejando, Gunny los detuvo—. Cabo Van Zandt, yo conocí a tu hermano y tú no eres como él.

Sebastian no tenía fuerzas físicas ni emocionales como para responderle.

—Llevadlo abajo —ordenó Gunny.

Los dos hombres acompañaron a Sebastian desde la cubierta hasta un destino desconocido.

San Diego, CA (EE. UU.)

A Gordon le dolieron los ojos cuando los volvió a abrir. Como tenía dificultad para enfocar su visión, empezó a frotárselos. Cuando volvió a enfocar la visión, pudo distinguir el techo de su habitación. En un primer momento, el dolor agudo que sentía en el costado izquierdo le impidió moverse, pero hizo un esfuerzo para darse la vuelta sobre su costado derecho. Los rayos del sol penetraban por las rendijas de las persianas. No estaba seguro de la hora ni del día que era. Después, aguantó el dolor y consiguió ponerse en una posición sentada sobre la cama y, al mirar hacia abajo, se vio los vendajes.

—Joder, parezco una momia —refunfuñó.

Tenía vendados el hombro, el brazo y el costado izquierdo y, por la pinta que tenían las vendas, supo que eran nuevas. Todo parecía normal en la habitación. Él sabía que había estado inconsciente, pero no sabía por cuánto tiempo. Los recuerdos que tenía de después del tiroteo eran borrosos y no le indicaban ningún plazo de tiempo determinado. Ansioso por encontrar a Samantha, salió de la cama y se puso de pie. Gordon estaba dolorido, pero podía resistir el dolor. Al dar algunos pasos, sintió lo afligido y dolorido que tenía el cuerpo. Luego hizo una pausa y fue caminando hacia la puerta cuando esta se abrió de repente; delante estaba Samantha con ropa doblada y una expresión de alegría en su rostro al ver que Gordon estaba despierto.

—¡Gordon! ¡Estás despierto! —dijo ella llena de felicidad y caminando hacia él. Luego lo rodeó entre sus brazos y lo abrazó.

—Hola, cariño —respondió Gordon, quien la abrazó solo con su brazo derecho.

—Cielo, tienes que seguir descansando, vuelve a la cama, por favor. ¿A dónde ibas? —preguntó Samantha con preocupación en los ojos. Después, lo empujó suavemente hacia la cama.

—Tengo hambre —dijo él al recostarse sobre los almohadones.

—¿Cómo te sientes? —dijo ella tocándole la frente.

—Tengo el cuerpo dolorido y me duelen mucho las heridas —dijo él cogiéndole el brazo—. ¿Qué pasó? ¿Qué día es?

Samantha se sentó en la cama junto a él, le cogió la mano y dijo: «Gordon,

te tengo que contar muchas cosas. Fuiste rescatado por una pareja de marines que estaban patrullando».

—¿En serio? ¿Qué pasó?

—Oyeron un tiroteo y estaban cerca, así que fueron a ayudar. Te encontraron en la carretera y te trajeron a casa con Jimmy.

—¿Jimmy está bien?

—Sí, está bien. Ha estado muy liado porque estabas inconsciente.

—¿Qué día es? —preguntó Gordon lleno de curiosidad.

—Es 3 de enero.

—¿Qué? ¿De verdad? ¿He estado inconsciente más de dos semanas?

—Cielo, no te sobresaltes, aún tienes que descansar. Has perdido mucha sangre, pero lo que más nos preocupaba era la infección y la fiebre alta. Desde el incidente has estado perdiendo y recuperando el conocimiento de forma intermitente. Hoy es el primer día que has despertado hablando con coherencia.

Gordon se calmó y preguntó: «¿Cómo están los niños?».

—Están fantásticamente, han estado rezando por ti muchas veces al día. Todos los días te cogen de la mano cuando entran a verte. Han sido muy tiernos y tengo que decir que de mucha ayuda.

—Tenemos unos hijos fantásticos, ¿verdad? —dijo Gordon a Samantha con una sonrisa.

—Sí, así es. Eso es porque salen a mí —dijo Samantha guiñándole un ojo.

Gordon le apretó la mano y dijo: «Te amo, amor».

—Yo también te amo y estoy muy contenta de que estés bien. Me asusté un poco. Nelson se ha portado y te ha cuidado muy bien.

—Entonces, ¿qué pasó con los demás? No recuerdo muy bien ese día.

Samantha miró hacia abajo por un instante antes de responder: «Jerrod murió y Eric sigue desaparecido».

—Mierda, ¿en serio? ¿Cómo está Melissa?

—No está para nada bien. He intentado ayudarla en todo lo que he podido, pero está destrozada.

—¿Ha enviado Jimmy a algún equipo para que lo busquen?

A Samantha le cambió la cara por completo con esta última pregunta de Gordon.

—¿Qué pasa? —preguntó Gordon preocupado.

Samantha no le respondió y siguió mirando hacia abajo.

—Sam, ¿qué es lo que pasa?

—No se ha enviado a ningún equipo de búsqueda —dijo ella sin levantar la mirada.

—¿Por qué? ¿Qué está pasando? —preguntó Gordon, quien ahora empezaba a frustrarse—. Sam, háblame, dime qué pasa.

—Justo después del incidente, Jimmy intentó formar un equipo para salir a buscar a Eric, pero Dan lo detuvo.

—¿Qué?

—Mindy y la junta nombraron a Dan capitán de las fuerzas de seguridad. Jimmy se opuso y lo sacaron de los equipos por completo.

—¡Maldita sea! —dijo Gordon alzando la voz.

—Gordon, la situación ha empeorado mucho. En menos de un día se hicieron cargo de la situación y cambiaron todo lo que tú empezaste. Ahora los envíos de alimentos no dan para nada; vienen casi vacíos. Ha habido peleas entre vecinos por la comida. Mindy y la junta están diciendo ahora que quieren que todos abramos las puertas de nuestras casas para llevar a cabo una inspección para ver si alguien está acumulando comida. En caso de ser así, quieren confiscarla y redistribuirla.

Gordon dio un suspiro hondo y meneó la cabeza.

—Tengo que levantarme.

—Espera, aún hay más —dijo Samantha impidiendo que Gordon se levantase de la cama—. Hay muchas familias que se han ido. Algunas de ellas regresaron y nos hablaron de una enfermedad que está matando a la gente por el norte.

—Una enfermedad, ¿de qué tipo?

—Por la descripción que hicieron, todas las personas con las que se habían topado que procedían del sur del Condado de Orange tenían quemaduras en los brazos y estaban perdiendo el pelo.

—¿Dónde se toparon con esas personas?

—Se habían topado con ellas en Oceanside; iban en dirección sur huyendo de la enfermedad. En cuanto se enteraron de que había una enfermedad en el norte, dieron la vuelta y regresaron.

Gordon se quedó pensando en silencio.

—¿Qué crees que es?

—Parece una enfermedad por radiación —respondió Gordon sin rodeos.

Samantha se quedó sin aliento al escuchar la respuesta de Gordon.

—Sam, tenemos que salir de aquí. Tengo que hablar con Jimmy ya — Gordon apretó los dientes para aguantar el dolor, se giró para salir de la cama y se puso de pie.

—Pero Gordon, tienes que descansar.

—Samantha, no tenemos tiempo. Tráeme algunos analgésicos y ve a buscar a Jimmy.

Samantha sabía que cuando Gordon hablaba en serio, no había nada que le valiera y salió de la habitación inmediatamente.

Gordon fue andando hasta la ventana y miró al exterior. Pudo ver cortinas de humo por encima de la ladera a unos tres kilómetros hacia el sur. Sabía quiénes eran. Sus intentos de sobrevivir en San Diego habían llegado a su final. Sabía que el trayecto hasta Idaho no sería fácil, pero al menos le daba una esperanza y la oportunidad de seguir adelante. Si se quedaban en San Diego, morirían.

Montaña Cheyenne, Colorado (EE. UU.)

El día de Conner había estado lleno de buenas y malas noticias. Él se había acostumbrado a las malas noticias, por lo que se alegró enormemente cuando recibió una buena. Tenía una sonrisa de oreja a oreja y estaba impaciente por ver a Julia. Los informes diarios lo dejaban con una sensación de desesperanza, pero las noticias que Julia había compartido con él algunos instantes antes le habían levantado el ánimo. Aunque sabía que todavía era temprano para obtener una prueba certera, la convicción de Julia de que estaba embarazada lo había llenado de alegría. Una cosa muy positiva que había sucedido a raíz de la muerte de su hijo y la catástrofe que había asolado el país era que se había unido aún más a su esposa. Ellos se habían distanciado debido a su apretada agenda y al tiempo que había pasado en otros lugares durante su carrera política, y, a veces, se preguntaba si su matrimonio sobreviviría a estos momentos difíciles. Ahora sentía que su mejor amiga, su esposa, se había convertido en su confidente más cercana y en su alma gemela.

Los momentos duros pueden actuar de dos formas: pueden distanciar o acercar a la gente. El amor que sentía por ella se parecía al amor que sentían el uno por el otro en los primeros años de su matrimonio. Él no estaba seguro de que ella estuviera embarazada, pero la esperanza lo motivaba.

Al pasar por la puerta de sus dependencias, él escuchó que sonaba música en el interior. Abrió la puerta y lo que vio lo hizo viajar a sus tiempos de universitario. Julia estaba bailando alrededor de la mesa y cantando en voz alta. Cuando conoció a Julia por primera vez, le llamó la atención su peculiar energía femenina. Esa feminidad había desaparecido durante años debido a los caminos tan distintos que ambos tomaron debido principalmente a su ajetreada agenda.

Finalmente, al notar que él estaba allí, ella saltó rápidamente a sus brazos. Él la cogió y la llevó a la habitación mientras se besaban apasionadamente. Los dos cayeron sobre la cama y siguieron besándose.

—Te amo, Brad —le dijo ella tras interrumpir sus besos.

—Yo también te amo, Julia —respondió él con dulzura en la voz.

—Perdón por el volumen de la música —le dijo ella acariciándole la cara.

—Para nada. De hecho, me encantó entrar en la habitación y verte tan contenta.

—Me siento como una niña pequeña. Sé que hemos pasado por muchas cosas, pero la oportunidad de volver a ser madre hace que me sienta viva —dijo ella con brillo en los ojos.

—Sé que puede parecer horrible que te diga esto, pero tu felicidad hace que todo lo malo que está pasando parezca distante. Volver a casa contigo me da un respiro de las crudas realidades de lo que ha pasado.

Ella le sostuvo la cara entre sus manos y le respondió: «Estoy contenta de que me apoyes en esto».

—Por supuesto.

—Y, cuéntame cómo fue tu día, ¿alguna buena noticia?

—Sí, claro, claro que sí —respondió él al ponerse boca arriba. Ella echó la cabeza sobre su pecho y escuchó su respiración—. Finalmente tomamos una decisión sobre la ubicación de la nueva capital.

—Eso es definitivamente una buena noticia. ¿Y dónde será?

—Sin centrarnos en el tema logístico, nos quedamos con dos opciones, la

primera es Portland, en Oregón, y la segunda San Francisco. Tras un largo debate y muchos análisis, decidimos decantarnos por Portland. Allí hay todo lo que necesitamos. Tanto el puerto como el aeropuerto son adecuados y la población se puede gestionar sin problemas. San Francisco tenía aspectos positivos, pero la concentración poblacional era demasiado elevada. Sabemos que seguiremos teniendo algunos problemas, pero es la mejor opción. Si no tuviéramos el problema de la fusión del reactor, nos habríamos ido a cualquier otra parte.

—¿Y qué pasará ahora?

—Iremos hasta allí. Nosotros, y con nosotros me refiero a un primer grupo que vaya a preparar las cosas. Pero esto me lleva a la mala noticia.

—Oh, no; conozco ese tono, señor Conner —dijo Julia, quien levantó la cabeza y lo miró.

—Seré yo quien dirija al equipo —dijo él.

—¿Qué? Ese no es tu trabajo. Manda a otras personas para que se aseguren de que es un lugar seguro —dijo Julia preocupada.

—Esta vez no; tengo que ir. Soy su líder y tengo que ir para ver exactamente lo que está pasando ahí fuera.

—Eres demasiado importante, ¿qué pasa si te ocurre algo? —dijo Julia al incorporarse con tristeza por las noticias. El brillo de sus ojos había desaparecido y había sido reemplazado por un gran temor.

Conner comprendía sus preocupaciones, pero la idea de ser quien dirigiera al equipo había sido suya. Estaba cansado de estar reprimido dentro de la montaña y, además, creía que un líder de verdad lidera desde la primera línea de combate. Brad también pensaba que aquello mandaría un mensaje poderoso de que su gobierno era real y de que estaban haciendo algo.

—Julia, sabía que te ibas a poner triste, pero tienes que entender que ahora las cosas son distintas. Tenemos unos recursos y un personal limitados. Tengo que ponerme al frente como los líderes del pasado y montar mi caballo para liderar la lucha, no esconderme en un búnker en algún lugar de este país.

—No estoy de acuerdo contigo, eres demasiado valioso como para que te perdamos. Tu país necesita que estés a salvo, no por ahí como un vaquero del Lejano Oeste.

—Valoro tus preocupaciones, pero iré. Tengo que salir ahí fuera. Tengo que ver lo que está pasando exactamente. Estaré más a salvo que nadie, no

estaré solo. Me llevaré conmigo un gran dispositivo de seguridad. Puede que sea atrevido, pero no soy tonto.

—Brad, vas a ser padre otra vez. No puedo perderte.

Conner hizo una pausa antes de responder; sabía que tenía que proceder con suma cautela.

—Cariño, te entiendo, pero este viaje no será muy largo. Saldré para preparar cosas, luego volveré. No estaré fuera más de dos semanas.

—Brad, creo que estás siendo tonto, pero bueno, ¿desde cuándo te ha frenado algo así?

—Hay algo más —dijo él con timidez.

—¿Qué podría ser peor?

—Salimos mañana por la mañana.

Ella lo miró; luego se levantó bruscamente y salió de la habitación. Él la siguió para intentar consolarla, pero lo esquivó. Después él le tocó el brazo.

—¡No me toques!

—Julia, por favor —le suplicó él.

Como ella quería refugiarse de él, fue hasta el baño y cerró la puerta con el pestillo.

—Julia, sal, por favor —le dijo él después de llamar suavemente a la puerta.

—Déjame en paz.

—Por favor, abre.

—Brad, déjame en paz. Necesito tiempo para pensar en esto.

Él se echó sobre la puerta; odiaba que las dos últimas semanas de felicidad se hubiesen esfumado. Al escucharla llorar, dudó sobre la decisión que acababa de tomar. El sacrificio de ser presidente se estaba convirtiendo en algo que ya no quería. Si pudiera cambiarlo, lo haría. Sin embargo, el destino no funcionaba así y él tenía una responsabilidad que cumplir. Tras retirarse de la puerta, fue hasta su armario, cogió una bolsa y empezó hacer la maleta para su viaje.

San Diego, CA (EE. UU.)

—Gordon, ¿qué demonios estás haciendo aquí? —preguntó Jimmy

sorprendido al ver a su amigo levantado y andando de nuevo.

—Tenemos que hacer las maletas y salir de este lugar —dijo Gordon al entrar en la casa de Jimmy.

—¿Qué pasa, tío? —preguntó Jimmy sorprendido. No había visto a Gordon despierto durante días y ahora este estaba allí diciéndole que tenían que marcharse.

—Samantha me contó lo que pasó con Mindy y Dan. Sé que vendrán en cualquier momento por nuestra comida y nuestros recursos. Tenemos el problema de esos Villistas y, ahora, creo que nos enfrentamos a otro gran problema de exposición a la radiación por el norte.

—¿Radiación? ¿Dónde? Gordon, tranquilízate —dijo Jimmy dándole algunas palmaditas en el brazo a Gordon.

Cabreado y cansado, Gordon respondió: «No tengo tiempo para tranquilizarme. Necesitaremos un par de días para pensarlo todo bien antes de irnos. ¡No nos podemos permitir el lujo de tranquilizarnos! ¡Necesito que confíes en mí! ¡Tenemos que actuar con rapidez!».

—Vale, vale —dijo Jimmy levantando las manos.

Gordon le explicó rápidamente a Jimmy su plan de conducir hasta Idaho. Tras años de amistad con Gordon, Jimmy había aprendido a no interrumpirlo cuando estaba tan concentrado como lo estaba ahora.

El plan de Gordon era que se marcharan en dos días con todos los que quisieran irse con ellos, aunque contaban con sus propios suministros y sus propios vehículos. La ruta implicaba no viajar por las autopistas principales y tomar otras carreteras estatales más antiguas y carreteras sin asfaltar. Era importante evitar las grandes ciudades y las áreas densamente pobladas.

—¿Cómo vamos a hacer con los vehículos? —preguntó Gordon.

—Tú sigues teniendo la camioneta esa que cogiste del hombre al que disparaste en el hospital y Nelson sigue teniendo su vehículo. El mío voló por los aires.

—¿Y los remolques?

—Tengo una caravana que podemos remolcar y, aparte, tenemos el remolque para caballos que podemos usar, sobre todo porque ya no hay caballos.

—¿Qué les pasó a los caballos? —preguntó Gordon, aunque sospechaba lo

que les podría haber ocurrido.

—Se mataron y se comieron hace una semana.

—Bueno, el remolque nos será útil. ¿Quién más crees que querrá venir?

Jimmy opinó sobre quién pensaba que podría querer unirse a su caravana camino al norte. Estuvieron hablando sobre las cualidades de cada persona o familia para determinar si eran o no una buena opción.

—Tu idea de quién puede ir y quién no ¡es un poco cruel! —exclamó Jimmy.

—¿Qué tiene de malo? —preguntó Gordon.

—Tal y como lo dices, parece que nadie puede ir aparte de nosotros, tus criterios excluyen incluso a Melissa y su bebé.

—Si Melissa quiere venir, la aceptaré, pero eso es todo. Todo el mundo tiene que tener su vehículo propio y su comida. No tenemos suministros suficientes para andar alimentando a toda una caravana de personas.

—Entiendo lo que me dices, pero aquí hay algunas personas muy válidas que no tienen lo que tú consideras necesario, pero que tienen mucho valor.

—No me importa, Jimmy; no vendrán a no ser que tengan suministros suficientes para cuidar de sí mismos —dijo Gordon con severidad.

—Te has vuelto un insensible; has sido siempre un poco tosco, supongo que eso te viene de la guerra.

—Y dale con eso. Déjame que te explique por qué no voy a andar cuidando de todo el mundo. Antes era un idealista que creía en eso de cuidar de todo el que no pudiera cuidar de sí mismo. Estaba así de ciego cuando dejé la universidad y me metí en el Cuerpo de Marines después del 11/S. Creía que mi generación estaba llamada a apoyar este país y promover la libertad. Lo dejé todo y me fui a la guerra. Allí hice todo lo que pude y cuando llegué, en este país muchos me lo agradecieron ridiculizándome y odiándome. Tras un incidente en Faluya los que me miraban por encima del hombro me utilizaron como una marioneta política. Yo estaba allí arriesgando mi vida para traer la libertad a un pueblo que no entiende lo que es y que ahora nos odia. Puse en riesgo mi vida para proteger las libertades que muchos dan por hechas aquí. Al final acabé siendo el ejemplo de todo lo malo que había con nuestra guerra en Irak. Salí en los titulares cuando me acusaron de asesinato, pero cuando me declararon inocente no salí en ninguna noticia. Así que, sí, ¡me he vuelto un insensible! No creo que mi responsabilidad sea ayudar a nadie nunca más.

Solo tengo la responsabilidad moral de cuidar de mi familia y mis seres queridos. He vivido una vida creyendo que la responsabilidad de un hombre es tener las herramientas para garantizar que su familia está a salvo y segura. Algunos hombres no creyeron que esto fuera necesario; pensaron que tener una docena de relojes caros y vaqueros de diseño era más importante que tener una pistola o incluso un maldito cuchillo. Si las personas no se tomaron el tiempo de prepararse porque creyeron que esa era la responsabilidad de otro, entonces, amigo mío, ahora se darán cuenta. No tengo tiempo ni tampoco me importa. Para nosotros ya es suficientemente duro tener que vivir sin sacrificar los recursos de los demás —exclamó Gordon con la cara enrojecida.

Jimmy se quedó mirándolo sin saber qué responder. Sabía que le había tocado la fibra sensible a Gordon y no quería disgustarlo más.

—Eh, no quería que te pusieras así. Todos hemos tenido que pasar por muchas cosas, algunos más que otros. Volvamos a trabajar en el plan, ¿vale?

Gordon quería seguir adelante, por lo que asintió con la cabeza y dijo: «Vale, acabemos con esto y salgamos de aquí».

4 DE ENERO DE 2015

«Si no estás preparado para usar la fuerza en defensa de la civilización, debes estar preparado para aceptar la barbarie».

- Thomas Sowell

Buque USS Makin Island, océano Pacífico

Barone había convocado una reunión de emergencia con todos sus comandantes para hablar del desembarco en California. Los buques estaban cerca y, basándose en la información de sus fuerzas de reconocimiento, tenía una idea más clara sobre cómo debía proceder la operación.

Él había dejado de ser el mismo desde la muerte de su hijo; ahora, se le había apagado la pequeña chispa de humor y generosidad que tenía y se había vuelto serio e implacable. Volcó toda su energía en asegurarse de que nada podría salir mal y centró su atención en llevar a sus hombres hasta California. Los preparativos para el desembarco habían consumido casi todas sus horas de vigilia. Lo único que también le rondaba por la cabeza era la pregunta de cómo le contaría a su esposa que Billy había muerto; le espantaba ese momento futuro en el que estaría enfrente de ella. Había roto la promesa que le había hecho a su mujer años atrás cuando le prometió que haría todo lo posible para garantizar que Billy estuviera siempre a salvo. Aunque se trataba de una promesa poco realista, la había hecho y, ahora, la realidad de su muerte hacía que tuviera la sensación de haber roto esta promesa. Billy había estado bajo su mando, por lo que podría haberlo evitado. El sentimiento de culpa que sentía lo carcomía por dentro y lo que sentía ya no era depresión, sino rabia. Estaba enfadado consigo mismo por no haber supervisado el plan de vuelo de manera más exhaustiva y también porque la batalla entre ellos y el USS New

Orleans no debió haberse producido jamás.

Habían cambiado las vibraciones y los sentimientos dentro del barco; todos tenían mucho cuidado con lo que decían y nadie cometía ningún error. El mensaje que les dieron sus comandantes de unidad era que el coronel no aceptaría la mediocridad. Si alguien quería cambiar de opinión, sería arrestado y encerrado entre rejas. Ya no había excusas ni quejas; todos y cada uno de los marines tenían trabajo que hacer y se esperaba que lo hicieran lo mejor que pudieran.

Cuando los comandantes de la unidad entraron en la sala de informes, Barone se quedó mirándolos. Nadie habló con nadie y fueron muy pocos los que miraron directamente a Barone; nadie comentaba nada. Los asientos estaban dispuestos en seis filas, todas ellas mirando hacia un mapa y una pantalla.

Barone miró su reloj y luego a los hombres que estaban congregados delante de él. Según su recuento, estaban todos presentes.

—Señores, he convocado esta sesión informativa de emergencia para tratar nuestro plan de desembarco en California. Llevamos mandando equipos de reconocimiento a California del Sur desde hace tres días. La información que nos han aportado nos ha proporcionado un conocimiento esencial para trazar el plan que estoy a punto de detallarles. Sin embargo, antes de hablarles del plan, quiero poner normas para esta sesión informativa. No aceptaré ninguna pregunta mientras hablo; cuando termine les daré el turno de palabra para que me hagan cualquier pregunta que tengan. ¿Entendido?

Todos los hombres respondieron en coro: «Sí, señor».

—Fantástico, permítanme empezar hablando de la verdad fundamental de lo que está ocurriendo en California del Sur. Nuestros equipos fueron a estos lugares —Barone se giró y señaló hacia un mapa de California del Sur—. Coronado, la Base Naval de la Calle 32, Point Loma y Camp Pendleton. Fueron sin tener ningún problema; pudieron contactar con los comandantes de la base, menos en el caso de Camp Pendleton. No voy a entrar en detalles sobre lo que nos dijeron cada uno de los comandantes de estas bases, sino que haré un resumen porque casi toda la información es la misma. Nos informaron de que no funciona nada electrónico, de que no funcionan los coches, salvo los coches antiguos, los aviones, los barcos y que no funciona la red eléctrica. Los comandantes han estado alimentando a su personal con comidas preparadas

almacenadas después de terminar con todas las raciones de alimentos que tenían en sus respectivas cantinas. También nos contaron que habían tenido problemas con algunos miembros de su personal que se ausentaron sin autorización. Han estado operando desde el confinamiento sin dejar que los civiles entrasen en las bases a menos que fueran familiares del personal. Han estado supervisando la situación en el exterior y nos informaron de que estaban empezando a producirse muertes en masa debido a la deshidratación, la inanición y los disturbios civiles. Han informado de que hay bandas callejeras que se están aprovechando de la situación. Señores, la ciudad se ha sumido en el caos; no hay fuerzas policiales y hay rumores de que el alcalde de San Diego ha huido de la ciudad. Nos dijeron que estuvieron recibiendo comunicaciones del Gobierno de EE. UU., cuya sede está ahora en un lugar no revelado por el SIPRNet o, en otras palabras, por el propio Internet secreto del Gobierno. El Gobierno federal les prometió que pronto empezaría a enviar suministros, pero hasta la fecha no han recibido nada. También hemos recibido dos documentos de información confirmada que dicen que hace una semana nuestros planes cambiaron con respecto de lo que acabo de detallarles. No nos quedaremos en California del Sur; solo desembarcaremos para ir al rescate de nuestras familias y solo nos podemos quedar una semana. Después, deberemos partir hacia el norte. El motivo de este cambio de planes es que el núcleo de la planta nuclear San Onofre se ha fusionado por completo y la radiación ha contaminado un área de aproximadamente veintiséis kilómetros cuadrados. La mayoría del personal de Camp Pendleton ha sido evacuado y se han ido hacia el este hasta la ciudad de 29 Palms. Allí, nuestro equipo se encontró con algunos marines que quedaban del elemento de mando I MEF. El otro problema al que nos enfrentamos es que un antiguo cártel de drogas mexicano se ha instalado en la zona y se está expandiendo rápidamente por el país. Según los informes de Coronado y de algunos grupos que quedaban en Camp Pendleton, el cártel está creciendo en número y sus integrantes están bien armados, de manera que haremos lo siguiente: llevaremos a cabo un desembarco anfibio en las playas de Camp Del Mar. Nos presentaremos en el campamento y operaremos desde allí durante una semana. También realizaremos una operación simultánea un día después en Coronado Island. Aquellos marineros que tengan familia allí o por San Diego podrán salir a buscarlos. Por el momento, han recopilado ustedes una lista de los marines y marineros que saldrán a buscar a sus familias. Estableceremos un turno de

rotación, de manera que todos tengan un periodo de 24 horas para localizar y traer a sus familiares. También queremos que traigan con ellos todos los recursos que tengan; esos recursos se enumeran en la lista que Simpson les entregará a continuación. No se permitirán posesiones del personal como muebles, abalorios, etc. ¿Entendido? —Barone miró a su alrededor y vio que todos asintieron con la cabeza—. Señores, esta misión será dura porque no todos los que busquen a sus seres queridos podrán encontrarlos; creo plenamente que perderé algunas personas debido a las posibles peleas y a la decisión de ausentarse sin autorización y no regresar. Quiero un recuento completo de sus hombres ahora y después de partir dentro de una semana. Quiero llenar todas las vacantes que tengamos con los marines y marineros de Camp Pendleton y de las otras bases que mencioné antes que deseen unirse a nosotros. Entiendo que el periodo de tiempo que les estamos dando no es mucho, pero, teniendo en cuenta las realidades sobre el terrero, especialmente las de San Onofre, no podemos quedarnos más tiempo. Los que desembarquen en Camp Del Mar lo harán con un equipo completo de protección MOPP. Empezaremos las operaciones el día 6 de enero a las 0530. Les pido que mantengan las listas actualizadas para saber quién tiene que desembarcar. No queremos que desembarque nadie para simplemente dar un paseo; este no es un puerto de ocio. Digan a sus hombres que estamos en territorio hostil y que esperamos establecer contactos hostiles. Las normas de combate para esta misión son que cada marine y marinero que desembarque llevará consigo armas y munición, que responderán con fuego si son atacados con fuego y que atacarán a los hostiles si ven algún incidente en el que puedan defender a personas inocentes. Ahora, me pueden hacer sus preguntas.

Una docena de hombres que estaban sentados enfrente de Barone levantaron la mano.

—Adelante, comandante —dijo Barone a un oficial que estaba en la sala.

Tras levantarse, el comandante preguntó: «Coronel, no mencionó usted a la población civil. Nos toparemos con ella y recurrirán a nosotros en busca de comida, bebida, etc. ¿Qué hacemos con estas personas? ¿Cuáles son los procedimientos operativos normalizados?». Después, el comandante volvió a sentarse.

—Buena pregunta, comandante. Evitaremos a la población civil local, no podemos ayudarles; no tenemos excedentes que podamos darles. Su misión, y

no deberá desviarse de ella, es encontrar a sus familiares y traerlos aquí. Solo familiares, no amigos ni personas al azar; quiero que deje esto claro a sus hombres. A todo el que se vea que trae consigo a rezagados verá cómo estos se dejan a la deriva en medio del mar, y podrá incluso acompañarlos si no desea cumplir las órdenes —dijo Barone severamente; después, apuntó hacia un capitán que estaba al fondo.

El capitán se levantó y preguntó: «¿Puede detallar más las normas de combate?».

—Capitán, los procedimientos operativos normalizados para esta misión son simples. Todos los marines y marineros que bajen a tierra contarán con armas y munición, dispararán si los disparan y, si ven algún incidente en el que pueden defender a inocentes, pueden atacar a los hostiles. No quiero que nuestros hombres salgan en busca de pelea; tenemos un plazo de tiempo muy corto y debemos llevarlos hasta sus familias y hacer que regresen lo antes posible. Quiero subrayar que esta misión es solo para ir directamente a las casas o los lugares de residencia donde viven sus familiares, recogerlos y regresar de inmediato. No quiero que nuestras tropas se anden paseando por placer ni metiéndose en problemas. No tenemos tiempo para eso.

Uno a uno, fue dándole el turno de palabra a todos los oficiales y suboficiales. No quería que nadie se fuera con dudas de la misión que tenían por delante. Ya solo le quedaban dos marines.

—Adelante, sargento comandante —dijo Barone señalando hacia un viejo alto y calvo que estaba en el centro de la sala.

—Coronel, ¿qué debemos hacer con los prisioneros? Consumen recursos y son muchos —dijo el sargento comandante.

—Sargento comandante, permítame que le sea sincero: los marines y marineros que están en el calabozo no seguirán con nosotros cuando partamos. Los dejaremos en la playa con algunas comidas preparadas y algo de agua. Les daremos los medios para que se defiendan porque, al fin y al cabo, siguen siendo hermanos nuestros, pero no los llevaremos con nosotros. Les desearemos lo mejor y eso será todo. Creo que con esto he contestado a su pregunta.

El sargento comandante asintió con la cabeza y dijo: «Sí, señor, así es. Está claro como el agua».

Al mirar alrededor de la sala, Barone vio que había una última mano

levantada y dijo: «Allí, Capitán... Ah, Smiley», dijo Barone entre dudas; sonrió cuando leyó el nombre del capitán.

—Gracias, coronel. ¿A dónde iremos cuando nos vayamos de San Diego?

—Otra buena pregunta. Capitán, cuando hayamos completado la Operación Hogar, dejaremos San Diego e iremos rumbo al norte hacia Oregón. Hemos localizado un buen sitio donde llevar a cabo un desembarco anfibio en la Bahía de Coos. Cuando hayamos despejado la línea de playa, marcharemos hacia Salem, la capital, y la tomaremos.

El Capitán Smiley parecía sorprendido cuando Barone terminó de hablar y dijo: «¿Tomarla, señor?».

—Sí, capitán, tomarla. Necesitaremos un nuevo hogar. Necesitaremos comenzar un nuevo país. Tenemos los medios, tenemos los recursos, y coño, ¡tenemos un ejército! Lo que no necesitamos son políticos lloricas que nos digan lo que vamos a hacer con lo que tenemos. Ya no respondemos ante ellos; solo respondemos ante nosotros mismos. Ya no seremos más nunca ciudadanos de segunda. Iremos a Oregón para fundar un nuevo país donde los que están en la cima de la cadena alimenticia no sean los políticos ni los famosos. Construiremos un país donde se valore al guerrero y donde la clase de los guerreros esté por encima de todas las demás. Hay muchísima tierra en Oregón, tierra buena, y es allí donde nos estableceremos. He escogido Oregón porque no hay plantas nucleares en unos 800 kilómetros a la redonda. El área es fácil de defender debido a las montañas, cuenta con muchísima caza silvestre, hay cuatro estaciones y lluvia abundante, por lo que podremos ser autosuficientes trabajando la tierra. Este será nuestro nuevo hogar, señores, y no pediremos permiso para ir hasta allí. Tomaremos lo que necesitemos y no lo lamentaremos. Todos y cada uno de nosotros hemos sacrificado muchas cosas. Muchos de nuestros hermanos han sacrificado su vida y, ¿por qué? ¿Por un país donde a la mitad de la gente no les importan o no los respetan? No vamos a sacrificarnos más por un país de flojos. ¿Queda contestada su pregunta? —preguntó finalmente Barone con la cara enrojecida.

—Sí, señor —dijo el capitán al volver a sentarse. Luego se detuvo, volvió a levantarse e hizo rápidamente otra pregunta: «Señor, ¿cómo le decimos a nuestros hombres que se llama esta misión?».

—Rubicón, Operación Rubicón.

Montaña Cheyenne, Colorado (EE. UU.)

Conner estaba de pie mirando cómo dormía Julia; una serie de emociones le recorrieron todo el cuerpo. La noche anterior había terminado mejor de lo que había empezado porque ella cedió y terminó diciéndole que lo entendía. Como se había dado cuenta de que su marido tenía un trabajo difícil, decidió apoyarlo. También le hizo prometer que no actuaría de forma insensata y él aceptó no hacerlo.

Antes de apartar la mirada y dejar la habitación, él se inclinó y le dio un beso más. Al presionar sus labios contra sus cálidas mejillas, él esperó durante algunos segundos y respiró hondo por la nariz para capturar y recordar su fragancia. Luego, le tocó el cabello suavemente y le susurró al oído: «Te amo, Julia». Tuvo que ser muy fuerte para apartarse de ella. Aunque le había hecho aquella promesa, en realidad no podía garantizarle que no fuera a meterse en problemas. Tras detenerse un instante en la puerta, agarró el pomo, pero no podía girarlo; entonces, se dio la vuelta y miró la habitación. Quería grabarse una imagen mental de todo lo que había dentro. El viaje solo duraría dos semanas, pero como no sabía lo que encontraría, quería recordar este momento.

Lo invadió una preocupante sensación de curiosidad desde el primer momento en que se abrieron las puertas. Cuanto más las abrían más nervioso y emocionado se sentía. Podía ver el cielo montañoso de color azul oscuro y el color verde de los árboles. Cuando el convoy se fue adentrando lentamente en la calidez y bienestar de los rayos del sol, este también reveló las crudas realidades de la vida en la superficie.

La entrada principal estaba plagada de escombros, basuras y señales. Según parecía, los lugareños habían ido hasta la base buscando refugio, pero evidentemente estas peticiones se les habían denegado. Lo que a Conner le desgarró el corazón fue ver un osito de peluche de algún niño pequeño entre los escombros y la basura. Se preguntó dónde podría estar ahora ese niño y si estaban seguros. Mientras su convoy, formado por seis vehículos Humvee, bajaba la montaña, Conner estuvo pensando en el animal de peluche y en el niño que en algún momento lo atesoraba. Pensó en todas las personas que estaban dispersas por el país y en lo solas, desesperadas, desilusionadas y

asustadas que debían sentirse.

La ruta hasta la Base de la Fuerza Aérea Peterson los llevó diligentemente por algunas carreteras principales; su destacamento de seguridad quería asegurarse de que evitaban las áreas residenciales. Como la hambruna se estaba haciendo insoportable en la población civil, el riesgo aumentaba al viajar por las calles residenciales.

Mientras fueron conduciendo cuidadosamente esquivando coches abandonados y personas vagabundas, Conner pudo ver que la ciudad en sí parecía estar muerta. No pudo ver ninguna luz ni ningún movimiento excepto por las personas que se quedaban mirando cuando pasaban rápidamente por su lado. Conner pudo ver a personas cansadas buscando comida entre los vehículos abandonados; se fijó en que muchos de los escaparates estaban rotos y que las calles estaban cubiertas de escombros y basura. Había algunos coches o camiones ocasionales andando por la carretera, pero las autopistas se habían convertido en un cementerio para la mayoría de los vehículos.

Al ver a un gran grupo de personas a su derecha le pareció extraño: cuando se fijó mejor, vio que estaban persiguiendo a dos mujeres. La multitud era considerable... más de 20 personas. Sabía que la situación era grave y que debían hacer algo al respecto. Cuando su convoy se acercó, pudo ver que el grupo se acercó a las mujeres y las atrapó.

—Necesito que salgáis en la próxima salida y que volváis —dijo él señalando hacia atrás al grupo de personas.

—Señor, no debemos salirnos de la autopista bajo ningún concepto. Debemos ir directamente a la base —dijo el joven sargento técnico de las Fuerzas Aéreas.

—Soy el Presidente de los Estados Unidos, ¡toma la salida inmediatamente! —gritó Conner al joven.

—Sí, señor —respondió el sargento técnico algo sorprendido.

Él giró rápidamente y salió de la autopista tras apartarse del convoy. Solo pasaron algunos segundos cuando se encendió la radio que había en el interior del vehículo de Conner.

—Sooner 1, Sooner 1, habla el Comando Sooner, cambio.

—¿Qué le digo, señor? —preguntó el sargento técnico.

—Gira a la derecha y sigue recto —dijo Conner, quien ignoró a su conductor y lo dirigió lo mejor que pudo.

—Sooner 1, habla el vehículo del Comando Sooner, contacte, cambio — repitió la voz por la radio.

—¿Señor?

—Dame la radio —ordenó Conner.

Conner cogió el auricular y dijo: «Habla Conner. He ordenado que nuestro vehículo salga de la autopista. Hay civiles que necesitan nuestra ayuda».

—¿Cuál es su ubicación, Sooner 1?

—Estamos entre Cody y Bradley en dirección sur.

—Entendido, vamos para allá para ayudarlos. Comando Sooner, corto.

Conner lanzó el auricular y empezó a dirigir de nuevo al sargento técnico: «¡Por ahí en alguna parte!».

Como había estado muy ocupado viendo a dónde tenían que ir, no había visto el cadáver colgado de un poste telefónico en la entrada de la comunidad. Antes de los ataques, este barrio era un refugio para las familias de clase media, pero ahora parecía un campo de batalla.

—¡Da la vuelta ahí! —gritó Conner.

El sargento técnico giró bruscamente hacia la derecha; los neumáticos de su Hummer rechinaron por la sacudida del giro. Al girar, Conner pudo ver el grupo de personas un poco más adelante. Estaban rompiendo y desgarrando la ropa de las dos mujeres, ahora tendidas en el suelo.

—¿Tienes otra pistola, sargento? —preguntó Conner.

—Sí, señor —dijo el sargento técnico, quien le dio a Conner una pistola M-9 Berreta de 9 mm.

—Párate aquí —ordenó Conner.

Se pararon a unos diez metros de aquella muchedumbre enloquecida. Al bajarse, Conner no perdió ni un segundo; alzó la pistola por encima de su cabeza y apretó el gatillo. La escena de las dos mujeres retorciéndose en el suelo era impactante, pero cuando salieron del Hummer, la magnitud de los gritos de las mujeres les mostró una escena mucho más macabra.

El sonido del disparo hizo que todo el mundo se quedara quieto y se girara. La muchedumbre había estado tan concentrada en atacar y vejar a las mujeres que no los habían oído detenerse. Ahora que la muchedumbre estaba en silencio con la atención puesta en Conner, lo único que podía escucharse eran los gemidos de las dos mujeres.

—¡Apartaos de ellas ahora mismo! —ordenó Conner apuntando al grupo con la pistola.

Nadie se movió; tenían la mirada fija en Conner.

Él volvió a lanzar otro disparo al aire y gritó: «¡Apartaos de ellas, ahora mismo!».

Al final, obedecieron su orden y se apartaron lentamente de las mujeres. Conner avanzó con precaución hacia donde estaban las dos víctimas al ver que la muchedumbre se había alejado. Al principio, solo pudo ver dos cuerpos sin vida tumbados en el suelo; podía oír sus gemidos, pero no veía ningún movimiento. Con cada paso que daba, la realidad del destino de aquellas dos mujeres centró toda su atención. Tras acercarse algunos pasos más, Conner pudo ver que la muchedumbre sedienta de sangre no solo las había golpeado; las habían destripado literalmente. Una mujer tenía el brazo arrancado; la otra tenía el abdomen totalmente al descubierto y había trozos de sus intestinos esparcidos sobre las dos. Esta escena conmocionó tanto a Conner que este tuvo que apartar la mirada y mantener el control para no vomitar.

Conner vio que no podía hacer nada por estas mujeres. Después, recuperó la compostura y, sin dudar, fue hasta ellas y, apiadándose de ellas, les dio un tiro en la cabeza a las dos. Se preguntó quiénes serían. Hacía tan solo 5 semanas sus vidas eran completamente distintas.

Luego volvió a fijarse en la muchedumbre y gritó: «¿Qué coño os pasa?». Nadie respondió, solo se quedaron mirándolo fijamente. «¿Por qué habéis hecho esto?», preguntó él.

—Robaron comida —respondió finalmente alguien desde la parte de atrás del grupo.

—¿Qué robaron comida? ¿Y por eso las habéis golpeado y destrozado tan brutalmente? —les gritó Conner.

Luego sonó un disparo a sus espaldas. Conner se giró y vio que el sargento técnico había caído al suelo. La conmoción inicial de Conner fue pronto reemplazada por el miedo porque empezó a pensar que había cometido un gran error al desviarse del plan para jugar a los héroes.

—¿Quién eres tú para venir aquí y condenar nuestras leyes con tanta moral?! —dijo un hombre en la distancia con un rifle de caza entre las manos, quien quitó el cerrojo, quitó el casquillo viejo y metió un nuevo cartucho.

Conner entrecerró los ojos para poder ver mejor. Cuando enfocó al

hombre, vio que estaba enfrente. El hombre era de estatura grande, calvo y tenía un aspecto siniestro. Luego, el hombre empezó a dar grandes zancadas por la carretera en la dirección de Conner. De las demás casas salieron otras personas armadas con pistolas, bates, machetes y otras armas. Conner vio por el rabillo del ojo que algo se había movido y se dio la vuelta para mirar. La muchedumbre a la que se había enfrentado había empezado a caminar hacia él. Conner se encontraba en una situación imposible y corrió hacia su vehículo. Al salir corriendo, la muchedumbre hizo lo mismo y empezó a correr hacia el vehículo. Conner llegó justo a tiempo para montarse en el coche y cerrar la puerta con el pestillo. Luego miró hacia abajo para arrancar el Hummer, pero se dio cuenta de que no sabía cómo hacerlo. La muchedumbre empezó a subirse por encima del vehículo. Conner empezó a encender y apagar botones sin dejar de pulsar los mandos. Los Hummers no eran como los coches convencionales. No tenían interruptores de arranque ni llaves en la columna de dirección ni en ningún sitio de la guantera. Al ver una palanca que decía «Encender» a la izquierda del volante, la giró hasta que se encendió una luz. La muchedumbre empezó a golpear el vehículo con palos, bates y barras de hierro. De repente, oyó disparos en medio de ese caos; la muchedumbre saltó rápidamente de encima del vehículo y salió corriendo. Siguieron llegando más disparos automáticos porque vio que muchos de aquellos salvajes cayeron al suelo. La pesadez de la situación empezó a desvanecerse cuando escuchó que su convoy venía a rescatarlo. Conner no podía ver lo que estaba pasando porque el vehículo estaba posicionado en la dirección contraria. La batalla que se estaba librando en el exterior parecía ser encarnizada, como las que solo había visto en la televisión. Se estaban disparando cientos de balas, pero, tras algunos segundos, los disparos fueron cesando hasta que solo hubo silencio. Entonces se sentó a esperar y escuchar.

—Eres idiota, Brad, ¿en qué estabas pensando? —se dijo a sí mismo.

Tras cerrar los ojos y agachar la cabeza, rezó por que todo saliera bien. Ya no volvería a pecar de insensato nunca más, se prometió a sí mismo. No habían pasado ni 30 minutos y ya había roto la promesa que le había hecho a Julia. Luego se sorprendió al escuchar que estaban llamando a la ventana.

Conner se sintió aliviado al ver que podría escapar de aquella triste situación y empezó a hablar tan pronto como miró hacia arriba: «Tengo que aprender a arrancar uno de...», se detuvo en cuanto vio quién estaba allí.

Cubierto de sangre y sudor, al otro lado de la ventana lo esperaba el hombre grande y calvo que llevaba el rifle. La reacción de Conner fue de pavor; se quitó del asiento del conductor y se pasó hacia el lado de la puerta del copiloto. El hombre dio un tiro con el rifle y destrozó la manilla de la puerta del conductor. Luego abrió la puerta e impidió que Conner saliera corriendo. El hombre lo agarró por el tobillo y lo sacó del vehículo arrastrándolo con fuerza.

—Soy el Presidente de los Estados Unidos, ¡soy el Presidente! —gritó Conner al ser sacado a rastras del interior del vehículo. A su alrededor se habían reunido docenas de personas que lo miraban como langostas sin decir nada. Conner sabía que correría la misma suerte que aquellas dos mujeres—. ¡Un momento, soy el Presidente de los Estados Unidos!

—¿Crees que eso importa algo aquí? —respondió el hombre calvo con voz ronca y grave. Luego levantó el rifle a la altura de la cara de Conner y apretó el gatillo.

San Diego, CA (EE. UU.)

Gordon, Samantha, Nelson y sus padres, los cuales habían llegado mientras Gordon estuvo inconsciente, habían estado cargando la camioneta desde la noche anterior. Era imposible contar con algo más de privacidad. Estuvieron cargando cajas de suministros, comida, agua, medicinas y otros equipos bajo la atenta mirada de todos los vecinos. Al día siguiente, saldrían finalmente de Rancho Valentino y se alejarían tanto como fuera posible de todos los centros urbanos grandes. Como sabían que podrían toparse con «agentes de carretera» o bandidos, planearon viajar durante el día.

No pudieron cargar los suministros con la suficiente rapidez porque los vecinos no paraban de acercarse ni de mirar lo que hacían. Se había corrido la voz muy rápido de que se iban con Jimmy, Simone y otras cuatro familias, además de las esposas y los hijos de Pomeroy, Thompson, Behrens y Jerrod. Gordon también estaba contento de que los dos marines, el Sargento Holloway y el Cabo Segundo Fowler, se hubieran unido al grupo. Estos les habían dado información valiosa y habían conseguido dos todoterrenos con remolques que aún funcionaban. Holloway también tenía mujer y una hija pequeña. Una de las familias que se echaba especialmente en falta era la de Eric. Habían intentado

convencer a su mujer de que fuera, pero ella quería quedarse porque creía que Eric regresaría. Las posibilidades de que Eric regresara eran muy pocas porque llevaba mucho tiempo desaparecido.

James, el vecino anciano que vivía algunas casas más allá de Gordon, no les quitó ojo de encima. Eran muchos los vecinos que se acercaban, se susurraban cosas al oído y los señalaba con los dedos. Como a Gordon no le gustaba nada, manifestó su descontento haciéndoles una pregunta retórica: «¿Qué estáis mirando?».

Gordon había entrado en la casa y estaba cargando una caja de comida enlatada cuando la puerta se abrió y entró Nelson.

—Gordon, ¡ven afuera rápido!

Gordon dejó lo que estaba haciendo y siguió a Nelson hasta el garaje, donde encontró a un Jimmy agotado empapado de sudor.

—Jimmy, ¿estás bien? ¿Qué te pasa? —le preguntó Gordon preocupado.

Jimmy levantó el dedo para indicarle que necesitaba un segundo para recobrar el aliento; luego pudo hablar: «Eric ha vuelto».

—¿Qué?

—Joder, creí que perder algunos kilos le ayudaría a correr más deprisa. Sí, ha vuelto. Hablando de perder algunos kilos, ha perdido algo de peso, está atormentado, pero está en casa.

—Nelson, perdona que te deje con todo esto, pero quiero ir a ver a Eric.

—Sin problema, ve. Yo me encargo de esto —dijo Nelson mirando las cajas que había en el garaje.

Gordon salió corriendo hacia la casa de Eric. Sus heridas le impedían mantener un buen ritmo y empezó a sentir una sensación de pesadez. Como no quería que aumentase, redujo el ritmo para mantener un buen paso. Pensó en el día del ataque; ese día había salido a correr. Fue el último día en que el vecindario tuvo buen aspecto; ahora, las casas parecían sacadas de un país pobre del tercer mundo; había lonas y ropas colgadas, un fuerte olor a heces, las plantas y el césped habían muerto y los coches estaban cubiertos por una gruesa capa de polvo. La comunidad había perdido su aspecto pulcro y cuidado y había pasado de ser un vecindario familiar limpio y bonito a un campamento de supervivencia sucio y descuidado en el que las casas ya no eran «hogares», sino refugios.

Gordon llegó a la casa de Eric y llamó a la puerta durante lo que le

parecieron varios minutos. Melisa, que finalmente abrió la puerta, no parecía alegrarse de verlo.

—Hola, Gordon.

—Hola, Melisa. Acabo de enterarme. ¿Puedo entrar a verlo?

Ella no le contestó de inmediato; se giró y miró al interior de la casa. Gordon escuchó que Eric estaba diciendo algo, pero no sabía qué.

—Sí, entra. Está en la cocina.

Gordon fue directamente hasta la cocina. Se quedó impactado cuando vio a Eric: había perdido mucho peso y tenía la cara y los brazos cubiertos por una mezcla de heridas frescas y viejas.

—Eric, no puedo expresar cuánto me alegro de verte. Tengo que decir que cuando me desperté y me enteré de que no habías vuelto, me temí lo peor —dijo Gordon.

—Yo también me alegro de verte; y también me temí lo peor —dijo Eric lentamente.

—Escucha, no quiero presionarte, pero tengo que hacerlo. Tenemos que salir mañana. Aquí todo se ha ido a la mierda. Hay muchas cosas que explicar, pero queremos que vengáis con nosotros.

—Vale, podemos hacerlo —dijo Eric, quien miró a Gordon con los ojos hundidos.

—Puedes venir en nuestro vehículo, tenemos una caravana. Necesito que cojas todo lo que sea útil. No volveremos más nunca.

—Vale.

—Gordon, ¿podemos esperar un par de días? Él tiene que descansar y volver a recuperarse, míralo cómo está —dijo Melissa preocupada por su marido. Luego fue hasta él y lo rodeó con el brazo.

—Melissa, no tenemos tiempo, tenemos... —Gordon fue interrumpido por Eric.

—Mel, él tiene razón, tenemos que irnos. Gordon, tengo malas noticias. Es un gran problema. Los tipos que nos atacaron me capturaron. Conseguí escapar hace algunos días, pero tuve que vivir en las sombras para volver a casa —Eric hizo una pausa para beber un poco de agua y respirar—. Gordon, saben que estamos aquí y vendrán por nuestros recursos muy pronto. Escuché a alguien cuando estaba allí, creo que es el líder, su nombre es Pablo. Estaban

disgustados por lo que pasó ese día; perdieron a mucha gente.

—¿Cómo saben que estamos aquí? —preguntó Gordon.

Eric volvió a mirar a Gordon con los ojos hundidos en la oscuridad.

—No tienes que decir nada, de verdad. No te preocupes —dijo Gordon anticipándose a la respuesta de Eric.

—No fui yo, Gordon, fue Dan. Los escuché decir que habían capturado a Dan hace algunas semanas. Al parecer, se fue de la lengua y les prometió traerlos hasta nosotros porque habíamos almacenado montones de agua y comida.

—Entonces, ese hijo de perra nos tendió una emboscada. Quería quitarnos de en medio para dejarles vía libre —dijo Gordon enfadado.

—Gordon, tienes razón; tenemos que irnos cuanto antes —dijo Eric agarrando a Gordon por el brazo—. Tenemos que irnos, vienen a por nosotros y tienen un ejército.

—Melisa, empieza a recoger toda la comida, el agua, las medicinas, las pilas, los equipos, etc. que vayamos a necesitar —dijo Gordon a Melissa con voz autoritaria. Después miró a Eric y dijo: «Me llevaré a todos a Idaho; allí hay un lugar donde podremos vivir de la tierra y empezar de nuevo».

Eric asintió con la cabeza.

—Saldremos mañana a las 7 de la mañana. Si necesitas ayuda con las maletas, avísame. Volveremos en un par de horas para coger vuestras cosas.

—Vale, Gordon, estaremos preparados —dijo Melissa.

A Gordon le esperaba un día lleno de sorpresas. Cuando tomó la esquina para entrar en su calle, vio que el pequeño grupo de personas que había fuera buscando cosas se había convertido en una muchedumbre descontrolada. Nelson se estaba defendiendo apuntándolos con una escopeta. Cuando Gordon se acercó, vio a Dan y a Mindy delante de la muchedumbre.

Gordon llegó hasta el grupo y fue abriéndose camino hasta que llegó a donde estaba Dan, quien estaba gritándole a Nelson. Gordon agarró a Dan por el hombro, lo tiró al suelo y le dio un puñetazo en la cara. Para Gordon, la cara que puso Dan no tenía precio. Este cayó al suelo y Gordon saltó encima de él. La muchedumbre empezó a jadear cuando tuvo que apartarse de los dos hombres que estaban luchando. Al ver lo que había pasado, Mindy empezó a

gritar. Gordon la oyó, pero decidió ignorarla para concentrar toda su rabia en Dan. Después de darle algunos puñetazos, Gordon vio sangre, lo que lo motivó aún más a seguir golpeándolo. Al sentirse sus propias heridas, recordó que Dan era el culpable de ellas y la justicia callejera que estaba mostrando con Dan hacía que el dolor valiese la pena. Al final, algunas personas de la multitud pasaron a la acción y agarraron a Gordon, quien empezó a oponer una resistencia vigorosa, pero infructífera. Hicieron falta cuatro hombres para separar a Gordon de Dan, quien yacía en la acera cubierto por su propia sangre. Gordon se alegró al saber que le había roto a Dan la nariz, la cual acababa de aplastarle contra la cara.

—¡Hijo de puta! —dijo Dan meneando la cabeza de atrás hacia adelante.

—Que te den, has tenido suerte. Si esta gente no me hubiera parado, ¡te habría matado! ¡Eres un pedazo de mierda! —le gritó Gordon.

—Hijo de puta, ¡ya te cogeré! ¡Te lo prometo! —gritó Dan lentamente al levantarse. Luego se llevó la mano hasta la cara para tocarse la nariz rota.

—No vas a hacer nada. Yo me voy con mi familia y otra gente; hemos terminado aquí. Querías quedarte con esta comunidad, pues toda para ti —gritó Gordon, quien seguía forcejeando para liberarse de los que lo estaban agarrando.

—Puedes marcharte, Gordon, pero no hasta que nos des lo que nos has robado —dijo Mindy.

Gordon se giró, la miró y dijo: «¿De qué estás hablando?».

—La comida y los suministros médicos que has almacenado no son tuyos, pertenecen a esta comunidad. Tenemos la intención de hacernos con ellos para redistribuirlos entre todos tus vecinos.

—No vas a tocar ni una mierda, Mindy. Esa es mi comida. La conseguí antes de que ocurriera todo esto.

—Eso no es verdad —gritó James desde el centro del grupo.

Todo el mundo se giró y miró a James.

—Yo estaba aquí el día del ataque y vi cómo tú y tu amigo estabais dando vueltas de un lado para otro con comida, coño; te vi incluso al día siguiente descargando las cosas —dijo James en voz alta.

Los comentarios de James suscitaron muchos otros comentarios por parte de las demás personas que estaban en el grupo.

—Conseguí parte de esa comida el día de los ataques e incluso más al día siguiente; además, siempre he tenido la despensa llena de comida incluso antes de los ataques. Te puedo asegurar que no he cogido nada de lo que hemos conseguido cuando hemos salido en las misiones de búsqueda. Todo lo que estáis pensando es mentira. Mindy y Dan os han engañado —gritó Gordon en su defensa.

—Gordon, creemos que conseguiste esta comida de forma ilegal y que la almacenaste cuando se debía haber hecho pública y repartido con todos nosotros —gritó Mindy a Gordon.

—No me importa una mierda lo que pienses, Mindy; no te vas a llevar nada —Gordon se soltó finalmente de la última persona que lo estaba agarrando y se puso delante del grupo y de Mindy—. James tiene razón cuando dice que salí el día del ataque y que encontré comida; fui listo y pensé antes que otros. No me quedé como muchos de vosotros intentando hacer funcionar vuestros estúpidos móviles y quejándoos de que os ibais a perder el próximo programa de *American Idol*. Sabía que había pasado algo malo y salí para cuidar de mi familia. ¡No tengo la responsabilidad de cuidar de ti, ni de ti, ni de ti! —dijo Gordon apuntando a Mindy y a otras dos personas—. Si no pensasteis y reaccionasteis correctamente, esa no es mi culpa. Mindy, puedes seguir hablando y alardeando de tus logros, pero no vas a coger nada ¡ni de mí ni de mis amigos, y punto!

—Bueno, Gordon, no estoy de acuerdo; no os iréis ni tú ni tus amigos hasta que nos deis la parte de comida que nos corresponde y que tú has cogido —dijo Mindy con tono desafiante—. Nos hemos reunido con muchas personas del barrio y tenemos su apoyo. Todo el mundo debe abrir las puertas de sus casas para que hagamos una inspección. A todo aquel que tenga más de lo que necesita se le quitará y se repartirá —Mindy no estaba hablando con Gordon; ahora se había dado la vuelta y estaba dirigiéndose a toda la multitud, que cada vez era más grande.

—No entrarás ni en mi casa ni en la de mis amigos. Esta comida es mía; la conseguí antes de formar esta comunidad. Si tienes la intención de cogerla, será mejor que vengas con un ejército.

Mindy se dio la vuelta y caminó hasta quedarse a poca distancia de Gordon. «Gordon, tú y tus amigos no podréis salir por ninguna de estas puertas hasta que no entreguéis la comida que nos habéis quitado a todos nosotros.

Hablo en serio, así que más vale que quieras abrirnos las puertas de tu casa para que la inspeccionemos; y, sí, tenemos un ejército; mira a mi alrededor», dijo Mindy mirando fijamente a Gordon y levantando las manos para mostrar lo grande que era la multitud que la apoyaba.

—Si tú o alguien de ustedes planeáis entrar en mi casa, ¡preparaos para morir! —gritó Gordon al grupo.

Mindy empezó a dar instrucciones al grupo para que se retirarse. Luego anunció que se ocuparían de aquel altercado con Gordon por la mañana. Lentamente, las personas se fueron dispersando una a una o en grupos pequeños. Luego se ayudó a Dan a levantarse y este se fue sin decir ni una palabra.

Gordon se quedó mirándolo y se giró para mirar a Nelson, quien seguía teniendo la escopeta.

—¿Estás listo para esto? —le preguntó Gordon a Nelson.

Con su típica sonrisita forzada, Nelson se llevó el cañón de la escopeta al hombro y dijo: «Chaval, ya estaba listo cuando nací».

Montaña Cheyenne, Colorado (EE. UU.)

Julia se sentó en el váter y empezó a llorar; no estaba expresando lágrimas de dolor, sino de alegría. En sus manos tenía la prueba física que justificaba las sensaciones que venía sintiendo desde hacía un par de días. Estaba embarazada. Llena de júbilo, estaba impaciente por hablar con Brad; pensó que ojalá estuviese allí con ella; ver la cara de alegría de su marido habría sido algo muy importante para ella. Cuando se secó los ojos llenos de lágrimas, puso con cuidado la tira de prueba de embarazo sobre el tocador. Al lavarse las manos, miró hacia abajo para ver la señal de «positivo» que había aparecido en la tira para asegurarse de que no se había equivocado. En cierto sentido, todo parecía ser irreal. Al mirarse al espejo, encontró una Julia distinta; vio a una mujer joven que pronto bendeciría el mundo con su nuevo bebé. Su mente ya había empezado a experimentar el instinto maternal porque fue mirando todo lo que tenía para el embarazo. Más tarde, también pensó en qué nombre le pondrían al bebé. Había que planear muchas cosas, pensó ella.

Al salir del baño, oyó que estaban llamando a la puerta principal.

Cuando abrió vio a Dylan; no lo estaba esperando, pero se percató del

pesimismo de su rostro.

—Hola, Dylan, ¿cómo estás? —preguntó ella—. Entra —ella se giró y volvió a entrar en la habitación. Luego fue a la cocina y preguntó: «¿Te apetece tomar algo?».

—No, gracias, señora —respondió Dylan al entrar en la habitación sin apartarse mucho de la puerta después de haberla cerrado.

—Señora Conner, ¿tiene un momento para hablar?

—Claro, un segundo —dijo Julia al coger un vaso de agua y entrar en el salón. Se quedó sorprendida cuando se fijó finalmente en el aspecto de Dylan. «Dylan, ¿va todo bien?», preguntó ella.

—Señora Conner, lo siento, pero, ¿le puedo pedir que se siente? —le preguntó Dylan señalando al sofá.

—Dylan, ¿qué es lo que pasa? —preguntó ella, quien había perdido ya la alegría de hacía unos instantes.

—Siéntese, por favor, Señora Conner —dijo él con insistencia sin volver a pedírselo.

—Dylan, soy lo suficientemente adulta como para saber que cuando alguien te dice que te sientes es porque no te va a dar una buena noticia.

—Señora Conner, siento mucho ser quien tenga que hacer esto y créame cuando le digo que ojalá no tuviera que estar aquí.

—¡Venga, escúpelos ya, Dylan! —dijo ella con lágrimas en los ojos.

—Señora, hace aproximadamente 45 minutos el Presidente y su convoy salieron de camino a la base aérea. Se desviaron para abordar una situación urgente y fueron atacados. Cuando recibimos el aviso del ataque, mandamos inmediatamente refuerzos.

—¿Está Brad vivo? —preguntó ella con voz temblorosa.

—Señora, cuando llegaron los refuerzos...

Ella lo interrumpió de nuevo y le preguntó: «¿Está Brad vivo o no?».

—Señora, cuando llegamos...

—Contesta a la maldita pregunta, ¡Dylan! —le gritó ella.

—No lo sabemos, señora Conner.

—¿Qué quieres decir con que no lo sabéis? ¿Cómo no podéis saberlo? —ahora le temblaba todo el cuerpo y se apoyó sobre una mesa.

—Cuando llegaron los refuerzos vieron que todo el convoy estaba

destrozado, y no pudieron localizar al Presidente. Creemos que es una buena señal de que puede estar vivo, pero no lo sabemos con seguridad.

A Julia le flaqueó el cuerpo y se cayó de rodillas junto al sofá. Dylan se apresuró a ayudarla.

—Por favor, descanse. Yo iré a buscar un médico.

Julia agarró a Dylan por el brazo e impidió que se fuera; luego lo acercó hacia ella y le dijo: «No necesito a ningún médico, necesito a mi esposo. Ve a buscarlo, haz lo que tengas que hacer. No quiero saber nada de ti hasta que no lo encuentres, ¿me entiendes?». Después, soltó el brazo de Dylan, se le aflojó el cuerpo y cayó sobre el sofá.

Al mirar hacia abajo, él le dijo: «Señora Conner, iré a buscarlo; se lo prometo. Haré todo lo que pueda».

Ella no lo miró ni le respondió; simplemente se quedó sollozando en el sofá de forma descontrolada. Dylan la miró fijamente durante un instante antes de darse la vuelta y salir de la habitación. Cuando cerró la puerta, la oyó lamentarse de dolor. Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero se limpió rápidamente y empezó a caminar por el oscuro pasillo hacia el centro de mando pensando en su nueva misión.

5 DE ENERO DE 2015

«Esto no es el final, ni siquiera es el principio del final, pero sí quizá, el final del principio».

- Winston Churchill

San Diego, CA (EE. UU.)

Gordon estaba dando vueltas en la cama de un sitio para otro; sus sueños lo habían transportado hasta su última misión en Irak. Estaba reviviendo los brutales horrores de la guerra; sin importar lo rápido que corriera, no podía escapar de aquellos cadáveres. Cada vez que se refugiaba en un edificio asolado por las balas encontraba más cadáveres. Corría bajo una lluvia de balas, pero sobre él no caía ninguna. Los gritos... escuchaba gritos. En cada puerta que abría, los gritos se hacían más intensos, pero no lograba encontrar al bebé, y veía más cadáveres. Luego oyó cómo gritaban su nombre en la distancia: «¡Gordon! ¡Gordon!». Poco tiempo después, los gritos se transformaron en distintos tipos de disparos. El sonido de su nombre entre los gritos se hizo cada vez más intenso.

—¡Gordon! ¡Gordon! —gritó Nelson al entrar en el dormitorio de Gordon.

Gordon se incorporó; estaba sudando a causa de la pesadilla y la habitación estaba sumida en la oscuridad.

—Gordon, Gordon, ¡levántate! —gritó Nelson con urgencia.

Gordon miró en la dirección de la voz de Nelson; después oyó el crujido de un disparo por la ventana. Tras coger su rifle, puesto junto a él, saltó de la cama y pasó por delante de Nelson.

—Reúne a la familia y poneos en el dormitorio principal. Yo iré a ver qué

pasa.

—¿Estás seguro de que no me necesitas? —preguntó Nelson mientras seguía a Gordon bajando las escaleras.

—Siento volver a dejarte en casa, pero no hay nadie más y confío en ti para proteger a mi familia.

Holloway y su familia habían pasado toda la noche en la casa de Gordon. Él salió de un dormitorio en la planta baja con su rifle y preguntó: «¿Qué está pasando?».

—No lo sé, pero ven conmigo —dijo Gordon.

Gordon se dio cuenta de que los disparos procedían de los alrededores de las casas de Jimmy y Eric. Tras coger un puñado de cartuchos cargados para el rifle y la pistola, Gordon abrió la puerta principal para salir afuera.

—No dejes entrar a nadie en casa hasta que lo hayas identificado como es debido, ¿vale? —exclamó Gordon.

—Entendido, jefe —contestó Nelson.

Antes de cerrarse la puerta, la voz de Samantha detuvo a Gordon. «¿Qué está pasando, Gordon? ¿Qué pasa?», preguntó ella, quien bajó corriendo las escaleras y fue hasta la puerta principal.

—Creo que Mindy y Dan están atacando a Jimmy o Eric.

—¿No crees que deberías quedarte aquí?

—Nelson está aquí y también su padre. Yo tengo que ir a ayudarlos.

Samantha se giró y abrazó con fuerza a Gordon. Luego lo besó y dijo: «Ten cuidado, te amo».

Todavía caminaba lento a causa de sus heridas, pero el dolor estaba aliviándose a causa de los medicamentos y de la adrenalina que le corría por las venas. Luego, los disparos crecieron en intensidad con cada paso que iban dando él y Holloway. Al rodear la esquina, vio vagamente la fachada de la casa de Jimmy gracias a la luz que le proporcionaba la media luna que había en el cielo. La puerta del garaje estaba completamente abierta y vio figuras oscuras que entraban y salían. En el segundo piso se escucharon disparos seguidos de algunos gritos.

Sin molestarse en identificar a quién salía corriendo de la casa de Jimmy, Gordon empezó a disparar contra todo lo que se movía; pensaba que, si salían

corriendo, no debían ser muy buenos. Holloway también hizo lo mismo que Gordon y empezó a disparar contra los que iban por la calle delante de ellos.

Gordon registró mentalmente que habían disparado a cuatro personas antes de dirigirse hacia la casa de Jimmy. Seguían escuchándose los gritos procedentes del segundo piso.

—Cúbreme, voy a entrar —ordenó Gordon.

—Entendido —respondió Holloway, quien se puso de rodillas y empezó a escanear la calle.

No le dio tiempo ni a dar cinco tiros cuando se vio envuelto por una lluvia de balas, seguida por un agudo dolor en la parte superior de su brazo izquierdo que le era familiar.

—¿Me estás tomando el pelo? —gritó lleno de dolor.

Holloway apuntó y disparó contra quien había disparado primero. La noche, tenuemente iluminada, hacía que fuera casi imposible identificar y saber si se había disparado a alguien.

—¿Estás bien? —preguntó Holloway a Gordon.

—Sí, ¡pero que dejen de dispararme!

Como tenía la sensación de que la herida solo había sido un rasguño, Gordon siguió avanzando hacia la puerta abierta del garaje. Al entrar, se topó con alguien. Quienquiera que fuera, gruñó y luego le suplicó.

—Por favor, ayuda —murmuró de dolor.

Gordon sacó su linterna y alumbró la cara del hombre. Era el General, el esposo de Mindy.

—Ayúdame, por favor —suplicó Gerald.

Sin apiadarse de él, Gordon levantó el rifle a la altura de la cara de Gerald y apretó el gatillo.

Cuando Gordon alumbró el garaje con su linterna, vio que Mindy y sus seguidores se habían llevado los suministros de Jimmy. La forma como habían conseguido entrar no era importante, pero habían tenido éxito y habían entrado. Jimmy había defendido su casa, tal y como quedaba evidente con Gerald y otro cuerpo sin vida que había junto a la puerta de la casa. Gordon se fijó rápidamente en el garaje y también vio el pequeño pitbull que Jimmy había rescatado de entre la sangre.

Del segundo piso seguían saliendo gritos. Parecían ser de Simone. Gordon

no podía quedarse más tiempo allí; tenía que llegar hasta Simone lo antes posible. En la entrada de la casa se oyó un golpe seco; luego aparecieron dos hombres de entre la oscuridad que fueron hacia el garaje. Sin querer perder más tiempo, Gordon los apuntó con su rifle y dejó que la semiautomática hiciera el trabajo. Los dos hombres cayeron al suelo con un golpe seco. Movido por la determinación, Gordon pasó por encima de ellos y entró en la casa. La luz tenue que antes había afuera había desaparecido y la casa había quedado totalmente a oscuras. Gordon dio dos pasos y tropezó con lo que le pareció ser otro cuerpo. Cuando intentó levantarse, se resbaló y volvió a caer al suelo. El suelo de baldosas estaba cubierto de sangre, lo que lo hacía extremadamente resbaladizo; además, a oscuras, no sabía dónde pisar.

Después de caerse una segunda vez, alguien le disparó desde el interior de la vivienda. Las balas impactaron contra el techo del pasillo que había sobre él. Si no se hubiera caído, le habrían dado. Gordon lanzó una ráfaga de disparos por la parte de la habitación en la que había visto el fogonazo. El único sonido que se oyó después fue un golpe fuerte que sonó como si alguien se hubiera caído.

A Gordon le chorreaba el sudor por la frente y por la zona de su nueva herida. Simone seguía llorando entre gemidos; las escaleras parecían estar a un millón de kilómetros de distancia porque alguien le disparaba cada vez que daba un paso. Sin saber qué es lo que estaba pisando, Gordon se levantó y se fue hasta el salón. Estiró la mano y tocó la pared y lo que era la base de las escaleras. Gordon se paró un instante en la base de las escaleras para cambiar y coger la pistola; tiró el rifle y sacó su SIG 240. Gordon tenía que subir por las escaleras y, a la mitad, donde había un rellano, tenía que girar a la izquierda y subir los peldaños restantes hasta el final. Gordon empezó a subir las escaleras llevando la pistola por delante.

Tras llegar al rellano sin haber sufrido ningún incidente, gritó: «Simone, ¡soy Gordon!».

—Gordon, date prisa, es Jimmy; le han disparado, por favor, corre.

Gordon subió corriendo los escalones que le quedaban y fue hacia Simone, quien estaba arrodillada con Jimmy entre sus brazos. Los dos estaban alumbrados por la luz de una linterna. Gordon volvió a meterse la pistola en la pistolera y empezó a examinar el cuerpo ensangrentado de Jimmy.

—Simone, ¿dónde le han dado?

—Le dieron en el pecho; esos cabrones entraron y le dispararon en el pecho —dijo ella llorando.

—Déjame ver, Simone —le dijo Gordon con delicadeza; luego le entregó la linterna para que lo alumbrara.

Gordon cogió a Jimmy, lo apartó de los brazos de su mujer y lo tendió en el suelo. Aquel movimiento hizo que Gordon se resintiera y tosiera. Después, Gordon le rasgó a Jimmy la camisa totalmente empapada de sangre y vio algo que no había visto desde su tiempo en Irak. Jimmy tenía un orificio de diámetro pequeño en el centro del pecho por el que le salía sangre cada vez que respiraba.

—Simone, tráeme algunas toallas limpias, algo para limpiar la sangre.

—Simone, no te vayas —al hablar, escupió sangre.

—¿El qué, cariño? No, no voy a ninguna parte —dijo Simone llorando.

—Simone, ve, por favor —repitió Gordon.

—No, Gordon, déjala aquí —dijo Jimmy con dificultad.

Gordon miró a Jimmy. Su amigo tenía la cara pálida por toda la sangre que había perdido. Gordon sabía que la herida era grave y que no podía abandonar a su amigo.

—Por favor, Simone; puedo ayudarlo, pero necesito algo para limpiar todo esto —dijo Gordon mirando a Simone.

Simone seguía con la atención puesta en Jimmy, quien volvió a toser sangre.

—Gordon, siéntate aquí conmigo, por favor —dijo Jimmy casi susurrándole.

Simone se puso a Jimmy en el regazo y empezó a gritar: «¡No, no! ¡Dios, por favor!».

Jimmy le agarró a Gordon la mano y se la apretó con todas sus fuerzas.

—Gordon, has sido un muy buen amigo mío y de mi familia. Siempre has estado ahí para nosotros y espero que sientas lo mismo —dijo Jimmy con cada vez más dificultad. Gordon podía oír cómo la sangre le salía del pecho a borbotones cuando respiraba.

Como sabía que a su amigo le había llegado la hora, Gordon dijo: «Siento lo mismo. Eres un buen hombre y un buen amigo».

—Cuida de Simone por mí —dijo Jimmy al mirar a Simone.

—Amor, por favor, no me dejes, por favor —gritó Simone.

La fuerza con la que Jimmy había agarrado a Gordon se fue debilitando; Gordon sabía que se acercaba el momento final.

—Gordon, acércate. Tengo que decirte algo —La voz de Jimmy se había vuelto muy leve; Gordon se inclinó y acercó su cara a la de Jimmy—. Hay un lugar escondido detrás del calentador de agua. Busca la caja de madera — Jimmy tosió y terminó su momento con Gordon cuando le dijo: «Vete ya, déjame un momento a solas».

Gordon respetó el último deseo de su amigo y se fue. Simone estaba llorando irrefrenablemente, se acurrucó a Jimmy y solo hacía llorar. Gordon bajó todos los peldaños de las escaleras con una gran pena por la muerte de su amigo.

Cuando llegó al último escalón, Simone empezó a gritar: «No, oh, Dios mío, ¡no!», y Gordon supo que Jimmy había muerto. Una avalancha de emociones le recorrió todo el cuerpo. Al sentarse en el último escalón, se llevó la cabeza a las manos y lloró. Sin embargo, la pena de Gordon no duraría mucho porque aún no había terminado la acción de esa noche. El leve sonido de un disparo en la distancia penetró las paredes de la casa.

—Gordon, está pasando algo; ¡parece que está cerca de tu casa! —gritó Holloway desde el exterior de la casa.

Gordon empezó a correr impulsado por la adrenalina. Le dolía el costado izquierdo porque se le estaba pasando el efecto de los medicamentos. El tiroteo duró muy poco y, tras él, no se oyeron ni gritos ni ningún otro ruido, salvo el que hacían él y Holloway con su pesada respiración. Al llegar a la fachada de su casa, Gordon y Holloway pasaron por encima de un cuerpo tendido justo enfrente de su casa. Holloway sacó su linterna y alumbró hacia el cuerpo. Para sorpresa de Gordon, era Dan y estaba vivo.

Gordon le quitó la linterna a Holloway, alumbró directamente hacia la cara de Dan y dijo: «¿Qué estás haciendo aquí?».

Los ojos de Dan expresaban el miedo que tenía. Al ver que Gordon estaba allí, supo que estaba cerca de las puertas de la muerte.

Gordon examinó el cuerpo con la luz de la linterna. Parecía que a Dan le habían pegado un único disparo en el pecho con una escopeta.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó Holloway.

—Nada, dejar que se desangre —dijo Gordon al devolverle la linterna a

Holloway; luego, fue hacia la puerta central. Cuando llamó empezó a gritar: «Abrid, soy Gordon. ¡Estamos solos!».

Algunos instantes después, Nelson abrió la puerta y saludó a Gordon.

—¡Ven acá, deprisa!

Gordon y Holloway entraron y cerraron la puerta.

—¿Todo el mundo está bien? —preguntó Gordon preocupado.

—Estamos bien. Dan y alrededor de una docena de amigos suyos intentaron entrar. Mi viejo y yo los saludamos con don Remington y doña Glock —dijo Nelson con su escopeta Remington en las manos.

—¿Dónde están Samantha y los niños?

—Aquí, Gordon —dijo Samantha desde el final de las escaleras.

Gordon subió corriendo las escaleras y se lanzó a los brazos de Samantha. Haley estaba llorando al lado de su madre y Gordon se agachó para acercarla hacia él.

—¿Estáis bien? —preguntó Gordon.

—Dentro de lo que cabe.

En ese momento Gordon se dio cuenta de que Hunter no estaba allí y preguntó: «¿Dónde está Hunter?»

—Está en su cuarto —contestó Samantha.

—¿Está bien? Quiero verlo.

—Gordon, está pasando por un momento muy duro con todo lo que acaba de pasar —dijo Samantha, quien frenó a Gordon para que no fuera a ver a Hunter.

—¿Qué quieres decir?

—Nelson y su padre estaban en el patio al final de la casa para evitar que entraran algunos de esos hombres cuando abrieron la puerta principal de una patada y...

—¿Y qué?

—Intenté detenerlo, pero Hunter bajó corriendo las escaleras para ayudar a Nelson. Le dije que no fuera, pero salió disparado. Cuando le dieron la patada a la puerta principal, él los detuvo.

—¿Quién los detuvo? Me estás confundiendo.

—Él había bajado corriendo las escaleras con tu escopeta de doble cañón y, cuando le dieron la patada a la puerta y la abrieron, se giró y disparó.

—¿Hunter le disparó a Dan?

—No sé a quién disparó, pero yo lo estaba siguiendo cuando vi que pasó todo. Escuché que le dieron una patada a la puerta y vi que Hunter se giró, y luego sonó el disparo, lo siento —dijo Samantha temblando aún por este incidente.

Gordon le tocó a Samantha la cara con suavidad y dijo: «Cielo, no tienes que disculparte; la culpa no es de nadie, solo de Dan y de su horda de hombres. Déjame que vaya a verlo».

Cuando Gordon intentó apartarse, Samantha volvió a detenerlo y le dijo: «Tu brazo, estás sangrando».

Gordon se miró rápidamente el brazo izquierdo y dijo: «Es solo una herida superficial, no hay de qué preocuparse».

—¿Qué pasó? ¿Cómo están Jimmy y Eric?

Gordon hizo una pausa por un instante y contestó: «Jimmy está muerto. Estuve con él justo antes de que pasara. No sé cómo estará Eric. Me vine corriendo en cuanto escuché el disparo».

—¿Cómo está Simone?

—No está bien; deberíamos volver y ver cómo está. Escucha, déjame que vaya a ver a Hunter, por favor —le suplicó Gordon.

—Vale, ve —dijo Samantha, quien le soltó el brazo.

Gordon fue hasta la puerta del dormitorio de Hunter, llamó suavemente y abrió la puerta. La habitación estaba iluminada por una linterna eléctrica que desprendía un resplandor amarillento. Gordon escaneó la habitación, pero no lo vio; miró al otro extremo, pero no vio a nadie. Los lloriqueos dentro del armario le dijeron a Gordon dónde se encontraba. Gordon fue lentamente al armario y llamó a la puerta.

—¡Déjame en paz! —gritó Hunter.

—Hunter, es papi.

—Vete. ¡Déjame en paz!

—Hunter, ¿puedo abrir la puerta?

—No, ¡déjame en paz!

Gordon no quería presionar a su hijo, así que se sentó junto a la puerta del armario. «Mami me ha contado lo que pasó. Quiero que sepas lo orgulloso que estoy de ti. Sé que tienes miedo y que no entiendes lo que ha pasado, pero

quiero que sepas algo: hiciste exactamente lo que yo hubiese querido que hicieras —dijo Gordon dulcemente. Hunter seguía lloriqueando—. Hunter, no has hecho nada malo, ¿entiendes?

—¡No quería disparar con la escopeta, lo siento, papi! —gritó Hunter.

—Hunter, no tienes que disculparte; no has hecho nada malo. Estabas asustado y ese hombre no debería haber entrado. Si la escopeta no se hubiera disparado, podría haberte hecho daño a ti, a mami o a tu hermana pequeña. Estoy orgulloso de ti, de verdad. ¿Puedo abrir la puerta ahora?

Hunter respondió casi con un susurro y dijo: «Sí».

Al abrir la puerta lentamente, él vio a Hunter acurrucado en un rincón. Gordon metió la mano y le tocó el brazo con dulzura, a lo que Hunter respondió lanzándose en sus brazos. Gordon lo abrazó con fuerza, lo meció y le dio un beso en la cabeza.

Hunter lloraba y no dejaba de decirle: «Lo siento, papi, lo siento».

Gordon se olvidó de todo en aquel instante, pero recordó la larga noche que le quedaba por delante. Samantha entró en la habitación silenciosamente y le tocó el hombro.

—Gordon, hemos oído algunos disparos más.

—Hunter, papi tiene que irse.

Hunter se agarró con más ganas a su padre y dijo: «No, papi, no te vayas».

—Volveré, te lo prometo.

—No, no te vayas, papi, te necesito.

A Gordon se le partió el corazón cuando escuchó que su hijo lo necesitaba; luego le dijo: «Volveré enseguida».

Samantha se agachó y dijo: «Ven, cariñito». Hunter se aferró a ella y la agarró con fuerza aún entre sollozos.

Gordon salió de la habitación y fue inmediatamente al piso de abajo.

—Parece que suena en el otro extremo de la comunidad desde la casa de Jimmy —dijo Nelson.

—No creo que vaya, podría ser una estratagema para hacerme salir. El resto de nuestro grupo quizás tenga que defenderse solo en estos momentos.

Gordon, Nelson, Holloway y el padre de Nelson hablaron durante algunos minutos sobre la noche y la necesidad de marcharse a primera hora de la mañana, pero su conversación se vio interrumpida por las palabras de

Samantha.

—Ni pensarlo —dijo ella desde el final de las escaleras.

Gordon la miró y preguntó: «Ni pensarlo, ¿qué?».

—No os vais a quedar aquí. Tenéis que ir. Quiero que vayáis a ver a Mindy y que terminéis con esto —dijo Samantha mientras bajaba las escaleras. Después de dejar a Hunter en la cama, ella había escuchado la conversación que habían mantenido en el piso de abajo.

—No creo que sea buena idea, Sam.

—Estaremos bien, ve y acaba con esto. Es todo culpa de esa zorra. Dijiste que Dan está muerto enfrente de la casa, así que ella es la única que queda.

—Te dije que tenía un disparo, pero no que estaba muerto.

Samantha parecía sorprendida al escuchar que Dan todavía estaba vivo. Luego presionó a su marido un poco más y dijo: «Gordon, podemos arreglárnoslas aquí. Te estoy diciendo que vayas y que acabes con esto. ¡Ya! Cuando te hayas ocupado de eso, ve y trae a Simone.

Gordon estaba sorprendido por lo contundente que estaba siendo Samantha. «Sam, de verdad, no creo que deba ir», dijo él.

Ella fue hasta él, lo miró firmemente y dijo: «¡Ve y termina con esto!».

Gordon miró a Nelson, quien levantó las cejas y le guiñó un ojo. Al volver a mirar a Samantha, meneó la cabeza mostrando su reacia aprobación.

Gordon fue al garaje, recargó sus cartuchos y se vendó el brazo. Al ir hacia la parte de delante para salir, se giró hacia Nelson y dijo: «Dan estaba sangrando ahí enfrente, ¿te puedes ocupar de él?».

—Claro, me ocuparé de él inmediatamente —contestó Nelson, quien se sacó un cuchillo de unos 18 centímetros que se había guardado en el costado.

—Déjame que vaya contigo —contestó Holloway.

—Lo haré yo —contestó Gordon, quien se llenó los bolsillos de más cargadores y comprobó si llevaba las pistolas.

Al abrir la puerta, Samantha volvió a detenerlo: «Gordon», dijo ella.

Gordon se anticipó a su comentario y le dijo: «Yo también te amo».

—Gordon —volvió a decir ella.

Cuando se giró para mirarla, ella dijo: «Mátalos a todos».

Como quería asegurarse de que sobreviviría a la noche, se tomó su tiempo para llegar a la casa de Mindy. Cada paso que daba era cauteloso y calculado. Con tantos enfrentamientos, sabía que ellos también estaban buscando sangre. Cuando Gordon llegó a la calle de Mindy, se detuvo y se agachó para poder escuchar; tras tomarse un momento para escuchar lo que pasaba a sus alrededores, Gordon también pensó en lo que había sucedido momentos antes al atardecer. La idea de que Jimmy estaba muerto empezó a hacer mella en él, la pérdida que sufriría su grupo sin él sería tremenda. Luego juró vengar la muerte de su amigo esa misma noche.

Sus ojos habían empezado a adaptarse a la completa oscuridad. El conocimiento que Gordon tenía de las calles le permitió avanzar en la dirección correcta. Tras quedarse algunos minutos escuchando el inquietante silencio, sintió que podía avanzar sin problemas. Luego se fue rápidamente hacia la casa de Mindy. Su ansiedad crecía con cada paso que daba; movía los ojos de izquierda a derecha en un esfuerzo por ver a alguien. No estaba seguro de cuánto tiempo le había llevado, pero al final llegó a la casa. Gordon tocó el gran arbusto conocido que había en el exterior de la casa de Mindy; se puso allí y empezó a escuchar. La noche se había quedado finalmente en silencio por largo rato. El disparo que escuchó cuando salió solo había durado unos momentos; terminó tan pronto como había empezado. Como no oía ningún movimiento en el jardín delantero de Mindy, se puso de pie y caminó alrededor del arbusto grande; luego se topó con alguien.

Sorprendido por su encuentro inesperado, Gordon reaccionó empujando al hombre y alejándolo de él. Quienquiera que fuese, dio un quejido cuando ambos cayeron al suelo. Sin arriesgarse, Gordon levantó su pistola y disparó hacia el hombre dos veces. El hombre gritó de dolor y estaba retorciéndose en el suelo. Gordon disparó otras dos veces; luego el hombre dejó de moverse y quedó en silencio.

El sonido de un cristal roto hizo que Gordon se moviera rápidamente para refugiarse por el lateral de la casa, en cuyo interior se escucharon tiros y gritos. Gordon reconoció la voz de Mindy, pero no pudo distinguir a quién pertenecía la voz masculina. No estaba seguro de cómo actuar; el hecho de conocer el plano de la planta baja era una ventaja, pero si Mindy era lista, habría utilizado muebles para bloquear las puertas y los pasillos.

Había alguien disparando cerca del centro de la casa, por la zona que

correspondía al salón. Como Gordon solo escuchaba dos voces, decidió que intentaría entrar por una puerta de cristal que había al otro lado de la casa. La puerta de cristal estaba situada por el exterior de un patio lateral y daba al comedor formal de la vivienda.

Gordon fue caminando lentamente por el lateral de la casa. En el interior, Mindy parecía estar histérica y le gritaba a otra persona que había con ella. A Gordon le llevó algunos minutos llegar al patio y, finalmente, hasta la puerta. Gordon comprobó primero si por casualidad estaba abierta, pero, por desgracia, Mindy lo había pensado y había cerrado la puerta. El plan de Gordon era disparar al cristal y entrar en la casa. Como sabía que era arriesgado, la única forma de entrar que se le ocurría a Gordon era dándole una patada a la puerta principal. Gordon se apoyó sobre el lateral de la casa y empezó a dudar. Tenía la esperanza de que el cristal se rompiera en pedazos, pero, como no era ningún especialista en cristales, solo le quedaba esperar que funcionase. Gordon se puso de pie, se puso el rifle en el hombro y se dispuso a apretar el gatillo cuando escuchó disparos que venían de la puerta principal de la casa. Sin embargo, eran distintos; ahora procedían del exterior. Gordon volvió a dudar y buscó refugio. Mindy y su acompañante estaban chillando e intercambiando disparos con la persona que estaba justo enfrente de la casa. Gordon vio una oportunidad, así que cambió su plan y se fue hacia una puerta de un garaje lateral por la parte exterior de ese mismo patio. También estaba cerrada, pero, al escuchar una ráfaga de disparos en el interior, Gordon aprovechó la oportunidad para derribar la puerta de una patada. Luego, entró y fue directamente hacia la puerta que daba al interior de la casa. Estaba cerrada, pero Gordon volvió a aprovechar el caos que había en la casa para pegar un tiro al pomo de la puerta y derribarla.

—¡Hay alguien en la puerta trasera! —gritó Mindy.

Ella y el hombre volvieron a intercambiar palabras ininteligibles. Gordon, quien se había apoyado sobre el marco de la puerta para refugiarse, empezó a disparar con su M4.

—Lo cogeré, Mindy, no te preocupes —dijo el hombre.

Cuando escuchó la voz del hombre con claridad, Gordon supo quién estaba con Mindy.

—Eh, Max; diría que no hay mucho que puedas hacer. Estáis rodeados y la mayoría de vuestros hombres están muertos, ¡incluido Dan!

—Que te den, capullo.

—No te haremos daño, Max, solo quiero a Mindy. ¡Si te rindes no te haré daño!

Luego sonaron más disparos enfrente de la casa. Gordon escuchó que Max y Mindy estaban buscando refugio.

—Que le den a esto, Mindy, ¡yo me voy!

—Por favor, Max, no; te está mintiendo. Esta noche hemos enviado a 30 hombres para que los persigan. No los pueden haber matado a todos —le rogó Mindy.

—Habéis enviado a 30 hombres y hemos matado a 30, ¡por eso estoy aquí!
—dijo Gordon respondiendo a la súplica de Mindy.

—Perdón, Mindy, me tengo que ir —dijo Max, quien se levantó y tiró su pistola—. Me rindo, Gordon.

—¡Ven hacia mí por el pasillo! —le indicó Gordon.

Tras sacar su linterna, Gordon alumbró el pasillo para ver a Max y confirmar sus palabras. Max siguió la orden de Gordon y fue hacia él por el pasillo con los brazos levantados.

Como sabía que no habría un mejor momento para encargarse de Max, Gordon se levantó y lo apuntó con su rifle.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Max preocupado.

—Dije que no te haría daño, pero no dije que no fuera a matarte —dijo Gordon antes de apretar el gatillo dos veces.

La fuerza de los dos impactos del rifle hizo que el cuerpo de Max saliera disparado y que cayera algunos metros más atrás, justo en el lugar donde había estado antes.

Mindy empezó a gritar histéricamente. Gordon la escuchó correr desde una habitación hasta lo que le pareció ser la cocina. Gordon fue corriendo y se puso justo fuera de la puerta de la cocina.

—Mindy, no hay salida, tengo a mis tipos enfrente de la casa. No puedes escapar.

Como esperaba una respuesta, Gordon se sorprendió al ver que ella no dijo nada.

—Nunca te has quedado sin palabras.

Para sorpresa de Gordon, escuchó que se abrió la puerta principal y que

entró alguien.

—¿Quién es? —gritó Gordon.

—Holloway.

—Entendido, ¡Max está muerto y Mindy está refugiada en la cocina! —informó Gordon a Holloway.

—Sé lo que podemos hacer —dijo Holloway.

Luego pasaron algunos instantes; Gordon oyó que Holloway fue por el pasillo y entró en el cuarto de estar, donde también había una puerta que daba a la cocina.

—¡Bomba va! —gritó Holloway.

Gordon se refugió sin estar seguro de lo que Holloway había lanzado al interior de la cocina, donde se escuchó un fuerte estruendo seguido por un grito. Luego hubo silencio.

Gordon y Holloway entraron en la cocina desde sus respectivas puertas. La habitación estaba llena de humo cuando Gordon entró llevando por delante su linterna y su escopeta. Los dos buscaron a Mindy, pero no la encontraron; luego se fijaron en la única puerta que había en la habitación: la de la despensa.

—Sé que estás ahí dentro —dijo Gordon al llamar a la puerta de la despensa. Había intentado abrirla, pero Mindy la había cerrado por dentro.

—Gordon, puedes coger lo que quieras, pero déjame vivir —le rogó Mindy.

Gordon sentía un fuerte deseo de volar la puerta y sacarla a patadas y gritos, pero cambió de opinión.

—Mindy, no voy a matarte —le dijo Gordon.

Con la ayuda de Holloway, empujaron una gran vitrina con figuras de porcelana que había en el comedor y la pusieron en frente de la puerta. Cuando estuvo seguro de que no podría escapar, la informó de la situación.

—Mindy, te he dejado vivir esta noche para que veas finalmente la realidad del nuevo mundo en el que vivimos. Tu buen amigo Dan informó a los Villistas de dónde estaba nuestra pequeña y agradable comunidad; estos llegarán en cualquier momento y, si te encuentran, experimentarás de una vez por todas lo que muchos han experimentado en el exterior. Cuando cierres los ojos y te lleve la muerte, recuerda que no tenía por qué ser así, pero escogiste

este camino.

Como se dio cuenta de la verdad de las palabras de Gordon, Mindy empezó a llorar y dijo: «¡Déjame salir, por favor!».

A medida que él y Holloway fueron caminando por la calle de camino a casa, los llantos y gritos de Mindy se fueron desvaneciendo con cada paso que Gordon daba hasta que finalmente dejó de oírlos. Sabía que había muchas probabilidades de que alguien la liberara, pero estaba seguro de que ella no sobreviviría a las realidades del mundo fuera de su comunidad protegida.

Antes de ir a recoger a Simone, Gordon decidió comprobar cómo estaba su familia. Estaba agotado y solo quería descansar, pero el día solo había hecho que empezar.

—Hola, amor —dijo Sam cariñosamente al recibirlo con un abrazo y un beso.

—Ya está —fue todo lo que dijo Gordon. No quería entrar en detalles de todo lo que había pasado en la casa de Mindy. Tras besarla, le preguntó: «¿Cómo están los niños? ¿Cómo está Hunter?».

—Los dos están dormidos en nuestra cama. Hunter está mejor; no sé si volverá a ser el mismo después de esta noche.

—No lo será —respondió Gordon, quien hizo una pausa y dijo: «Voy a ir a por Simone. Quiero irme en cuanto salga el sol, si puede ser, ¿vale?».

—Claro, amor; estaremos preparados.

Gordon fue muy breve con Samantha; la noche había sido muy larga y se estaba quedando sin fuerzas. Al cerrar la puerta tras él, pensó que esta sería la última vez que iría a la casa de Jimmy. Había ido a la casa de Jimmy cientos de veces en los últimos años y, ahora, esta sería la última vez. Empezó a recordar momentos de su vida en Rancho Valentino: momentos de celebración, una fiesta de cumpleaños, búsquedas de huevos de Pascua, las noches de Nochebuena en las que caminaba con su familia mientras veían las luces de Navidad. Cuando se fijó en su comunidad, vio un lugar destrozado. No solo se habían deteriorado las casas; también lo hizo el ambiente pacífico y de civismo. La vida se caía a pedazos y él sabía que su única opción estaba en Idaho, fuera de aquellas puertas.

La muerte de Jimmy solo fue el principio. Gordon no quería admitirlo, pero ahora la muerte se había vuelto normal.

Al entrar en la casa por la puerta del garaje, todavía abierta, Gordon pudo ver mejor las muertes que se habían producido allí momentos antes. De los tres muertos, solo reconoció a Gerald. Entró con sumo cuidado para no volver a caerse. Ahora que podía ver, comprobó que uno de los cuerpos que estaban en el suelo del pasillo era el del Cabo Segundo Fowler, quien tenía los ojos abiertos. Gordon se agachó y le cerró los ojos con fuerza, luego le quitó del cuello sus placas de identificación y se las metió en el bolsillo. Al entrar en el salón, vio otro cadáver. Era de la persona que le había disparado hacía tan solo unas horas. Gordon tenía muy buenos recuerdos de esa habitación; el año anterior había estado allí viendo la *Super Bowl*. Los recuerdos resultaron ser deprimentes y tenía que encontrar a Simone, así que siguió buscándola por la casa.

—Simone, soy Gordon —gritó él.

No hubo respuesta.

Luego volvió a gritar y dijo: «Simone, soy Gordon; ¿dónde estás?». Al no tener respuesta, subió corriendo las escaleras para ir al lugar donde los había dejado, pero no estaban allí. Miró en todas las habitaciones del piso de arriba y no la encontró.

Entonces Gordon se dio cuenta de que había un sitio en el que no había mirado; en el patio trasero. Sus preocupaciones se disiparon cuando miró por la ventana de la cocina: vio a Simone de rodillas en el suelo junto a un agujero poco profundo y recién cavado.

Al abrir la puerta para salir al patio, dijo: «¿Simone?».

Ella no le respondió; solo se mecía de atrás hacia adelante. Oyó que Simone estaba musitando algunas palabras, pero eran ininteligibles. Gordon se puso detrás de ella y miró dentro de la fosa, donde vio a Jimmy envuelto en una sábana blanca llena de sangre. Por alguna razón, Gordon notó que la fosa era muy ancha, lo suficientemente ancha para dos personas.

—¿Simone? —dijo de nuevo, esta vez tocándole el hombro.

Ella reaccionó a su tacto y se dio la vuelta.

—Hola, Gordon; llegas justo a tiempo. ¿Quieres beber algo?

—¿Qué? Mmm, no. Simone, ¿quieres que te ayude a acabar de enterrar a Jimmy antes de que llegue todo el mundo para la ceremonia?

—No, no será necesario —contestó ella, quien se dio la vuelta para ver la fosa y se quedó mirando fijamente a Jimmy. Tenía la voz extrañamente serena y

tenue.

—Necesito que vengas a nuestra casa y que te limpies antes de que volvamos a por tus cosas y para el funeral de Jimmy.

—Eso no será necesario —respondió ella, quien se levantó y dijo: «Sígueme».

Gordon la miró extrañado; había visto a mucha gente conmocionada antes, pero el comportamiento de Simone era distinto.

Ella lo condujo hasta el garaje y señaló a una caja de madera que había sobre un banco de trabajo.

—Escuché lo que él te susurró, así que la busqué para ti mientras no estuviste. A Jimmy le encantaba esconder cosas, pero yo siempre sabía dónde las ponía—. Ella abrió la caja y sostuvo la linterna sobre la caja abierta para que Gordon pudiera ver cuál era el contenido. Al fijarse en el interior, Gordon vio varias botellas altas y dos cajas más pequeñas.

—¿Qué es? —preguntó Gordon.

—Adelante —dijo ella haciendo señas hacia la caja.

Gordon metió la mano y sacó una botella de whisky de malta pura de 30 años de la gama Macallan.

—Las otras dos son lo mismo; las dos cajitas son humidificadores con puros habanos. Él sabía que se lo agradecerías, pero quería dártelo como una sorpresa cuando llegásemos a Idaho. Pero eso ya no pasará —dijo Simone, quien volvió a tapar la caja.

—Simone, lo siento. Ojalá hubiera llegado aquí más rápido...

—No digas nada más; hiciste lo que pudiste. Es solo el destino. Primero Mason, luego Jimmy; por alguna razón, no estábamos destinados a sobrevivir a esto. Dios sabe que no puedo comprenderlo, pero hay una razón; o eso, o que no tenemos suerte —dijo Simone con una ligera sonrisa.

—No tenemos mucho tiempo, así que vayamos a casa.

—Gordon, no voy a ir con vosotros. Me quedaré aquí con mi familia.

—Es una locura. Tienes que venir con nosotros.

Simone puso su mano sobre el brazo de Gordon y le dijo pausadamente: «Gordon, todo lo que necesitas de nosotros en cuanto a comida y suministros está aquí en el garaje. He cogido todo lo que podría serte útil y te lo he puesto aquí. No hay necesidad de que entremos en la casa, ¿entiendes?»

—Es una insensatez, Simone, te vendrás con nosotros; se lo prometí a Jimmy.

Ella le cogió la mano, lo miró con una mirada profunda y le dijo: «Gordon, lo he perdido todo. Mi vida ha perdido todo el sentido. ¿Para qué vivir ya? Ellos eran mi vida».

Gordon le rogó y dijo: «Por favor, ¡no lo hagas! Esto no es lo que hubiese querido Jimmy».

—Gordon, márchate, por favor, vete. Y, cuando regreses, no entres en la casa, ¿entiendes?

—Espera, déjame que vaya a por Samantha; deja que ella hable contigo.

—He tomado una decisión; lo tengo muy claro. Por favor, dale a Samantha y a los niños un beso de mi parte —dijo Simone. Luego se soltó del brazo de Gordon, se dio la vuelta y entró en su casa. Gordon pudo oír el sonido sordo del pestillo después de que Simone cerrara la puerta.

Él estaba totalmente conmocionado; no se podía mover. Se quedó petrificado mirando fijamente la puerta. Como sabía lo influyente que era Samantha, Gordon se fue rápidamente a buscarla. Simone parecía estar decidida, pero Samantha podría ayudarla. El sonido de un único disparo hizo que Gordon se detuviera en su camino. Sabía lo que ella había acabado de hacer y deseaba que todo hubiese sido de otra manera. En una noche, dos de sus mejores amigos habían muerto, su hijo le había disparado a alguien y su vida en Rancho Valentino había llegado a su fin.

Buque USS Makin Island, frente a la costa de California del Sur

Cuando se abrió la puerta del calabozo, la última persona a la que esperaba ver Sebastian era a Gunny.

—Cabo Van Zandt, ¡levántate! Te vienes conmigo, mierdecilla —dijo Gunny con su voz ronca.

Sebastian no lo dudó; se levantó y siguió a Gunny. Mientras iban andando, Sebastian notó lo vacíos que estaban los pasillos. En un primer momento, le invadieron muchas preguntas, pero pensó que no valía la pena formularlas. Los pasillos carecían de vida; no estaba seguro de a dónde lo llevaba Gunny y, cuanto más lejos iban, más se preocupaba. Después de estar andando 10 minutos, llegaron a su destino. Gunny abrió la compuerta y le hizo señas a

Sebastian para que saliera.

Sebastian se detuvo antes de cruzar el umbral y se giró hacia Gunny. «Gunny, si me has traído hasta aquí afuera para matarme, dímelo. Odio las sorpresas», dijo él.

—Nadie va a matarte; ahora sal, deprisa.

Sebastian consideraba a Gunny como un hombre de palabra y salió a cubierta. El sol intentaba hacer acto de presencia, pero las nubes y la niebla impedían que salieran sus rayos. Sebastian miró a su alrededor para saber dónde estaba el barco, pero la niebla era demasiado densa.

—¿Dónde estamos? —preguntó Sebastian.

—Cabo Van Zandt, me caes bien. Te conozco desde hace más de un año y he visto que eres un marine de los buenos. Eres un francotirador jodidamente bueno y un buen suboficial; pero te afectan mucho las emociones. ¿Sabes a lo que me refiero?

Sebastian intentó contestar, pero Gunny siguió hablando.

—Van Zandt, entiendo tus dudas. Sé que ves toda esta mierda y te preguntas si tiene sentido. Bueno, puedo decirte que hay mucha mierda en el Cuerpo de Marines. Yo lo he visto, pero al fin y al cabo somos una institución de hombres que nos juntamos porque tenemos valores en común. Ahora el mundo nos ha puesto, quiero decir a los Estados Unidos, en una situación de mierda. Escucha, muchacho, los EE. UU. están jodidos y punto. No sé cómo sobrevivirán a esto, pero que nuestro país se derrumbe no significa que también tengamos que hacerlo nosotros. Sé que no te gusta el coronel, pero él nos ha dado una oportunidad para superar esto. Tú podrías haber sido otra pieza de este puzle de supervivencia, pero no, tuviste que abrir la boca y decir tonterías; ahora mírate, cabo. En resumen, vas a tener lo que querías. Nos vamos de San Diego en una semana. Cuando el último de nuestros hombres haya acabado de reunir a sus familiares, dejaremos la basura, es decir, a ti, en la playa. Se te dará un arma, algunos cargadores, algunas comidas preparadas y agua. Entonces estarás solo. Lo que no sabes es esto: tendrás que enfrentarte a dos problemones cuando busques a tu hermano. Primero, que los reactores nucleares de San Onofre se han fundido y, segundo, que hay un ejército paramilitar de rebeldes mexicanos que están conquistando algunas zonas de San Diego. Pero, si consigues llegar hasta la casa de tu hermano, puede que lo encuentres muerto o que ya se haya ido. No tendrás que enfrentarte solamente a

estas dos situaciones de mierda, sino que habrá un millón de personas hambrientas en San Diego que intentarán matarte para conseguir un trozo de comida. La moraleja de la historia, Van Zandt, es que debes mantener la boca cerrada. La posibilidad de que sobrevivas estando solo ahí fuera no es alta, pero es mejor que te lo tomes como una lección.

A Sebastian se le quedó la mente en blanco con la verborrea de Gunny. Pensó en muchas ocasiones que a Gunny le gustaba oírse hablar. Se preguntó si ahora sería un buen momento para ser honesto con él y decirle que se fuera al carajo, pero decidió no sincerarse. Si quería conseguir algún tipo de favor de Gunny, debía seguir su consejo y mantener la boca cerrada.

—Gracias por tus consejos, Gunny.

—De nada, cabo, ahora volvamos abajo deprisa.

—Un segundo, ¿por qué me has traído hasta aquí?

—Pensé en mostrarte algo, pero la niebla no nos ayuda.

—¿Qué hay allí?

—San Diego, San Diego está justo allí —dijo Gunny señalando hacia la niebla por encima de la barandilla.

Sebastian se inclinó hacia adelante intentando ver algo, pero no vio nada.

—Vamos —ordeno Gunny.

Sebastian continuó mirando aún con la esperanza de poder ver algo.

—Vamos, cabo —dijo Gunny con impaciencia.

Sebastian desistió, se dio la vuelta y empezó a andar hacia la compuerta. Justo antes de entrar, vio algo por el rabillo del ojo. Se paró y miró; una fractura en la niebla dejó entrever la ciudad oculta tras ella. Se quedó mirando fijamente hasta que apareció un punto de referencia que era inconfundible: las Torres Hyatt estaban ensombrecidas en la distancia. La niebla siguió disipándose y se hicieron visibles más partes de la ciudad. Sebastian podía vislumbrar los perfiles de los edificios, pero no podía ver ni una sola luz. La ciudad estaba completamente a oscuras.

—Lo conseguimos; ¡estamos en San Diego! —exclamó Sebastian.

—Correcto, cabo, eso es San Diego; hemos llegado a casa.

Sebastian se quedó mirando el horizonte de la ciudad a oscuras. Su viaje había sido de miles de kilómetros y había cambiado para siempre su lugar dentro del Cuerpo de Marines. Cuando los buques zarparan en algunos días, ya

no sería ningún marine, sino un superviviente abandonado que tendría que defenderse en esta nueva naturaleza salvaje.

Anza, CA (a 143 kilómetros de San Diego)

Cuando el sol empezó a descender después de lo que había sido un largo día, Gordon se sintió contento de que él y su caravana de cinco vehículos hubiesen recorrido la distancia que recorrieron. Como tomaron las carreteras estatales más pequeñas, pudieron evitar la congestión de los vehículos abandonados y las hordas de personas errantes. Gordon también había llevado su caravana hasta el punto este más seguro según él, pero ahora se encontraba en una encrucijada. Él y Nelson habían estado hablando sobre qué camino tomar mientras la caravana estaba detenida en la intersección entre las carreteras 371 y 74. El camino de la derecha los llevaría a la ciudad de Palm Desert y, el de la izquierda, a las montañas. El paso de montaña era arriesgado porque podrían quedar aislados por la nieve, pero la ruta que llevaba a Palm Desert también entrañaba algunos riesgos: discurría por medio de una zona urbana poblada, algo que Gordon quería evitar a toda costa. Nelson creyó que era mejor ir hasta Palm Desert porque pensó que, como mucho, el temporal invernal les costaría un vehículo.

Al final, Gordon dejó que sus instintos le revelaran la dirección y esta fue hacia el desierto. Nelson estaba contento con la decisión y siguieron por la carretera sin coches. Cuando se fueron hacia el este, Gordon miró por el retrovisor y vio el sol por encima de las montañas. Pensó en su hermano Sebastian; en el pasado los dos habían hecho algunos viajes cortos a Palm Springs. Esperaba que su hermano estuviera bien. Se preguntó si habrían corrido la misma suerte y si estarían atascados en Afganistán. Se preguntó si volvería a ver a su hermano de nuevo. Justo antes de salir de su casa, dejó una nota para Sebastian en su escritorio. Pensó que las probabilidades de que la encontrase eran muy reducidas, pero, si conseguía regresar a los Estados Unidos, Gordon sabía que Sebastian iría a buscarlo, y la casa sería un buen lugar por dónde empezar.

Cuando volvió a mirar por el retrovisor, Gordon notó que el sol había desaparecido; se había ocultado detrás de algunas nubes oscuras que había sobre las montañas. En ese momento, Gordon se alegró de haber tomado la

decisión de salir hacia el este, pues las nubes que se extendían por el oeste presagiaban una mala climatología en las montañas.

—Mira lo que encontré entre las cosas de Jimmy —dijo Nelson, quien sacó un viejo reproductor de casetes.

—¿Funciona? —preguntó Gordon, a quien parecía gustarle la apariencia del viejo reproductor.

—Mierda, tío, no lo he comprobado. Tan solo lo cogí cuando lo vi. También había un estuche con casetes antiguos —dijo Nelson, quien cogió una cinta de casete. Luego la puso y le dio al botón de reproducción. El reproductor cobró vida con unos suaves sonidos de banjo llenos de sutiles traqueteos.

—¿Qué es? —preguntó Gordon. Al principio creyó que era algún tipo de música de estilo *bluegrass*, pero el sonido también tenía un cierto aire irlandés.

—La banda se llama Flogging Molly. La canción se titula *El sol nunca brilla en las puertas cerradas*. ¿Quieres que la cambie?

—No, me gusta; es relajante y muy adecuada para nuestro viaje —dijo Gordon.

Los dos hombres se sentaron y escucharon la canción sin decir ni una palabra.

Con las nubes a sus espaldas y bajo un cielo descubierta, Gordon volvió a pensar en todo lo que había pasado en las últimas cinco semanas. En este corto periodo de tiempo, la ciudad a la que llamaba hogar había colapsado y se había sumido en el caos tras haber sufrido un ataque que destruyó su red eléctrica y que dejó todos los dispositivos eléctricos inservibles. La miseria, el sufrimiento y la muerte causados por la hambruna, las enfermedades y los asesinatos se habían convertido ahora en la norma general para los supervivientes que quedaban en San Diego. Ahora era el momento para los que podían escapar; las vidas y los días que les quedaban por delante a los que se quedaron estarían marcados por horrores nunca vistos durante siglos. Al reflexionar sobre todo esto, Gordon se dejó llevar hacia la oscuridad y lo desconocido con la esperanza de que al final de aquella larga carretera hubiese un día más brillante y más esperanzador.

15 DE OCTUBRE DE 2066

Olympia, Washington, República de Cascadia

—Sin duda hemos abarcado mucho hasta el momento —dijo John al mirar su bloc de notas, donde había estado apuntando cosas concienzudamente todo el tiempo.

—Si no te importa, me gustaría hacer un descanso —dijo Haley.

—Por supuesto.

—¿Te apetece a ti o a tu equipo una taza de té o café? —preguntó Haley al levantarse.

Los dos fotógrafos declinaron su oferta, pero John aceptó tomar una taza de té.

Mientras Haley preparaba el té en la cocina, John dio un paseo por la casa. Fue fijándose lentamente en la infinidad de fotos enmarcadas que ella había colgado por la pared del pasillo. Al examinarlas más detenidamente para ver si en ellas había alguien destacable, le llamó la atención una en especial. Era una foto de Gordon vestido con un viejo uniforme de camuflaje y rodeado por otras personas vestidas como él. Estaban sosteniendo una bandera desgastada de Cascadia. La bandera, de color azul, blanco y verde, tenía las letras «1.^a Infantería de Idaho, República de Cascadia» cosidas a mano por la zona blanca que se extendía de un extremo al otro. El abeto de Douglas estampado en el centro estaba descolorido y mostraba un deterioro que solo podía ser causa de la guerra.

Quitó la foto de la pared y fue hasta la cocina para informarse más al respecto. La cocina estaba vacía. Luego fue a la habitación colindante, donde Haley sostenía entre las manos lo que parecía ser un collar.

Su brusca entrada en la habitación la sobresaltó e hizo que dejara caer el collar.

John tenía curiosidad por saber lo que ella tenía entre las manos, así que dio un paso al frente, lo recogió del suelo y se lo entregó. Lo miró y vio que era una brújula de plata atada a una cadena también de plata.

—Toma —le dijo él al dársela.

—Gracias —respondió Haley, quien la cogió rápidamente y la volvió a poner en un pequeño joyero que había en la estantería de los libros. Parecía que a Haley le había molestado que John tocara el collar.

—¿Qué era eso, si se puede saber? —preguntó John.

—Me lo dio mi hermano —dijo Haley sin mirarlo y con la mano todavía puesta sobre el joyero.

—No sabía que tenías un hermano hasta que lo mencionaste hoy —dijo John algo confuso.

Ella ignoró el comentario de John y preguntó: «Entonces, ¿de qué quieres que hablemos en nuestra próxima sesión?».

Al notar que ella evitó hacer comentarios sobre su hermano de manera deliberada, él dijo: «Quiero hablar de vuestro tiempo en Idaho».

Haley se dio la vuelta y quedó frente a él.

—Los años que pasamos en Idaho fueron algunos de los mejores que recuerdo. Aunque la guerra empezó poco tiempo después de que se apagasen las luces, yo estaba vacunada contra todo lo que estaba pasando. Estábamos seguros en Idaho, aunque no se puede decir lo mismo del viaje hasta allí, o, como papi prefería decir, de «el largo camino». Pasó algo que nos cambió a todos —Haley hizo una pausa y volvió a mirar el collar en la estantería. Luego fue hasta él y lo tocó. Después se giró para mirar a John y dijo: «Me gustaría hablar de eso en la próxima sesión».

Fin

AUTOR

Antes de fundar una familia y descubrir su pasión por la escritura, G. Michael Hopf llevaba una vida llena de aventuras. Tras completar su servicio en el Cuerpo de Marines de los Estados Unidos, G. Michael Hopf trabajó como escolta. Actualmente, vive con su familia en la ciudad de San Diego, California.